

SAGA

CENTINELA

EL LEGADO



EVA M. SOLER - IDOIA AMO



La línea que separa el bien del mal es muy fina… y se encuentra en el granero de una casa en Seattle. Brody Jesky es el encargado de vigilarla, como ha hecho su familia año tras año: es su legado. El problema es que Brody ignora todo esto. Ha vivido su vida de forma normal, ajeno al hecho de que existe una puerta secreta, una puerta que no se puede abrir. Y ahora que su padre ha sido asesinado, le toca a él seguir su trabajo. Un trabajo para el que no está preparado, pese a contar con la ayuda de «El consejo», un variopinto grupo compuesto por un cazador, una bruja, un doctor y una vampira. Su deber es protegerlo contra una amenaza que pretende acabar con su vida y, de ese modo, abrir la puerta. Un equipo mal avenido, magia, monstruos… y un antihéroe obligado a proteger su legado hasta el fin.

Eva M. Soler & Idoia Amo

El legado

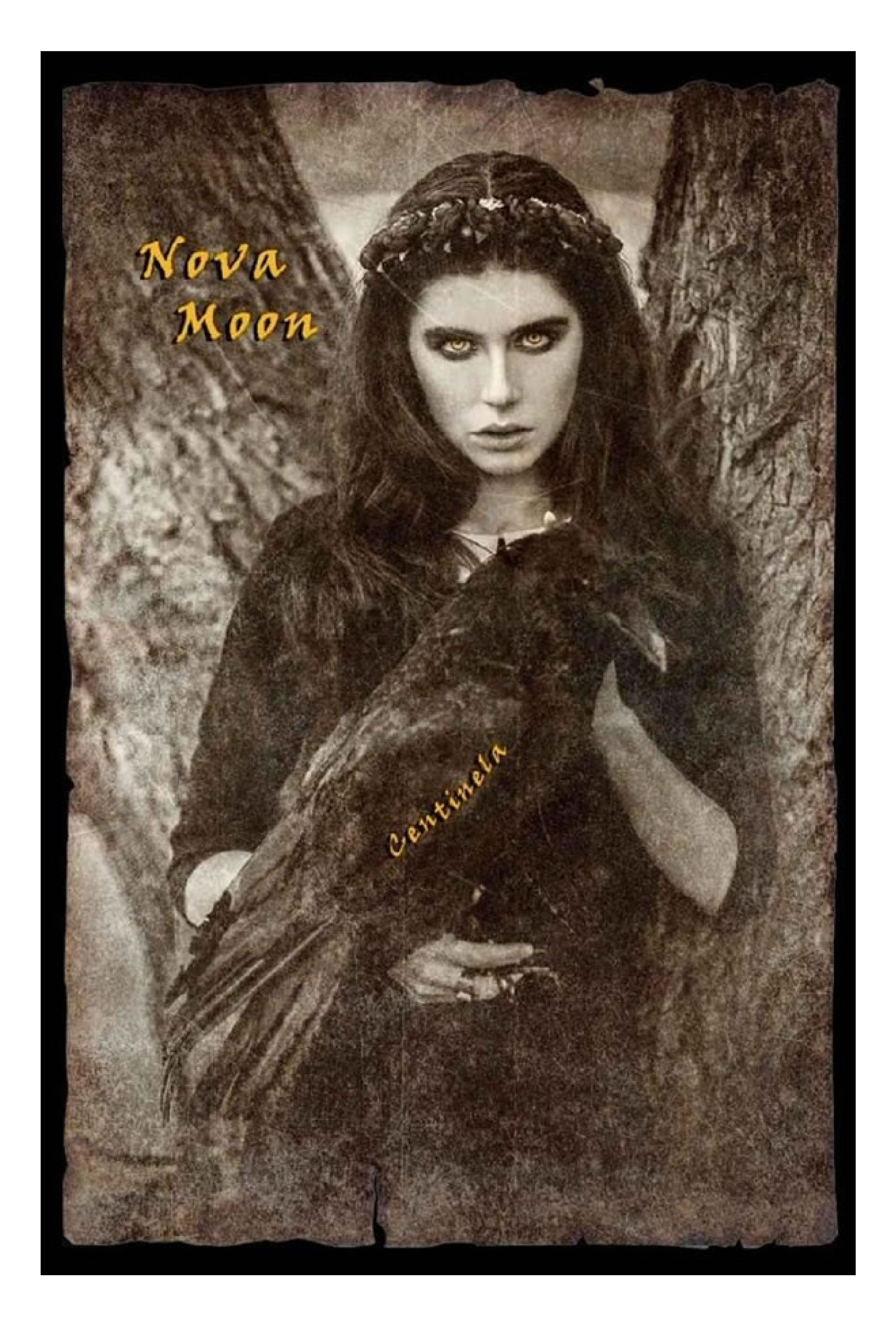
Centinela - 1

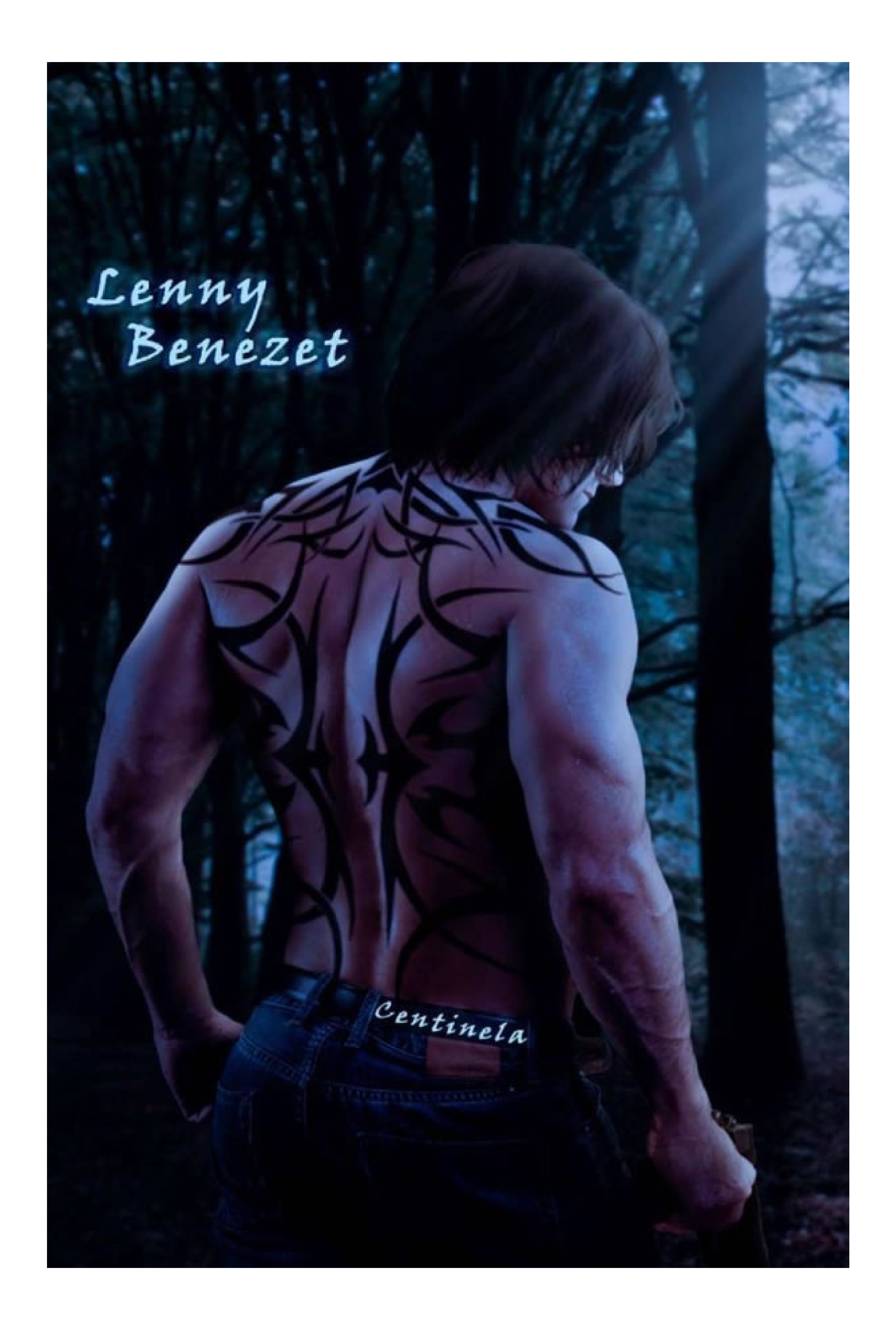
ePub r1.0
Titivillus 17-12-2021

Título original: *El legado*
Eva M. Soler & Idoia Amo, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Brody
Jesky
Centinela


Nova
Moon
Centinela


Lenny
Benezet
Centinela


Alexia
Dragavei


Calantha
Blanc
Centinela

Capítulo 1

El sonido de la lluvia golpeando los cristales de forma intermitente despertó a Brody de su sueño. La lluvia en Seattle no era nada fuera de lo común, pero aquella noche se percibía además cierta electricidad en el ambiente, como si lo peor de la tormenta estuviera aún por llegar.

Con un suspiro, alargó la mano hacia la mesilla de noche para ponerse las gafas y comprobar la hora, ya que de otra forma no vería nada más que unas figuras borrosas. Aún era de madrugada, por lo que decidió darse la media vuelta y volver a dormir.

No se había quitado las gafas aún cuando, de pronto, las ventanas se abrieron de par en par, golpeando las paredes y dejando entrar la lluvia y el viento.

Brody se incorporó, sobresaltado, aunque sin llegar a levantarse. Sabía que tenía que cerrar las ventanas antes de que se rompieran los cristales, pero no podía moverse. Era como si algo le impidiera levantarse de la cama, mientras sus ojos se mantenían fijos en la oscuridad exterior, que desaparecía a intervalos cuando estallaba algún relámpago. Las sombras parecían crecer, y, cuando le deslumbró uno seguido de un ensordecedor trueno, creyó distinguir una figura en el cuadrado que formaba su ventana. Algo imposible, puesto que su apartamento estaba en un décimo piso.

Sin embargo, la luz del siguiente relámpago duró unos segundos más… suficientes para distinguir entonces una figura femenina pegada a su pared, justo frente a él. De pelo largo, rubio y ondulado, lo miraba con frialdad desde allí.

Se frotó los ojos, convencido de estar sufriendo alguna pesadilla, y cuando los abrió de nuevo no había nada.

Aliviado, decidió levantarse para cerrar la ventana y justo cuando apartaba las sábanas, escuchó un sonido agudo y penetrante, que le hizo llevarse las manos a los oídos, aunque sin éxito: era como si viniera de su propia cabeza, a la vez que del exterior. Una nueva ráfaga de viento agitó las cortinas, enredándolas en las ventanas, y estas golpearon de nuevo la pared. Una forma

blanca entró por el hueco, una especie de humo con la forma de la figura que había visto unos segundos atrás. De repente, estaba sobre él y se echó hacia atrás instintivamente, cayendo bocarriba en la cama mientras la chica flotaba encima, con los brazos extendidos y el pelo suelto enmarcando su delicado rostro. El vestido blanco se extendía hasta sus pies, o eso parecía, puesto que no podía verlos: su forma era difusa. La vio mover las manos, de uñas largas, hacia su rostro inmóvil.

Entonces ella abrió sus labios, como si fuera a hablar, solo que el sonido que emitió fue de nuevo un grito extraño que le traspasó los tímpanos del tal modo que pensó que estallarían. La aparición abrió la boca, cada vez más, hasta deformarse de forma inhumana mientras su piel blanca y tersa se oscurecía, adquiriendo un tono gris ceniza en su rostro demacrado.

El grito se hizo cada vez más fuerte, más agudo, más largo, mientras Brody notaba la corriente de aire recorrer su habitación. Todos los objetos a su alrededor se movían y los cristales temblaban como si fueran a romperse.

—¡Para! —consiguió gritar.

Cerró los ojos con fuerza y, de pronto, todo cesó. El grito, el ruido, el viento… Solo se oía la lluvia caer de forma tranquila en el exterior. Miró hacia la ventana, que seguía abierta, y tragó saliva antes de levantarse y acercarse despacio. Se asomó con cuidado, aún con el grito retumbando en su cabeza, pero no había nada fuera de lo común en el exterior. Los mismos edificios de siempre, la casi omnipresente lluvia de Seattle y las farolas a lo lejos iluminando las calles.

No recordaba haber tenido una pesadilla tan real en su vida.

Con un suspiro cansado, cerró la ventana y regresó a la cama, se quitó las gafas e intentó dormir de nuevo, aunque solo lo consiguió de forma intermitente.

Cuando el despertador sonó por la mañana, lo apagó de un manotazo y se frotó los ojos, bostezando. De forma instintiva, miró hacia la pared y después a la ventana, por donde ya se filtraba la luz del día.

Todo normal.

Obviamente, pensó. Una pesadilla no iba a dejar huellas, qué tontería.

Bostezó de nuevo y se acercó a la ventana para comprobar que seguía lloviendo, aunque con menos fuerza. Con sus ojos oscuros entrecerrados para ver mejor, aunque en realidad no había mucha diferencia, se dirigió al baño para darse una ducha.

Al salir, ya más despejado, pasó la mano para quitar el vaho que empañaba el espejo y miró su reflejo, algo borroso. Bueno, el pelo castaño estaba despeinado como siempre, estaba claro que tenía que ir cortárselo, pero no terminaba de encontrar el tiempo, así que hizo lo que pudo para acomodárselo y se fue a coger las gafas para prepararse el desayuno. No sería la primera vez que se ponía el café sin ellas y acababa tirándolo por la mesa. Mientras este se hacía, se tomó unos cereales y después llenó un termo para llevarse a la oficina. Allí tenían una máquina que, más que café, daba un brebaje capaz de causar una úlcera así que, tras un par de malas experiencias que acabaron en varios viajes al cuarto de baño, ya no se arriesgaba.

Su trabajo estaba a solo un par de manzanas de su piso, por lo que no tenía que coger ningún transporte y fue hasta allí cubriéndose la cabeza con el gorro del chubasquero.

La oficina no era especial en absoluto: como él, había varios gestores más y cada uno llevaba cuentas diferentes. Las suyas no eran nada del otro mundo, más bien de las que nadie quería por monótonas y no tenía ninguna emoción de venta o compra de acciones. Al contrario, en su mayoría trabajaba con gente mayor o de pequeños comercios, ayudándolos con sus impuestos y poco más.

Aquel día no fue diferente y transcurrió de lo más tranquilo, lo cual tampoco era algo que le importara demasiado: él era un animal de costumbres y le gustaba la rutina. Trabajar, ir a casa, salir de vez en cuando con su amigo Marcus a los sitios de siempre y, una vez por semana, visitar a su padre para mantener el contacto. Día que, recordó, justo era al siguiente. Nada fuera de lo común.

Había quedado con Marcus en Mulleady’s, un *pub* irlandés que les gustaba bastante, y de ahí iría a dormir a casa de su padre para no tener que madrugar. El hombre vivía un poco apartado del centro, en las afueras, en una casa que no entendía por qué no vendía, si le sobraban la mitad de las habitaciones.

Por lo tanto, se preparó una bolsa con ropa para dejar en el coche y se fue para llegar puntual al *pub*.

Un viernes y a esas horas, estaba lleno de gente, música y ambiente animado. Comenzó a abrirse paso entre la gente que bailaba aquí y allá para llegar a la zona de barra donde solían colocarse. Distinguió el pelo rubio oscuro de Marcus y se dirigió hacia allí.

—Cuánta gente —comentó, al llegar.

—Algún cumpleaños, por lo que parece. —Hizo un gesto a la camarera para que se acercara y le pidió unas cervezas—. ¿Qué tal tu día?

—Sin novedad, ¿y tú?

—Igual que siempre.

Marcus trabajaba en una asesoría, así que ni su trabajo ni su rutina diferían mucho de la suya.

—¿Comemos mañana? —le preguntó.

—No, tengo que ir donde mi padre, ya sabes. La visita de rigor.

—Pero eso suele ser los domingos.

—Sí, me ha dicho que tenía no sé qué y que fuera mañana, así que voy directo desde aquí y ya me quedo a dormir.

—¿Sigue sin querer vender?

—No sé para qué quiere vivir ahí, cada vez la casa es más vieja y no necesita tanto espacio, pero no hay manera. No quiere irse a un piso ni atado.

—Será algo sentimental.

—Seguro.

Aunque había crecido allí, la verdad era que Brody no sentía aquel apego hacia la casa. Tras morir su madre cuando era pequeño, pasó mucho tiempo interno porque su padre, médico de profesión, trabajaba demasiado y no podía ocuparse de él como debería. Y al terminar el instituto, fue a la universidad a un piso compartido y, de ahí, a su apartamento.

De pronto, notó que Marcus le pegaba un codazo y casi se tiró la cerveza por encima.

—¿Qué haces? ¡Cuidado!

—Mira, está ahí.

Brody siguió la dirección de su mirada y vio a quién se refería: la chica misteriosa. Así la llamaban, porque no tenían ni idea de su nombre, ni jamás se habían acercado a ella. Aparecía de vez en cuando, se quedaba en un lado de la barra ella sola, y cuando alguien se acercaba, apenas si les dirigía unas palabras y nunca se juntaba con nadie. Brody se había fijado en ella desde el primer día que la viera aparecer unos meses atrás, su belleza tenía un punto exótico que le atraía como un imán. Pelo largo y negro, ojos claros ligeramente rasgados y no muy alta, solía vestir de oscuro y tenía una expresión melancólica en el rostro que le causaba curiosidad.

—¿Por qué no pruebas hoy? —le incitó Marcus.

—No, no, ¿para qué? Ya ves que nunca habla con nadie.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Brody la miró. Justo entonces, la chica se giró y sus ojos se encontraron por un segundo. Pensó que quizá debía sonreír, hacerle alguna señal… pero en su lugar, se quedó aguantando la respiración y ella apartó la vista sin ningún gesto que evidenciara que lo había visto.

—Otro día —dijo, señalándose la ropa que llevaba puesta como si eso fuera excusa—. Mira cómo voy.

—Pues como siempre.

Eso era verdad, Brody tampoco variaba mucho de ropa: pantalones de pinzas y camisa para el trabajo, vaqueros y camiseta para el fin de semana.

—Renueva el vestuario —sugirió Marcus, encogiéndose de hombros.

Brody cogió la cerveza para no contestar. Era algo que tenía también en la lista de tareas pendientes, como su corte de pelo, sobre todo porque últimamente notaba los pantalones más justos y las camisetas más pegadas.

—Ya veré. —Dejó el vaso vacío sobre la barra—. En fin, ¿cambiamos de sito? Esto está demasiado lleno.

—Vale.

Dejaron dinero y se fueron a otro bar, donde estaban emitiendo un partido de fútbol americano y se quedaron allí, sin beber nada más fuerte que la cerveza puesto que después Brody debía conducir.

Al terminar el partido, se despidieron y Brody cogió su coche para conducir hasta la casa de su padre, donde llegó media hora después. Ya era noche cerrada, aunque al menos no llovía.

Se bajó y miró la farola que había frente a la casa, cuya bombilla parpadeaba, dándole al lugar un aspecto más lúgubre del que normalmente tenía. En el interior todas las luces estaban apagadas, así que supuso que su padre ya estaría durmiendo y por eso procuró no hacer ruido al entrar. Claro que era más fácil decirlo que hacerlo, puesto que las escaleras de madera crujían bastante y, en la quietud de la noche, el sonido que emitían sonaba aún más fuerte.

Al llegar a la primera planta, vio que la puerta de la habitación de su padre estaba abierta, algo raro porque siempre la cerraba al acostarse. Como tenía que pasar de todas formas para llegar a la suya, se acercó para cerrarla y, al coger el pomo, vio que estaba tendido sobre la cama. Quizá fue su postura o el silencio total que reinaba en el interior lo que le alertó, porque sintió que algo no iba bien.

—¿Papá? —susurró. Al ver que no contestaba, elevó un poco la voz, dando un paso hacia el interior, y repitió—: ¿Papá?

Nada, ningún movimiento. A riesgo de despertarle y darle un susto, alargó la mano y pulsó el interruptor de la luz. La lámpara que había sobre la cama solo tenía un par de bombillas que funcionaran y no eran nada nuevas, por lo que emitían una luz anaranjada que iluminó la habitación como si se tratara de un retrato antiguo.

Y, entonces, se quedó paralizado.

Porque su padre estaba en la cama, efectivamente, pero no dormido. Tenía los ojos abiertos fijos en techo, la cara paralizada en un rictus extraño de dolor o miedo, y había sangre por todas partes.

Brody ahogó una exclamación y cerró los ojos sacudiendo la cabeza. Tenía que ser una visión, o los efectos de alguna droga que le hubieran echado en la bebida, porque no parecía real. Sin embargo, cuando los abrió su padre seguía ahí, al igual que la sangre, y corrió hacia él, deteniéndose antes de tocarlo al ver el enorme agujero en su pecho desnudo. Aunque era inútil, le cogió para agitarlo, sin dejar de repetir su nombre, y solo pudo comprobar que estaba frío. Debía llevar unas horas en ese estado.

Aun así, le palpó el cuello, buscando su pulso, y cuando bajó las manos al pecho, vio que el agujero que tenía no contenía nada allí donde debía estar el corazón. Se llevó la mano a la boca para no vomitar y, con las manos temblorosas y manchadas de la sangre de su padre, sacó él móvil para llamar a emergencias.

Dos horas después, un policía moreno de aspecto cansado se acercó a Brody, que estaba sentado en las escaleras de la casa con expresión perdida. Acababan de llevarse a su padre en una camilla envuelto en una bolsa negra de plástico, y su mente todavía no aceptaba lo que había visto.

—Necesito hacerle algunas preguntas —le dijo el policía.

—¿Ahora? ¿Tengo… tengo que ir a comisaría?

—Ahora mismo no, podemos hablar aquí. —Sacó una tarjeta de su bolsillo—. Soy el detective Jacob Warren, de homicidios.

—¿Homicidios?

Se miró las manos, manchadas de sangre, y se las pasó por el pantalón dejando un rastro rojo antes de coger su tarjeta.

—Sí, me han llamado en cuanto han visto el cuerpo. Obviamente, no se trata de un accidente.

Brody lo miró elevando una ceja. Hasta ahí ya había llegado él, sí, no hacía falta ser un maestro de la deducción.

—Usted es Brody Jesky, el hijo del difunto, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Necesito su número y dirección para la ficha. —Brody se lo indicó, de forma mecánica—. ¿Tenía su padre enemigos?

—No, que yo sepa.

—¿Dónde trabajaba?

—Es… era médico, en el hospital Virginia Mason.

—¿Vivía solo? —Brody afirmó—. ¿Y usted qué hace aquí?

—Vengo una vez a la semana, a pasar el día con él… y a veces me quedo a dormir la noche antes.

—¿Ha bebido?

—¿Yo? —Movió la cabeza—. Es que no entiendo… ¿ha sido un robo?

—Tenemos que investigar aún, pero no hemos visto ninguna ventana o puerta rota ni forzada. Es pronto para elucubraciones.

—Ya…

—Dígame, ¿ha bebido o tomado alguna droga?

—No, no, solo unas cervezas… No bebo cuando voy a conducir. —Lo miró, con el ceño fruncido—. ¿Piensa que he sido yo?

—No he dicho eso.

—Entonces, ¿qué más da si he tomado algo?

—No hay que descartar nada. Mis compañeros le harán un análisis de sangre después, es protocolo.

—Pero…

¿Protocolo? Vale, tenía sangre en las manos, pero era de locos pensar que él podía haberle hecho a su padre algo semejante.

—Mire, está en estado de *shock*, así que lo mejor es que mañana me llame y se pase por comisaría para hablar tranquilamente, ¿le parece?

No, no le parecía, puesto que estaba seguro de que estaría en ese estado unos cuantos días más. O meses.

—No toque la habitación, mis compañeros estarán un buen rato más. Ya le avisaremos cuando pueda limpiarla, ¿de acuerdo?

Brody afirmó, aturdido. ¿Limpiar la habitación? Era lo último en lo que estaba pensando, la verdad. Se levantó al ver que el policía bajaba las escaleras y lo siguió, necesitado de aire fresco. Se adelantó para abrir la puerta de la calle y lo observó mientras el hombre se encendía un cigarrillo, mirando la fachada de la casa, ahora iluminada por las luces de los coches de policía.

—Una casa antigua —comentó.

—Sí.
—¿Problemas con vecinos?
—Si no hay…
—¿Vagabundos?
—Nunca, nada.

Bueno, que él supiera, su padre nunca le había contado nada, pero tampoco sus conversaciones eran muy profundas: hablaban de sus trabajos, del tiempo o de cómo iban los Supersonics, el equipo de baloncesto local que seguía su padre.

El policía dio una calada y lo miró.

—Llámeme.

Brody, aún con la tarjeta en la mano, la agitó como forma de respuesta afirmativa y el hombre se marchó en un coche que no tenía luces como los demás, solo una de las que se ponían en el techo.

Una vez lo perdió de vista, Brody miró al interior de la casa y fue a la cocina a prepararse café. De esa forma se entretenía, ya que despierto iba a estar de todas formas, y evitaba la zona donde estaban todos aquellos otros policías.

Aprovechó para lavarse las manos y sacó su móvil para limpiarlo también, ya que lo había dejado lleno de huellas rojas al cogerlo. Se sentó en la mesa de la cocina con él en la mano, pensando en si debía llamar a alguien. Era ya de madrugada y no quiso despertar a Marcus, así que lo dejó para el día siguiente. Al trabajo de su padre pensó que llamaría también por la mañana, y nadie más, no se le ocurría ningún familiar. Llevaban años los dos solos, su padre tampoco tenía hermanos, así que…

Se quedó allí sentado mientras el tiempo corría y veía pasar por la puerta a los policías en una y otra dirección, los de la científica con guantes y bolsas que, suponía, eran pruebas. En algún momento de aquellas horas interminables, uno de ellos entró en la cocina para tomarle unas muestras de saliva y sangre y, cuando ya amanecía, al fin lo dejaron solo.

Subió para darse una ducha y vio que habían dejado la puerta de la habitación de su padre abierta, aunque con unas cintas en forma de equis pegadas para que no entrara nadie. Metió la mano a través de ellas sin tocarlas para llegar al pomo y cerrar, así al menos podría pasar por delante sin tener que ver la sangre cada vez.

Seguidamente, se metió en el baño del pasillo para darse una ducha frotándose bien las manos para eliminar cualquier resto de sangre y se puso ropa limpia, tirando a la basura la de la noche anterior.

La policía no le había dado ninguna indicación, aparte de que llamara, y en aquel momento no le apetecía, así que decidió marcharse de allí y ya vería cuándo volver para limpiar, una vez le dieran permiso. Necesitaba alejarse y rápido.

Al subirse al coche, buscó el teléfono del hospital y puso el manos libres.

—Hospital Virginia Mason, ¿con quién quiere hablar?

—Con el departamento del doctor Jesky, por favor.

—Le paso.

Esperó mientras le ponían una música alegre que no le animó, sino todo lo contrario, y por fin contestó una voz femenina.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, soy Brody, el hijo del doctor Jesky.

—Ah, hola. Su padre no trabaja hoy.

—Ya, ya lo sé. Llamaba porque… —Tragó saliva—. Bueno, es que ha pasado algo y… mi padre, bueno, pues anoche…

—¿Se encuentra bien?

—No, la verdad es que… ha muerto.

El silencio se hizo al otro lado de la línea mientras Brody notaba un nudo en la garganta. Decirlo en voz alta solo lo había hecho más real, como si hasta entonces no fuera sino una especie de pesadilla de la que solo era testigo. Sintió que se le nublaba la vista como cuando no llevaba las gafas, así que paró el coche en un lado de la carretera mientras se levantaba los cristales para secarse los ojos.

—Oh… vaya… yo… Lo siento. ¿Cómo… cómo ha sido? ¿Un ataque al corazón?

Justo en lo que no quería pensar él: en el corazón de su padre y su falta del mismo.

—Algo así —contestó.

—Daré aviso aquí, y… ¿quiere venir a recoger su despacho? Tiene fotos y cosas personales. Puede venir cuando quiera, no hay prisa.

—Iré ahora.

Cualquier cosa con tal de no pensar en lo que había pasado y aplazar el momento de ir a comisaría o hacer cualquier papeleo.

—Vale, sin problema. —Carraspeó—. De verdad, lo siento.

—Gracias.

Cortó y suspiró para coger aire. Aún era pronto, pero buscó a Marcus y lo llamó. Su amigo tardó en contestar, lo cual no le extrañó porque seguro que aún estaba dormido.

—¿Brody? ¿Sabes la hora que es?

—Sí, perdona.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, la verdad. Ayer cuando llegué, pues… encontré a mi padre muerto.

—¿Qué? Pero… ¿cómo?

Brody sacudió la cabeza, aunque Marcus no pudiera verlo. Tampoco quería entrar en detalles, la verdad.

—Ya te contaré, no sé, parece que entró alguien y… no sé.

—¿Cómo que entró alguien? ¿Me estás diciendo que lo han asesinado?

—Sí, eso parece.

—Joder, Brody. ¿Quieres que vaya? ¿Dónde estás?

—No, no, tranquilo… Luego te llamo, ahora voy al hospital a recoger las cosas de mi padre.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, estaré bien, tranquilo.

Se dio cuenta de que no hacía más que intentar tranquilizar a su amigo, como si así pudiera él calmarse también.

—Llámame para lo que necesites, ¿vale? —le dijo Marcus—. Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé. Gracias.

—Y lo siento mucho, tío. Ya sé que no erais uña y carne, pero… lo siento.

—Gracias, Marcus.

Terminó la llamada y dejó el móvil a un lado. Al arrancar le pareció ver un reflejo en el espejo retrovisor, pero cuando miró no vio nada y no le dio importancia. Aunque por allí no pasaban muchos coches, tampoco era tan extraño.

Volvió a la carretera y se dirigió al hospital. Teniendo en cuenta que era sábado no había mucho tráfico, por lo que en poco más de media hora estaba allí.

La verdad era que no iba mucho por el hospital, y solo había estado en el despacho de su padre en un par de ocasiones, por lo que tuvo que preguntar en la entrada para que le dieran las indicaciones oportunas y poder llegar allí.

Había una zona de recepción común a varias consultas y la chica que estaba sentada se levantó al momento cuando lo vio entrar.

—Hola, soy Cindy, hemos hablado antes. —Salió de detrás de la mesa y se acercó para abrazarlo—. Siento mucho lo de su padre.

—Ah, sí, gracias. —Carraspeó y ella se apartó—. ¿Nos conocemos?

—No, pero su padre tiene una foto encima de la mesa del despacho y le he reconocido.

Él parpadeó, sorprendido. No pensaba que su padre tuviera ese tipo de detalles sentimentales, quizá no lo conocía tanto como pensaba.

Cindy cogió una caja vacía que había en su mesa y se la entregó.

—Para sus cosas —explicó.

Brody afirmó y la siguió hasta el despacho, que tenía el nombre de su padre marcado en la puerta.

—Puede tomarse el tiempo que quiera —dijo ella—. ¿Un café?

—No, gracias, estoy bien.

Ella lo miró con tristeza y le frotó el brazo antes de dejarle solo.

Brody abrió la puerta y entró en el despacho. Las paredes estaban llenas de títulos enmarcados y, sobre la mesa, efectivamente, había una foto de ambos de cuando se graduó en la universidad. La cogió para mirarse, pensando en el tiempo transcurrido. No había cambiado mucho, solo unos kilos más, por lo que era normal que ella lo hubiera reconocido.

Metió la foto en la caja y procedió a descolgar los títulos con cuidado, uno a uno, hasta dejar las paredes casi vacías. No tenía muy claro qué haría con ellos, pero le daba reparo dejarlos ahí. Al fin y al cabo, eran de su padre.

Después abrió los cajones para mirar el interior. La mayoría era documentación de pacientes o del hospital, material de oficina y poco más, nada personal.

En el perchero había una chaqueta que, supuso, utilizaría en los días más fríos, y la metió en la caja también. Al fondo había un par más de armarios, pero, de nuevo, no encontró nada personal y los dejó como estaban.

Estaba revisando el último cajón cuando escuchó unos golpes en la puerta y se giró hacia allí.

—¿Puedo pasar?

Un hombre algo mayor que él, con aspecto amable y sonrisa triste lo observaba y Brody lo reconoció al momento. Hacía algunos meses que no le veía, pero conocía de sobra al doctor Keith Hayes. Llevaba años trabajando con su padre, solía encontrárselo allí en las pocas ocasiones en que había ido a verle. También en su casa, cuando iba a visitarlo, por lo que suponía que además de compañeros, habían sido buenos amigos.

—Sí, claro —contestó—. Hola, doctor Hayes.

—Siento mucho lo de tu padre, Cindy me ha avisado en cuanto has llamado. —Se acercó y le cogió por los hombros para mirarlo a los ojos—. Era un buen médico y un gran amigo.

—Gracias.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien. —Carraspeó—. Bueno, no sé, es pronto.

—Una muerte siempre es triste, sobre todo si es así de inesperada. —Le dio un par de palmaditas—. Lo echaremos mucho de menos.

—Gracias.

—Si necesitas ayuda con el entierro o lo que sea, cualquier cosa, por favor no dudes en llamarme. Después de tantos años trabajando juntos, somos casi como familia.

—De verdad, se lo agradezco mucho.

—Puedes tutearme, Brody. Llámame Keith.

Él afirmó, aunque tampoco pensaba que fuera a verlo mucho después de… En fin, después del entierro, ya no habría nada que le uniera al hospital ni a la gente que trabajaba allí.

—Claro —contestó—. Keith.

El doctor miró a su alrededor y suspiró con tristeza.

—Veo que ya has cogido todos sus títulos. La verdad, se va a hacer muy raro venir aquí y no verlo.

—Sí, es… sí, es extraño.

—Supongo que ahora te mudarás a su casa, ¿no?

Brody parpadeó, sorprendido ante el cambio de tema, y sacudió la cabeza.

—No, no es algo que me haya planteado nunca, la verdad.

—Es tuya ahora.

—Sí, bueno, supongo que la venderé.

Keith se aproximó y volvió a hacer aquel gesto de cogerle los hombros, aunque esta vez su mirada era muy seria y Brody no pudo evitar sentir cierta incomodidad.

—Tu vida va a cambiar mucho a partir de ahora —le dijo el doctor, con tono grave—. Será mejor que te prepares.

—Gracias… supongo.

No debía ser la respuesta que esperaba, porque Keith solo siguió mirándolo de aquella inquietante forma hasta que Brody carraspeó.

—Voy a seguir recogiendo —comentó.

—Sí, claro. —Se apartó—. Ya hablaremos.

—Claro.

Keith se dirigió a la puerta y, antes de salir, se giró otra vez en su dirección, por lo que Brody se quedó con una sensación extraña en el cuerpo.

Su móvil vibró en aquel momento y lo cogió al ver que lo llamaban de un número desconocido.

—¿Brody Jesky? —le preguntó una voz femenina.

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la oficina del forense para informarle que estamos realizando la autopsia a su padre y que podrá recoger el cuerpo en cuarenta y ocho horas, por si quiere ir haciendo los arreglos necesarios.

—Ah… bien, sí, gracias.

—Le llamaremos cuando esté listo.

—Gracias.

Colgó y se quedó mirando el móvil como si aquello fuera surrealista. «Cuando estuviera listo», como si fuera un pedido a domicilio o algo así.

En fin, aunque no quería, no le quedaba otro remedio que volver a la casa de su padre y buscar en su despacho los papeles del seguro para preparar el entierro, por mucho que no quisiera alargarlo y una pequeña parte de él se negara a aceptar que todo eso hubiera ocurrido.

Pero la imagen de su padre lleno de sangre y con el corazón arrancado no era algo que pudiera ignorar, por mucho que lo intentara.

Capítulo 2

En Seattle, los días se dividían entre grises, muy grises o extra grises, un poco como el humor de Lenny esa mañana.

La mala noticia lo había pillado al regresar de su último trabajo y le cayó encima como un mazazo: la muerte de Sammuel Jesky era una sorpresa inesperada, además de las implicaciones que traía consigo. Si ya de por sí era un hombre desconfiado, aquello no ayudaba.

El móvil lo avisó de que la reunión extraordinaria con Cifra sería sobre las once, lo que le dejaba una media hora para darse una ducha y conducir hasta allí. Aparcó su furgoneta Dodge negra, una de las más comunes, que justo había sido elegida por ese motivo, y entró en su piso a toda prisa. Lanzó la bolsa con la ropa a la cocina y subió al baño con el ceño fruncido: no le gustaban las prisas, los errores se cometían así.

Mientras se duchaba, pensó en Sammuel y en cómo todo acababa de irse al carajo con su asesinato. Su hijo no estaba preparado para ocupar su puesto, ni en broma. Les iba a costar mucho tiempo y esfuerzo, tiempo y esfuerzo que no tenían, aunque sabía que no podía negarse. Solo le quedaba gruñir, algo tan inherente a su carácter que sus compañeros directamente lo pasaban por alto: todos fingían no darse cuenta, cambiaban de conversación o, lo que aún era peor, intentaban dulcificarlo, como Nova.

Se vistió a toda prisa con unos vaqueros, una camiseta y una cazadora, además de su pistola, ya una extensión de sí mismo. Su pelo no tenía remedio, por más que tratara de ordenarlo rara vez lo conseguía, así que lo dejó por imposible.

Una vez de camino, su humor no mejoró cuando una moto lo adelantó por la izquierda de manera imprudente. Y la dueña, todo un dechado de irresponsabilidad, no llevaba casco: le daría pena que su cabellera rubia se despeinara.

Maldiciendo a la gente temeraria a la que debía proteger, Lenny aceleró su vehículo para dejarla atrás. Durante unos diez minutos se limitó a conducir en

silencio, concentrado en la carretera y sin dejar de pensar en Sammuel y lo ocurrido.

Porque lo de aparecer sin corazón era típico de…

Y otra vez la moto se puso a su altura antes de adelantarlo, cruzándose por delante sin el menor cuidado. Lenny lo dejó correr, no estaba de humor para carreras con descerebradas: si un par de kilómetros más adelante encontraba su cuerpo estampado contra el asfalto, no le daría excesiva pena. Para no llevar casco, conducía como los locos. Cuán egoístas eran sus congéneres: totalmente ignorantes de que gente como él se pasaba la vida protegiéndolos, y después ellos mismos se ponían en peligro sin motivo.

El móvil vibró en el asiento del copiloto: Cifra le recordaba que su asistencia a la reunión del consejo era obligatoria.

Lenny aceleró y, cuando llegó al edificio en el polígono abandonado más desastroso que se pudiera imaginar, se llevó una desagradable sorpresa al ver la dichosa moto que lo había adelantado allí aparcada.

Cerró de un portazo y se encaminó hacia la entrada, donde un vigilante con cara de sueño sujetó la puerta ante él.

—Hola, Lenny —saludó—. ¿Reunión?

—Eso parece. —Lo saludó con la cabeza—. ¿Llego el último?

—Creo que sí. —El vigilante pulsó un botón y las puertas de un ascensor se abrieron.

—Gracias, Eric.

Por dentro, el edificio tenía mucho mejor aspecto de lo que su cara externa daba a entender: otro truco de camuflaje. Cuanto peor parecía el lugar, menos ganas tenía la gente de curiosear por los alrededores. Al igual que su camioneta, sencilla de camuflar.

Lenny se metió en el ascensor sin preguntar por la moto. Él iba al sótano, pero en las plantas de arriba trabajaban un par de empresas en absoluto importantes, así que seguro que la conductora suicida iba allí.

Eric pulsó el botón por segunda vez para cerrar el ascensor, de ese modo se aseguraba de que nadie bajara sin pasar por su filtro. Tres plantas más abajo, Lenny salió para encaminarse por un montón de pasillos laberínticos hasta que llegó a la sala de reuniones del consejo.

Empujó la puerta y entró, consciente de que las conversaciones quedas se interrumpían al instante.

—Pasa, Lenny —invitó Cifra, con un gesto—. Eres el último en llegar.

—Que sepas que no es culpa mía, vengo de un trabajo —gruñó.

Dio un paso hacia la mesa, y al instante detectó una presencia desconocida. Y a juzgar por aquella cabellera rubia, era la loca de la moto. Solo que, en cuanto la miró mejor, se dio cuenta de que no tenía nada de humana.

Fue hasta su asiento habitual y se dejó caer en él con una mueca, en espera. Al parecer, la muerte de Sammuel Jesky no era la única novedad.

Se cruzó de brazos, examinando al resto del equipo para valorar sus expresiones.

Nova Moon se sentaba junto a la recién llegada, aunque no parecía intimidada por su presencia. Nova, menuda y de aspecto frágil, era mucho más poderosa de lo que su físico podía aparentar, y la dulzura de su rostro engañaba: algo común en las brujas. Era ese tipo de persona que siempre era amable con los demás, o encontraba las palabras oportunas para hacer sentir mejor a la gente. No todas las brujas eran como ella, por descontado, y a pesar de que Lenny no encontraba en su vida demasiados momentos para confidencias o amistades, Nova era una excepción para él. No lo admitiría en la vida, pero se preocupaba porque no corriera más peligro del necesario.

También estaba allí Keith Hayes, el médico. Todo consejo tenía uno infiltrado en el hospital más próximo a su delegación, una necesidad obvia para ciertas heridas imposibles de explicar ante el personal sanitario. Además, Keith se ocupaba de controlar y proteger a Sammuel dentro del hospital, y eso había hecho que entre ambos se desarrollara una larga y duradera amistad. De hecho, Sammuel era tan buena persona que era difícil no apreciarlo y, al ver su silla vacía, Lenny sintió de forma aguda su ausencia.

Cifra, de unos cincuenta años y cabello corto de color platino, ocupó su lugar como presidenta del consejo. Tenía un sobre entre las manos y jugueteaba con él, pasándolo de una a otra con aspecto distraído. Ya su presencia dejaba clara la gravedad del asunto, lo que llevó a Lenny de nuevo hacia la recién llegada, que parecía sacada de un catálogo para adultos: su ropa era de todo menos discreta, con ese corsé ajustado negro, los pantalones que parecían una segunda piel y las botas, aunque claro, tampoco le extrañaba demasiado ahora que sabía que no era humana. Su belleza era tan irreal, tan perfecta que, junto a esos ojos de color violeta, solo podía ser una cosa.

Cifra carraspeó para llamar su atención, de modo que Lenny hizo el esfuerzo de apartar la mirada de la recién llegada y se giró hacia ella.

—¿Qué hace esa cosa aquí? —masculló.

La rubia le lanzó una mirada socarrona, sin parecer ofendida.

—Sí, empecemos por ahí —contestó Cifra—. Esta es Alexia Dragavei, a partir de ahora trabajará con nosotros. Alexia, deja que te presente en condiciones al grupo.

La rubia lanzó una mirada fría a su alrededor, estudiando a aquellos humanos sin apenas cambiar su expresión.

—Ella es Nova Moon, una bruja del linaje de Salem —explicó Cifra—. Lleva tres años en el equipo y es muy buena.

Nova desprendía un aura especial. No poseía una belleza exultante, sino discreta, de esas que no llamaban la atención hasta que un día descubrías que no podías dejar de mirar. El mundo de Alexia era más ostentoso, de modo que esa pequeña bruja resultaba una novedad.

—¿Dragavei es un apellido rumano? —preguntó Nova, en un tímido intento por ser cortés.

La rubia asintió con lentitud, sin añadir nada.

—Keith Hayes, el médico del hospital. Nos ayuda cuando hay accidentes o heridos.

Keith miró a la nueva sin el menor disimulo. En su rostro se mezclaban distintas emociones y no era sencillo leerlas; sin embargo, no parecía impactado de manera tan negativa como Lenny.

Alexia hizo una leve inclinación de cabeza en su dirección. El médico rondaría los cuarenta y pocos; de cabello oscuro y ojos claros, era muy atractivo y lo sabía. Su forma de entornar esa mirada gris era la de alguien que se sabía seductor, y ella no podía menos que estar de acuerdo.

—Y el malhumorado es Lenny, cazador del clan Benezet. Hace cinco años nos lo prestaron y nunca lo hemos devuelto. —Cifra se las arregló para no sonreír al decirlo.

Claro, un cazador, debería haberlo adivinado solo por su aspecto. La ropa descuidada, ese pelo por encima de los hombros sin arreglar… todos sabían que los cazadores no se preocupaban en exceso por el físico o la indumentaria, más allá de que pudieran aplicarla en su trabajo. Lo cual era una lástima, porque aquel se veía que era guapo, pese a su gesto de mal humor.

Y había otra cosa que sabía respecto al clan Benezet… no eran hermanitas de la caridad precisamente.

—¿He oído bien? ¿Que va a formar parte del grupo? —preguntó este último.

Cifra asintió, sin cambiar su expresión.

—¿Desde cuándo trabajamos con vampiros?

—Alexia es un activo muy valioso y va a sernos de mucha ayuda, en serio. Quita esa expresión despectiva de tu cara, por favor.

Lenny se recostó en su silla, cruzándose de brazos mientras esperaba una explicación. Nova y Keith también parecían interesados, pese a que ellos eran más educados y jamás hubieran expresado su desagrado de forma tan directa. A Lenny no le importaba ser descortés, le parecía más importante saber qué pasaba allí, solo que Cifra no hablaba, centrada en encontrar las palabras correctas, de modo que lo hizo él.

—¿Vampira en qué facción? —preguntó, de forma directa.

—Guardaespaldas —contestó Alexia, sin inmutarse.

«Facción dos», se dijo Lenny. Eso quería decir que era una trabajadora al servicio de un jefe de facción y, dentro de los trabajadores, protegía a alguien importante. No tenía el poder de un pez gordo, ni la libertad de la plebe vampírica. Las guardaespaldas no se andaban con tonterías, las preparaban con tanta intensidad como su propio clan adiestraba a los cazadores, solo que ellas eran bastante más despiadadas.

—Entonces sabes pelear —comentó.

La rubia afirmó. Estaba claro que no malgastaba palabras, lo que no le disgustaba, aunque esa sonrisita burlona sí.

—Y ahora estás aquí —terminó Lenny, y ella asintió de nuevo—. ¿Cuándo te echaron de tu comunidad?

Cifra pareció alarmada.

—¡Lenny!

—Los vampiros rara vez se mezclan con humanos, a no ser que sea para comérselos. Si va a trabajar con nosotros, merecemos saber qué la ha traído hasta aquí. ¿A quién le tocaste las pelotas?

Alexia no modificó su expresión divertida, pero él observó cómo entrecerraba los ojos. Ese pequeño gesto le daba a entender que el tema escocía, sin duda, y que no era tan indiferente como pretendía aparentar.

—Problemas con mi jefe —se limitó a contestar.

Keith carraspeó, girándose hacia Cifra para interrogarla con sus ojos grises.

—¿No la buscarán? —preguntó.

—Está bien, dejemos el tema claro —comentó ella—. Alexia hizo algo… en fin, algo que no le van a perdonar. Debería estar muerta, pero le he conseguido cierta inmunidad al pertenecer al consejo, y va a trabajar para nuestra causa. Creo que es todo lo que necesitáis saber.

—Ni mucho menos —objetó Lenny.

—Cifra, intenta comprenderlo —se sumó Nova—. No tenemos nada en contra, pero así, de buenas a primeras, no es muy habitual.

—¿No confiáis en mí?

Los rostros expresaron duda. Siempre se habían fiado de Cifra, y si ella misma respondía por la recién llegada, la cosa cambiaba.

—Confiamos en ti —asintió Nova—. Sin embargo, necesitamos más información.

—El pasado de cada uno le pertenece, y yo no soy quién para revelarlo. Solo puedo deciros que Alexia está aquí para ayudarnos y que, pese a la laguna legal que debería protegerla de sus antiguos compañeros, intentaremos que pase desapercibida para no provocar problemas.

Lenny alzó la ceja. Desapercibida.

Pero ¿cómo iba a pasar desapercibida? Era prácticamente imposible que el cien por cien de los hombres y el noventa y nueve por ciento de las mujeres no la mirara. Además, todo el mundo sabía que los vampiros eran los reyes del coqueteo y la seducción, era su sello personal. Cuando en un atuendo encontrabas corsés, pantalones ajustados, joyas excesivas y tacones, casi seguro te encontrabas en presencia de una criatura con colmillos.

—Imposible que pase desapercibida con esa pinta.

—Ya sabes cómo somos los vampiros —replicó ella—. Nos gustan los excesos.

—Sí, lo sé. Por eso os matamos.

La rubia apretó los labios y la sonrisa irónica desapareció de su rostro. Bien, eso quería decir que aún le molestaba el exterminio de los suyos, de modo que no se podía confiar en ella.

—Lenny… —advirtió Cifra.

—Mira, lo siento, es que lo de trabajar con criaturas sobrenaturales no lo veo.

—Nova también pertenece al equipo —señaló Cifra.

—Eso es distinto. Brujas y cazadores siempre han trabajado por el bien común… los vampiros son diferentes, lo único que hacen es provocar escabechinas allá por donde pasan.

—Sé que os cuesta haceros a la idea —explicó Cifra—, pero las cosas han cambiado y tenemos que adaptarnos. Mirad lo sucedido a Sammuel, lo han asesinado sin más en su casa. Esto hace años era impensable —suspiró—. Y respecto a Alexia, nos vendrá muy bien, creedme.

Con esa frase, Cifra zanjó la cuestión. Los ojos de todos estaban llenos de dudas; sin embargo, nadie cuestionaba su autoridad, ni siquiera Lenny. No

por falta de ganas, sino porque obedecía a su clan, y el clan Benezet estaba hermanado con el consejo, al igual que con las brujas. Era un círculo que empezaba y terminaba con ellos, un círculo que nadie ponía en duda.

—Hablemos de Sammuel —dijo Cifra, para así dar tiempo también a que se fueran haciendo a la idea de la presencia de Alexia.

—Una gran pérdida —murmuró Keith.

—Una pérdida terrible. —Los ojos color ambarino de Nova brillaron.

—E inesperada —terció Lenny—. ¿Cómo ocurrió, tenemos autopsia?

—Todavía no —respondió Keith—. Hoy es el entierro, así que esta semana la tendré. Aunque tampoco creo que vayamos a descubrir nada que no sepamos ya.

—Lo de arrancar el corazón es… —empezó Cifra, tragando saliva.

—Típico de demonios —terminó Keith.

—Hace tiempo que no hay demonios sueltos —observó Lenny—. Y la puerta no se ha abierto que sepamos, ¿no?

Cifra negó.

—Tendremos que investigar su muerte, algo no encaja.

Cogió el sobre, lo abrió y esparció una serie de fotos sobre la mesa. Todas mostraban lo mismo: Brody, el hijo de Sammuel, en distintos momentos del día, desde la ida al trabajo a la cerveza después de este que se tomaba a diario con su mejor amigo.

Pese a que todos en aquella mesa excepto Alexia lo conocían, las fotos pasaron de mano en mano como si lo vieran por primera vez: ese chico joven, con un cierto atractivo que pasaba desapercibido debido a su anodina vestimenta y su poco gusto en lo referente al pelo, con esas gafas que irremediablemente lo condenaban al grupo de los invisibles, y que a todas luces no estaba preparado para lo que se le venía encima: ni física, ni psicológicamente.

—Parece un buen chico —se metió Keith—. No es que hayamos hablado mucho, no pasaba demasiado tiempo con su padre, pero iba todas las semanas a verlo.

—¿Cómo vamos a convencerlo? —preguntó Nova, sin apartar la vista de las fotos.

El chico le producía cierta ternura, como si fuera el inadaptado de la clase o algo así.

—Yo voto por meterlo en mi furgoneta y traerlo aquí —comentó Lenny tan tranquilo.

—No podemos hacer eso. —Nova le dedicó una mirada irritada—. Le daríamos un susto de muerte.

—¿Y qué?

—No seas bruto, habrá otras formas menos bruscas de hablar con él.

—No se me ocurre ninguna, ¿y a ti?

—Por de pronto, os recuerdo que hay que empezar a protegerlo ya —informó Cifra—. Ahora es más vulnerable que nunca, así que empezad a seguirlo y os quiero en el entierro. Podéis tratar de hablar con él allí, si pensáis que se lo va a tomar de manera razonable.

—¿Y si no quiere suceder a su padre? —Keith verbalizó una idea que todos tenían en mente.

Cifra se pasó las manos por su cabello corto, y sacudió al cabeza.

—Entonces lo matarán. Y como no tiene hijos, el legado Jesky morirá con él. Desconozco quiénes son los siguientes en la lista, pero no quiero averiguarlo… nuestro trabajo es mantenerlo con vida y entrenarlo para ser el próximo centinela.

Hubo un breve silencio general mientras todos daban vueltas al asunto. El fin del legado Jesky era algo que no podían ni plantearse, qué sucedería era una incógnita: la puerta siempre, siempre, había estado vigilada por ellos. Ni siquiera sabían si otra familia podía hacer ese trabajo, dado que jamás se había planteado la cuestión.

—Lo vigilaré durante la mañana —se ofreció Nova.

—Yo estaré en el cementerio. —Alexia habló por primera vez—. No me verá, a menos que yo quiera.

—¿Caminas a la luz del día? —preguntó Nova, sorprendida.

No era habitual, aunque no imposible. Todos habían oído historias sobre vampiros que se dejaban de ver bajo el sol; sin embargo, al no tratar con esas criaturas no sabían si era una leyenda urbana o una realidad.

Alexia se limitó a asentir sin dar más información. No pensaba revelar más de lo necesario sobre sí misma, menos en un lugar donde no era bienvenida. En cierto modo, lo comprendía. Como bien había comentado el tipo hosco, lo habitual era que cazaran a los vampiros, no que trabajaran con ellos mano a mano.

—Entonces, esta tarde iniciaremos el acercamiento —comentó Cifra—. Hasta entonces, no perdáis de vista al chico. Terminamos la reunión.

La mujer recogió los papeles y se apresuró a abandonar la sala sin entretenerse, como siempre hacía. Ella coordinaba desde su lugar de trabajo,

que ninguno conocía, y solo una muerte o algo realmente serio podía hacer que se personara en carne y hueso.

Nova se acercó a Alexia, que se estaba abrochando su cazadora.

—No te lo hemos dicho, pero bienvenida —dijo, con una sonrisa—. Disculpa nuestra reacción inicial, nos ha pillado por sorpresa.

—No importa —contestó Alexia.

—Nunca hemos conocido a uno de los tuyos. Es decir, hemos visto a muchos, claro, aunque no con conversación de por medio.

Nova puso cara de culpabilidad al darse cuenta de lo que acababa de decir… pero era la verdad, no podía esconderlo. ¿A cuántos vampiros había cazado Lenny? Ni siquiera se atrevería a aventurar una cifra. Como si pudiera leer su mente, Alexia miró en dirección al cazador.

—¿Me va a dar problemas? —preguntó, sin andarse por las ramas.

—¿Lenny? —Nova dudó—. En fin… no creo. No le hagas mucho caso tampoco, las relaciones sociales no son una de sus mejores cualidades.

Alexia lo tenía claro. Conocía de sobra a los cazadores y sus clanes, la mayoría eran todos parecidos a ese: desconfiados, hoscos y con tendencia a disparar antes de preguntar.

—Así que, ¿guardaespaldas? —Nova la sacó de sus pensamientos—. Sabía algo sobre la jerarquía vampírica, pero por tu ropa pensaba que pertenecías a un rango más alto.

Alexia la observó con cierta ternura. Era imposible no ver la ausencia de malicia en esa muchacha, por muy bruja que fuera. Tan dulce, tan ingenua respecto a las cosas horribles que ocurrían en ciertos lugares…

No le hubiera importado quedarse un rato más confraternizando con aquel extraño grupo, sabía que debía lograr que confiaran ella pues solo así podrían trabajar en condiciones. Sin embargo, aún era pronto para dejar de verlos como comida.

Claro que… no podía comerse a esas personas. Por mucho que el tipo rudo de ojos azules tuviera boletos para ello, debía controlarse y demostrar que no era la bestia sedienta de sangre que todos pensaban que era.

Es decir, lo era, solo que tendría que tirar de libreta y a algún desconocido. No era que le gustara, no disfrutaba con ello, pero no le quedaba otro remedio que hacerlo. Los vampiros que se alimentaban de sangre animal no eran tan fuertes, y ahora necesitaba toda la ayuda posible: su comunidad no la echaba de menos precisamente. Debía protegerse y andar con cuidado; pese al acuerdo silencioso por el cual no podían matarla, Alexia sabía de sobra que los vampiros no eran de fiar.

—Nos vemos después en el entierro —dijo, a modo de despedida.

Nova la observó marchar, pensativa, y fue a reunirse con Lenny y Keith, que continuaban hablando con gestos preocupados. Entendía sus expresiones reticentes: demasiadas cosas que asimilar.

—Espero que lo de esta tarde salga bien —comentó.

—Ojalá —respondió Lenny, cogiendo su cazadora para ponérsela—. Y si me admites un consejo, cuidado con los vampiros. Parecen humanos y se comportan como tal, pero no lo son.

Nova afirmó. Una vez la sala estuvo vacía, se acercó para guardar las fotos en el sobre, volviendo a examinarlas con cuidado. En algo tenía razón Cifra: el pobre no sabía lo que le venía encima…

Brody no esperaba que acudiera tanta gente al entierro de su padre. De hecho, ni siquiera había preparado nada especial aparte de unas palabras que decir en el mismo cementerio, donde caía una fina lluvia mientras la gente se acercaba a él cubriéndose con paraguas para darle el pésame.

—No sabía que tu padre tuviera tantos amigos —comentó Marcus.

—Ni yo, serán compañeros de trabajo.

Varios le sonaban del hospital, otros suponía que serían vecinos (aunque la casa estuviera alejada, alguno había), y unos cuantos, ni idea.

—Tu padre era un gran hombre —le dijo una chica.

Brody le estrechó la mano de forma automática, echándole entonces un vistazo rápido. No la había visto antes, pensó. Parecía de su edad, morena y de ojos castaños, seguro que se acordaría en caso de conocerla.

—Gracias. ¿Trabajabas con él?

—Sí, algo así.

Brody no supo qué contestar a eso y ella avanzó, alejándose, al ver que otra persona se acercaba al chico a darle el pésame.

—Quizá habría que ir más por ese hospital —le dijo Marcus, cuando el siguiente ya se había marchado también—. Pensaba que tu padre trabajaría con gente de su edad, después del tiempo que llevaba allí.

—Pues se ve que no.

En aquel momento vio que se acercaba el doctor Hayes (Keith, se recordó), con expresión triste y seria. Cuando llegó a su altura, el hombre le dio unas palmadas en el hombro además de estrecharle la mano.

—¿Qué tal estás, Brody? —le preguntó.

—Más o menos.

Todavía estaba en cierto estado de *shock*. Todo hubiera sido más fácil si su padre hubiera sufrido un infarto, por ejemplo, pero la imagen de su cuerpo cubierto de sangre no ayudaba a su paz mental, como tampoco el hecho de que, cuando lo llamó el forense para confirmarle que podía enviar a la funeraria a recoger el cuerpo para el entierro, le dijera que nunca había visto nada igual.

La policía se puso en contacto de nuevo para recordarle que se pasara a declarar, aunque al preguntar, no habían sabido decirle nada nuevo. Así que no tenía ni idea de quién o por qué había acabado con la vida de su padre de aquella forma.

—Poco a poco, ya te adaptarás —le dijo el doctor.

—Claro.

—No he visto que haya reunión después, ¿tienes planeado algo?

Brody puso cara de susto. Ni hablar, solo de pensar en gente llevando tápers a la ahora solitaria casa de su padre le daban escalofríos.

—No, no, solo esto. Algo íntimo.

Los que había llamado en persona querían saber qué había pasado. Claro, no podía ponerse a dar detalles así que lo resumía en «muerte inesperada», otro motivo por el cual no quiso hacer nada en la casa. Cada vez que alguien preguntara, tendría que estar reviviendo todo el tiempo aquella escena y no se veía capaz de ello.

Cuando el doctor se hubo alejado, se acercó el director de la funeraria. Su padre no era creyente, por lo que la idea de que un sacerdote oficiara la ceremonia de despedida ni siquiera se la había planteado.

—Parece que ya estamos todos —comentó—. Si le parece, puede acercarse a decir unas palabras. No quiero meterle prisa, pero parece que se avecina una tormenta.

«Para no variar», pensó él.

—Claro, voy —contestó.

La gente se había colocado en círculo alrededor de la tumba abierta, sobre la que se encontraba el féretro enganchado al mecanismo que lo haría descender al interior. Frente a la parte superior, la funeraria había colocado las flores enviadas por la gente, más una corona encargada por Brody y una foto de su padre que ellos habían colocado en un enorme marco plateado. Por si lo necesitaba, también tenían un atril. Estaba algo mojado y, cuando se apoyó en él con las notas tomadas apresuradamente, estas se mojaron y vio que la tinta se emborronaba.

Genial. Ya ni con gafas vería, que encima también estaban algo mojadas a pesar de que Marcus, muy solícito, le cubría con un paraguas.

Carraspeó y se las quitó para limpiarlas mientras alisaba las hojas, gesto que solo consiguió emborronarlas aún más.

Miró hacia la gente y al momento sintió que se le secaba la garganta al notar toda la atención sobre él. Nunca se le había dado bien hablar en público. De hecho, no recordaba ni cuándo había sido la última vez. Cuando tocaba presentar algún trabajo en el instituto o la universidad, siempre se encargaba algún compañero, y en la gestoría no le había hecho falta jamás.

Se oyó un trueno, alguien tosió y Brody vio que el de la funeraria miraba el reloj de su muñeca, así que se aclaró la garganta y observó las hojas, a ver si entendía lo escrito allí. Bastante le había costado encontrar algo que decir para encima no recordarlo. Era muy triste no tener mucho que contar sobre su padre, pero como su relación era cordial sin más, nunca se había parado a pensar en ello.

—Estamos aquí para despedir a mi padre, Sammuel Jesky. —Estupendo, según lo dijo se dio cuenta de que era la forma más absurda de empezar. Obviamente, todo el mundo sabía para qué estaba allí—. Ejem, un gran… —Apartó la hoja y miró la siguiente, sin éxito, así que las arrugó—. En fin, un gran hombre y mejor padre. Siempre me cuidó y… nos llevábamos bien. No era la típica relación en la que el padre enseña deportes al hijo, por ejemplo, aunque tampoco yo quería —se apresuró a añadir, al ver algunos gestos confusos—. No, yo no soy de deportes. De verlos sí, no de practicarlos, quiero decir. —Marcus le dio un pequeño codazo—. Perdón, que me desvío. Mi padre. Sammuel Jesky. Le… le echaré mucho de menos, era mi única familia, así que… No, bueno, no quiero decir que si tuviera más familia no lo echaría de menos, claro, era mi padre. —Vio que Keith se levantaba, abrochándose su traje negro, y lo observó mientras se acercaba—. Ah, creo que… ¿va a… vas a hablar?

El doctor le dio un abrazo, de nuevo acompañado de palmaditas.

—Tranquilo —le susurró—. Yo me encargo.

Brody se hizo a un lado, aliviado. No tenía ni idea de lo que iba a decir, aunque seguro que sería algo mejor que su maravilloso discurso.

—Disculpad a Brody, está muy afectado como todos podéis suponer —empezó Keith—. Ha sido un golpe muy duro para todos, pero solo puedo imaginarme el dolor por el que su único hijo debe estar pasando. —Miró al frente, recorriendo a los asistentes con la vista—. Sammuel era un gran compañero. Dedicó su vida a ayudar a los demás, en muchas más formas de

las que podéis imaginar. Era una figura indispensable y será difícil reemplazarlo.

«Pues sí que están cortos de personal en el hospital», pensó Brody. Claro que también podían ser unas palabras dedicadas a ensalzar su figura en un momento como ese, nada más… Se sintió mal al momento por ese pensamiento tan superficial, pero era algo que no podía evitar. Igual que con su discurso, su mente a veces le enviaba pensamientos que estaban fuera de lugar y encima su boca los verbalizaba la mitad de las veces, así que se concentró en mantenerse callado para no decir ninguna tontería más.

—Le echaremos de menos —continuó Keith—. Nos queda su ejemplo a seguir y solo espero poder estar a la altura. Gracias a todos por venir.

A Brody casi le dieron ganas de aplaudir en el silencio que se produjo tras aquellas palabras, en su línea de pensamientos absurdos.

Keith se acercó a él y lo cogió por los hombros, haciéndole un gesto hacia la tumba. Se dejó llevar con Marcus detrás, tapándole con el paraguas, y cuando se acercaron al borde entendió lo que le estaba indicando, ya que se agachó a coger tierra.

Lo imitó, llenando su mano con un buen puñado, y la echó sobre la tapa del féretro. Tras él, lo hizo el doctor y entonces el encargado de la funeraria puso una música fúnebre mientras pulsaba el botón que hacía descender el ataúd.

—¿Estás bien? —preguntó Marcus.

Él movió la cabeza sin decir nada, con la vista fija en la caja de madera. Todavía le parecía algo surrealista, pero el sonido de la tierra contra la madera lo convirtió en algo real.

Era todo tan extraño…

El féretro terminó su recorrido y la gente comenzó a alejarse. Al levantar la vista su mirada se cruzó con la chica desconocida, que le sonrió antes de marcharse, y entonces vio una figura tras un árbol.

—¿Ese quién es? —preguntó, señalando.

Keith y Marcus miraron hacia allí, donde ya no había nadie.

—¿A quién te refieres? —preguntó su amigo.

—Un tipo… No lo he visto bien, así como desarreglado y en vaqueros.

—Yo no he visto a nadie —dijo Keith, encogiéndose de hombros—. Tu padre conocía a mucha gente, de todas formas.

—Sí, eso parece.

—¿Quieres ir a algún sitio? —ofreció el médico.

—No, me voy a ir a casa ya.

—¿Necesitas que te lleve?

—No, gracias, he venido con Marcus.

—Bien, pues me marcho yo también. Ya sabes dónde me tienes, llámame si necesitas cualquier cosa.

—Gracias.

El doctor se despidió y se dirigió hacia la salida del cementerio. El encargado de la funeraria se acercó a Brody y le entregó la corona de flores, que él cogió por instinto.

—¿Qué hago con esto? —preguntó, al darse cuenta de lo que era.

—Hay gente que se lo quiere llevar de recuerdo.

—Ah… Vale.

¿Y qué iba a hacer con eso? Pero el hombre ya se alejaba, así que no dijo nada y se lo colgó del brazo.

—¿Quieres tomar una cerveza antes de ir a tu piso? —inquirió Marcus.

—La verdad es que no me apetece mucho.

—Vale, pues te llevo cuando quieras.

Brody echó un vistazo a su alrededor. Apenas quedaba gente en el cementerio. Los empleados estaban echando paladas de tierra, Keith estaba en la entrada con un par de hombres que, supuso, eran colegas, y ya no veía a la chica de ojos castaños, aunque sí a otra que no había visto antes. Estaba justo al otro lado del muro, y a pesar de que sus gafas otra vez estaban ligeramente empañadas, le llamó la atención su pelo rubio y sus ojos, que parecían brillar. Una belleza así en aquel escenario lo sumergía de nuevo en el surrealismo.

—¿Has visto a…? —empezó a decir.

Pero según cambiaba su mirada de ella a Marcus y de nuevo a la puerta, la chica desapareció.

—¿A quién? —preguntó él.

—No, nada. Vámonos.

El coche de Marcus estaba aparcado cerca de la entrada, por lo que pronto estuvieron subidos en él. Había aún algunas personas ocupando los suyos, y según salieron a la carretera, Brody vio por el espejo retrovisor que una furgoneta de color oscuro hacía lo mismo. Sin poder evitarlo, se quedó mirando su reflejo, y comprobó que giraba igual que hacían ellos, manteniendo cierta distancia.

—Creo que nos siguen —comentó.

—¿Qué?

—Que digo que creo que nos siguen —elevó el tono—. ¿No ves una furgoneta detrás? Una Dodge.

Marcus miró por el espejo retrovisor y se encogió de hombros.

—Veo muchos coches —contestó—. ¿Por qué iba a seguirnos nadie?

—No sé.

—Pues eso.

Si lo pensaba era ridículo, claro, pero seguía con esa sensación de inquietud y encima la maldita furgoneta no desaparecía, continuaba el mismo camino que hacían ellos. No la perdió de vista hasta que Marcus tomó la calle que llevaba a su piso, y, aun así, se quedó en el coche un par de minutos, mirando por la ventanilla.

—¿Quieres que me quede contigo? —insistió Marcus.

Brody negó con la cabeza. Seguro que su amigo estaba preocupado, él también lo estaría si su padre hubiera muerto y luego se quedaba así en el coche, mirando al infinito sin decir nada.

—Tranquilo, estoy cansado, nada más.

—¿Te llamo mañana y quedamos?

—Sí, sin problema. Tendré papeleos, pero será por la mañana. Me hará bien salir un rato para distraerme. Gracias por todo, Marcus.

—Somos amigos, no he hecho nada del otro mundo.

Le dio una palmada en el hombro y Brody se bajó, con la corona a cuestas. Se quedó en la acera acomodándola en el hueco de su codo mientras el coche se alejaba y se palpó los bolsillos en busca de sus llaves.

En ese momento, vio aparecer de regreso la furgoneta por la esquina de la calle y se quedó mirándola, entrecerrando los ojos. Después de todo, entre el *shock*, la persistente lluvia y las gafas medio empañadas, quizá fuera una diferente y se estuviera montando una película en la cabeza sin venir a cuento. Las carreteras estaban llenas de furgonetas negras como esa, era un vehículo de lo más común.

Claro que todo ese pensamiento lógico desapareció cuando vio que el vehículo se detenía justo a su lado, se abría la puerta lateral y un par de figuras encapuchadas salían a toda prisa y se abalanzaban sobre él.

—¡Soc…! —intentó gritar.

No llegó a emitir la palabra completa: uno le cubrió la boca, pegándole con rapidez una tira ancha de cinta americana. Al momento, le pasaron una bolsa de tela oscura por la cabeza y notó cómo lo elevaban en el aire para empujarlo a lo que supuso era el interior de la furgoneta, todo ello con la corona aún sujeta en el codo.

Como si no hubiera tenido suficiente, lo secuestraban unos desconocidos el día del entierro de su padre, empapado de lluvia y con una corona fúnebre

en el brazo.

Menuda imagen mental. Claro que, de gracia, poca, porque lo primero que pensó fue en cómo había muerto su padre y si aquella gente tendría algo que ver, porque no se le ocurría ningún motivo por el que nadie pudiera secuestrarlo.

Le cogieron las muñecas para atarlas por delante, y él se las llevó instintivamente al pecho, con lo que se pinchó con las hojas de la corona. ¿En qué momento se le había ocurrido decir que sí cuando le propusieron utilizar acebo?

Qué bien, no hacía falta que lo torturaran: ya se arañaba él solo.

—Silencio —le dijo una voz masculina—. No intentes nada o será peor.

Detrás de la capucha, Brody elevó una ceja. ¿Qué iba a intentar, si no podía ni moverse ni hablar? ¿Atacarlos con la corona? Que pinchaba, sí, pero no tanto como para ser útil y utilizarla en plan arma defensiva. Además, ¿a quién pretendía engañar? No sabía defensa personal, ni era fuerte, ni tenía un buen gancho de derecha. En una película, él sería el cobarde del grupo que se apretujaba contra una pared rezando en silencio para que los matones de turno no lo vieran.

Notó que el coche aceleraba y, aunque estaba sentado, el movimiento lo hizo caer hacia atrás y golpearse la cabeza. Mientras el mareo daba paso a una ligera pérdida de conciencia, se dijo que mejor si se desmayaba, después de todo. Así, no se enteraría de nada.

Y eso fue lo último que pensó de forma coherente mientras sus ojos se cerraban.

Capítulo 3

Una vez recuperada la consciencia, el viaje resultó interminable para Brody, ya que a cada segundo que pasaba temía el momento en que sintiera las ruedas del vehículo detenerse en seco. Tenía tanto miedo que, literalmente, no se veía capaz de articular palabra aun sin mordaza: bastante tenía con tragar saliva y concentrarse en respirar para no sufrir un ataque de pánico.

Su cerebro no dejaba de repetirle que aquello no podía ser real. Sin embargo, las bridas de las muñecas, tan apretadas que casi le cortaban la circulación, le recordaban que no era ningún sueño. Lo habían secuestrado en plena calle y no tenía la menor idea de por qué.

Por dinero, no tenía sentido. Era un simple gestor, lo único que poseía de valor era la casa de su padre y ni siquiera era suya, no todavía. Era un don nadie, así que por más que buscaba una razón, no la hallaba.

Sintió que la furgoneta cambiaba de dirección y se encogió, intuyendo que estaban a punto de llegar a su destino. Dios mío, ¿qué le iban a hacer? ¿Matarlo? Había tantas noticias sobre gente que desaparecía sin dejar rastro… o quizá, torturarlo.

La simple idea hizo que se mareara hasta casi perder el conocimiento. No aguantaba demasiado bien el dolor, su madre siempre le había dicho que era un quejica, y desde luego, no estaba preparado para que una panda de sádicos le cortara los dedos de uno en uno.

«Cálmate, Brody, respira», le dijo a su cerebro, que ya dibujaba un sangriento escenario con un cuchillo como atrezo.

No podía ser eso. Cierto que había psicópatas por el mundo a los que les gustaba trocear gente, pero las posibilidades de que fuera su caso concreto no parecían altas. Tenía que ser por dinero, no había otra opción, y eso lo llevaba a pensar que se trataba de un malentendido.

Lo habían confundido con otro, fijo. Solo tenía que explicarse y…

La furgoneta se detuvo con un frenazo brusco que lo lanzó hacia la puerta, y emitió un quejido sofocado por la sorpresa. Al parecer no fue el único, pues escuchó una especie de protesta. Gracias a la capucha todo sonido llegaba

amortiguado, de modo que no supo de dónde venía la voz ni qué decía con exactitud.

Ruido de puertas, de gente que bajaba y, de pronto, la suya propia se abrió de golpe. El aire frío de la noche se coló a través de la fina chaqueta que llevaba, ese traje comprado únicamente para asistir al funeral de su padre.

—Venga, abajo —ordenó la misma voz de hombre que antes le había obligado a permanecer quieto.

Muy amable no parecía, así que Brody descartó la idea de intentar razonar con él. Sabía que había más personas, al menos dos, así que en cuanto le quitaran la mordaza trataría de dirigirse a algún otro.

Tambaleante, bajó del coche… y echó a correr. Fue una reacción instintiva, no estaba planeado, y Brody asistió a ella como en sueños.

«¿Qué haces, idiota? No empeores las cosas, hombre, ¿a dónde crees que vas a ir con la cabeza tapada y atado de manos?», le decía la parte razonable de su cabeza.

Brody sabía que tenía razón, pero, por algún extraño motivo, sus piernas no obedecían. Oyó risas tras él, aun así, no se detuvo.

—¿Qué os parece? ¡Intenta huir! A ver hasta dónde llega.

Pues vaya, esa voz de tío empezaba a caerle un poco mal. Una cosa era secuestrarlo, y otra muy distinta burlarse de su intento de huida o sus condiciones físicas, ¿no valía con el susto que encima se dedicaban a burlarse?

Y claro que había más personas, de hecho, escuchó con claridad una risa femenina.

—No seáis así, se va a hacer daño —otra voz de chica, esta vez con un timbre de amabilidad.

No había terminado de decirlo cuando Brody tropezó con sus propios pies y cayó al suelo cuan largo era. Aterrizó con un grito de protesta, parando el golpe con el hombro derecho y la corona de flores, aún pegada a él, y quedó tendido sin poder moverse, todo un lío de manos y flores.

Un estallido de dolor le atravesó el brazo y trató de darse la vuelta sin éxito. En su mente se imaginó como un enorme escarabajo adornado que pataleaba tratando de regresar a su postura.

Otra vez las risas.

—¡Ya está bien! —la voz amable ahora sonaba un poco más indignada—. Ayudadle.

Brody se mantuvo inmóvil hasta que escuchó los pasos tan cerca que sintió que los tenía encima suyo. Notó que alguien lo agarraba para

incorporarlo con facilidad, como si fuera un simple muñeco de trapo.

—Buena carrera. —El hombre de la voz que empezaba a odiar le dio una palmadita en la espalda, y él se revolvió—. Vamos, camina, no tenemos toda la noche.

Él negó con la cabeza, produciendo un montón de ruidos ininteligibles sin dejar de apretar la corona de flores contra su cuerpo, como si de un escudo se tratara.

—¿Qué? Ah, la mordaza. Sí, no se te entiende nada, cierto.

Le dio un empujoncito urgente que dejaba claro que, o se movía, o era capaz de llevarlo a rastras, así que Brody obedeció. Como no quería volver a tropezar, se concentró en dar pasos lentos y seguros hasta llegar a un tope, donde aguardó hasta que le dieron otro toque tras escuchar un sonido mecánico. Al avanzar se dio cuenta de que era un ascensor y calculó tres o cuatro plantas, no supo precisarlo. Estaba asustado, dolorido, y no se concentraba, a pesar de que notó que descendían. No sabía si eso era bueno o malo.

Un pitido le indicó que habían llegado a alguna planta, y otra vez un empujón para sacarlo del ascensor. Se dejó llevar sin oponer resistencia, doblando esquinas hasta que perdió la cuenta, igual que alguien perdido en un laberinto. Supuso que esa era la idea, claro, despistar al personal lo máximo posible.

Sentía que había transcurrido una eternidad cuando al fin le quitaron la capucha de la cabeza y miró a su alrededor: estaba en una habitación de estilo simplista, con una mesa y varias sillas. Parpadeó para aclarar la vista y hacer un segundo recorrido visual, en el que descubrió otros detalles que habían pasado desapercibidos en la primera vuelta: una vitrina con armas al fondo del cuarto, una nevera en un rincón, un sofá con un par de ordenadores encima, y…

Un ruido lo sacó de su escrutinio: el chirriar de una silla. Al girarse, vio que sus secuestradores ya no iban cubiertos, de modo que cerró los ojos a toda prisa.

Alguien se acercó y le arrancó la mordaza de un tirón, tan fuerte que Brody temió que parte de su boca se hubiera ido pegada a aquel trozo de cinta americana. Pese a todo, siguió apretando los ojos con fuerza.

—¡No quiero veros! —se apresuró a decir.

—Abre los ojos —pidió aquella voz femenina amable.

—No, no quiero. Si pensáis que puedo reconoceros, me mataréis.

—No vamos a matarte.

—¿No? Porque tiene toda la pinta de que sí.

Oyó un bufido burlón y entonces sí, abrió los ojos al fin. No se fiaba de la voz amable, pero tampoco tenía otra opción que obedecer, ¿verdad?

En aquella extraña habitación había dos mujeres y un hombre. Ninguna de ellas parecía mayor de treinta años, y él no andaría lejos.

La voz amable pertenecía a una chica morena de ojos oscuros. Su rostro le resultaba familiar, así que trató de ubicarla en su cabeza.

—Siéntate —indicó ella, señalando la silla con un gesto.

Brody se dio cuenta de que, en efecto, una silla lo esperaba. Aquello tenía toda la pinta de interrogatorio, y él sin imaginar siquiera qué información podían querer. Se sentía tan confuso que estaba convencido de que se reflejaba en su rostro.

—¿Puedes quitarme esto? —preguntó, mostrando las muñecas, aún atadas con las bridas.

—Todavía no —contestó el hombre, que se mantenía tras ella sin quitarle la vista de encima—. Por precaución.

De modo que aquella era la voz masculina a la que había cogido manía en menos de media hora… No pensaba utilizar la ironía, eso lo tenía muy claro. Pese a que se había burlado de su intento de fuga y el correspondiente aterrizaje, algo le decía que el nivel de bromas de ese tipo no era muy alto: su gesto poco amistoso y su aspecto, entre descuidado y ligeramente macarra, como la cazadora de cuero…

¡Un momento!

—Estabas en el entierro —soltó, sin dejar de mirarlo, y entonces ubicó a la chica morena al momento, recordando que se había acercado a él para decirle que su padre era una gran persona o algo por el estilo—. Y tú también.

Acto seguido, sus ojos localizaron a la rubia, que permanecía en segundo plano y apoyada contra la puerta en actitud despreocupada, como si el tema no fuera con ella. Brody recordó esa larga y ondulante melena rubia que había llamado su atención, y los ojos brillantes… que, si la vista no le fallaba, parecían violetas.

Bueno, la miopía a veces jugaba malas pasadas. Más de una vez había confundido una señal de tráfico con una persona, así que fijo que lo que veía no era real.

Claro que la ropa y la actitud sí lo eran. ¿De dónde había salido aquella mujer? Parecía un personaje de cómic. Hizo el esfuerzo de no mirarla, pero tenía algo que lo hacía difícil, y no era lo obvio como su belleza, el escote o la

ropa, sino algo intangible, como si llevara un perfume al que no pudieras resistirte.

Puede que la culpa fuera de la corona, que permanecía tan pegada a su cuerpo como las bridas a sus muñecas. Consciente de que debía parecer de lo más ridículo, carraspeó.

—Me sentiría mejor sin esto encima. —Lo señaló con la barbilla.

—Sentimos mucho la muerte de tu padre —repitió la chica, acercando otra silla para poder sentarse enfrente—. Sammuel era muy importante para nosotros.

—¿Mi padre? —Brody frunció el ceño, olvidando durante un segundo dónde estaba—. ¿De qué lo conocíais?

—Lo primero, perdona por traerte aquí de esta manera. Necesitábamos un lugar seguro donde poder hablar contigo, y no teníamos claro que quisieras acompañarnos por voluntad propia.

—Seguramente… ¿quiénes sois?

La morena giró la cabeza hacia el hombre, que asintió.

—Me llamo Nova. Nova Moon.

Según lo decía, sacó una navaja y le cortó las bridas de las manos de un solo gesto. Brody sacudió los brazos doloridos al mismo tiempo que dejaba resbalar la corona hasta el suelo; se frotó las muñecas, aliviado por verse liberado. Y porque no parecía que nadie fuera a cortarle los dedos de uno en uno.

—Él es Lenny, y ella, Alexia. Trabajábamos con tu padre.

Aquello sacó a Brody de sus pensamientos al momento.

—¿Qué? ¿Dónde, en el hospital?

Era una gilipollez y lo sabía, ninguno tenía aspecto de trabajar en un hospital. Tampoco se le ocurría otra cosa, la verdad, su padre era médico, ¿no?

—No —respondió Nova—. En otro trabajo. Mucho más importante, para ser sincera.

—Como no te expliques un poco mejor…

Nova se volvió por segunda vez hacia Lenny, que se encogió de hombros. Parecía que la chica pidiera ayuda, recibiendo una mirada que venía a decir: «tú eres la diplomática aquí».

A la rubia ni siquiera la había oído pronunciar palabra, continuaba distante respecto a los otros dos y sin apartar esa inquietante mirada de su persona.

—No hay una forma sencilla de explicarte esto, así que te lo diré tal cual. —Nova cogió aire y lo miró a los ojos—. Lo que le pasó a Sammuel… a tu padre, no fue un asesinato sin más, sino una lucha entre el bien y el mal.

—¿Metafóricamente hablando?

—Literal. El demonio contra el centinela.

Brody apretó las mandíbulas y no supo qué decir. Había descartado demasiado pronto lo de trocearlo en pedacitos, estaba claro que estaba en manos de un grupo de chalados. ¿En serio no había otro momento mejor para un encuentro con locos que el mismo día del entierro de su padre?

—Vale —murmuró, arrastrando la «a» con tono compungido.

Debía seguirles la corriente, no veía otra salida. Quizá así lo dejaran marchar.

—Tranquilo, puedes expresar tus dudas con libertad —invitó Nova—. Sabemos cómo suena, sobre todo alguien virgen…

—¿Cómo virgen? —exclamó él, ofendido.

Oyó una carcajada de Lenny y se irguió, tenso.

—Virgen en estos temas —aclaró Nova—. Llamamos así a los humanos que no han tenido ninguna experiencia paranormal en su vida. Tú eres uno de ellos, tu padre se preocupó bien de que jamás descubrieras nada.

—No sé de qué me estás hablando y, sinceramente, creo que estás loca. Y que has escogido un mal momento para tomarme el pelo, justo el mismo día del funeral de mi padre. —Brody no logró ocultar el enfado en su tono—. Es de un mal gusto increíble, poco respeto y…

—Tenía que ser hoy, Brody, no podemos esperar. La puerta está desprotegida.

—¿Qué puerta?

—Respetábamos mucho a tu padre —añadió Lenny—. Y estamos aquí para ponerte al corriente de su legado, te guste o no.

—¿Legado? ¿Es eso una herencia?

—¿Crees que existe algo más que lo puedes ver? —preguntó Nova.

Brody apartó la vista de Lenny para enfocarla en ella. La pregunta lo había pillado desprevenido, a pesar de haber escuchado «paranormal» momentos antes. Como era lógico, Brody había pasado gran parte de su adolescencia leyendo cómics y libros donde salían vampiros, hombres lobo y demás criaturas esperpénticas, y esa era su única experiencia al respecto. Más allá de libros y películas no había tenido la menor experiencia paranormal, no creía en ellas, ni siquiera cuando con catorce años sus amigos y él intentaron contactar con un muerto mediante un tablero ouija.

—No soy tan pedante para pensar que estamos solos en este mundo —comentó, con cierta precaución—. Aunque nunca he visto nada que me haga creer lo contrario.

—¿Qué pensarías si te dijera que existen?

—¿El qué?

—Sitios que no puedes imaginar.

—¿Por ejemplo?

—El cielo, el infierno, el purgatorio. Dimensiones desconocidas, el inframundo.

—¿El inframundo? ¿Una especie de mundo oculto?

Dentro de los disparates enumerados por la joven, ese parecía el más realista.

—Es un lugar muy peligroso y está lleno de criaturas que jamás querrías ver… y hay una puerta, una puerta muy fina que lo separa de nuestro mundo.

Brody no dijo ni una palabra. Por un lado, no quería interrumpirla para ver hacia dónde llevaba toda aquella alocada disertación y, por otro, nunca se sabía qué podía molestar a los chiflados.

—Y tu padre era el responsable de vigilar esa puerta.

—¿Mi padre?

—Ese es el legado de tu familia, Brody. Todos los centinelas son Jesky, siempre, desde el origen de los tiempos. Nunca otro apellido ha custodiado la puerta.

El chico asimiló la última frase y se quedó pensativo. La verdad, como historia era buena. Marcus iba a disfrutar mucho cuando se la contara, incluso sería una anécdota genial para relatar a sus hijos: la noche en que unos lunáticos le habían hablado de su legado.

—Brody Jesky —intervino Lenny, acercándose por fin para ponerse junto a Nova—. Treinta y dos años, ni mujer ni hijos. No destacabas en el instituto, ni por tus notas ni en los deportes, y eso que pasabas mucho tiempo en la biblioteca. Fuiste a la universidad pública de Seattle sin destacar tampoco. —Lenny meneó la cabeza—. Ni fiestas, ni apenas amigos o novias, siempre un poco solitario. Te dedicas a la gestión desde hace seis años en una oficina común, más o menos como el resto de tu vida: copas en un *pub* irlandés con tu amigo Marcus y visitas semanales a tu padre… hasta ahora.

—¿Cómo sabes todo eso sobre mí?

—Te tengo muy visto —se limitó a decir Lenny—. Son cinco años trabajando con tu padre, siempre has estado vigilado. Y ya que estamos, deberías operarte de una maldita vez la vista.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Te va a hacer falta para lo que te viene encima.

Nova le pegó en el brazo para que se callara. Conocía la impaciencia de Lenny, que todo lo quería para ayer, pero no se podía dar semejante noticia en plan: «Eres el nuevo centinela de un mundo sobrenatural, acéptalo».

—¿Nunca has tenido una sensación extraña? ¿Pesadillas o sueños fuera de lo común?

Él hizo ademán de negar, y entonces recordó la pesadilla la noche antes de morir su padre: la mujer rubia gritando sobre su cuerpo inmóvil en la cama. ¿Coincidencia? Seguro, aunque demasiado casualidad.

—Todos tenemos pesadillas o malas sensaciones —murmuró.

—Algunas más reales que otras —insistió Nova con suavidad.

Le sonrió, cosa que sorprendió a Brody. Pensó en responder de mala forma, al fin y al cabo, lo habían secuestrado… y no lo hizo. Tenía claro que Nova no iba a hacerle ningún daño, parecía que los otros dos tampoco, aunque se sentía menos cómodo con ellos.

—Dices que mi padre vigilaba una puerta. —Ella afirmó—. Que somos una familia de…

—Centinelas.

—¿Por qué murió?

—Aún lo estamos investigando —contestó Lenny—. Por lo ocurrido, parece obra de un demonio, solo que no hay demonios sueltos por Seattle en este momento.

—¿Demonios utilizado como eufemismo?

—No, demonios reales. —Nova se encogió de hombros—. Cuando tengamos la autopsia sabremos más, por ahora vamos a ciegas.

—¿Vosotros quiénes sois, ya puestos? ¿Una especie de equipo?

Su voz sonó burlona, no se podía contener.

—Más o menos, sí. Ayudábamos a Sammuel y lo protegíamos.

—No muy bien, por lo que parece.

Lo dijo sin pensar, aunque se arrepintió al ver las expresiones de Nova y Lenny. Los dos parecían apesadumbrados, a diferencia de la rubia, que no había variado su gesto despreocupado.

—¿Y ella? —preguntó, señalándola con la cabeza—. ¿No habla?

—Acaba de llegar —explicó Nova—. Sobre lo de tu padre… ha sido inesperado. Lenny estaba fuera, y yo no pude percibir… en fin, no recibí la señal de peligro. Todavía trato de comprender por qué mi hechizo de protección contra criaturas sobrenaturales no funcionó.

—¿Tu hechizo?

Brody desconocía por qué les seguía la corriente. No creía en nada de todo aquello; sin embargo, de algún modo le resultaba fascinante. Allí todos se comportaban como si de verdad existieran brujas y centinelas, inframundos y demonios… era tan ridículo que se hubiera reído de no ser por la situación.

—Nunca había pasado —musitó Nova, pensativa.

—Escuchad, esto es muy entretenido, en serio, pero preferiría irme a casa. Hoy debería ser un día de luto y reflexión… lo entendéis, ¿verdad?

—No puedes irte, corres peligro.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque eres el centinela, ¿acaso no has oído lo que te he explicado?

—Bueno, a medias. Ya sabes, como broma no está mal.

—Esto no es ninguna broma, Brody. —Nova lo agarró de la muñeca e hizo fuerza—. Los centinelas de tu familia siempre han custodiado la puerta, y cada vez que uno muere, esta se abre un poco más… no podemos permitir que tú también caigas.

—Espera, ¿morir? —preguntó él con cara de susto—. ¿En serio alguien quiere matarme?

—Sé que no crees nada de lo que te contamos, es comprensible. Nosotros estamos tan acostumbrados a movernos entre criaturas que lo tenemos normalizado, es algo inherente a nuestra vida. Tú no, para ti es nuevo.

—Y tan nuevo. Tanto que pienso que estáis locos —carraspeó—. Sin ofender.

—Es tu legado y tu deber, cuidar la puerta es tu responsabilidad. Si se abre del todo será un caos, cualquier criatura sobrenatural podrá cruzar.

—¿Qué criaturas? —preguntó él, sobre todo por curiosidad.

—Demonios, harpías, hadas. Fantasmas —enumeró ella—. Zombis, cerberos, *dullahan*, el *kraken*.

—¿El *kraken*? ¿Estás de broma?

—No, en absoluto. Hay muchos.

—Sin embargo, tú no eres uno de ellos a pesar de ser bruja —observó Brody.

Nova le lanzó una mirada interrogante, tratando de adivinar si se burlaba de ella o la pregunta iba en serio.

—Yo soy humana, aunque sea bruja —se limitó a responder.

—¿Y ellos? —Brody hizo un gesto hacia los otros dos.

—Lenny es cazador, y humano… la mayor parte de las veces.

Este le dedicó una mueca.

—¿Cazador de qué?

—De todo.

—Ah… bien, es poco específico, pero sirve. Supongo que la rubia vestida de cuero es la versión femenina del motorista fantasma.

Nova hizo el esfuerzo de no sonreír. Lenny no apreciaría el humor tras el comentario de Brody, y Alexia seguramente tampoco… ella sí. Al igual que el chico, también había leído cómics durante su adolescencia.

—Sí, con colmillos —comentó Lenny.

—¿Qué? —Brody volvió a mirar a la rubia—. Espera, ¿qué?

—¿No sabes lo que es un vampiro? —preguntó Lenny—. Venga, hombre, si todo el mundo ha oído hablar de ellos. No puede haber más películas o libros sobre el tema.

—Incluso si me creyera ese disparate, ¿un vampiro no debería estar al otro lado de la puerta?

No le faltaba razón, y Nova miró a Lenny con una sonrisa.

—Son las cosas que pasan cuando la puerta se abre —explicó la morena—. Hace siglos, un vampiro entró, mordió a un humano y creó la raza vampírica. Ahora son una parte importante de nuestro mundo tal y como lo conocemos, están infiltrados y no los verás si ellos no quieren. Lo mismo pasa con los licántropos, también cruzaron en su momento y por eso existen en este mundo.

—Ah… —Brody la miraba con los ojos muy abiertos.

—Moraleja: la puerta tiene que estar cerrada —terminó Lenny.

—Eso es mucha presión.

—Sí, ahí no te vamos a mentir: lo es. Hay que vigilar que no entre nada y, de hecho, buscamos la forma de cerrarla definitivamente. —Nova chasqueó la lengua—. Solo que es más fácil decirlo que hacerlo.

—Esa puerta, ¿dónde está?

—En el granero de la casa de tu padre.

El chico permaneció pensativo unos segundos, para después negar con la cabeza.

—No, no hay ninguna puerta. De crío pasaba horas jugando allí, me acordaría.

—No es visible para todo el mundo.

—No, claro, qué estupidez. Y cuando habláis de vigilar, ¿significa que tengo que estar delante de esa puerta todo el tiempo?

Nova no logró controlar una carcajada. Su risa era musical y contagiosa, de una forma que hizo que Brody se sintiera cómodo.

—¡Pues claro que no! Una vez aceptes tu legado, lo que es una ceremonia muy sencilla, cuando algo se acerque lo sentirás.

—¿Cómo?

—No lo sé con exactitud, tu padre decía que sentía como si el aire se distorsionara. Puede que para ti sea diferente, cada centinela es un mundo.

Entre el centinela, el inframundo, los vampiros y las distorsiones de aire, a Brody empezaba a dolerle la cabeza. ¿Seguro que no estaba en medio de un sueño de lo más vívido? ¿De veras creía esa gente que se podía tragar semejante historieta?

No comprendía a qué venía tomarle el pelo de esa manera, ¿qué ganaban contándole una patraña tras otra? Demonios, fantasmas. Licántropos, por Dios. Un puto *kraken*. Era demencial que pensaran que podía tragarse que estaba en un cuarto con una vampira.

Claro que reírse no parecía buena opción. Y llamarlos chalados tampoco, no si no quería que el tipo enfurruñado le soltara un guantazo con uno de aquellos brazos bien musculados.

No, tendría que ser sutil y educado, eso siempre le había funcionado. Una vez se libró de una pelea a tortas en una discoteca haciendo gala de sus buenos modales.

—Bien —comentó—. Necesito un poco de tiempo para digerir toda esta información. ¿Puedo pensármelo?

Nova pareció confundida.

—Verás, ahora mismo eres un objetivo —dijo—. Deberíamos protegerte. Lo hemos hablado y creemos que lo mejor es que me vaya contigo a la casa de tu padre, al menos hasta que puedas defenderte por ti mismo.

—¿Quieres mudarte conmigo? —Brody estaba estupefacto.

—Solo sería temporal, hay que enseñarte cosas… un poco de magia, defensa personal, a disparar, porque deduzco que no has disparado un arma en tu vida.

Él negó. Se enorgullecía de no creer en la violencia, aunque allí no pensaba comentarlo.

—Claro que, si prefieres que sea Lenny, no habría problema —sugirió Nova.

Brody puso cara de terror al oírla, ¿lo decía en serio?

—No, no, mejor tú. Me fío de los hechizos esos.

Ahora que lo pensaba, no creía en la magia. Se fiaba más de los puñetazos, para ser sincero… aun así, prefería evitar de momento al supuesto cazador que no sabía qué cazaba.

—Necesito pensar —repitió.

—Pero…

—Sí, he oído lo que has dicho, que estoy en peligro y blablablá. No os preocupéis, sé cuidar de mí mismo.

—No sabes —dijo Lenny.

—¡Claro que sé! He sobrevivido treinta y dos años sin vosotros, gracias.

—Eso no es del todo cierto, estábamos ahí para protegerte. Y también tu padre.

Brody se levantó, sacudiéndose los restos de pétalos y trocitos de flor que aún tenía sobre la ropa. Estiró brazos y piernas, mirándolos a todos.

—A ver, no digo que la historia que os habéis montado no sea interesante y misteriosa, que lo es, como en una película: el inocente protagonista que no sabe el apasionante futuro que le espera para salvar el mundo y todo eso. Pero repito: hoy es el funeral de mi padre, no es apropiado.

Nova volvió a mirar a Lenny, que resopló.

—Tú…

—Mirad, lo siento, de verdad, es que yo no creo en estos temas. Soy un tipo muy pragmático y realista, no creo en nada que no pueda ver. Así que… aunque la historia del centinela y los demonios mola bastante, no es para mí.

—Brody —trató de interrumpirlo Nova.

—¿Asumo que estoy secuestrado o puedo irme?

—No somos quiénes para retenerte, solo…

—Entonces me marcho. Estoy agotado, ha sido un día muy duro y me duele todo el cuerpo de la caída al salir de la furgoneta.

Miró a Lenny con toda intención de que se sintiera culpable, pero el aludido no se inmutó. Se limitaba a mirarlo con una mezcla de pena y enfado que, a pesar de que no le daba buena espina, Brody decidió ignorar.

—Creo que no comprendes la magnitud del problema.

—No me va a pasar nada.

—No eres solo tú, Brody, si esa puerta se abre… morirá mucha gente.

—Seguro que encontráis la manera de cerrarla, con uno de tus hechizos. Yo me voy a dar una ducha y a dormir veinte horas seguidas, me lo he ganado.

—Eres el centinela.

—No quiero serlo. No he pedido esa responsabilidad, de modo que la rechazo. Y ahora me voy, si no os importa.

Pese a que no estaba seguro al cien por cien de que fueran a dejarlo ir, Brody inició el camino hacia la puerta. Al llegar no veía nada, pero ya se las

apañaría para salir de alguna manera, no podía ser tan complicado.

Nadie hizo el menor gesto para interponerse entre su libertad y él. Nova se apartó para dejarlo pasar, y tanto Lenny como Alexia se quedaron quietos observando cómo abría la puerta.

Brody abandonó aquel cuarto opresivo con una sensación enorme de alivio. La charla lo había perturbado ligeramente, quizá porque sonaba a locura, pero todos ellos se veían cuerdos. La historia que se habían montado encajaba, ¿qué era aquello, una alucinación colectiva? ¿Grupos de gente que vivían en un mundo de fantasía?

Oyó un ruido tras él, leve y reconocible: tacones. Se giró para ver si alguien lo seguía, con el corazón bombeando a cien por hora, y observó que la rubia lo observaba desde la puerta.

Ya no estaba cerca y, aun así, verla allí inmóvil y sin quitarle la vista de encima lo puso nervioso, ¿iba a atacarlo?

Retrocedió, sin apartar la mirada por si acaso. Su respiración se había acelerado sin saber por qué, estaba en un tris de echar a correr para dejar lo ocurrido atrás.

Entonces Alexia le sonrió, y Brody apreció con toda claridad los colmillos.

Forzó la vista y se frotó los cristales de las gafas, confuso. Podían ser de mentira, los había a cientos en las tiendas de disfraces, incluso una antigua compañera de universidad mandó hacer unos a un dentista que se encajaban en sus caninos. Daban el pego de forma extraordinaria, parecían reales, como los que acababa de ver.

Con los ojos clavados en la rubia y cierto temor instalado en su garganta, vio cómo ella se pasaba la lengua por los colmillos y volvía a sonreír.

Brody se dio la vuelta y echó a correr hacia el ascensor sin mirar atrás. Era un disfraz, seguro que era un disfraz.

Solo que no lo parecía.

Capítulo 4

Había pasado una semana desde el entierro de su padre y Brody aún no conseguía dormir bien. No había noche que no soñara con aquel absurdo secuestro del que había sido objeto y la extraña gente que había conocido. Todavía tenía alguna marca en el cuerpo de los golpes y de la carrera que emprendió para huir… La cual había sido cuando menos absurda, ya que al conseguir salir del edificio se dio cuenta de que no sabía dónde estaba ni cómo volver a casa. Le costó un buen rato llegar a una zona con cobertura y poder llamar a un Uber para que lo fuera a buscar, cosa que también le costó lo suyo porque al ver la geolocalización, al principio pensaron que era una broma.

Lo importante era que por fin había conseguido llegar a su piso y darse una buena ducha caliente; aunque no le ayudara a conciliar el sueño, le hizo sentir mejor.

Un rato. Hasta que, al cerrar los ojos, escuchó un ruido extraño y se levantó como un resorte, para ver… que nada esperaba para atacarlo.

O después, que al dormirse no hizo más que soñar con ojos violetas, colmillos, y demonios de todo tipo. Uno de ellos lo perseguía con la corona de flores, amenazándole con ponérsela al cuello, y despertó empapado en sudor.

Y así, noche tras noche. Al menos se había cogido unos días libres para arreglar papeles y vender la casa de su padre, por lo que no tenía que madrugar para ir al trabajo. Había contratado una empresa de limpieza para adecentar la casa y sabía que tenía que revisar las habitaciones y hacer inventario, pero al menos la agente inmobiliaria acababa de pasarse para tasarla.

—La casa está apartada, pero parece cuidada —comentó la mujer, tomando notas en su agenda.

—Sí, mi padre la mantenía.

—¿Tenía animales de compañía?

—No, vivía solo. Yo venía los fines de semana.

—Bien, eso está bien, porque no habrá restos de bichos por ahí.

—No, no, nada de eso.

La mujer sacó un par de fotos con su móvil a la entrada y a la cocina y fueron a las escaleras.

—¿Dejará los muebles?

—Sí, todo tal cual. Solo me llevaré cosas personales.

—Perfecto. —Pasó un dedo por la barandilla—. Qué limpio está todo.

—He contratado una empresa de limpieza.

—Muy buena idea. —Llegaron arriba y ella se asomó al dormitorio de su padre—. Menuda habitación.

—Sí, aquí se… Bueno, aquí.

Ella se giró y lo miró, con el ceño fruncido.

—Aquí, ¿qué?

—Nada, murió aquí. Eso da igual, ¿no?

—Es normal, la gente suele morir en sus casas. —Sacó un par de fotos—. Solo necesitamos saberlo si han sido asesinados.

Lo dijo en tono ligero, pero al mirarlo y ver su cara, elevó una ceja.

—Era una broma —comentó.

—Ya.

—¿Está tratando de ocultarme algo?

—¿Yo? No, no, qué va. —Carraspeó—. Se lo he dicho, murió ahí mismo.

—¿Y cómo fue? ¿Muerte natural?

«Natural, natural… no diría yo».

—Realmente no lo sé. Verá, es que la policía todavía lo está investigando.

—¿Tienen dudas? ¿No era muy mayor?

—No, es que… bien, no parecía un ataque natural al corazón, la verdad. Porque no lo tenía, realmente.

—¿Perdón? —Retrocedió un par de pasos hacia la puerta, mirando a todas partes—. ¿Qué?

—Tranquila, toda la sangre ha sido limpiada.

«Joder, cállate, no des detalles».

—¿Sangre?

—Solo un poco…

—Mire, no es la primera casa que vendo donde han ocurrido… cosas. Pero es mi obligación informar al comprador y eso bajará el precio.

Brody suspiró. Bueno, tampoco le interesaba ganar mucho, solo librarse de la casa cuanto antes.

—Vale —contestó.

—¿Ha ocurrido algo más que deba saber?

Vampiros, cazadores, brujas, una puerta… Brody tenía los labios tan apretados para no mentir que supuso que debían estar blancos. Negó con la cabeza con rapidez.

—Eso es todo.

—Bien. Sigamos, entonces.

La agente no parecía muy convencida, pese a todo continuó sacando fotos y tomando notas y, media hora después, Brody la acompañó a la puerta.

—Le llamaré cuando calcule el precio para empezar las visitas —le dijo.

—Gracias.

La mujer se despidió para ir a su coche y, entonces, Brody vio que una furgoneta negra bastante conocida para él, por desgracia, permanecía aparcada al lado. Al acercarse la agente, el vehículo arrancó y se alejó con rapidez, y él cerró tras de sí con llave, mascullando. Era la tercera vez que veía la puñetera furgoneta, ¿es que no pensaban dejarlo en paz?

Condujo de vuelta a su casa sin dejar de mirar por el espejo retrovisor. Aquello era un estrés, normal que no pudiera dormir bien. Pensamiento que se repitió en cuanto se bajó del coche y, al final de la calle, vio una figura rubia envuelta en cuero. Casi le dieron ganas de saludar, dado que el día anterior también la había visto en la calle paralela. Y a la otra, la bruja, estaba seguro de haberla visto aquella mañana en el supermercado, mientras cogía patatas. En ese momento había dudado de su cordura, porque, ¿qué hacía una supuesta bruja en un súper? ¿Coger brócoli para algún encantamiento? Era ridículo.

En resumen: o se estaba volviendo loco, o no hacían más que perseguirlo.

Tras lanzar otra mirada a la calle y comprobar que estaba desierta, subió a su piso y, cuando estaba buscando qué ver en la televisión, le sonó el teléfono. Dudó en si debía cogerlo, aunque supuso que, si querían hablar con él, tirarían la puerta abajo o se colarían por la ventana, así que contestó.

—¿Brody Jesky?

—Sí, soy yo.

—Jacob Warren, ¿me recuerda? Llevo el caso de su padre.

—Ah, sí, el policía.

—Detective.

—Eso.

—Le recuerdo que debe venir a comisaría a declarar.

—Si no tengo nada nuevo que decir…

—No importa, necesitamos que ratifique su testimonio y hacerle algunas preguntas más. ¿Cuándo puede venir?

—Pues… Bueno, miraré mi agenda y lo llamo.

—No tarde, no quisiera tener que ir a buscarlo.

Y colgó. Brody miró el teléfono y lo dejó con un suspiro. Otra cosa que no le apetecía lo más mínimo. Odiaba mentir, ¿qué iba a decir cuando le preguntaran si su padre tenía enemigos, como ya lo hicieran aquella noche? Porque ahora sabía que sí. Madre mía, a ese paso acabaría en el manicomio. Necesitaba una buena dosis de realidad que pusiera un poco de cordura en todo aquello, así que marcó el número de Marcus. Habían intercambiado mensajes esos días, obviamente sin comentar nada de su secuestro… Por un lado, no quería que pensara que se le había ido la olla y, por otro, seguro que si el grupo de marras se enteraba de que hablaba de ellos se metería en problemas.

—Hola, tío, ¿qué tal estás? —preguntó Marcus.

—Más o menos. Hoy he estado con una inmobiliaria en la casa y no sé yo si se venderá… Tiene que informar del… bueno, de lo que pasó.

—Ya… paciencia.

—Supongo. Y me ha llamado la policía otra vez, que vaya a declarar.

—Pues vete mañana mismo.

—Es que no me apetece mucho, la verdad.

—Eso da igual. Tendrás que ir tarde o temprano, así que cuanto antes, mejor. Ellos tienen que hacer su trabajo y mejor si averiguan lo que pasó rápido, ¿no? No querrás estar con esa pregunta pendiente siempre.

—No, no, tienes razón. —Si él supiera…—. Iré mañana.

—Bien. ¿Quedamos después para tomar algo? ¿Te ves con ganas?

—Te llamo mañana y confirmamos, ¿vale?

—De acuerdo. Ánimo, Brody.

—Gracias.

Le colgó y dejó el móvil a un lado. Su amigo, siempre apoyándole y siempre tan pragmático. ¿Qué diría si viera a Alexia o Lenny? Movió la cabeza, seguro de la respuesta: que la primera llevaba lentillas violetas y colmillos falsos y el segundo simplemente era un tipo algo desaliñado.

Cogió el mando de la televisión y se puso de nuevo a cambiar de canales, hasta que se quedó dormido en el sofá.

Cuando se levantó por la mañana, aparte de no haber dormido bien por las recurrentes pesadillas, el dolor de espalda por la postura en el sofá se añadió a

su malestar, así que se tomó un relajante muscular para calmarlo. Y de paso, así iría más tranquilo a la comisaría.

Llamó para confirmar mientras desayunaba unos cereales, pero no le dieron cita hasta última hora de la tarde. Así que, sin nada que hacer, se entretuvo yendo a hacer compras que realmente no necesitaba y a buscar alguna inmobiliaria más.

Puntual a la hora, llegó a la comisaría, donde lo mandaron a una sala de espera. Mientras aguardaba, le envió un mensaje a Marcus para quedar después, a ver si se despejaba un poco.

Cinco minutos más tarde, apareció el policía. Tal y como lo recordaba: alto, con gesto serio, barba de varios días… y cara de pocos amigos.

—Por aquí —indicó, señalando una puerta.

Brody lo siguió, y sintió alivio al ver que era un despacho y no la típica sala de interrogatorios. Su mente había comenzado a imaginar escenarios poco agradables, así que daba gusto ver que se equivocaba.

El hombre abrió una carpeta y miró sus notas.

—Bien, solo quería repasar la cronología y algunos datos más —comentó.

—De acuerdo.

—Entonces, iba a dormir en su casa y cuando llegó, ya estaba así.

—Sí.

—¿No vio ni escuchó nada raro?

—Nada en absoluto.

—Y no se le ocurre ningún motivo por el que alguien quisiera atacar a su padre.

Brody tragó saliva. Bien, necesitaba concentrarse. No era como si estuviera bajo juramento ni nada por el estilo, ¡no tenía que ser tan difícil mentir, por Dios! ¿Por qué nunca se le había dado bien?

—No conozco a ninguna persona… humana que quisiera matarlo.

—Ajá. ¿Y entre sus conocidos? ¿Alguien del que pueda sospechar?

—Sus compañeros de trabajo, ejem, le respetaban.

—¿Ha echado algo en falta en la casa?

—En principio no.

—¿O sabe usted si hay algo de valor que no encontraran? No parecía que hubieran registrado, pero queremos eliminar posibilidades.

—Claro. Esto… ¿Algo de valor? —¿La puerta invisible contaba?—. Nada, no, nada que se pueda vender.

Jacob tomó notas y volvió a mirar los informes, las fotos… Brody casi podía ver el humo saliendo de la cabeza. Tenía que ser frustrante encontrarse

un caso así, tan extraño y con tan pocas pistas, por no decir ninguna. Apretó lo labios como solía hacer, para no hablar sin que le preguntara.

—El informe de la autopsia tampoco nos revela nada digno de mención —comentó Jacob.

—Sí, eso me han dicho.

Al menos, la versión oficial, porque seguro que Keith había realizado la suya propia. Menos mal que no había vuelto a hablar con él. Cuanto menos supiera, mejor.

—¿Y estos días? —le preguntó Jacob, de pronto.

—Estos días, ¿qué?

—¿Alguna novedad?

—He puesto la casa en venta, aunque será complicado. Me he cogido unos días en el trabajo, y…

—Me refería a algo relevante para la investigación.

De nuevo, Brody se aclaró la garganta y tragó saliva.

—He hecho vida normal —contestó—. Bueno, quitando lo del trabajo y la casa. Y hoy he quedado con un amigo, todo normal.

—Normal.

Brody afirmó con energía. Ay, Dios, que le estaba mirando raro… Quizá se estaba excediendo en aparentar tanta normalidad, ¿no? Sin embargo, tras observarlo unos segundos, Jacob suspiró y cerró la carpeta.

—Le llamaremos si hay novedades —le dijo.

—Vale, gracias.

Esperó, y como no le dijera nada, se levantó y salió sin mirar atrás, deseando escapar de aquella habitación cuanto antes.

El camino hasta Mulleady’s se le hizo corto, entretenido como estaba en repasar una y otra vez la charla con el detective Warren. A pesar de su falta de comentarios, no le pasaba desapercibido que lo miraba con suspicacia, como si de verdad creyera que ocultaba información.

Lo cual era cierto, aunque esa información no aportaba nada sobre el caso de su padre. Nadie sabía qué había ocurrido, ni la policía ni ese grupo que de pronto parecían su sombra. Miró por el espejo retrovisor, esperando ver la familiar furgoneta tras sus pasos, y comprobó que no, nadie lo seguía. Quizá se hubieran dado por vencidos, lo que sería un alivio.

Dejó el coche aparcado junto al de Marcus y entró en el local, dando un repaso rápido con la vista, una costumbre adquirida desde que la chica misteriosa se había colado en su vida.

Esa noche no se encontraba en la barra, como era habitual. Brody se encaminó hacia la mesa donde su amigo aguardaba.

—¿Qué tal, tío? —Le estrechó la mano.

—Tienes un aspecto terrible —comentó Marcus sin malicia.

A Brody no le pilló por sorpresa la observación, sobre todo si se tenía en cuenta que no pegaba ojo desde el crimen. Tenía ojeras, su pelo estaba peor que nunca y la ropa limpia empezaba a terminarse: múltiples factores que no tranquilizaban a su amigo.

—No duermo nada bien —murmuró, sentándose frente a él.

Eran más de las ocho y Mulleady’s estaba en plena efervescencia, lo lógico un viernes. Las luces habían perdido intensidad, la música se dejaba oír más de lo normal y también las risas y charlas entre los grupos de gente que alternaban frente a sus bebidas.

—He pedido un par de chupitos con la cerveza —comentó Marcus—. Creo que lo necesitas.

—Vale. —Lo miró—. Joder, tío, lo siento. Últimamente soy una compañía de mierda.

—Pero ¿qué dices? Acabas de perder a tu padre, Brody. Es normal que no estés de humor. —Marcus estiró el brazo para darle una palmadita de ánimo —. Además, las circunstancias han sido de lo más cruentas, yo tampoco pegaría ojo.

—Me cuesta concentrarme hasta en las cosas más absurdas —explicó Brody—. Si trato de distraerme con alguna película, enseguida pierdo el hilo. O me quedo medio dormido, y me despierta una pesadilla desagradable.

—Es parte del proceso, seguro. Tienes que darte una temporada, estas cosas no se pasan de un día para otro.

—Es que me siento muy raro, Marcus, yo…

La camarera les dejó las bebidas sobre la mesa, por lo que Brody no terminó la frase. Menos de un minuto que le vino muy bien para pensar hasta dónde debía decir. Era muy posible que Marcus no creyera ni una palabra si intentaba explicarle lo sucedido hacía un par de días. Por otro lado, estaba acostumbrado a contarle todo a su amigo y se sentía extraño guardando ese secreto, como si lo engañara.

Abrió la boca, aunque no llegó a decir nada porque al mirar hacia un lado, comprobó que Alexia se hallaba sentada a un par de mesas de la suya.

La miró, con el rostro desencajado porque no comprendía cómo había aparecido de pronto: al pasar junto a la mesa, hubiera jurado que estaba vacía, y tampoco la había visto entrar en el local ni caminar hacia allí.

La rubia le sostuvo la mirada sin inmutarse y Brody sintió un sudor frío que lo recorría de arriba abajo. Por norma general, le gustaba que la gente sonriera… pero, en ese caso, si volvía a ver una sonrisa de aquella mujer como la última que le había dedicado, echaría a correr.

—¿Qué? —preguntó Marcus, desconcertado al observar la palidez repentina de su rostro y que estaba mudo.

Siguió su mirada y descubrió lo que había robado las palabras al chico. Aquello lo extrañó, porque conocía bien a Brody. No era tan descarado como para observar a alguien fijamente, sino más amigo de miradas de reojo. Comprendía que la rubia era de las que quitaban el hipo, aun así, frunció el ceño.

—¡Brody!

—Perdona. —Este desvió la vista hacia su amigo.

—No puedes mirar a la gente de esa manera, ¿entiendes?

Genial, ahora Marcus pensaba que era una especie de acosador.

—No, es que esa chica…

Joder, no podía decírselo. Quería hacerlo, sentía que iba a volverse loco sin compartir la información, mas no debía. Aunque quizá una pequeña pincelada…

—¿Qué?

—La he visto antes —murmuró Brody—. Me sigue, creo.

Marcus frunció el ceño por segunda vez, se giró para mirar otra vez a la chica y arqueó la ceja, en un gesto claramente irónico dedicado a su amigo.

—¿Qué dices?

—Ayer la vi por la calle, cerca de la casa de mi padre, y ahora está aquí.

—A ver, que yo me entere, ¿dices que esa chica te está acosando?

—Podrías rebajar la incredulidad de tu tono un poco —refunfuñó Brody.

—Perdona, es que es… increíble. No lo tomes a mal, pero…

—No es el tipo de chica que se fije en tíos como nosotros, lo sé —Brody terminó la frase por él, consciente de la realidad de sus palabras—. Sin embargo, está sola y no deja de mirar hacia aquí.

Marcus lo contemplaba con estupor. No recordaba que hubieran tenido una charla así nunca, ambos tenían pocas esperanzas de ligar y lo aceptaban sin dramas: Brody prefería observar de lejos y Marcus, a pesar de ser atractivo, no tenía demasiada gracia con el género femenino. Los dos lo asumían, conscientes de que los milagros rara vez les sucedían a tipos como ellos. Es decir, ninguno esperaba que una chica sufriera un flechazo en medio

de Mulleady’s, por ejemplo, así que la conversación empezaba a tomar tintes surrealistas.

Marcus se bebió su chupito y dejó el vaso en la mesa.

—Vale. Vamos a hacer algo al respecto, entonces.

—¿Qué?

—Veamos si es verdad. Vamos a sentarnos con ella, si le has gustado la invitamos a una copa y desaparezco.

—¿Qué? —repitió Brody, alarmado—. No, no, olvídalo.

—Mira, Brody. —Su amigo lo miró, decidido—. No puedes seguir siempre en espera de que te pasen las cosas, los dos acabamos de recibir la lección de que la vida es muy corta. ¿Mirar a una tía desde la distancia sin mover ficha? Eso se ha terminado.

—Es que yo… —empezó Brody.

—¿No quieres enamorarte? Porque ya te digo que escondidos aquí y sin alzar la vista nunca nos va a pasar. No nos van a traer a la chica perfecta en una bandeja junto a la cerveza… y, de ser así, esto es lo más parecido a eso.

Marcus se incorporó y Brody puso cara de susto. Joder, ¡no lo había entendido para nada! Más bien deseaba transmitir preocupación de que lo siguieran, no insinuar que había una mujer atractiva interesada en él. ¡Menudo momento había elegido Marcus para tener una epifanía!

—Espera, ¡no quiero hacer esto!

¡O no con Alexia, al menos!

—Por eso voy a hacerlo yo por ti —replicó Marcus, con aplomo—. Y espero que otro día tú hagas lo mismo por mí, ¿vale?

Y, sin esperar respuesta, se encaminó hacia la mesa donde Alexia estaba sentada. Brody se levantó como un resorte para seguir a su amigo, temeroso de que terminara convertido en la cena de la rubia. Que no era vampira de verdad, claro, pero por si acaso.

Corrió para alcanzarlo, notando cómo se le ponía un nudo en el estómago, y casi chocó cuando Marcus se detuvo con una sonrisa.

—¡Hola! —saludó con un aplomo desconocido hasta ese momento—. Soy Marcus y este es mi amigo, Brody.

Alexia miró a uno y después a otro, como si no lo conociera de nada.

—Hola —respondió con una sonrisa—. Es un placer. Ya empezaba a pensar que este local era muy aburrido.

—No queremos molestarte. —Brody agarró a su amigo del brazo—. Nos íbamos ya, ¿verdad?

Marcus se soltó con un movimiento rápido y volvió a mirar a la desconocida. De cerca imponía bastante, incluso el propio Brody lo notó. La noche de su secuestro había permanecido en segundo plano, de hecho, ni siquiera la había oído hablar en ningún momento.

Brody miró a su amigo, que observaba a Alexia sin apenas parpadear, abrumado por lo que veía. Él no creía en cosas intangibles, sin embargo, notaba la extraña atmósfera que generaba la chica, la sentía al igual que su primera pesadilla no había sido una pesadilla normal. No eran emociones habituales, sino una sensación nueva que lo recorría de la cabeza a los pies.

—Seguro que está esperando a alguien —insistió, empujando a Marcus con el hombro.

—En efecto, estoy a la espera —comentó ella con toda intención, jugueteando con su copa.

Brody acusó la indirecta y carraspeó.

—A veces hay que saber cuándo dejar de hacerlo.

Lo único que Brody quería era llevarse a Marcus de allí y quitarlo de en medio. Pero este no estaba de acuerdo, porque se resistía. Sus ojos fluctuaban entre el rostro de la desconocida y su escote, pese a que intentaba no ser muy descarado. Ningún comentario sobre los ojos violetas, así que Brody desconocía si solo podía verlos él.

—Las cosas pasan, antes o después —comentó Alexia, en respuesta a su última frase.

—Algunas no —insistió él, con firmeza.

Alexia arqueó una ceja sin dejar de sonreír, y entonces miró a Marcus.

—¿Quieres sentarte, Marcus? —ofreció—. Te invito a una copa. No sé tú, pero yo tengo sed.

A Brody se le heló la sangre en las venas.

—Pues claro que sí —se apresuró a decir este, que al parecer había olvidado que el objetivo de la excursión era conseguirle un ligue a su mejor amigo.

—¡No! —casi gritó Brody, interponiéndose entre la mesa y Marcus. Ambos lo miraron—. Quiero decir… tenemos que irnos.

Alexia le dedicó una sonrisa entre dulce e irónica que él captó a la perfección.

—No tenemos que irnos —objetó Marcus, con esa cara de pocos amigos que dejaba claro que no entendía a qué venía aquello.

—Es que no estoy bien, Marcus. —Brody puso expresión compungida—. No hago más que pensar en lo de mi padre. Estoy deprimido.

Marcus lo observó unos segundos.

—Muy deprimido —añadió Brody, para terminar de convencerlo—. Tanto que solo quiero sentarme en el sofá a beber.

—Vale, tranquilo. Te acompaño a casa y me quedo contigo —aceptó el chico, preocupado.

—Muchas gracias. —Brody suspiró, aliviado.

Alexia sonreía sin disimular, aunque cuando Marcus se giró para darle la explicación correspondiente, su rostro volvió a lucir inocente y angelical como segundos antes.

—Lo siento, mi amigo me necesita —explicó.

—Vaya, es una pena —contestó ella—. Me hubiera gustado conocerte mejor.

Marcus parpadeó, a todas luces impresionado. Jamás le había pasado algo similar y Brody supuso que por dentro estaría maldiciendo… pese a todo, no retrocedió. Le estaba haciendo el favor del siglo, seguro, a pesar de que Alexia no era vampira. «Por si acaso», todo lo hacía por si acaso, que eso de «conocerle mejor» le daba que iba más encaminado a venas y sangre que a sexo y diversión. Prefería un amigo enfadado que uno muerto, aunque, ¿qué tonterías pensaba?

No existían los vampiros. Las lentillas y los colmillos falsos sí. Y la energía que desprendía la chica… sería el ambiente del viernes noche. Las feromonas de los presentes se mezclaban hasta marear al personal, seguro. No había otra explicación.

—Sí que es una pena —murmuró Marcus, dejándose arrastrar.

Alexia inclinó la cabeza a modo de despedida, y a Brody le pareció escuchar algo similar a «sueña con los angelitos», aunque no lo oyó con claridad.

Hija de puta…

Alexia esperó a que los dos chicos se marcharan y se terminó la copa de un solo trago. Se ajustó el auricular al oído y, tras dar un par de golpecitos, habló.

—Se va a casa con su amigo —informó.

—Bien —le llegó la voz de Nova entre ruidos de estática—. Yo me ocupo de vigilarlo, vosotros dos lleváis todo el día.

—Llama si me necesitas —ese fue Lenny, que sonaba lejano.

Alexia cortó la comunicación y se guardó el auricular en el bolso. Bien, parecía que la jornada laboral se daba por finalizada… una pena, porque se había quedado sin comida. Aunque no podía comerse realmente al amigo del

centinela, y eso que su olor era de lo más tentador… pero no, no podía. Con dejarlo caer era suficiente para que Brody comenzara a tomarse el asunto en serio, que mucho repetía no creer en nada y, sin embargo, la cara de susto que ponía cada vez que la veía era épica.

Salió de aquel horrible *pub* irlandés y cogió su moto para cruzar la ciudad hacia una zona bastante menos concurrida. En un polígono desértico, aparcó delante de un edificio casi tan desastroso como su nuevo lugar de trabajo: por lo visto, todo lo interesante se ocultaba en los edificios ruinosos en aquella extraña ciudad.

Se guardó las llaves y dio un par de golpes en la puerta hasta que esta se abrió. Un hombre corpulento con un transmisor en la mano le echó un vistazo, y al reconocerla se apartó para cederle el paso.

Alexia cruzó el vestíbulo hasta llegar al ascensor. Dos pisos más abajo, la música amortiguada se colaba por entre las paredes y encontró un nuevo vigilante, que se apartó al instante con una sonrisa para que pudiera entrar.

Allí no accedía cualquier persona, solo gente muy específica. No era su ambiente favorito, le iban más los locales góticos, pero conseguir «Destello» a veces la llevaba por caminos desagradables de recorrer.

La música era ensordecedora. En el submundo, nadie se preocupaba en exceso por su aspecto, más interesados en experimentar sensaciones nuevas. No se iba a esos locales a confraternizar, por supuesto… más bien era como organizar una yincana con un lobo jugando entre ovejas.

Se metió por entre los cuerpos lánguidos que bailaban en mitad de la pista y dejó atrás la masa de gente cuya cabeza estaba más próxima a un viaje de LSD que a la realidad de una discoteca.

El pasillo hasta el despacho de Olec estaba lleno de sofás negros, la mayor parte ocupados. Alexia controló una mueca de desagrado ante la visión: odiaba aquella parte, era la peor. Muchos ojos se giraron a su paso con expresión ávida. Allí todos sabían de su naturaleza.

Más allá de la música y las parejas que se contorsionaban en los sofás, Alexia llegó hasta la puerta que buscaba, por supuesto con un hombre enorme ante ella. Elegante y trajeado, porque Olec quería dejar claro que tenía mucha clase, a pesar de ser el dueño de aquella basura de local.

—Alexia —saludó el trajeado con una sonrisa—, ¡cuánto tiempo!

—Vengo a ver a Olec —informó ella, sin ganas de responder a formalidades absurdas.

—Pasa. Se alegrará mucho.

Empujó la puerta y la rubia entró, cerrando tras ella. El despacho de Olec seguía una decoración similar a su local, minimalista y moderna, y él se encontraba sentado en su sofá de cuero negro con una chica junto a él que jugueteaba con su bragueta.

—¡Alexia Dragavei! —exclamó, con voz de sorpresa.

Olec era más joven de lo que su poder podía hacer pensar. No superaba los veinticinco años, aunque tenía una mente prodigiosa para los negocios y, respecto a eso, su club era el primero y más innovador por los servicios que ofrecía. Claro que también trapicheaba con drogas, que era el motivo de que ella estuviera allí.

—Olec —respondió a su saludo con brevedad—. ¿Es un mal momento?

—Para nada. —Él le dio un golpecito a la muchacha—. Lárgate.

Ella obedeció al instante, agarrando su bolso para salir a toda prisa de la habitación. Olec se estiró en el sofá con una sonrisa y encendió un cigarrillo, haciendo un gesto para que se acercara.

—¿Qué tal, cariño? Siéntate.

La rubia obedeció, mirándolo sin rubor. Olec era joven y atractivo y, como muchos otros, había escogido un camino peligroso en el que se movía como pez en el agua.

—Hacía tiempo que no venías por aquí —comentó él, exhalando el humo—. Pensaba que te habían matado o algo parecido.

—Trabajo nuevo —se limitó a responder ella.

—¿Quieres tomar algo? Fuera hay un montón de Cero negativos. Puedo traerte uno en menos de un minuto.

Era tentador, pero Alexia no quería permanecer allí más tiempo del necesario. Odiaba ese sitio y las cosas que tenía que hacer en él para conseguir «Destello». En el mundo humano, podría pagar con billetes. En el suyo, era un intercambio de favores.

—No, gracias, no quiero entretenerme. ¿Tienes material?

—La pregunta ofende, cariño. Ya sabes que manejo lo mejor de la ciudad. —Olec dio otra calada y apoyó el brazo en el sofá—. ¿Cuánto necesitas?

—Noventa.

Olec silbó, aunque no se negó. Se levantó, apagó el cigarrillo y caminó hasta su escritorio para coger una llave de un cajón. Había una caja fuerte en la pared, tan a la vista que era ridículo. Como solía decir: «si alguien entra a robarme, prefiero que no me destroce el despacho». Claro que nadie en su sano juicio robaría a Olec, no si no quería amanecer en una bolsa para cadáveres.

—Puede que estés demasiado enganchada —comentó, abriendo la caja fuerte.

—Mejor no hablemos de vicios.

Olec se echó a reír y sacó un paquete envuelto en papel marrón. Comprobó la etiqueta con la cantidad antes de añadir otros dos de igual tamaño; tras eso, cerró la caja fuerte y regresó al sofá, dejando el material entre ellos.

—Es nueva, hace efecto más rápido.

Alexia paseó su mirada de los paquetes a su rostro.

—¿Seguro?

—¿Cuándo te he mentido yo? —Él se apartó el pelo de la cara—. Fácil de usar, por los ojos. No hace falta inyectar. Cuidado con la cantidad.

—Muy bien. ¿Y el precio?

—Ahí tienes material para un par de meses, no te va a salir barato.

—Nunca lo es. ¿Alguien especial?

—Hay un tipo muy interesado en esto. Viene un par de veces al mes en busca de un vampiro con cierta antigüedad —comentó Olec—. El problema es que no conozco su auténtica identidad. La que me proporcionó era falsa, así que lo tengo en vigilancia.

—Siempre tan precavido.

—En fin, hoy no tengo a nadie a quien me apetezca satisfacer de manera particular. ¿Qué te parece si me dedicas a mí todas esas cosas que tan bien se te dan?

No era la primera vez que Olec le cobraba en su persona. No abusaba porque era inteligente y sabía que engancharse a un vampiro no era la mejor idea del mundo, pero sin duda se sentía atraído por ese mundo oscuro y lo disfrutaba todo lo que podía.

—Si es lo que quieres… —comentó Alexia, deshaciéndose de la cazadora.

—No me matarás, ¿verdad? —el chico bromeó, aunque con la ceja arqueada.

—Descuida. Tu sangre no sabe tan bien como para hacerme perder el control.

Sin ofenderse por el comentario, el moreno se desabrochó tres botones de la camisa, estirando los brazos para apoyarlos en el sofá y así estar más cómodo. Era la viva imagen de un tío preparado para recibir un masaje o una mamada, aunque ambos sabían que aquello era mejor que esas dos cosas juntas.

—¿Dolor o placer? —preguntó la rubia, acortando la distancia entre ambos.

Un mordisco podía proporcionar cualquiera de las dos cosas, de ella dependía. Un noventa y nueve por cien de los humanos escogía la opción del placer, pese a que era muy intenso y algunos no lo resistían. Luego estaba un pequeño porcentaje que disfrutaba de ese dolor exquisito como quien saboreaba una caja de trufas caras.

—Dolor, cariño —contestó Olec, curvando los labios en una sonrisa—. Siempre.

Capítulo 5

Miércoles, y Brody se encontraba en Mulleady's, esta vez solo. Después de lo sucedido con Marcus, había decidido charlar con él más por teléfono y menos en persona, únicamente como precaución hasta que sus nuevos e inseparables amigos lo dejaran tranquilo.

Tenía miedo de que la escena con Alexia se repitiera de nuevo y esa vez no fuera capaz de arrastrar a Marcus consigo. Así que improvisó una gripe como excusa, rezando porque su amigo no se empeñara en llevarle sopa de pollo o algo similar. La verdad era que Marcus estaba demostrando ser de diez, así que más le valía agudizar su ingenio para mantenerlo alejado.

Pese a todo, se sentía triste y desubicado, lo cual se traducía en demasiadas visitas a la barra del *pub*. Su piso, de normal bastante pequeño, se le hacía enorme, y entonces sentía la necesidad de salir y mezclarse con la gente, aunque fuera de manera anónima.

Así que allí estaba, bebiendo su tercera cerveza. La idea de regresar a su apartamento para sumirse en otro sueño intranquilo no era apetecible, de forma que lo retrasaría todo lo posible.

—¿Has venido en coche? —preguntó Mark, el camarero, cuando le hizo un gesto para que le trajera la cuarta cerveza.

—Tranquilo, es la última —murmuró Brody, haciendo girar la botella entre los dedos.

La puerta tintineó. Entre semana, el local no era tan ruidoso como los sábados, y se escuchó a la perfección. Unos pasos y un movimiento casi imperceptible más adelante, la chica misteriosa a la que siempre observaba en la distancia ocupó su asiento habitual en la barra.

Brody la miró de reojo y después su reloj: las nueve.

Y entonces se percató de que jamás la había visto durante el día, ni a primera hora de la tarde.

El camarero le preparó un Martini sin preguntar y le acercó la copa, que ella atrapó sin abrir la boca ni para murmurar un «gracias».

Como siempre, parecía triste. Brody no sabía si su cara era así o era un perpetuo estado de ánimo, aunque su pensamiento siempre era el mismo: ¿cómo una chica tan atractiva llevaba ese aire melancólico sobre ella?

Dio un trago largo a la cerveza y carraspeó.

—¿Un mal día? —preguntó.

Joder, ¡le estaba hablando! ¡Le había hablado! No podía creer que su boca se hubiera abierto sin permiso para pronunciar aquellas palabras, ¿de dónde había sacado el valor?

Ella ladeó la cabeza en su dirección al escucharlo, y casi al momento apartó la mirada.

—Todos lo son —respondió.

Brody parpadeó, ¡pues estaban apañados! Si empezaban así, ya veía que la conversación no iba a ser muy animada, no… No parecía que la chica fuera el alma de la fiesta. Y suponía que por eso se sentía intrigado, además de atraído. Era su lado de caballero de brillante armadura, dispuesto a rescatar a la dama de cualquier problema que tuviera.

El símil daba asco, era machista y, en resumen, una realidad.

—¿Puedo ayudarte en algo? —ofreció.

—No creo que puedas.

—Entonces, ¿serviría mi compañía? Que, dicho sea de paso, no está en su mejor momento.

La joven no afirmó, aunque tampoco se negó. Animado por ese hecho, Brody se cambió de taburete y acortó la distancia a tan solo uno: los dos de golpe hubiera sido muy atrevido.

—¿Problemas? —preguntó la joven.

—Todos tenemos, ¿no?

A Brody se le hacía tan raro estar hablando con ella… esa chica inalcanzable se interesaba por él y sus problemas, hasta la expresión defensiva de su cara parecía haberse relajado un poco. La vio hacer un gesto a Mark, que regresó con dos chupitos de whiskey.

—¿El tuyo es muy grave? —preguntó, acercándole uno.

—No está mal. ¿Y el tuyo?

—El mío es bastante malo.

Se tragó el chupito y Brody la imitó. Al momento sintió como si su garganta ardiera; aquello era algo salido del mismísimo infierno, seguro. El típico licor que hacía que la cabeza te diera vueltas al bajar del taburete… y, por lo visto, no era suficiente para su atractiva desconocida, que pidió otros dos.

—Cuidado con eso —murmuró Brody—. Acorta la vida.

—Beber no me matará —replicó la joven, tragándose el segundo en tiempo récord.

Brody la imitó, casi sintiendo a su estómago protestar. La pequeña charla con su amor platónico se saldaría con un ardor que duraría veinticuatro horas mínimo… y merecía la pena.

—¿Tienes nombre? —preguntó.

Entonces, la morena cogió su bolso y se bajó del taburete. Al verla, Brody hizo lo mismo, sin saber en qué momento había metido la pata, aunque imaginaba que lo de preguntar su nombre tenía papeletas.

—Calantha —dijo ella.

—¿Qué? —parpadeó el chico, pensando que había oído mal.

—Es francés. Calantha Blanc.

—Oh. Joder, perdona. No lo había oído nunca —contestó él, sintiéndose un idiota. Alargó la mano hacia ella—. Yo soy…

—Brody Jesky —terminó Calantha—. Lo sé. Por cierto, lamento mucho la muerte de tu padre. Ya nos veremos.

Se alejó con paso rápido, tanto que para cuando Brody reaccionó, ya la había perdido de vista.

Un momento, un momento, calma. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Cómo sabía ella su nombre? Y lo más importante, ¿conocía a su padre?

Se levantó a toda prisa del taburete y corrió hasta la puerta, sin hacer caso de las protestas del camarero. Luego se preocuparía de la cuenta, ahora lo más urgente era hablar con la chica… Sin embargo, una vez fuera, se encontró solo. Era como si la tierra se la hubiera tragado.

Regresó cabizbajo al interior, donde depositó unos billetes sobre la barra, ofendido porque Mark pensara que era capaz de irse sin pagar, y agarró su cazadora.

Una vez en el coche, no dejaba de dar vueltas a lo sucedido, esa breve y extraña charla que comenzaba a evaporarse como lo hace un sueño al despertar. No podía negar lo obvio, desde la muerte de su padre no hacían sino sucederle cosas raras.

En lugar de regresar a su piso, condujo el coche hasta la casa paterna sin saber el motivo. Era como si una especie de fuerza invisible lo obligara a ir allí, a pesar del viento y la lluvia, de lo tarde que era… algo tiraba de él en aquella dirección, y supo por qué: tenía que ver el granero. Necesitaba asegurarse de que la puerta no estaba allí.

Miró por el espejo retrovisor, convencido de que encontraría el Dodge siguiéndolo, mas la carretera estaba casi desierta. Las únicas luces que iluminaban el camino entre barrios residenciales eran las suyas propias; solo veía luz en algunas casas, probablemente cualquier familia estándar poco antes de acostarse.

Aparcó con un frenazo ante el enorme cartel de «Se vende» que la inmobiliaria había colocado y bajó. La casa de su padre era la última y más apartada, lo que le daba un plus de intimidad. Muy útil si tenías pensado formar parte de una especie de super equipo sobrenatural, desde luego…

Sacudió la cabeza, notando cómo las cuatro cervezas y el chupito peleón le recordaban que seguían allí, de paseo con él. Para alguien que no acostumbraba a beber entre semana, era una cantidad de alcohol lo bastante respetable para que tuviera que pensar bien sus movimientos antes de hacerlos.

No le costó mantenerse erguido mientras rodeaba la casa hacia la parte trasera, donde se encontraba el granero. La verdad, había que reconocer que la cosa tenía su gracia. Si uno imaginara una puerta que separaba el mal del bien, seguro que la ubicaría en algún sitio con más glamur, como un museo o tras una biblioteca corrediza, y no en un simple granero de un barrio residencial a las afueras de Seattle.

Soltó una risita y apretó el paso para no mojarse demasiado. Una vez allí, sacó el manojo de llaves para buscar la correspondiente al candado viejo que cerraba el acceso; le llevó un par de minutos hallar una que a simple vista podía servir. La probó y el candado cedió con sorprendente facilidad, como si aquello se abriera a menudo. Por lo que su padre solía decir, no entraba al granero más que para acumular cosas, y a él nunca le había interesado comprobar qué tipo de porquería podía tener guardada, de modo que no esperaba gran cosa.

No sin cierto recelo, buscó a tientas por la pared algo que se asemejara a un botón hasta que encontró uno. Un par de bombillas que habían conocido épocas mejores se encendieron, iluminando la estancia a duras penas.

Vaya, era más grande de lo que recordaba. No vio ninguna mesa de laboratorio moderna, ni uniformes de super héroes… pero tampoco trastos ni basura inservible. Lo de utilizarlo para meter cosas y acumular polvo era falso: el granero estaba limpio y despejado. Únicamente encontró su vieja bicicleta de cuando era adolescente apoyada contra una pared, y varias cajas de cartón que contenían vajilla y menaje variado.

Brody dejó las cajas, un poco mareado. Se aproximó hasta la pared y forzó la vista, consciente de que con la tenue luz de las bombillas no sería suficiente: sacó el móvil y utilizó la linterna de este para ver mejor. Obvio, no encontraría nada… además, si la historia del centinela era real, debería ver esa puerta a la primera, ¿no?

Desconocía también en qué parte podía estar, así que decidió empezar a examinar por la derecha. Apuntó con la potente luz del teléfono, además de posar las yemas de los dedos por si notaba alguna irregularidad que pudiera pasar desapercibida a su miopía.

No encontró nada extraño en la primera pared, ni en la segunda. Sin embargo, el dolor de cabeza se intensificó cuando comenzó con la tercera, ¡maldito alcohol! A saber qué contenía el chupito.

Bajó la linterna de golpe. ¿Y si la chica misteriosa estaba metida en aquello? Bien podía formar parte del grupito de marras, quizá hasta le había drogado. Quizá fuera otro monstruito, uno más antipático que el resto. Lo mismo se caía redondo allí, en un granero perdido de la mano de Dios, y quién sabía qué hacían con él.

Se frotó las sienes para relajar la molestia y siguió con su escrutinio. Esa pared, desde luego, era algo más irregular y…

Le pareció escuchar un ruido, el sonido leve que hace una puerta al moverse. Brody se dio la vuelta a toda prisa, notando cómo la luz de las bombillas iba y venía, iluminando retazos del granero y dejando otros sumidos en la oscuridad.

Y entonces escuchó el gruñido con total claridad. Brody se quedó petrificado en el sitio donde estaba, sin atreverse siquiera a tragar saliva, y enfocó con la linterna del móvil hacia delante.

Al otro lado del granero, entre las zonas más oscuras, algo similar a un animal lo miraba fijamente con unos ojos tan rojos que se veían incluso en la penumbra.

Brody no se movió, con la esperanza de haber tenido una ilusión óptica y no que un animal salvaje se le hubiera metido por sorpresa allí. Aunque el hecho de oír los gruñidos, cada vez más roncos, dificultaba lo de la ilusión óptica.

Trató de pensar qué hacer, de recordar tantos documentales que había visto sobre animales y la mejor forma de que no atacaran, pero su cabeza estaba en blanco.

Dio un paso hacia la derecha, despacio, imaginando que correr no ayudaría, más cuando tenía la puerta bastante lejos. Tal vez si continuaba de

esa forma, sin meter ruido, podría acercarse hacia allí. El animal se movió con él, dando otro paso hacia la luz.

Ahora Brody veía algo, algo que su cerebro no computaba: las patas de un animal, solo que en una postura que no cuadraba. Algo no cuadraba.

A punto de quedarse sin aire por guardar todo el silencio posible, Brody dio otro paso. El animal imitó su movimiento, exponiéndose por completo a la luz.

Brody lo observó, mudo del horror. Comprendió que lo que no cuadraba era la anatomía del animal porque, sencillamente, lo que tenía ante sus ojos no existía: era una especie de lobo sobre dos patas. Y más grande, desde luego, mucho más: al menos medía dos metros, además de la corpulencia.

Era como ver algo con una lupa de aumento: los colmillos, los ojos, las garras… todo era grande y amenazante, desproporcionado, aterrador.

Jamás había visto nada parecido en un documental, ni siquiera en los animales salvajes de Australia, donde existían bichos de pesadilla. Y pese a que su cabeza le decía en mayúsculas lo que era, se negaba a aceptarlo.

Brody se pegó contra la pared, sopesando las oportunidades que tenía de salir con vida de aquella: sorpresa, eran pocas. Imposible que ganara un combate cuerpo a cuerpo con aquella cosa, no llevaba encima nada con lo que poder defenderse, y correr tampoco era una opción. Las patas… o piernas…, lo que fueran esas cosas velludas, se veían muy fuertes. Apostaba a que no podría dar ni dos pasos antes de que ese bicho se le echara encima.

Joder, iba a morir en un maldito granero, rodeado de polvo, y todo por buscar una puta puerta que no existía. Claro que lo que tenía enfrente, gruñendo y chorreando saliva por unos caninos más grandes que su mano, en teoría tampoco existía.

Con el tercer paso, el animal recuperó la postura a cuatro patas y comenzó el avance hacia él. Por lo visto, dejaba el baile para iniciar un acercamiento.

«Joder, joder, joder…», se repetía Brody una y otra vez para sí, «esto no está pasando, es un mal sueño. No es real».

El lobo gruñó y se irguió aún más, estirando aquel inmenso cuerpo peludo bajo el cual se apreciaban a la perfección los músculos, y Brody comprendió que estaba a punto de atacarlo. Sin pensarlo, echó a correr hacia la puerta en un intento desesperado de evitar lo que estaba a punto de suceder. El lobo con cuerpo de hombre se lanzó tras él de forma inmediata, con una serie de rugidos que helaban la sangre en las venas.

Brody notó un brusco tirón en la cazadora y cayó al suelo de golpe. Rodó hasta dar contra la pared y se giró con un quejido, notando que la espalda le

ardía allí donde le habían enganchado de la ropa.

Jadeando, se pegó contra la pared mientras el lobo encogía la parte delantera del cuerpo como si pensara embestirle con la cabeza.

Vista la fuerza con la que lo había lanzado contra el suelo, le quedaba el consuelo de que iba a ser rápido: un bocado de aquellas mandíbulas y pronto estaría criando malvas. Lo de llegar hasta la puerta era una gilipollez, y el dolor de la espalda, insoportable.

Con el poco aire que le quedaba, se incorporó. A cada jadeo suyo, los ojos del lobo se volvían más y más oscuros, como si percibiera su miedo y la adrenalina del momento.

Tenía la espalda empapada en sudor, la presión de la cabeza cada vez martilleaba con fuerza y notaba cómo el lobo clavaba las patas traseras en el suelo, gesto previo al ataque final.

Y entonces escuchó el sonido más dulce del mundo: la puerta del granero se abrió de golpe y, a pesar de que todo estaba borroso, reconoció a Lenny.

El lobo se giró a toda velocidad y enseñó los colmillos, encorvando el cuerpo en clara posición de ataque. No repitió la danza usada con él, sino que cogió impulso directamente y se lanzó hacia el recién llegado a toda velocidad.

Más tarde, Brody trataría de recrear la escena en su cabeza sin demasiado éxito, porque todo sucedió en cuestión de segundos. Aquel lobo enorme casi parecía volar sobre el granero en dirección a Lenny, y en ese instante, Brody pudo apreciar la magnitud del bicho que había tenido delante: eso sí que no lo olvidaría jamás.

Lenny levantó el arma y disparó un único tiro. El ataque del lobo se frenó en el acto, y toda la tierra retumbó cuando cayó al suelo.

Brody, con los ojos abiertos de par en par, paseó su mirada de Lenny al animal que jadeaba con dificultad. Se separó de la pared muy despacio y dio un par de pasos hacia allí, aún sin atreverse a decir ni media palabra, pues toda su energía estaba dedicada a procesar lo que veía.

Se fijó entonces en que Lenny soltaba el arma que llevaba, que por cierto no sabía ni qué era aquello tan enorme, y lo apoyaba contra la entrada. ¿Iba con eso al entrar? No lo recordaba. ¿Había visto su furgoneta tras él durante el camino? Tampoco podía acordarse.

Lenny cruzó el granero hasta el cuerpo agonizante del lobo. Con lentitud, Brody lo imitó y cubrió el par de metros que lo separaban de la criatura de ojos rojos que yacía en el suelo.

Tenía el boquete en el centro del pecho, fruto de una puntería perfecta. Esquirlas y una sustancia plateada líquida rodeaban el agujero; mientras, el lobo emitía unos graznidos roncos similares a estertores de muerte.

Brody lo miró con cara estupefacta, negándose a creer lo que veía. En el suelo, la forma animal se desdibujaba y cada vez parecía más humana.

—Licántropo —comentó Lenny, agachándose junto a él.

—¿Qué?

—No hablo contigo —lo cortó el cazador.

Brody se dio cuenta del auricular que llevaba en el oído, y dedujo que el equipo debía estar conectado entre ellos.

Por supuesto, ¿cómo sino saber dónde se encontraba él? Que sí, le fastidiaba que lo siguieran, y más todavía no haberse percatado, pero si estaba vivo en esos momentos era gracias a ellos.

Miró a Lenny, que acababa de quitarse el auricular y aguardaba con expresión neutral junto al cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

—Esperar a que recupere su forma humana —dijo él—. Así es imposible hablar con ellos.

Brody se dejó caer al suelo, incapaz de asimilar todo. Su cabeza aún se resistía a creer; sin embargo, sus ojos no le engañaban. Bueno, a veces sí, pero sabía de sobra lo que contemplaba. Lo del suelo seguía cambiando, cada vez con menos pelo y más piel pálida… hasta que, por fin, solo quedó un cuerpo masculino desnudo con un enorme agujero en el pecho, encajado entre los musculosos pectorales.

El hombre inhalaba de manera desesperada, como si le faltara aire.

—No te molestes —dijo Lenny—. Es el nitrato de plata, no los pulmones. ¿Para quién trabajas?

Solo recibió un gruñido como respuesta.

—Nunca quieren cooperar —explicó Lenny a Brody, con el mismo tono que utilizaría un profesor dando clase—. Los licántropos son bestias perfectas, pero el cerebro no es lo suyo. No son muy inteligentes, ¿verdad?

Le frotó el pelo y el hombre giró la cabeza para tratar de morderle, sin éxito.

—¿Esto es cosa de los vuestros? —insistió Lenny.

Brody no podía verse en un espejo, pero estaba convencido de que tenía la cara desencajada. ¿Cómo podía Lenny actuar de aquel modo impasible? ¡Tenían un cuerpo, por Dios, y encima en su granero! ¡Había visto un puto lobo de tres metros saltar por los aires!

—No va a hablar. —Lenny se levantó, sacudiéndose los vaqueros—. Nos lo llevamos.

—¿Qué?

Él le hizo un gesto para que se callara, de modo que Brody dedujo que otra vez hablaba por el auricular.

—No necesito ayuda, lo cargaré en la furgoneta y listo. Ya me ocupo de enterrarlo.

—¿Enterrarlo?

—Seguimos en contacto. —Lenny se giró, quitándose el auricular—. Sí, hay que enterrarlo. No querrás que dejemos un cuerpo aquí, en tu granero. Menuda publicidad para vender la casa, ¿no? Bienvenido a esta bonita calle criminal.

—Es que… bueno, aún está vivo.

—Le queda un minuto.

—Joder… vale. Dios, estoy mareado.

Lenny alzó una ceja y le tendió el brazo para que se pusiera en pie.

—¿Te ha mordido?

—No, no creo.

Vio cómo el hombre lo rodeaba y le daba un toque en el brazo.

—Joder, quítate la chaqueta —le ordenó.

Brody obedeció, notando que el dolor sordo de la espalda volvía. Al quitarse la prenda, la sostuvo entre las manos: estaba rasgada en casi dos pedazos. Ahora comprendía por qué tenía la espalda mojada… solo que no era sudor, sino sangre.

—Te ha pegado un buen zarpazo —comentó Lenny—. La buena noticia es que no corres peligro de que te salgan colmillos y pelo.

—¿Cómo?

—¿Es que no lees libros o ves películas? Si te muerde un hombre lobo, es casi seguro que termines contagiado.

Al fin Brody escuchaba la definición que su cabeza negaba: hombre lobo.

—¿Eso era un hombre lobo?

—¿Qué crees tú que era?

—No lo sé. Un animal salvaje, grande, muy grande. Y ahora… —Miró en su dirección—. ¿Esto es una pesadilla?

Lenny le dio un toque en la espalda, lo que le provocó una sacudida de dolor.

—Yo diría que no. —Un gemino gutural los interrumpió—. Ven, acércate.

Brody lo siguió, vacilante. Lenny se agachó junto al hombre, cuyo pecho había dejado de agitarse. Los ojos permanecían abiertos y fijos en el techo, algo que daba escalofríos al chico. Aun así, se agachó junto a Lenny y observó cómo este le abría la boca al cadáver.

—Hemos valorado que lo de tu padre sea cosa de los licántropos, aunque yo diría que este más bien iba por su cuenta —le explicó—. ¿Ves los colmillos? No son muy grandes, era un hombre lobo relativamente joven.

—¿Que no son muy grandes? —repitió Brody.

—Los lobos son gregarios, si esto fuera algo organizado habrían venido en manada. Me da que este simplemente tenía hambre.

—Entonces, ¿siempre van en manada?

—Nunca hay nada correcto al cien por cien, la mayor parte sí, pero siempre los hay solitarios, ¿no? A veces son expulsados, otras se marchan ellos. Puede que lo mordieran y despertara solo sin saber qué le había ocurrido.

—Es horrible.

—Los licántropos son lo que son: bestias sin control perfectas para la guerra. La estrategia no es su especialidad. No los imagino urdiendo un complot para acabar con tu padre y contigo.

Brody se frotó la frente, digiriendo la información.

—¿Y la mala noticia? Antes has dicho que la buena era que no me habían mordido.

—La mala es que curar eso te va a doler horrores. —Lenny le dio unas palmaditas—. Voy a cargar el cuerpo y nos vamos directos a ver a Keith. Esas heridas se infectan rápido.

Aún aturdido, Brody observó cómo Lenny levantaba el cuerpo sin vida del suelo. Le hubiera gustado ofrecerse a ayudar, pero él no parecía necesitar nada y el propio Brody sentía los brazos como si fueran de gelatina.

Abandonó el granero y puso el candado de forma mecánica. Tendría que regresar de día, claro, para ver en qué estado se encontraba y si había sangre, pese a que había sido una muerte limpia.

Nada de visitas inmobiliarias durante un par de días, por descontado.

Lenny metió el cuerpo en la parte trasera de la furgoneta y cerró las puertas, para acto seguido ir a recuperar su arma. Brody subió al asiento del copiloto, con sentimientos encontrados: después del secuestro, nunca hubiera imaginado que volvería a ese vehículo, menos por voluntad propia.

Sin embargo, no podía obviar que acababan de salvarle la vida, al igual que sus ojos no mentían y había visto un hombre lobo: no se podía disfrazar

ni camuflar: era la verdad.

Lenny se subió por su lado y arrancó el motor, mirándolo de reojo. Después abrió la guantera y sacó un bote de cápsulas.

—Tómate una de estas. Son para el dolor —dijo.

—Gracias.

Brody cogió una y se la tragó sin ayuda de nada. Después se recostó contra el asiento, lanzando un juramento al notar un latigazo.

—¡Joder!

—El hospital está cerca. Me iré mientras Keith te mira eso y volveré a recogerte en un rato.

—¿Vas a dejarme allí solo?

—Tengo que deshacerme del equipaje extra.

Brody guardó silencio unos segundos, repasando lo sucedido una y otra vez en su cabeza.

—Le has dado justo en el corazón —murmuró—. Tienes… en fin, menuda puntería.

—Bueno, es mi trabajo —comentó Lenny, mirando por el espejo retrovisor.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Porque te seguimos las veinticuatro horas. Por turnos. —Frunció el ceño—. Cosa que no sería necesaria si te fiaras de nosotros.

—Es que yo… bueno, no creí que…

—Pues ya te lo puedes replantear, porque esto es solo el principio. Ahora mismo eres una diana andante, y al menos hasta que sepamos quién quiere matarte, necesitas protección.

Brody se recostó en la ventana de lado, sin apoyar la espalda. Notaba un fuerte latido en el lugar donde debía estar la herida, y temía lo que aparecería al quitarse la camiseta… joder, y aún tendría que dar las gracias de que fuera un zarpazo y no un mordisco.

—Los hombres lobo existen —dijo en voz alta.

Lenny asintió sin mirarlo.

Los dos permanecieron en silencio el resto del trayecto hasta que Lenny llegó al hospital. Para sorpresa de Brody, no entró por la zona de urgencias habitual, sino por el garaje subterráneo.

—¿Por qué venimos por aquí?

—Si entras en urgencias habrá constancia de tu visita. Eso implica un informe de tus heridas y muchas explicaciones que no debemos dar, ¿o

quieres contarle a un puñado de médicos y varios policías que un hombre lobo ha intentado matarte en un granero?

—No.

—Por eso tenemos a Keith. Usa la sala seis, allí tiene todo lo necesario, incluso la llave para cerrar y no ser molestado. No queda registrado, como si no existieras.

—¿Keith Hayes, el compañero de mi padre? ¿También está metido en esto?

—Por supuesto, trabajaban juntos.

—Veo que lo tenéis todo bien organizado. ¿Y en la policía?

—¿Qué?

—Si también hay algún infiltrado allí. No vendría mal, ¿no?

—La policía son palabras mayores. —Lenny se detuvo junto a unas escaleras—. Es por ahí. Sube esas escaleras, ve por la derecha y busca la sala seis. Keith te está esperando.

Brody asintió, echándose un vistazo en el espejo. Joder, menudo desastre… estaba pálido, sucio de haber rodado por el suelo, con el pelo revuelto, la camisa hecha jirones y con manchas de sangre, los vaqueros rotos…

—Menuda pinta —resopló.

—Cuando te cosa la herida de la espalda la pinta será lo de menos, créeme. En fin, volveré a por ti dentro de un rato. Si acabas antes, enfrente hay una cafetería. Espérame allí.

—¿No intentarán matarme por segunda vez esta noche?

—Estaré conectado. —Lenny volvió a ponerse el auricular—. De todos modos, no te preocupes, Alexia te vigila.

—Bien. Esperemos que no me coma ella misma. —Brody bajó.

Oyó un ruido por parte de Lenny, pero antes de poder comprobar si aquello era una risa o algo que demostrara que tenía sentido del humor oculto en alguna parte, este arrancó la furgoneta y desapareció por donde había venido.

Capítulo 6

Lenny detuvo la furgoneta en medio de un claro y apagó las luces. Al menos, el hecho de que fuera de noche jugaba en su favor: odiaba retener cuerpos más de lo necesario.

Como de costumbre, hizo un reconocimiento del terreno antes de ponerse manos a la obra. Una vez seguro al cien por cien de que no había nadie por los alrededores, regresó a la furgoneta para abrir las puertas traseras.

El sitio elegido en esa ocasión era el lago Stillwater, a unos cuarenta minutos en coche. No era recomendable frecuentar los mismos lugares: si alguien lo veía más de dos veces era fácil que pudiera reconocerlo, algo que no le interesaba. Lo de pasar desapercibido era una norma repetida hasta la saciedad en el clan y a todos se les grababa a fuego.

Lenny sabía que algunos compañeros tomaban menos precauciones; no importaba en realidad, mientras te mantuvieras a salvo nadie del clan aparecería para pedir explicaciones. Una vez fuera, los cazadores se volvían independientes prácticamente al cien por cien, excepto si se rompía alguna norma y llegaba a oídos de los superiores.

Claro que romper las normas tampoco era difícil, porque tenían muchas. Quizá demasiadas.

Lenny ignoró el cuerpo del hombre lobo tendido sobre el suelo de su Dodge y buscó con la mirada la pala. La encontró después de mover un par de cajas aquí y allá, y cerró otra vez las puertas. Entonces sonó su teléfono, de modo que clavó la herramienta en el suelo y lo sacó.

Al ver el número se extrañó, pero respondió.

—Qué sorpresa oírte, Rockso —saludó.

—¿Me echabas de menos? —bromeó una voz al otro lado.

—Qué bien me conoces. —Lenny agarró la pala y se encaminó hacia la zona más oscura del lago.

—¿Cómo estás?

Rockso y Lenny compartían trabajo y clan, y se conocían desde pequeños. Si bien era cierto que los métodos de adiestramiento del clan no favorecían las

relaciones entre los alumnos, Rockso y él siempre habían sido amigos. Se veían poco, obvio, cada uno tenía sus propios destinos y misiones, aunque encontraban tiempo para llamarse de cuando en cuando.

—En este momento me pillas en medio de una cosa —respondió Lenny —. Nada importante.

—Oye, es posible que en un par de semanas esté en Washington por temas de trabajo. ¿Te apetece que nos veamos para ponernos al día?

—La última fue…

—Hace meses, sí, por eso. Además, tenemos mucho de qué hablar. Por ejemplo, ¿vas a ir este año a la reunión anual en el centro?

Lenny recorrió el suelo con la mirada, decidiendo cuál era la mejor zona para cavar.

—No sé… —murmuró.

—Venga, hombre. Cuando al fin se nos permite ir, ¿no te apetece? ¿No tienes ni la más mínima curiosidad por saber de qué va?

Lenny tenía curiosidad, claro, como todos. Desde niños habían escuchado hablar de las famosas reuniones anuales, a las que solo podían asistir miembros del clan que llevaran de servicio un mínimo de quince años. Era una especie de seguro: si seguían con ellos después de tanto tiempo, los consideraban de total confianza. Y dado que todos los alumnos abandonaban el centro a los dieciocho, con los riesgos que el propio trabajo implicaba, cumplir esos años era un privilegio que no todos tenían. Por eso, cuando lo conseguían, la mayor parte se apuntaba sin dudar.

Pero Lenny tenía sus reservas. Como miembro del clan Benezet, respetaba las normas y obligaciones, y trataba de cumplirlas en la medida de lo posible. Sin embargo, aunque vivía la vida que le había tocado, no siempre comulgaba con todo. Y dieciocho años escuchando rumores sobre esas reuniones anuales que duraban todo un fin de semana le decía que quizá no le gustara lo que se celebraba allí. Por si acaso, mientras tuviera opción de elegir si ir o no, se decantaba por el no.

Clavó la pala en el suelo y la movió por la zona, buscando.

—No me he decidido todavía —contestó.

—Eres un bicho raro —dijo Rockso, con una carcajada—. Es un privilegio que tenemos. Después de tantos años sirviendo a la causa, y tú no quieres ir.

—A ver, tengo lío aquí —Lenny se excusó como pudo, no quería que su amigo lo llevara a un callejón sin salida.

—Es nuestro clan, Lenny. Formamos parte de él.

—No se me olvida.

—Todos somos solitarios porque así es nuestro trabajo, al fin y al cabo, con un destino aquí y otro allá. Aun así, el clan es nuestro hogar, nuestra familia. Recuerda que ellos nos acogieron cuando nadie más nos quería.

Lenny frunció el ceño.

—¿Desde cuándo le das al chantaje emocional?

—Yo voy a ir a la reunión anual, y sería genial que vinieras conmigo. Cuando éramos críos tenías tanta intriga como yo, ¿qué te ha pasado durante estos años?

Mientras escuchaba a Rockso hacer ese resumen edulcorado y romantizado de lo que había sido su paso por el centro, Lenny al fin lo comprendió: era un síndrome de Estocolmo en toda regla. Parecía que su amigo distorsionaba los recuerdos, aunque también era verdad que Rockso se relacionaba más con los superiores del clan: visitaba el centro a menudo y casi todos sus trabajos estaban cerca, a diferencia de él. Un momento feliz en su vida fue cuando lo destinaron a Seattle, directamente en otro estado, lo que ponía bastantes kilómetros entre él y el clan.

Lo cual no evitaba que lo llamaran para otros trabajos, y en esos momentos en que veía la clave secreta en su busca, algo se enfriaba en su interior. La posibilidad de una reubicación era una de las pocas cosas que le preocupaban.

—Bueno, lo hablaremos en persona cuando vaya a Washington y nos tomemos unas cervezas, seguro que de esa forma logro convencerte. —Rockso recuperó el buen humor—. Por lo demás, ¿todo bien? ¿Sigues con Cifra?

—Ajá.

—A veces te envidio por tener un trabajo fijo, además de importante. ¿Ves? Otra cosa que tienes que agradecer al clan.

—¿El qué?

—Pues que te dieran a ti ese trabajo. Cubrir al centinela es algo importante, ¿imaginas a Harker en ese puesto? ¿O a Bowman?

—No los imagino en ningún puesto —comentó Lenny, y clavó la pala con tanta fuerza que casi la enterró hasta la empuñadura—. Sabes tan bien como yo dónde están esos dos.

—A eso me refería, el clan sabe a quién debe poner en cada sitio, por eso estás ahí.

—Una cosa, ¿has estado mucho en el centro últimamente?

«Porque observo un pequeño lavado de cerebro», terminó en su cabeza.

—Me he estado reuniendo con los superiores, sí. Están contemplando que me una al equipo de adiestradores —la voz de Rockso estaba teñida de orgullo.

—¿Qué? ¿En serio?

—¿Por qué? —de pronto, Rockso sonó receloso—. ¿Es que no me ves capaz?

—Claro que te veo capaz, solo que no pensaba que eso iba contigo.

—Lo estoy pensando. Oye, ya hablaremos de todo esto cuando nos veamos, todo suena mejor con copas de por medio. ¿Te llamo un par de días antes y coordinamos agendas?

Lenny respondió con un murmullo y cortó la llamada. Conocía a Rockso como la palma de la mano y estaba claro que no le había hecho mucha gracia su falta de entusiasmo.

Arrancó la pala, inquieto por la charla. Pensar en Rockso como adiestrador del centro le proporcionaba un sentimiento contradictorio… quería a su amigo, pero si aceptaba ese puesto dudaba que volviera a verlo del mismo modo.

Se concentró en alejar los recuerdos en forma de imágenes que se colaban sin permiso cuando echaba la vista atrás, un truco aprendido a base de trabajo introspectivo. Si algo tenía claro Lenny era que torturarse pensando en el pasado no llevaba a ningún lado; uno no podía cambiar su vida, pero sí elegir no sufrir de manera innecesaria.

Trataría de que Rockso cambiara de opinión; mientras, tenía un hoyo que cavar y un cuerpo que enterrar.

Según el agujero se hacía más profundo, Lenny pensó en las implicaciones de tener un nuevo centinela. Uno que se resistía a aceptarlo, encima. Vigilarlo las veinticuatro horas era un problema, sobre todo porque tenían el equipo a mínimos, y él no podía estar de guardia permanentemente. Nova trabajaba en una tienda, tenía su vida, y la chica de los colmillos… en fin, no confiaba en ella para dejar en sus manos la responsabilidad. Cierto que por el momento no estaba creando ningún problema, pero eso no era garantía de nada, todo el mundo sabía que los vampiros podían engatusar al personal y darle la patada después.

Es más, ella era el mejor ejemplo: algo le había hecho a su propio jefe. Y en vista del castigo, se trataba de algo gordo. ¿Cómo fiarse de alguien así? ¿Quién decía que no podía cargarse a Brody y abrir la puerta con total libertad? No entendía por qué tenía carta blanca de Cifra.

Por otro lado, le preocupaba lo rápido que se estaban desarrollando los acontecimientos. Primero moría Sammuel y, apenas una semana después, Brody estaba a punto de caer en las garras de un licántropo. Elucubraban sobre demonios y, de pronto, aparecían hombres lobo en la ecuación. ¿Qué estaba pasando allí? Lo primero para ganar al enemigo era saber con seguridad de quién se trataba, no podían dar palos de ciego.

Cifra no les mandaba información nueva y Keith no había encontrado nada reseñable en la autopsia, excepto lo que ya sabían: alguien había arrancado el corazón de Sammuel.

Esa información era como no tener nada. A Lenny se le daba bien rastrear, pero necesitaba un punto de partida, cualquier cosa por pequeña que fuera, no algo que abarcara el cien por cien de las amenazas sobrenaturales.

Terminó de cavar y se alejó para calcular si con esa profundidad sería suficiente. Satisfecho, se apartó el pelo de la cara y regresó a la furgoneta para trasladar el cuerpo, algo que hizo sin demasiado esfuerzo. Hizo rodar el cadáver hasta que este cayó en el interior de la improvisada tumba y lo observó unos segundos. No sentía remordimientos, hacía lo necesario para proteger al centinela… aun así, desaparecer sin más y ser enterrado en medio de ninguna parte tampoco lo hacía sentir orgulloso: la eterna dicotomía de los cazadores.

Una vez la tierra estuvo compacta, Lenny volvió a la furgoneta y arrojó la pala a la parte trasera, ignorando que allí hacía falta un poco de orden. Todo su arsenal necesitaba un pequeño repaso, casi tanto como su pelo, solo que este le importaba bastante menos.

Condujo los cuarenta minutos de vuelta sin dejar de hacer cábalas respecto a todo, aunque no sacó nada en claro. Cuando aparcó por segunda vez en el aparcamiento subterráneo del hospital y se encaminó a la sala seis, seguía igual de confuso que en el lago mientras cavaba.

Llamó tres veces hasta que escuchó que Keith le daba paso.

—Ya estoy aquí —comentó, entrando a toda prisa.

—Entra. —Keith cerró el picaporte tras él y le echó un vistazo—. ¿Has cruzado alguna madriguera persiguiendo al conejo blanco?

—Casi. —Lenny ignoró su sonrisa—. He tenido que enterrar al bicho.

—Imagino. Le estaba cosiendo la herida al chico. Mira esto.

Lenny rodeó a Brody para observar bien la herida que ya había intuido en el granero. Poca broma con los hombres lobo, si te cruzabas con uno grande podía arrancarte media cabeza de un solo zarpazo.

Brody se había estrenado a lo grande, aquello le iba a dejar unas nuevas y hermosas cicatrices. De forma inconsciente, se llevó la mano a su propia espalda y, al darse cuenta, dejó de hacerlo.

—Joder —se limitó a decir—. ¿Duele mucho?

—Antes sí, pero con la anestesia mejor —contestó Brody—. Has tardado, dijiste un rato.

—He tenido que ir lejos, ya sabes. Hay que deshacerse del cuerpo en un sitio donde nadie pueda relacionarlo contigo.

—¿Esto es algo habitual? Lo de enterrar cuerpos, digo.

Lenny se encogió de hombros mientras Keith regresaba a la tarea de coser las heridas lo mejor posible. Algo así hubiera sido imposible de explicar en la sala de urgencias de la planta oficial, ¿qué clase de animal dejaba una espalda hecha trizas? ¿Cómo había sucedido? ¿Y cómo había conseguido escapar? ¿Estaba la puerta del granero abierta?

El médico de guardia tenía la obligación de avisar a la policía por si se trataba de algún animal salvaje, y esto podía llevarlos a hacer muchas preguntas no deseadas. Bastante tenían ya con la falta de corazón del padre, gracias.

—¿Me vas a poner la vacuna de la rabia? —preguntó Brody—. Quiero decir… ¿los hombres lobo esos pueden transmitir la rabia?

Keith cruzó una mirada divertida con Lenny.

—Sí, te la pondré por si acaso —asintió, con una palmadita.

Keith terminó de coser y cortó el hilo con una tijera pequeña. Después se alejó para observar mejor el trabajo, sacudiendo la cabeza.

—He hecho todo lo posible —comentó—. Con el tiempo se aclarará, pero te va a quedar una buena cicatriz.

—Estupendo. Eso gusta a las chicas, ¿no? —bromeó Brody.

No debería estar bromeando, solo que, cuanto más pensaba en lo ocurrido, más afortunado se sentía de poder estar ahí, encima de una camilla, asumiendo que le iba a quedar una cicatriz en la espalda del tamaño de Arkansas. Lo que era mejor que estar muerto, ¿no?

—Seguro. —Keith se aproximó con un par de jeringuillas—. Bien, un minuto más y podrás irte a casa a descansar.

—Vale. —Brody hizo una mueca al notar un pinchazo tras otro.

—Voy a darte un par de cosas.

Keith arrojó las jeringuillas a la papelera y se encaminó a la vitrina que tenía cerrada con llave. Tras unos segundos, la abrió y cogió dos paquetes.

—Estos son analgésicos para el dolor. Tienes que curar la herida una vez al día, y si sangra o se pone rojo, me avisas. En una semana te quitaré los puntos, si evoluciona bien.

—Entendido.

Brody se puso la camisa y entonces cayó en la cuenta de que no veía bien.

—¿Y mis gafas? —preguntó.

Tanto Lenny como Keith miraron a su alrededor, por si se encontraban sobre la encimera o mesa de curas.

—Estupendo —murmuró el chico—. Se habrán roto durante el ataque, seguro.

—Será una señal —comentó Lenny.

—¿De mi mala suerte?

—No, de que deberías solucionar ese problema de una vez por todas. No puedes estar perdiendo las gafas continuamente.

Brody no hizo mucho caso al comentario hasta que asimiló su significado real.

—¿Quieres decir que lo de esta noche puede repetirse?

—Bueno, no soy un oráculo. —Lenny se encogió de hombros—. Pero es una vida agitada, no te voy a engañar. Lo de que se te empañen las gafas mientras peleas contra el mal no lo veo.

Brody no supo ni qué responder a eso. Ni siquiera tenía claro que Lenny no se estuviera burlando de él, porque Keith no se molestaba en disimular la sonrisa.

El médico se quitó los guantes y los arrojó a la papelera.

—Si necesitas más pastillas o lo que sea, no dudes en pedírmelo.

—Puedo ir a la farmacia.

—No, mejor no dejar ningún rastro —replicó Keith—. Cualquier receta puede traer a la policía hasta a mí. Mejor que hables conmigo.

—De acuerdo —aceptó Brody.

—Te llevo a casa —dijo Lenny, sacando las llaves—. Gracias, Keith.

—De nada. Id con cuidado.

Brody le estrechó la mano al médico, con una sonrisa de agradecimiento, y siguió a Lenny de vuelta a la furgoneta. Al menos la espalda no le dolía gracias a la anestesia, aunque sabía que cuando los efectos de esta se disiparan… en fin, lo de dormir boca arriba mejor lo olvidaba durante unos días.

Ocupó el asiento del copiloto, sin saber bien qué decir, porque después de la experiencia vivida esa noche… sentía que necesitaba dormir veinte horas

seguidas. De repente, estaba tan agotado que veía imposible articular palabra.

Entrecerró los ojos y se mantuvo así durante el trayecto hacia su piso, adormilado. De vez en cuando escuchaba a Lenny hablar por el auricular que lo conectaba al resto del equipo, pero abrir los ojos cada vez le costaba más.

Por fin, el Dodge se detuvo y Brody se incorporó en el asiento, frotándose los ojos.

—¿Ya estamos? —preguntó, asomándose para corroborar que estaba en su calle.

—Sí, te he traído a tu piso.

—Vale, genial.

Brody cogió su cazadora para ponérsela, recordando entonces que estaba destrozada.

—Era mi preferida —suspiró—. En fin, la tiraré.

Iba a añadir una despedida, o tal vez un nuevo agradecimiento, cuando escuchó el ruido de una moto. Miró por el retrovisor, justo a tiempo de ver a Alexia detenerse junto a su ventanilla. Brody pegó un pequeño salto en el asiento, haciéndose a un lado. Observó a Lenny bajar, así que dedujo que no le quedaba más remedio que hacer lo mismo.

Con un suspiro, salió de la furgoneta y el aire frío de la noche le despejó momentáneamente. Se reunió con los dos, mirando a uno y otro de manera alternativa, y con una pequeña voz interior que suplicaba a Lenny que no lo dejara a cargo de la rubia.

—¿Se va a quedar ella? —preguntó, con un hilo de voz.

—Sí —contestó Lenny—. Tenemos que repartirnos los turnos, ya sabes.

—Claro. —Brody tragó saliva.

—Tranquilo —intervino Alexia—. Estaré fuera, no en tu piso.

—¿Y si necesito ayuda cómo entrarás?

La chica y Lenny lo miraron de igual manera: como si fuera idiota. Claro, qué tonto. Era gente de recursos, seguro que en caso de necesidad se las apañarían para entrar. Tampoco tenían aspecto de llamar mucho al timbre en caso de necesidad, no.

—Gracias —murmuró, con voz humilde—. Puedes pasar, por supuesto.

Pese a que estaban allí para protegerlo y lo sabía, tenía miedo de ella. Nova le daba cierta ternura, y Lenny acababa de salvarle la vida pese a su carácter, pero de la vampira no se fiaba.

—¿Qué tal está tu amigo, por cierto? —le preguntó Alexia, con una sonrisa dulce.

—Bien, muy bien, extraordinariamente bien —balbuceó Brody, aturullado —. Esto… mejor será que me vaya a la cama, estoy hecho polvo.

Lenny asintió, dándole una palmadita en el brazo, y lo miró hasta que desapareció escaleras arriba en dirección a su apartamento.

—Así que lobos —comentó Alexia, con una nota despectiva en la voz.

Él conocía la eterna rivalidad entre licántropos y vampiros, claro que jamás había tenido la ocasión de charlar con ninguna de las especies al respecto.

—Cierto —repuso—. Licántropos y vampiros, siempre rivales.

—Los licántropos no son nuestros rivales —masculló ella, casi como si estuviera haciendo el esfuerzo de morderse la lengua.

Lenny meneó la cabeza. Los vampiros, siempre con aquellos aires de grandeza, como si ellos fueran el poder superior y el resto solo trozos de carne que orbitaran a su alrededor.

—Ah, ¿no? —preguntó—. ¿Y qué son?

—Todo instinto, nada de cerebro. Solo son bestias, perfectas para luchar y poco más.

Él parpadeó, sin poder creerse lo que acababa de oír. Que la chica de los colmillos se expresara de forma tan similar a él le preocupaba. Le preocupaba mucho.

—Bueno, lo dejo en tus manos. Ha sido una noche larga.

Lenny se giró para regresar a la furgoneta.

—No olvides darte una ducha.

Él se detuvo en el acto, otra vez preguntándose si habría oído bien. Pues casi la prefería cuando estaba callada, joder, que su nivel de aguantar descaros era bastante bajo.

Sin embargo, Alexia no le dio opción a responder, pues ya se encaminaba hacia el edificio. Iba a hacer un reconocimiento del terreno, imaginaba, justo lo mismo que haría él en su lugar: controlar las salidas, ventanas, y cosas por el estilo.

Cerró de un portazo, molesto, y se quitó el auricular. Por esa noche, no pensaba seguir pendiente del dichoso centinela.

Brody despertó tras dormir ocho horas seguidas, algo extraño durante la última semana. Era obvio que su pequeña odisea del día anterior lo había dejado exhausto, porque nada más apoyar la cabeza sobre la almohada, cayó en brazos de Morfeo.

Tardó un par de minutos en despejarse, desorientado, y se frotó los ojos al ver la luz entrar por las ventanas. Comprobó que eran las nueve, una hora más que respetable para levantarse, de modo que eso hizo. Desperezándose, fue al servicio, donde se lavó la cara y se quitó la camiseta para echar un ojo al estado de su espalda.

El efecto de los analgésicos había desaparecido y notaba un dolor sordo, además de calor por toda la zona. Se quitó la gasa como pudo y palideció al ver cómo había quedado aquello: ya no eran solo las heridas, que cruzaban su espalda en un montón se surcos irregulares, sino el resto de hematomas que lo acompañaban.

¿Y cómo demonios iba a curarse él solo la espalda, si no llegaba?

—Joder —suspiró, y volvió a meter la cara bajo el chorro del agua fría.

Bueno, primero se tomaría un café y después pensaría en el tema. Quizá Marcus, solo que, si pedía ayuda a su amigo, ¿qué iba a decirle exactamente respecto a su espalda?

—«Esto no es nada, colega, solo un puto hombre lobo que me zarandeó cual muñeco de trapo» —dijo, en voz alta, encaminándose a la cocina.

Al pasar por el salón, pegó un bote: Alexia estaba allí, sentada en uno de sus sofás, con las piernas apoyadas sobre la mesita.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Se dio cuenta de que no llevaba nada excepto los pantalones, pero ya no tenía sentido retroceder para cubrirse. Ella le lanzó una mirada inexpresiva.

—¿Qué fue de eso de quedarse fuera?

—Que duermes demasiado y estaba aburrida.

—Claro, claro. ¿Y puedes entrar como si tal cosa? ¿No necesitas una invitación o algo así?

—Me diste permiso anoche, ¿recuerdas? Seguro que no, porque estabas en *shock*. —La rubia se levantó.

Brody hizo memoria, aunque la vampira no andaba alejada de la realidad. En algún momento debía haberle dicho que podía pasar, obvio, porque allí estaba y en estupendo estado, no parecía que fuera a derretirse ni nada por el estilo. Joder, ¿eso significaba que podía entrar en su piso cuando le apeteciera?

—¿Cómo es que puedes andar de día como si tal cosa?

—No te importa.

—Perdona —se apresuró a rectificar Brody—. Oye, verás… resulta que tengo que hacerme una cura y no llego a mi propia espalda. Qué absurdo, ¿no?

Soltó una risita nerviosa para ver si el ambiente se relajaba. Alexia no se veía inquieta, así que era más bien por él mismo… y no sirvió de mucho, porque ella lo observaba como los niños miraban a las hormigas de su jardín: como algo insignificante que podía aplastar con un solo tacón de aquellas altísimas botas negras.

—No estaba insinuando que… en fin, imagino que tienes muchas cosas que hacer y… oye, ¿sabes qué? Lo mejor será que vaya a ver a Keith.

—Yo te llevaré.

—No hace falta, tengo mi…

—Vístete mientras lo aviso. Estaré abajo, y, por cierto, encontré tus gafas.

Alexia abandonó el salón, dejando a Brody con las palabras atascadas en la garganta. Regresó a su cuarto con paso lento, para nada convencido de lo que estaba pasando allí.

En ese instante, deseó tener que ir a trabajar, lo que fuera que sirviera como excusa para evitar el paseo que iba a dar. Se planteó negarse… ¡qué estupidez! No se atrevería a llevarle la contraria, de modo que buscó ropa limpia con gestos mecánicos. Bueno, lo tomaría como una visita al dentista: te encontrabas fatal hasta que todo pasaba, y entonces te alegrabas de haber ido.

Cuando se asomó al portal, Alexia ya estaba sobre su moto, esperando. Le tendió un casco, que Brody cogió por inercia.

—No me gustan mucho las motos —murmuró.

Ella dio una palmadita en la parte trasera, haciéndole un gesto con la cabeza.

—Vamos, ya he avisado a Keith. No entra hasta más tarde, pero hará una excepción por ti —le instó.

El chico se puso el casco y fue a sentarse, inseguro. Vaya, cómo cambiaba la película… de adolescente, la fantasía era más bien al revés, con él llevando la moto y la rubia sexy sentada detrás. Sin embargo, ahí estaban, la rubia era quien conducía. Y la que mandaba.

Se sentó, con un hormigueo extraño en el cuerpo. Tenía miedo, sí, pero había algo más, una emoción diferente, primitiva: adrenalina. Desde la muerte de Sammuel, todo habían sido emociones, una tras otra, y algo le decía que aquello solo acababa de empezar.

Alexia arrancó la moto y Brody miró hacia todos lados, pensando en dónde sujetarse. Porque lo de agarrarse a ella le parecía un poco atrevido.

En ese momento, un vehículo policial se detuvo junto a ellos. Brody se apresuró a quitarse el casco mientras uno de los agentes del interior bajaba la ventanilla.

—¿Señorita? —preguntó—. ¿Sabe que el casco es obligatorio?

—Gracias por su interés, agente. Estoy bien.

El policía abrió la puerta y descendió del coche, acercándose hasta quedar a la altura de la rubia.

—No querrá que le ponga una multa, ¿verdad?

Brody escuchaba la conversación con el cosquilleo aún presente. De repente, sentía unas ganas locas de reír al ver a ese ingenuo policía que no se enteraba de la película: un hombre lobo le pegaba un revolcón y casi se lo comía de un bocado, ¡y ese hombre preocupado por un casco! Por Dios, ¡si los vampiros eran inmortales!

Miró a los dos, en espera de ver qué ocurría. Y lo que sucedió fue que la rubia miró al policía de una forma de lo más intensa, fijando sus ojos violetas en él.

—Todo va bien —dijo.

—Claro. Todo va bien —repitió él.

—Gracias por su interés, agente.

—No hay de qué, señorita. Que tengan un buen día.

Despacio, el policía retrocedió hasta su vehículo y se metió en el interior. Segundos después, el vehículo se alejaba de ambos.

—¿Control mental? —preguntó Brody, con curiosidad.

—Solo a veces, y no con todo el mundo.

—Quizá sea cuestión de práctica.

—Quizá.

Alexia arrancó por segunda vez y Brody volvió a ponerse el casco. No sabía por qué, pero el hecho de que Alexia hubiera admitido que su poder era variable le hacía sentir mejor, como si la hiciera más cercana. Tal vez no fuera tan mala…

Olvidó ese pensamiento en cuanto la moto se puso en marcha. No tuvo más remedio que agarrarse a ella, porque a la velocidad que iba, ni siquiera podía pensar.

Cuando la moto se detuvo en el aparcamiento subterráneo, Brody soltó el aire que llevaba retenido desde que habían salido de su piso.

—¡Dios! —Se bajó—. ¿Dónde has aprendido a conducir así? ¡Qué locura!

—Deja de quejarte. Has llegado con vida, ¿no?

Brody refunfuñó, encaminándose a la sala seis, y ella fue detrás con una sonrisa. Keith les abrió la puerta, aún abrochándose la bata.

—Has madrugado —saludó—. Vamos, pasad.

Sujetó la puerta mientras entraban, y después cerró con llave, del mismo modo que había hecho la noche anterior.

—Alexia, me alegra verte otra vez. —Miró a la rubia—. Desde tu presentación no habíamos vuelto a coincidir, ¿verdad?

—Así es. Una noche entretenida —comentó ella.

—Gajes del oficio —sonrió Keith.

—Exacto.

Brody los observaba sin intervenir. Desde luego, el médico no parecía tener miedo de la vampira, se comportaba con amabilidad, y ella parecía responder.

—Bueno, a ver cómo va la herida —dijo Keith, yendo junto a él—. No caí en que no llegarías bien a las curas, ¿no tienes a nadie que pueda echarte una mano?

—Supongo que Marcus podría ayudarme, pero tendría que darle explicaciones.

—Olvídalo —le cortó Keith—. Intenta mantener a tus amigos fuera de esto. Es la única forma de que corran el menor peligro posible.

Cogió un buen trozo de algodón para limpiar la herida. Brody pensó en sus palabras, consciente por primera vez de que el peligro era real: no solo para él, sino para quienes lo rodeaban. ¿Hasta cuándo lo protegería aquel grupo? No iban a estar toda la vida tras él, sobre todo si se negaba a aceptar el dichoso legado.

Y entonces se dio cuenta de que no tenía elección. Por mucho que no quisiera aceptarlo, eso no iba a evitar que los acontecimientos se sucedieran, que continuaran tratando de matarlo. No tenía sentido negar la evidencia.

—Acepto —murmuró.

—¿Qué? —Keith se detuvo, con una gasa nueva entre las manos.

—Eso, que acepto. Continuaré el legado de mi padre.

El médico cruzó una mirada con Alexia, que asintió. Cogió el móvil para teclear algo unos segundos y después esperó hasta recibir la respuesta.

—Nos vamos a la oficina —contestó—. Por lo visto, hay una ceremonia que exige una firma y un poco de sangre.

Brody resopló.

—Es una broma, ¿verdad?

La chica le lanzó una mirada de reojo.

—Claro, es una broma —contestó, en tono neutral.

El chico miró a Keith, buscando una sonrisa o cualquier gesto que diera a entender que aquello no podía ser cierto. Lo de la firma no le molestaba, pero

el tema de la sangre, pese al matiz de la cantidad, ya le gustaba menos.

—¿No es broma? —insistió, esa vez mirando a Keith.

—No sé exactamente en qué consiste la ceremonia, si tengo que ser sincero —respondió este, sin sostenerle la mirada—. Pero tranquilo, seguro que es una tontería. Al fin y al cabo, somos los buenos.

No muy convencido, Brody se puso la camiseta.

—¿Tú también vienes? —preguntó al médico.

—Claro, todos los miembros del equipo deben estar presentes. Es como sellar un pacto, una vez aceptas ser el centinela, todos trabajamos juntos… contigo. Se cierra el círculo.

—Entiendo —carraspeó Brody, y miró a Alexia—. Será mejor que vaya con Keith en su coche, si no te importa. —Se giró hacia el doctor—. Es que conduce de una manera…

Capítulo 7

—¿Dónde vamos? —preguntó Brody, una vez en el coche con Keith.

—A la oficina, por llamarlo así. Es nuestro lugar de trabajo —contestó este, arrancando—. Cifra nos ha enviado las instrucciones a todos y debemos reunirnos allí.

—¿Cifra? ¿Y ese quién es?

Keith pareció aturdido unos segundos, y sacudió la cabeza.

—Esa. Es una «ella». Y bueno, no sé siquiera si debería haberla mencionado… Aunque vas a ser el nuevo centinela, así que tarde o temprano imagino que la conocerás.

«Pues sí que estamos apañados», pensó Brody. «Al final el que más confianza me da es el que menos sabe».

—¿No estará hoy?

—No parece, Nova se va a encargar de la ceremonia.

El rugido de la moto de Alexia los seguía de cerca, a pesar de que Keith había acelerado y no iba tan despacio como Brody había supuesto. Ahora que ya había dicho que sí y, por tanto, aceptado la realidad alternativa que existía, no se sentía mucho más tranquilo. Cierto, lo protegerían, y eso debería darle seguridad. Lo malo era el dolor sordo en su espalda que le recordaba unas enormes zarpas de una criatura que no debería existir y que Alexia y sus ojos violetas no eran cosa de su imaginación. Aceptar que era una vampira le hacía preguntarse muchas cosas y sabía que la chica no estaría por la labor de responderlas. No era solo el hecho de que caminara bajo el sol, duda que aún tenía, sino… ¿cómo controlaba el hambre? O, ¿cuánto necesitaba comer? ¿Un par de mordiscos con un poco de sangre o necesitaba litros y litros? ¿Era realmente inmortal? ¿La estaca en el corazón era una leyenda o serviría de verdad? Se preguntaba cuánto de lo que creía saber era leyenda y cuánto real, visto que lo del sol no funcionaba como creía.

Después, estaba Nova. Una bruja. No vestía de forma especial, ni llevaba escoba… vale, eso era absurdo, pero estaba perdido y no sabía qué esperar de ella. ¿En qué consistían sus poderes?

Por último, le quedaba Lenny, cuya humanidad no lo tranquilizaba precisamente. Una persona que mataba a un hombre lobo y enterraba su cadáver sin despeinarse (o más bien, sin alterar su expresión, muy peinado no iba precisamente), le aseguraba que sería bueno protegiendo, pero… no quería ni pensar en qué pasaría si la tomaba con él.

Así que solo le quedaba Keith como persona real de apoyo. Suponía que también tendría que ver el hecho de que lo conociera de antes, claro, el resto eran totales desconocidos a los que tendría que ir descubriendo poco a poco.

Keith puso música para cubrir el incómodo silencio, gesto que el chico agradeció. Seguro que estaba dándole tiempo a hacerse a la idea y no quería molestarlo. Y así, con la cabeza llena de preguntas, pasó el trayecto hasta que Keith detuvo el coche en un polígono industrial que parecía abandonado.

Frente a él había aparcado un coche que no conocía y la furgoneta de Lenny.

Se bajaron del coche mientras Alexia detenía la moto a su lado y vieron que el cazador descendía de su Dodge.

—Ya era hora de que entraras en razón —le espetó.

—Ya, bueno.

—¿Has llamado a la inmobiliaria?

Aquello pilló desprevenido a Brody, que no sabía a qué venía aquella pregunta.

—¿Qué?

—Para que quiten la casa de la venta, ese cartel atrae demasiadas miradas y si no lo quitan ellos, lo arrancaré yo.

—Ah, sí. No lo había pensado, si acabo de aceptar…

—En realidad, no tendrías que haberla puesto a la venta, pero pensamos que era mejor darte un tiempo.

—Ya, pero…

—Nunca podrás vender la casa, ni tú ni tus descendientes. La puerta está ahí.

—¿Y si no tengo?

Lenny lo miró, como si aquello no se le hubiera pasado por la mente.

—El consejo la compraría para el siguiente en la línea —aclaró Keith, colocándose a su lado—. No le atosigues, Lenny, poco a poco. ¿Nova está dentro?

—Sí, preparándolo todo.

Alexia los observaba desde la acera, sin decir nada, y Keith hizo un gesto hacia allí, instándoles a moverse.

Brody aún seguía aturdido, pensando en las palabras de Lenny. Esperaba que tuvieran un plan B para el futuro, porque él no se veía con hijos, la verdad. Principalmente, porque para eso hacía falta una fémina dispuesta a engendrarlos con él y esa persona ni la había conocido ni tenía claro que fuera a pasar jamás, visto su inexistente historial amoroso.

Se dio cuenta de que se estaba quedando atrás, así que aceleró el paso para alcanzar a los otros tres y los siguió hasta el edificio.

Había un vigilante leyendo un periódico con cara de aburrimiento y los miró por encima de la página de deportes, elevando ligeramente una ceja al ver a Brody.

—Nuevo centinela —dijo Keith.

El hombre bajó el periódico y volvió a mirar al chico, esta vez con más detenimiento.

—Si tú lo dices… —Se encogió de hombros—. Aunque ya estoy acostumbrado a que las apariencias engañan.

Brody no supo si tomarse aquello a bien o a mal. Lo saludó al pasar, y siguió a los demás hasta un ascensor.

Aunque la ceremonia le imponía algo de respeto, al menos era de día y por el momento no llovía, lo cual aportaba algo menos de temor en todo aquello. Sin embargo, todo su ánimo al respecto se hundió cuando, al salir del ascensor tres plantas más abajo, descubrió que estaban en un lugar sin ventanas ni nada por lo que pudiera entrar luz.

Había un montón de velas encendidas por todas partes, lo cual dotaba a la «oficina» de un aspecto lúgubre, cuando menos. Nova estaba allí y Brody se preguntó cómo se las habría apañado para hacer todo eso ella sola en tan poco tiempo, justo cuando la vio mover las manos hacia una docena de velas que tenía frente a ella y estas levitaron hasta una balda, donde se encendieron de forma espontánea.

O mágica, más bien, pensó.

Al verlos entrar, la chica sonrió y se acercó para abrazarle de forma afectuosa.

—Me alegro mucho de que hayas aceptado —le dijo.

—Gracias.

—Ya he traído mis cosas, las tengo en el coche. Espero que no te importe. Cuanto antes empecemos, mejor, ¿no?

—¿Tus cosas?

Y entonces recordó lo que había dicho la noche que le secuestraran sobre irse a vivir con él. Entonces había estado tan confuso que ni había vuelto a

pensar en ello, pero parecía que iba en serio.

—Claro —continuó ella—. Cuando acabe la ceremonia ya me dices en qué habitación me quedo.

—¿Todo listo? —preguntó Lenny, mirando a su alrededor.

—¿Sabes lo que hay que hacer? —preguntó Keith.

—Por supuesto. He estudiado la ceremonia y los hechizos iniciales. —Señaló a una mesa, donde había colocado un libro de aspecto antiguo entre otros objetos—. Y ahí está el libro del centinela. Es todo muy sencillo, en realidad.

Ente los objetos, había una daga, cuya visión hizo que Brody tragara saliva.

—¿Estáis listos? —preguntó ella. Todos se miraron, afirmando—. Bien, colocaos en círculo alrededor de la mesa.

Cogió un bote que había sobre ella y, cuando todos estuvieron en posición, lo inclinó para derramar su contenido sobre el suelo, un polvo blanco.

—Esta sal es protectora —indicó ella, caminando por detrás del equipo—. No os mováis.

—¿Tenemos que darnos la mano? —preguntó Brody, con Alexia a un lado y Lenny al otro. Ambos lo miraron como si estuviera loco, y él se encogió de hombros. Que era la primera ceremonia a la que asistía, por Dios.

—No, solo tenéis que estar quietos —contestó Nova, con una sonrisa.

Empezó a recitar unas palabras en un idioma que no reconocía mientras dibujaba el círculo alrededor de ellos. Parecía sal normal, pero a Brody le daba la sensación de que, según ella hablaba, se iba iluminando como si fuera fluorescente.

Nova completó el círculo entrando dentro, hizo unos dibujos en el aire y, entonces, sí, la sal se iluminó de forma repentina, llegando incluso a deslumbrarlos, antes de volver a la penumbra anterior.

—Bien —suspiró ella, como si pareciera aliviada—. El hechizo de unión ha aceptado al equipo al completo y ahora formamos parte de un todo.

—Genial —murmuró Lenny, mirando de reojo a Alexia.

Nova se acercó a la mesa y abrió el libro por la primera página.

—Brody, acércate —le pidió.

Él obedeció y se colocó frente a ella, según señaló la bruja.

—Este es el libro de los centinelas —informó Nova—. Explica vuestra historia y aquí están registrados vuestros árboles genealógicos y firmas de sangre. Tendrás que estudiarlo, así como los diarios de tus predecesores,

aunque eso te explico luego. —Él afirmó, preguntándose cuántos serían y cuánto tiempo le iba a llevar aquello—. Coloca tu mano sobre esta página y repite conmigo.

—Vale.

Brody colocó la mano con los dedos abiertos sobre un dibujo lleno de símbolos. En la siguiente había un texto que él veía al revés, por su posición, pero que Nova sí podía leer.

—Yo, Brody Jesky, acepto mi puesto como nuevo centinela y prometo proteger con mi vida la puerta mística y al mundo humano de los peligros de los que esta nos separa.

Él parpadeó ante las palabras «con mi vida» y le tembló incluso la voz al repetirlo, porque su padre había cumplido aquella parte a rajatabla. No importaba quién o por qué lo había hecho, algo que esperaba que tarde o temprano averiguaran, pero ya estaba convencido de todo lo que le habían dicho y estaba seguro de que algo paranormal había sido la causa.

Las letras bailaron bajo sus ojos y, cuando apartó la mano, las hojas del libro se movieron solas, pasando con rapidez hasta llegar a la última.

—Sammuel Jesky —leyó Nova, con voz triste.

Brody vio que, junto al nombre su padre, estaba su fecha de nacimiento y muerte. La tinta de esta última era reciente, destacaba en comparación a la anterior y a las de su abuelo, unos centímetros más arriba. Bajo ambos, una huella dactilar roja, que le hizo pensar en la firma de sangre. ¿Sería eso?

Entre todos los objetos había una pluma y un tintero. Nova cogió la primera, la impregnó de tinta y, con letra que parecía irreal de lo perfecta que era, escribió el nombre de Brody y su fecha de nacimiento. A continuación, cogió la daga y alargó la mano para coger la suya.

—Con esta firma sellas tu compromiso con la puerta —dijo.

Y, sin darle tiempo a contestar, le clavó la punta en la yema del pulgar. Él se sobresaltó, más por lo inesperado que por el dolor, que no era tanto como había imaginado.

Una gota de sangre apareció en su dedo y Nova lo acercó al libro, para que dejara allí su huella. Después, le soltó, y él se chupó la zona aliviado al ver que sus temores a una ceremonia llena de sangre no tenían fundamento. Al levantar la vista, sus ojos tropezaron con los violetas de Alexia, extrañamente brillantes en la oscuridad, y se quedó con el pulgar en la boca, temiendo sacarlo.

¿Olería la sangre desde ahí? ¿Se le echaría encima?

—Puedes dejar de chuparte el dedo —dijo Lenny—. Que no te vas a desangrar.

—Ya, ya.

Se aclaró la garganta, colocando las manos a su espalda mientras Nova cerraba el libro. Elevó las manos mientras decía unas cuantas palabras más, que provocaron una especie de corriente de aire que pasó de uno a otro hasta llegar a la sal del suelo, removerla y elevarla. Pronto se dispersó y desapareció entre motitas brillantes.

Nova sonrió y, con un gesto suyo, todas las velas se apagaron y las luces regresaron.

—Todo ha salido perfecto —dijo.

—Enhorabuena, Brody —felicitó Keith, estrechándole la mano.

Él no estaba seguro de si se merecía recibir una felicitación o el pésame. Aun así, le sonrió y devolvió el gesto.

—¿Cuándo empezamos a entrenar? —preguntó Lenny.

Nova, que estaba recogiendo las cosas de la mesa, levantó la vista para mirarlo.

—Ahora me voy con él y le haré un hechizo de protección. Hay mucho que hacer, cuando me haya asentado organizamos todo.

—De acuerdo. ¿Seguimos con los turnos?

Keith negó con la cabeza.

—Ahora que ya es parte del grupo y Nova está con él, no creo necesario la vigilancia continua. El hechizo debería ser suficiente.

—No lo fue para Sammuel —comentó Alexia, haciendo que todos la miraran. Ella se encogió de hombros—. Solo por comentar.

—Seguimos investigando —replicó Lenny.

—Bien, pues si no se me necesita, yo me largo —dijo ella, dirigiéndose hacia el ascensor.

Lenny esperó a que hubiera desaparecido para mirar a Keith y Nova, con el ceño fruncido.

—Vale que no es mi persona favorita y odio decir esto, pero… razón no le falta.

—Sammuel estaba solo —dijo Nova—. Lo mejor será que Brody comience a hacer vida normal, que vuelva a su trabajo, nunca ha habido problemas con gente alrededor. Ninguna criatura quiere darse a conocer al mundo. Y en casa estaré yo con él.

En eso la bruja tenía razón, admitió Lenny para sí. Incluso los hombres lobo, con sus mentes limitadas, no atacaban nunca a grupos o en lugares

donde podía haber testigos. No muy convencido, afirmó con la cabeza.

Nova terminó de recoger, lo metió todo en una mochila y se la echó al hombro, acercándose a Brody con una sonrisa.

—¿Listo para comenzar tu nueva vida?

—¿Es una pregunta con trampa?

—Así me gusta, que te lo tomes con humor —bromeó Keith, dándole una palmada.

Brody lo había preguntado totalmente en serio, aunque se abstuvo de decirlo. Fue con ellos hasta el ascensor y salieron todos juntos a la calle, despidiéndose del guarda al pasar a su lado.

En el exterior, Lenny se marchó en su furgoneta y Keith abrazó a Brody como despedida.

—Si Nova no se apaña para hacerte las curas, ven mañana a la consulta.

—Oh, tranquilo, seguro que no tengo problema —contestó ella.

Brody la miró. Vaya, al menos había una ventaja en todo aquello. Iba a vivir con una chica y encima le iba a curar… En su vida había imaginado que acabaría compartiendo casa con alguien así. Lo cual le hizo pensar en lo que ella había comentado sobre volver a su vida normal. Eso implicaba su trabajo, su rutina… y Marcus. Podía ocultarle la herida de la espalda, no sería difícil. El problema era lo demás: mudarse a casa de su padre, vivir con una chica desconocida… ¿Cómo iba a explicárselo?

—Pareces preocupado —le dijo Nova, ya subidos en el coche.

—Pensaba en mi vida. En… Marcus, mi mejor amigo, y que no puedo contarle nada.

—Ya.

—Tendré que decirle que me voy a casa de mi padre y sería raro que no viniera nunca, pero no sé cómo explicar tu presencia.

—Pues no voy a esconderme en el sótano —sonrió—. Es fácil, le dices que me has alquilado una habitación y ya está. Una casa tan grande necesita mucho mantenimiento, es comprensible que necesites el dinero extra para los gastos.

Aquello, de pronto, en lugar de tranquilizarle lo puso nervioso. No ganaba tanto como gestor, lo necesario para el alquiler de su piso y vivir de forma holgada, aunque sin lujos. ¿Cómo iba a mantener la casa?

—Ahora que lo dices, no sé cómo voy a hacerlo —murmuró.

—No te preocupes, el consejo se encarga de que todo se mantenga en su sitio. No te van a dar un sueldo ni nada de eso, pero sí lo necesario para continuar el legado y proteger la puerta.

—Ya me dejas más tranquilo.

Al menos no moriría de hambre. Quizá de un ataque de un hombre lobo, pero techo no iba a faltarle, eso no.

—¿Pasamos por tu piso a recoger tus cosas? —preguntó ella.

—Sí, tengo ahí toda mi ropa y mi coche. Haré una maleta por ahora y luego iré llevando todo. Tengo que avisar al casero y es un preaviso de dos semanas, así que tengo ese tiempo para dejar el piso vacío.

Esperó a ver si le daba alguna pena marcharse del que había sido su lugar de residencia los últimos años, pero no ocurrió. El piso le gustaba, estaba céntrico y era lo que necesitaba, pero nunca había sentido ninguna unión sentimental hacia él.

Nova lo llevó hasta allí y quedaron en verse en la casa de Sammuel. O su casa, más bien, aunque aún le costaría un tiempo en pensar en ella de esa forma.

Una vez en su piso, se tomó una pastilla para el dolor, aunque no de las más fuertes para poder conducir, y llenó una maleta con lo indispensable para unos días. Ya volvería con cajas y se tomaría su tiempo para organizar todo. Antes de irse, envió un correo al casero para informar de su partida y otro a la agencia inmobiliaria, para dar las gracias y que se pasaran a quitar el cartel. Seguro que en el fondo se alegraban de quitar aquella casa de su catálogo, no había recibido ninguna oferta ni visita y la chica ya había vuelto a advertirle que el asunto del asesinato complicaba todo en exceso.

Con la maleta a cuestas, bajó al coche y condujo hasta la casa. En su mente rondaba el ataque, la ceremonia, el libro con las huellas de sus antepasados… Si le pellizcaran para despertarlo, le parecería lo más normal descubrir que todo había sido un sueño.

Solo que su espalda llena de dolorosos puntos hacía innecesaria cualquier otra señal.

Dejó su coche aparcado junto al de Nova y, al pasar junto a él, vio que tenía una pegatina en la parte trasera llena de colorido.

—«Velas y jabones naturales “Aromas”» —leyó.

¿Sería su «tapadera», por así decirlo?

Se dirigió a la puerta y, al meter la llave, se dio cuenta de que no estaba cerrado… y Nova no estaba fuera. Abrió la puerta y la vio asomarse desde las escaleras.

—¡Hola! —saludó ella—. Espero que no te importe, pensaba esperarte fuera, pero empezó a llover y como tengo llave…

—¿Tienes llave?

—Todos tenemos, nos la dio tu padre. Bueno, quizá Alexia no, que es nueva.

—Qué bien.

O sea, que privacidad poco. Esperaba que la utilizaran si era necesario, no a lo loco. Una cosa era compartir espacio con una de ellos, y otra encontrárselos en cualquier momento.

—Estaba mirando las habitaciones de invitados —dijo ella, mientras Brody subía las escaleras—. ¿Dónde quieres que me instale?

—Me da igual.

—¿Y tú? ¿Vas a mudarte a la habitación de tu padre?

Él se detuvo al llegar arriba y miró la puerta, negando con la cabeza.

—De momento no, seguiré en la mía.

—Entiendo. —Ella le miró con comprensión—. Tiene que ser complicado.

Él afirmó.

—¿Qué te parece si nos instalamos los dos y nos vemos en un rato? —sugirió ella—. Podemos pedir comida.

—Claro.

—Me he cogido el día libre, así que luego podemos hablar y te contesto las preguntas que tengas, que seguro que son muchas.

—He visto una pegatina en tu coche, ¿es ahí donde trabajas?

—Sí, hacemos jabones y velas naturales.

—Ajá.

Ella lo miró, divertida ante su tono.

—¿No me crees?

—No sé, te imaginaba en una tienda de inciensos y movidas así. ¿No tienes un fondo detrás con cosas… ya sabes, paranormales?

Ella rio, sacudiendo su melena morena.

—No, no, qué va. Nada de eso, todo normal y natural. Mi vida de bruja está totalmente separada de mi vida normal.

—¿No haces pociones ni cosas de esas?

Dicho así, se dio cuenta de que debía sonar un poco idiota, pero todo aquello era nuevo para él e, igual que con Alexia, su visión de las brujas estaría distorsionada por las películas y libros, seguro.

—Sí, alguna hago. Ya te iré explicando, no quiero que te aturulles con demasiada información.

—Lo siento, no quiero parecer indiscreto ni incomodarte.

—Nada de eso, imagino que estarás aún confuso con todo esto y tiene que ser difícil adaptarte. Tómatelo con calma, iremos viendo las cosas según salgan y todos te enseñaremos lo que podamos: yo algún hechizo que pueden utilizar humanos, Lenny a luchar, Keith algo de primeros auxilios y Alexia… Bueno, algo hará.

—Vale.

—Y tengo que hacerte el hechizo de protección. ¿Te parece que nos veamos en una hora en el despacho de tu padre?

—Vale.

—Y tienes que conocer al oráculo, claro.

—Claro —repitió, aunque no tenía ni idea de a quién se podía referir—. El oráculo.

Otro a añadir a la lista de gente extraña, por lo visto. Nova ya se iba hacia una de las habitaciones de invitados, así que él se fue a la suya y deshizo la maleta. La habitación le parecía pequeña para vivir de continuo, aunque fuera su dormitorio durante todos sus años de infancia y adolescencia, y se dijo que tarde o temprano tendría que ir al principal. Solo de pensarlo le daban escalofríos, y se preguntó si Nova podría hacer algo al respecto, como algún hechizo para eliminar los malos espíritus o, en ese caso, las malas vibraciones. No creía ni por lo más mínimo que el espíritu de su padre se hubiera quedado por ahí, en busca de venganza… aunque ya no ponía la mano en el fuego por nada. Y la habitación estaba impoluta. Era más bien el recuerdo que tenía, lo que sentía cuando tenía que atravesar la puerta.

En fin, lo hablaría con ella más adelante. Aún quedaba un rato para la hora que habían quedado, y se fue al despacho para echar un vistazo. No había entrado nada más que para enseñárselo a la inmobiliaria, dejando la tarea de revisar cajones y baldas para cuando se vendiera la casa. Ahora, con todo el tema del centinela, seguro que ahí había información que iba a necesitar.

Paseó alrededor del despacho, mirando las baldas llenas de libros y abrió un par de cajones de la mesa al azar, todos llenos de papeles.

Entre una de las baldas y la ventana, se encontró con un espejo ovalado de cuerpo entero que estaba del revés, con la parte reflectante hacia la pared.

«Qué raro», se dijo.

A lo mejor lo habían movido las personas que había contratado para limpiar. Le sonaba haberlo visto años atrás en el dormitorio de su padre, quizá lo había cambiado de sitio y él ni siquiera se había dado cuenta. Cuando iba

allí los fines de semana, el dormitorio y el despacho de su padre eran dos lugares que no solía frecuentar.

Lo cogió con cuidado y le dio la vuelta, moviendo la parte basculante para colocarlo derecho. Durante un segundo se vio reflejado, pero de pronto la imagen se volvió turbia, se cubrió con una especie de niebla y pareció agitarse.

—¡Ya era hora! —gritó una voz masculina, como de ultratumba.

Brody pegó un bote hacia atrás y tropezó, cayendo de culo al suelo. Miró hacia el espejo con los ojos desorbitados.

—¡Llevo esperando días aquí solo! —gritó de nuevo aquella cosa.

La niebla se movía formando lo que parecía un rostro, cuya expresión era de todo menos amigable.

—¿Estás… estás hablando? —tartamudeó Brody.

—¿Quieres que te lo diga en arameo? —replicó el espejo—. O en chino, vamos, que hablo todos los idiomas que existen y hayan existido en el mundo.

—Ah… No, no, si te entiendo.

—Perfecto. Menudas pintas tienes.

—¿Perdona?

—Hace años que no te veo, y la verdad, esperaba otra cosa.

—Oye…

Lo que le faltaba, un espejo hablador insolente. Pues qué bien.

—Tu padre debería haberte entrenado hace tiempo, pero no quería y, la verdad, viéndote, entiendo por qué.

—¿Se puede saber quién o qué eres?

—Soy el oráculo. O tu oráculo, más bien.

—¿Tú? Nova te ha mencionado, imaginaba otra cosa.

—¿Ves? Igual que yo.

—¿Y qué haces?

—Aconsejar al centinela, esa es mi tarea.

—Ah, qué bien, se agradece toda ayuda.

—No me des las gracias todavía.

Brody se incorporó, sacudiéndose los pantalones, y se acercó, aunque solo un paso. Aquella cosa seguía mirándole con cara de pocos amigos, lo cual no le animaba mucho. Lo observó pensativo unos segundos, preguntándose qué podría preguntarle que pudiera ser útil.

—Oye, todo el consejo está confuso con el asesinato de mi padre. ¿Tú no puedes ayudarlos? —preguntó, esperanzado—. ¿No hay nada que sepas?

—Solo aconsejo a mi centinela.

—Vale, pues ahora yo soy el centinela. ¿Qué sabes?

—Sé muchas cosas, mi sabiduría se remonta a siglos atrás, cuando el primer centinela me trajo a este mundo y me encerró en este espejo para mantenerme como consejero vuestro.

—Vale, sí, todo muy instructivo. Me refería a específicamente la noche en que mataron a mi padre, si viste u oíste algo.

—Si hubiera estado en el dormitorio, te podría decir algo. Aquí encerrado, no vi ni oí nada.

—Vaya.

—Tu padre me trajo porque decía que en el dormitorio no tenía intimidad, así que llévame contigo. Será lo mejor.

Brody se quedó estupefacto. Claro, si se lo llevaba, aquella cosa estaría mirándole todo el rato, incluso cuando dormía. No, no tenía que ser nada agradable y estaba seguro de que no conciliaría el sueño.

—De momento te dejaré aquí.

—Pues tú verás. Si te ataca algo, no me enteraré.

—¿Puedes hacer algo para defenderme?

—Por supuesto.

—Ah, entonces…

—Gritar.

Brody miró al techo. Menuda ayuda, para eso mejor lo dejaba donde estaba.

—No, no me sirve eso de mucho. Además, Nova ha venido a vivir conmigo, así que ella me protegerá.

—¿Nova está aquí? Oh, qué sorpresa.

La puerta se abrió en aquel momento y, ante el asombro de Brody, la niebla gris del espejo se transformó en un fondo azul como el cielo, con nubes blancas y algodonosas que le daban un aspecto mucho más amable.

—Hola, querida bruja —la saludó.

—Hola, oráculo —sonrió—. Pensaba que no os conocíais.

—Ahora mismo nos hemos presentado.

Brody no daba crédito, hasta la voz sonaba menos imponente y terrorífica.

—Que me dará consejos, dice —comentó.

—Eso es. Te será de gran ayuda en momentos de duda.

Uno de esos era aquel mismo, cosa que Brody no dijo puesto que sus dudas estaban puestas todas en el oráculo.

—Te voy a hacer el hechizo de protección —indicó Nova.

—De acuerdo.

La chica le señaló el centro de la habitación para que se colocara allí. Brody era consciente de la mirada, o lo que fuera, del espejo en ellos, pero también de cómo la bruja lo observaba, lo brillantes que tenía los ojos y, tan cerca de ella, lo bien que olía a flores.

—¿Listo? —le preguntó, mirándole a los ojos.

Y qué sonrisa tan bonita. Él afirmó, sin apartar la vista de Nova. De todos, era quien más paz le transmitía. Confiaba en Keith, pero ella… le provocaba otras sensaciones, estaba claro.

—No dejes de mirarme —ordenó.

Él negó, y Nova empezó a recitar unas cuantas frases. Con cada palabra, Brody notaba un hormigueo recorriendo su cuerpo, comenzaba en sus dedos y llegaba hasta las puntas de los pies, parecía que ella lo sujetara con la mente sin tocarlo. Era como si todo su cuerpo se viera de pronto revitalizado, tanto que le hizo preguntarse si no se habría curado su espalda… Hasta que todo terminó y notó la molestia de nuevo en los puntos.

Nova le sonrió, sin perder la conexión entre sus ojos.

—Ya está —explicó—. Mi magia te protege.

El chico le devolvió la sonrisa. Quizá no era tan mala idea que viviera con él, no, empezaba a tener buenas vibraciones.

—Muy bonito todo —interrumpió la voz del oráculo, haciendo que se separaran—. Nova, ¿puedes creer que me va a dejar aquí? ¿Por qué no me llevas a tu habitación?

—Lo siento, eres el consejero del centinela, debes estar con él y este es su despacho. Es tan buen sitio como cualquier otro.

—Si tú lo dices…

—¿Qué tal si vamos a pedir comida y volvemos luego? —sugirió Brody, deseando salir de allí un rato.

—Claro, genial. Luego nos vemos, oráculo.

—Aquí estaré, qué remedio.

Mientras salían, Brody estaba seguro de que no les quitaba ojo de encima y que las nubes se volvían niebla de nuevo, dejándole una sensación de incomodidad.

Estupendo: otro miembro del equipo raro, por si no eran suficientes.

Capítulo 8

Alexia corrió las cortinas de su salón con cuidado y entrecerró los ojos al notar la fuerza de la luz. Volvió a cerrarlas con una mueca: eran cerca de las cuatro y, pese a que Seattle nunca había sido la ciudad del sol, aquella era demasiada claridad para ella.

Se frotó la frente, haciendo presión en las sienes para relajar el dolor. La broma del trabajo en equipo le iba a salir cara: necesitaría Destello de forma regular, y eso si Olec no cambiada de idea y se dedicaba a traficar con cualquier otra sustancia. Como solía decir, el mercado se reinventaba de forma continua, y él estaba allí por y para la ley de oferta y demanda.

Tenía que estar a las cuatro y media en la dichosa oficina, así que fue derecha al lavabo, dejando atrás la decoración oscura y gótica de su salón, y la *Calathea Dottie* de la entrada. La gente flipaba al entrar, como cuando veías un programa de televisión con el típico famoso que tenía un museo del terror en el sótano.

En realidad, para ser el piso de un vampiro, era relativamente suave. Solo que los humanos desconocían ese dato, claro. Si alguno llegaba a cruzar la puerta de su habitación, permanecía mudo al observar las sábanas negras, los cojines morados, el cabecero de cuero, las cortinas abullonadas o la hermosa araña de cristal suspendida sobre la colcha, repleta de valiosas y delicadas lágrimas de cristal. Las dos mesitas eran oscuras y servían de base para unos candelabros de plata antiguos de luz tenue, porque ese era otro detalle: la luz escaseaba en su piso. Una vez invitó a un tipo que comentó que aquel ambiente era muy «romántico», aunque a juzgar por su historial, de romanticismo entendía bien poco.

Tampoco era habitual que invitara a gente a su casa, y mucho menos al dormitorio. Solo que algunos tipos necesitaban un tratamiento especial y era más fácil meterlos ahí si pensaban que iban a quitarle la ropa.

Alexia entró al baño y abrió el armarito para buscar la droga. Tenía preparado el pulverizador, de modo que no tardó en hacer la mezcla. Dudó unos instantes antes de utilizarla, pues el hecho de que fuera nueva y más

potente no la tranquilizaba mucho… pero se fiaba de Olec. Era un cabronazo, pero a ella jamás le había mentido.

Utilizó una pulsación en cada ojo en lugar de las dos habituales: con eso esperaba que fuera suficiente hasta que anocheciera, y guardó el pulverizador en el armarito.

Regresó al salón y aguardó un par de minutos antes de volver a abrir las cortinas. La luz entró de golpe sin producirle molestia alguna, así que Alexia se acercó al cristal.

Si había algo que echaba de menos, era el sol. Recordaba los días largos y cálidos de verano con una añoranza casi dolorosa, porque ahora sus horas de luz eran breves y salían caras.

Y Olec estaba en lo cierto, ese Destello era mejor que el anterior. Veía a la perfección, sin las manchitas brillantes de otras veces: la droga antigua era como una crema con factor veinte, permitía a los vampiros caminar de día sin excesos, pero la nueva… era el factor cincuenta, le dejaba contemplar directamente el sol.

Satisfecha, Alexia regresó a su dormitorio y se vistió con esa ropa que tanto llamaba la atención de los humanos. De nuevo, muy común entre los vampiros, si vieran a alguno de sus antiguos jefes… en fin, el mundo de los vampiros era un círculo muy cerrado donde los humanos apenas entraban, a menos que fueran servidos en bandejas a la hora de la cena.

Lo que le recordó que esa noche tenía que salir de caza, no podía retrasarlo más. Algo rápido bastaría, quizás hasta en el mismo club de Olec, que siempre había algún Cero negativo disponible.

Se abrochó la cazadora negra y salió de su piso tras cerrar con llave. No tardó en llegar al polígono, y de ahí a la oficina, donde ya se encontraban los demás.

—Llegas tarde —comentó Lenny, al parecer siempre dispuesto a generar buen ambiente.

—No tenía nada que ponerme —replicó ella, en tono burlón.

Se acercó al grupo, consciente de que, cada vez que lo hacía, ellos se alejaban de manera inconsciente. Incluso Nova, que trataba de ser amable, lo hacía. Una simple reacción natural ante lo desconocido que en cierto modo comprendía, pese a que no le gustaba.

Nada podía hacer al respecto, solo intentar colaborar en lo que le pidieran. Por lo menos, podría enseñarle alguna cosa al centinela.

Que, ahora que se fijaba, llevaba puesto un conjunto horrible para hacer deporte que parecía sacado de un mercadillo callejero.

El chico no tenía nada de feo, pero daba la impresión de que ponía todo de su parte para parecerlo: llevaba el pelo hecho un desastre, las gafas tampoco le favorecían y el estilo al vestir… en fin, mejor dejar el tema, que no estaba allí para darle clases de estilismo.

—Bueno —comentó Keith, que sujetaba un libro entre sus manos—, según esto, hay que formarte en diferentes aspectos.

—¿Cuáles? —preguntó Brody.

—Magia elemental con Nova —respondió Keith—. Debes ser capaz de llevar a cabo hechizos sencillos.

—Suena bien —dijo él con una sonrisa.

—Y tienes que entrenar, claro —siguió Keith—. Necesitas poder defenderte en caso de que no estemos ninguno contigo. Esa es la parte de Lenny.

—Qué guay. —Brody tragó saliva—. Lo estoy deseando.

—Armas, combate… él te ayudará en todo eso.

Alexia carraspeó con suavidad. Keith alzó la vista al oírla, comprendiendo al momento que era parte del equipo, tanto si les gustaba como si no. Quizá ellos no se fiaban, pero Cifra sí lo hacía, y eso era más que suficiente.

—Claro, Alexia, por supuesto. ¿En qué estás adiestrada?

—Depende de lo que necesitéis.

Lenny y Brody pusieron prácticamente la misma cara de susto.

—Bien, estupendo. Podríamos…

—Un momento —lo interrumpió Lenny.

Brody soltó el aire que tenía retenido: practicar hechizos con Nova era una cosa, incluso si Lenny lo mataba a hacer flexiones lo tomaba de otro modo, pero ¿qué iba a enseñarle una vampira? ¿Cómo podría concentrarse él sabiendo que en cualquier momento podía atacarlo? O algo más terrenal, por ejemplo, si le daba una patada con esas botas perdería varios dientes, estaba seguro.

—¿Qué pasa? —pregunto Keith, pese a que conocía de sobra a Lenny e imaginaba lo que iba a decir—. Habrá que darle algo que hacer.

—Pues que haga café.

—Venga, hombre…

—Acaba de llegar, es demasiado pronto. No la conocemos. —Lenny miró en su dirección, sin molestarse en disimular una mueca despectiva—. Ni de broma vamos a dejarla entrenar con un humano torpe.

Brody parpadeó al escuchar esa definición de su persona.

—Bueno, tan torpe no… —empezó.

—Ahora mismo estamos más cerca de ser su comida que su equipo —comentó Lenny.

Alexia se las apañó para permanecer inmutable. El tema la cabreaba, la verdad, aunque en cierto modo aquel imbécil tenía parte de razón y era lógico que no se fiara de ella, al revés sucedía lo mismo.

—¿Y qué propones? —preguntó Keith.

—Nada, que se dedique a observar y, con el tiempo, ya iremos viendo.

—¿En serio?

—Pues claro que en serio —dijo Lenny—. Nova, por favor, pon un poco de sentido común aquí.

Nova recorrió a los presentes con la mirada y se mordió el labio. Apartar a la recién llegada y relegarla a un impreciso «con el tiempo» no era la mejor idea, desde luego, pero en el fondo estaba de acuerdo con Lenny. Era demasiado pronto y no podían obviar su naturaleza, mientras no supieran con precisión hasta qué punto era peligrosa para ellos, tenían que ir con ojo y atarla en corto. Además, la rubia tampoco facilitaba las cosas; en lugar de relacionarse o tener alguna conversación que podía haberla acercado al grupo, se mantenía callada y distante.

Nova odiaba sentir que no apoyaba a alguien en una situación no del todo justa, sobre todo porque ella sí quería darle una oportunidad… sin embargo, tal y como había comentado Lenny de forma poco diplomática, necesitaban tiempo.

—Quizá no sea mala idea que empiece por observar —comentó, buscando el modo de que sonara positivo—. Así puede comprobar cómo trabajamos y, cuando pase un poco de tiempo, vemos de qué forma pueden encajar sus… aptitudes.

—¿Ves? Nova hace que suene mejor —replicó Lenny—. A Brody no hace falta que le preguntes, solo tienes que mirar su cara de pánico.

Al ver que estaba en desventaja, Keith terminó por asentir.

—Bien, entonces quedamos así. Por el momento te limitarás a observar, Alexia.

Ella se encogió de hombros, con cuidado de no parecer enfadada para no darle esa satisfacción a Lenny.

—Aprenderás lo básico para heridas de emergencia —continuó Keith—. Eso te lo enseñaré yo mismo en la sala seis, allí estamos seguros. El entrenamiento físico será aquí, tenemos un gimnasio en la sala de enfrente. La magia y el estudio de tu legado puedes hacerlo en la casa de tu padre.

Brody afirmó.

—Ten en cuenta que tu labor es ser centinela. No eres brujo, ni cazador, ni médico. No te obsesiones con metas que no son tuyas, ¿entiendes?

—Sí, un poco de todo, pero mucho de nada.

—Exacto. Y que conste que te vamos a preparar para evitar que se repita lo de tu padre.

Brody asintió por segunda vez.

—Vamos a ver cómo estás de forma —comentó Lenny.

—¿Eh?

—Sí, unas pruebas básicas a ver qué tal.

—Ah, eso te lo puedo decir sin necesidad de hacer pruebas: mal.

—¿No haces nada de ejercicio?

—¿El mandibular cuenta?

Lo había dicho de broma, pero empezaba a arrepentirse, porque Lenny lo miraba como si quisiera triturarlo.

—¿Ni siquiera correr?

—Como mucho del sofá a la nevera… lo siento. —Puso cara compungida.

—Vamos al gimnasio.

Echó a andar y Brody quedó confundido. ¿Cómo? ¿Aun así tenía que ir? ¿Incluso después de decirle que hacía cero ejercicio? No veía para qué… y tampoco se atrevía a llevarle la contraria, por descontado. Afirmó con la cabeza para seguirlo, consciente de que el resto se movían a su lado.

—Ah, ¿que vamos todos? —preguntó.

¿Qué necesidad…? Pensaba que estarían solos el matalobos y él, pero al parecer, lo de ir en equipo era literal.

—Tranquilo, es por echarte una mano. —Keith le palmeó el hombro, detalle que no tranquilizó en absoluto a Brody.

Resignado, siguió a Lenny a la otra habitación, pensando en lo enorme que era ese lugar. Tenían la oficina, un sitio propio para entrenar, y seguro que por allí también estaba el cuarto donde lo habían interrogado, recordaba las armas y los portátiles.

Lenny abrió una puerta y Brody entró, mirando a su alrededor. El cuarto era espacioso y la decoración era cálida, con paredes en tono crudo y una luz blanca potente de esas que multiplicaban los defectos por mil.

Alexia lo recorrió con la mirada también: allí había de todo. Estaba claro que no era un simple lugar donde se entrenaba a un centinela cada cincuenta años, sino un sitio que se utilizaba.

En la zona izquierda había un banco de pesas, con ocho ruedas diferentes colgadas en la pared para variar los pesos. En medio colgaba un saco de

boxeo, y a la derecha, la cinta de correr. Hasta tenían una máquina de agua en un lateral, pero lo que más le llamó la atención fue el uso de los colores. Había detalles rojos en las pesas y la cinta, y el saco de boxeo también era de ese color… como si alguien se hubiera preocupado de que todo conjuntara. Miró a Lenny, convencida de que no era cosa suya, y entonces Nova se acercó con una sonrisa.

—*Feng shui* —comentó—. Lo hice yo.

Alexia alzó una ceja sin decir nada. Nova le indicó con la cabeza un banco de aspecto incómodo que había próximo a la puerta, y las dos se sentaron allí.

—El rojo es audaz y vibrante. Un poco como él —comentó la bruja, mirando al cazador—. Estaba casi convencida de utilizar una variación más suave como un tono melocotón… ya sabes, el rojo es energizante y no creo que a Lenny le haga falta más estimulación.

Alexia frunció los labios.

—Pero luego pensé que toda esa energía que tiene no se debe neutralizar, sino canalizar. El *feng shui* es cuestión de equilibrar, por eso la pared de madera y la pintura color crema… todo ayuda a estabilizar.

—¿Intentas decirme algo concreto?

—Solo que no es tan malo como pueda parecer en un principio. Es que le cuesta confiar en la gente que no conoce, eso es todo.

—¿Y cuál es tu excusa? —preguntó la rubia, sin mirarla.

—Mira, tienes que entendernos… hasta hace poco, los vampiros estaban en nuestra lista de criaturas a abatir. De hecho, aún lo están, tú eres una excepción.

—Bueno, esto solo es trabajo.

Nova asintió como para sí y dejó de hablar, concentrada en percibir las vibraciones que emanaban de la vampira. A pesar de su frialdad aparente, no le llegaba nada malo. Lo cual era extraño, porque las sensaciones de Nova eran bastante fiables. Si pudiera tocarla lo sabría mejor, pero claro, eso era atrevido.

Keith se aproximó para acomodarse junto a Alexia en el hueco que quedaba libre.

—¿Alguien tiene palomitas? —bromeó.

Durante la siguiente hora, Alexia comprobó cómo Lenny sometía a Brody a una completa humillación cuando, prueba tras prueba, quedó claro que el nuevo centinela no estaba preparado en absoluto. El pobre ni siquiera sabía respirar de manera correcta. Otra cosa que le quedó clara a la vampira fue que

el cazador no tenía demasiada paciencia, y los chistecitos nerviosos de Brody no ayudaban a relajar el ambiente.

—Es que se me empañan las gafas… —protestaba el chico, frotándose la cara.

—Sí, esa explicación me gusta. Podemos utilizarla con el próximo licántropo que venga a destriparte.

—¡Hey, eso no es justo! Hago lo que puedo.

—Vale, contable, prueba la cuerda a ver.

—Primero, no soy contable. Soy gestor.

—¿Es que no es lo mismo?

Brody abrió la boca, contrariado, dispuesto a darle una larga charla que dejara claras las diferencias, ya que no era la primera vez que la gente confundía términos. Sin embargo, Lenny hizo un gesto para cortar la protesta.

—Da igual, a nadie le importa. —Le indicó la cuerda con un gesto de cabeza.

—¿Esto va en serio? —Brody miró hacia arriba, aún sin poder creérselo.

—Tengo que ver cómo te manejas y qué se te da mejor, si no, no puedo prepararte una tabla de entrenamiento. Hay gente fuerte, gente ágil, algunos utilizan mejor la parte superior del cuerpo, otros la inferior… ¿lo entiendes?

Brody solo entendía que la escena le recordaba a su época de instituto, cuando el profesor de gimnasia parecía un demonio enviado del infierno cuya misión era ponerlo en ridículo, y cuanto más público hubiera presente, mejor.

Fuera como fuera, no podía seguir lloriqueando. Aquello era un trago por el que tenía que pasar, y, al menos, cuando acabara sería capaz de defenderse… no creía posible conseguir la forma física del cazador, pero seguro que mejoraría mucho.

Agarró la cuerda con las dos manos y se quedó quieto unos segundos, tratando de controlar la respiración.

—No te quedes ahí colgado como un jamón —dijo Lenny, lo que arrancó un montón de carcajadas de sus espectadores—. ¡Sube!

Le dio un toque en el brazo, impaciente, así que Brody soltó una mano para buscar el siguiente nudo y se agarró como pudo. Joder, cuando veía eso en alguna película siempre pensaba que no era tan complicado… ¡pues vaya si lo era! La cuerda se bamboleaba de un lado a otro bajo su peso, y por más que estiraba el brazo, no alcanzaba el siguiente nudo. Además, pese a que intentaba apoyar los pies nunca acertaba y al final parecía que estaba pataleando.

¡Joder, ni que aquello fuera una pesadilla! Estaba agotado, sudoroso, sin aire, rojo debido al esfuerzo físico y, efectivamente, colgado como un jamón. Y las risitas no hacían sino ponerlo aún más nervioso.

Soltó el brazo izquierdo con cuidado, calculó la altura del nudo… y de pronto resbaló hacia abajo, perdiendo el equilibrio. Aterrizó en el suelo con un golpe sordo que le hizo ver las estrellas, no porque hubiera caído desde mucha altura (solo había ascendido dos nudos en realidad), sino porque la herida de la espalda se quejó al recibir otro impacto.

Se medio incorporó con un gruñido, frotándose… todo. No había nada que no le doliera en ese momento, incluso el orgullo.

—¿Estás bien? —Lenny le tendió la mano.

—En fin, este no es el mejor día de mi vida, la verdad.

Aceptó su mano y se incorporó, moviendo el cuello.

—No pasa nada, es normal que estés así. Recordar cómo te sientes ahora te ayudará cuando empieces a entrenar. —Le dio una palmadita amistosa—. Con esta demostración tengo suficiente para hacerte un plan de ejercicios.

—¿Qué parte vamos a potenciar?

—Bueno, no parece que la agilidad sea tu mejor baza, así que me decanto por las pesas. En realidad, tu complexión es buena.

—¿De verdad? —preguntó Brody, con una media sonrisa.

—Sí, solo que estás en un estado de mierda porque eres un vago.

Brody miró al techo, controlando las ganas de poner los ojos en blanco.

—Pones la misma cara que tu padre cuando no le gustaba lo que le decían. —Lenny sacudió la cabeza, negando.

El recuerdo de su padre bastó para que Brody recordara que aquello no era una broma o *hobby*, sino algo muy serio. Y además… algo de razón tenía Lenny, por mucho que sus formas fallaran: era un vago de manual, no había pisado un gimnasio en su vida. Seguro que un poco de ejercicio lo ayudaría en varios frentes, al menos a no sentirse tan impotente como cuando el hombre lobo se coló en su granero.

—¿Cuándo empezaremos a entrenar? —preguntó.

—El lunes. Y hablaremos de armas —contestó Lenny—. Ahora, hay un baño con ducha al final del pasillo. Tienes toallas allí.

Brody asintió.

—Ya te acompaño —se ofreció Nova, levantándose—. Que esto es como un laberinto, hasta que no lo conozcas mejor podrías perderte.

Le puso la mano en el hombro, concentrada en mandarle energía positiva para que no le quedara un mal recuerdo del día. Por norma, no utilizaba ese

tipo de estratagemas con los demás, pero veía a Brody tan desprotegido, tan vulnerable, que deseaba hacerle sentir mejor. Era solo un pequeño toque y el personal se relajaba, sencillo y práctico.

Brody salió tras ella con una sonrisa, sintiéndose un poco más relajado. ¿Sería verdad aquel rollo de que el ejercicio y las endorfinas mejoraban el humor?

Keith se cruzó de brazos, pensativo.

—¿Cómo lo ves? —preguntó a Alexia.

—Verde.

—Sí, eso está claro. El chico trabaja en una oficina, no hay más —suspiró el médico, y la miró de reojo—. ¿Así que guardaespaldas?

Alexia asintió.

—¿Era muy duro?

—A veces.

—Oye, ¿me admites un consejo? —Keith le puso la mano sobre el brazo para que lo mirara—. Trata de ser más comunicativa. Es la forma en que serás parte del grupo.

La rubia lo contempló unos instantes y después se sacudió para librarse de su contacto.

—Yo no soy como vosotros —matizó.

—Podrías serlo —insistió él—. De verdad, no es tan difícil. Seguramente habrás estado sola mucho tiempo y te has vuelto distante, lo comprendo, pero…

—Qué vas a saber tú —masculló ella.

—Precisamente a eso me refiero, podrías contarnos algo sobre ti. Resulta mucho más fácil empatizar de esa manera.

—No necesito vuestra empatía. —Alexia se levantó.

—Aunque ahora no lo veas así, todo período de ajuste es normal en este tipo de…

—No hay período de ajuste —la rubia lo cortó—. Soy una vampira.

Keith se incorporó también, tratando de modular la voz. Lenny los observaba con el ceño fruncido desde el otro extremo del gimnasio y no quería más malos rollos por ese día después de la escena anterior.

—Puedes controlarte.

—¿Cómo lo sabes?

—No te inmutaste en la ceremonia, y eso que hubo sangre —comentó Keith, a lo que recibió un silencio.

—¿Por eso no me tienes miedo?

—No te tengo miedo porque Cifra no te lo tiene.

Era verdad, y Alexia lo sabía. Sin embargo, había barreras imposibles de derribar.

—Esto es temporal. No puedo volver con los míos de momento —dijo.

—¿Es lo que desearías?

—Si tengo que elegir entre recuperar mi vida o jugar a las casitas con un grupo de humanos no hay duda posible. Estoy aquí gracias a Cifra y eso me da carta blanca, pero vosotros os dedicáis a cazarnos, ¿recuerdas?

Keith tragó saliva. Alexia suponía que la charla no iba por donde él quería, por lo visto animarla a mezclarse con ellos para poder trabajar en equipo.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que vayas a recuperar tu vida.

Que el doctor hubiera verbalizado uno de sus miedos no hizo sentir mejor a la vampira. Sin embargo, estaba acostumbrada a no mostrar debilidad alguna, en ninguna situación.

—Sammuel y yo investigábamos mucho —explicó Keith, para suavizar la tensión—. Bueno, éramos como profesor y alumno, ya sabes. Me ayudaba en el hospital, me enseñaba, y una vez metidos en esto, siempre estábamos leyendo sobre criaturas u otras razas.

—¿Y qué?

—Sé que a él le hubiera encantado poder charlar con alguien como tú por el simple hecho de conocer mejor tu mundo. Sammuel nunca se refería a vosotros como depredadores… de hecho, siempre decía que los vampiros eran muy inteligentes. Y manipuladores.

Alexia sabía que Keith trataba de iniciar una conversación que diera pie a conocerla mejor. Solo que no se sentía lista para ello, de hecho, no sabía si alguna vez lo estaría.

—¿Me necesitáis para algo? —preguntó en voz alta, atajando de ese modo las intenciones del médico. Lenny enseguida negó con la cabeza—. Bien. Por cierto, si las próximas sesiones van a ser como esta, avisadme y me evitaré el viaje. Que tengáis buen fin de semana.

Dicho aquello, la rubia giró sobre sus tacones y abandonó la habitación.

Cuando salió a la calle, había anochecido ya. Puso la moto a toda velocidad para canalizar así la agresividad que se adueñaba de ella por momentos: la tarde no había empezado mal, con el nuevo súper Destello de Olec, pero aquel grupo…

Al fin lo admitía, no quería estar allí. No había mentido a Keith al decirle que esperaba regresar con los suyos, por muchas cosas malas que tuvieran. Claro que tampoco mentía él al decirle que sería complicado que eso ocurriera, a pesar de que dudaba que conociera el funcionamiento del entramado mundo vampírico.

Aparcó la moto en su calle, malhumorada. Entonces, ¿esa era la vida que le esperaba? ¿Pasearse con cuatro humanos que la detestaban y a los que detestaba?

Ni siquiera podía entrenar al recién llegado porque el machito alfa pensaba que estaba mejor sentada. Más le valía andarse con ojo o aquello acabaría mal, que ella tenía su límite.

Iba a abrir la puerta cuando sus ojos identificaron un pequeño rastro de polvo, tan tenue que resultaba casi imperceptible. Alexia sacó una pistola de dentro de la cazadora y metió la llave en la cerradura: una vuelta. Ella siempre daba tres.

Entró en silencio, apuntando con el arma mientras trataba de reconocer el olor que flotaba en el ambiente. Lo más probable es que fueran sus propios congéneres… y entonces le llegó un toque de bergamota.

Bajó el arma en el mismo instante en que las luces del salón se encendían, y cuatro mujeres se acercaban a ella.

Alexia abrió los brazos para recibirlas y las cinco se unieron en un abrazo grupal. Fue largo y no hubo palabras, hasta que finalmente una pelirroja se separó unos centímetros y el momento terminó.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó Alexia.

—Sabemos burlar tu seguridad, chica, por algo somos tus compañeras —dijo la pelirroja con una sonrisa.

—Aurora. —Alexia sonrió, con un nudo en la garganta.

—Me gusta tu nuevo piso.

Alexia las recorrió con la mirada, buscando cambios. Tan solo hacía un mes que no las veía y ya parecían diferentes… Aurora era alta y delgada, como una modelo de pasarela, con un rostro anguloso y extrañamente enigmático, y siempre iba enfundada en unos vestidos con los que parecía imposible que pudiera pelear. Luego estaba Mika, una mulata de larga melena rizada con ojos color miel que llevaba un estilo exploradora, con vaqueros y deportivas, algo bastante más funcional. Emmaline era trigueña y pecosa, jamás utilizaba ni una pizca de maquillaje y conducía motos igual de bien que la propia Alexia. Por último, Autumn representaba lo gótico con total

fidelidad: cabello negro y rojo, maquillaje exagerado y una vestimenta similar a la suya, con mucho cuero y escotes.

Alexia no sabía mucho sobre el amor, pero lo poco que sabía lo tenía allí delante, en su salón. Sin embargo…

—¿Y Allegra? —preguntó, mirando en derredor por si acaso estaba en el baño o algo así.

Hubo un silencio general que ninguna de sus compañeras se atrevió a romper. El momento fue tan largo, y las miradas tan significativas, que la rubia palideció.

Miró a Aurora, buscando confirmación, y esta finalmente asintió.

—Lo siento —murmuró.

—Pero… ¿cómo? ¿Qué pasó?

—Se quedó allí —intervino Mika, acercándose—. Intentó distraerlos.

Aquello no era lo que Alexia quería oír. No necesitaba otra muerte más que lamentar, y menos la de Allegra: su amiga, parte del equipo, una parte que ya no estaba y cuya ausencia dolía como si alguien le estuviera retorciendo el corazón.

—Joder…

—No —interrumpió Aurora con voz serena—. Hiciste lo que debías, ya está. Allegra no calculó bien su movimiento y salió mal. No es culpa tuya.

—Esto no tenía que salir así. ¡No era lo que yo pretendía!

—Ya lo sabemos. —Emmaline le rodeó los hombros con el brazo—. También la hemos llorado, mucho, solo que no tiene remedio. Fue un daño colateral.

—¿Por qué la dejé allí, joder?

—Porque debías escapar. Y ella no tenía que distraerlos, solo desaparecer. No salió bien, pero tampoco fue algo premeditado… actuaste por impulso, y a veces hay bajas.

Aurora hablaba con calma y convicción, tratando de serenar a su compañera. Su voz era como un bálsamo en cierto modo.

—No lo pienses más. —Autumn la abrazó—. Estamos contigo.

—Estamos contigo —repitió Mika, uniéndose al abrazo.

Una a una, repitieron el mantra que ellas mismas habían acuñado durante años de entrenamiento y trabajo. Alexia entendía el mensaje: no mires atrás. No sirve de nada.

—Bueno, vamos a animarnos un poco. —Autumn se separó—. La idea de venir era para eso, no para que nos pongamos a llorar.

—Cierto. —Aurora se frotó la cara y cogió aire—. Tienes que contarnos qué está pasando en tu vida, ¿es interesante?

—¿Cuánto tiempo tenéis? —Alexia hizo lo posible por sonar normal.

Más tarde, cuando llegó el momento de despedirse, Aurora se detuvo en la puerta antes de salir.

—Ten cuidado —le recomendó—. Todos saben de la protección de El consejo, pero eso no quita que hayan puesto precio a tu cabeza.

Alexia asintió.

—Ya sabes cómo contactar si nos necesitas —añadió su amiga.

—Espera. —Alexia fue al salón, abrió el cajón de la cómoda y sacó un paquete, que puso sobre las manos de Aurora—. Destello. Muchas gracias por la visita, chicas.

La pelirroja apretó el paquete contra su pecho, como si aquel fuera el tesoro más valioso del mundo. Para ellas lo era, sobre todo porque en su entorno no les permitían utilizarlo. Los vampiros antiguos creían que era una especie de herejía, vampiros de la vieja escuela cuya idea de la criatura en las sombras prevalecía sobre la utilidad.

Solo lo usaban los vampiros plebeyos que no trabajaban para nadie, y ahora, ella. Así que darle aquello a sus chicas era un regalo, y muy gordo.

—Lo esconderé —prometió Aurora, y la besó en la mejilla—. Estamos contigo.

—Estoy con vosotras —contestó Alexia de forma automática.

Aurora desapareció escaleras abajo, dejando por segunda vez su perfume de bergamota flotando en el aire. Alexia cerró la puerta y se apoyó en ella, con cara de pesar.

Podía controlar sus emociones, de hecho, llevaba toda la vida haciéndolo… pero costaba. No era tan ingenua para pensar que Allegra no iba a recibir algún tipo de castigo por darle unos minutos para escapar, solo que no había esperado que la mataran.

Si pudiera volver atrás, habría actuado de otra manera. Como bien había señalado Aurora, fue un impulso. Uno que estaba pagando muy caro, a tenor de su situación actual, y encima con el plus de saber que su cabeza tenía precio. La muerte de Allegra terminaba de rematar un día de mierda.

Cruzó el salón y cogió su agenda del estante de libros. La idea de pasarse por el club de Olec para calmar su hambre con mesura acababa de esfumarse. Estaba furiosa, dolida y triste, y cuando estaba así, sabía que un Cero negativo no era la mejor opción.

No, necesitaba a alguien con quien llegar hasta el final. Y para eso tenía su agenda con nombres, fechas y sitios: incluso la ira había que encaminarla en la dirección correcta.

El siguiente en la lista era un tal Mike Hardy. Las notas eran breves, como de costumbre, poco dada a las florituras.

Mike Hardy era fiscal del distrito, divorciado, con un hijo que vivía con su madre. Salía en el periódico de vez en cuando por temas de trabajo, atractivo, con dinero y se definía como «amigo de sus amigos». En sus notas, sin embargo, había otro tipo de información: amigo de los sobornos, las drogas y las prostitutas a las que solía dejar con el ojo morado o un labio partido. Tampoco le pasaba la manutención a su exmujer, por cierto.

Todos los días se tomaba una copa en un club muy moderno llamado Kids. Alexia miró el reloj y descubrió que tenía el tiempo exacto para buscar el vestido más sexy de su armario y encontrarse con aquel tipo «por casualidad».

Nada de bolsas de sangre a los que solo podías dar un par de sorbos antes de mandarlos a casa con su madre. En días malos como esos, lo que necesitaba era un tipo igual de malo. De ese modo no se sentiría culpable cuando lo arrastrara a un lugar solitario donde dejar tirado su cuerpo tras arrancarle la garganta.

Silbando una cancioncilla, Alexia abrió su armario de par en par.

Capítulo 9

—No, no es *permutante*, escucha bien, es *per-mú-tan-te* —decía Nova, haciendo hincapié en cada sílaba.

Brody sacudió la cabeza, confuso.

—No veo la diferencia a lo que acabo de decir yo —replicó.

—La entonación cambia el hechizo —explicó ella—. Si no lo pronuncias de forma correcta, no funcionará o podría hacer el efecto contrario.

Llevaban todo el fin de semana practicando hechizos de protección que podían usar personas sin poderes. No lo salvarían si lo atacaba una bruja como ella o, en el caso de una criatura sobrenatural, solo le harían ganar algo de tiempo, aunque mejor eso que nada.

El problema era que a Brody se le daban mejor los números que las letras y le costaba horrores aprenderse las frases, que encima estaban en un idioma extraño y difícil de pronunciar. De todo lo enseñado por Nova, por el momento solo había conseguido encender una vela el día anterior durante unos segundos y fue todo un triunfo.

—Este es muy importante, si lo hubieras sabido cuando te atacó el hombre lobo, no te hubiera herido. Hace que tu piel se vuelva inquebrantable.

—¿Y no puedes hacérmelo tú y que sea para siempre?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no, no funciona así. Todos los hechizos tienen un periodo de duración, algunos incluso solo funcionan en alguna fase lunar, por ejemplo. Si lo intentara hacer permanente, podrías perder la sensibilidad, no sentir dolor ni frío o calor o, con el tiempo, se te endurecería la piel tanto que no podrías moverte.

—La verdad, con estas explicaciones no sé si me da mucha confianza esto de la magia, que a la mínima se vuelve contra uno.

—Tú tranquilo, puedes fiarte de mí, no haré nada que pueda dañarte.

—¿Y no sería mejor enseñarme alguno de ataque?

—Cuando aprendas los básicos de protección, pasaremos a esos. Ahora mismo, podría ser peligroso si en lugar de una pequeña bola de fuego haces

una grande e incendias la casa. —De nuevo, él puso cara de susto y ella sonrió—. Todo a su tiempo, tranquilo.

Sonrió de forma tranquilizadora, y Brody le sonrió a su vez en agradecimiento. A pesar de que no había estado muy convencido de compartir casa con ella, una desconocida y bruja, además, la verdad era que la convivencia era más fácil de lo que esperaba. Nova pasaba bastante tiempo en la tienda y, cuando se encontraban en la casa por la noche, cenaban juntos y veían alguna serie un rato. Coincidían al elegirlas, por el momento parecían tener los mismos gustos, por lo que ahí tampoco había discusión.

Si es que encima de guapa era agradable, ¿por qué Lenny no podía ser igual? No porque quisiera verlo guapo, no, eso le daba igual. Lo que le molestaba era esa manía suya de mandarle hacer flexiones, que estaba aburrido de ver mensajes del cazador recordándole su rutina de ejercicios. Alguien debería explicarle que se cazaban más moscas con miel, a ver si se suavizaba un poco.

Se dio cuenta de que estaba alargando demasiado el contacto visual con Nova, así que carraspeó y señaló la pulsera que llevaba la chica en la muñeca.

—¿La has hecho tú? —le preguntó.

—¿Mi pulsera? —Apartó la mano, jugueteando con los abalorios que colgaban de ella—. Sí, con ayuda. Es mi protección personal, hecha por mí y mi familia. Todas las brujas tenemos una vinculada a nuestra esencia vital, y si se rompe o nos la arrancan… bueno, sería mi fin, en resumen.

—¿En serio? —La miró, preocupado al ver que su vida dependía de algo tan pequeño y, aparentemente, frágil—. Pues no parece muy resistente, perdona que te lo diga.

—Oh, lo es, más de lo que parece. Tiene hechizos que la protegen, como a mí, no es una pulsera cualquiera. Mira, sé que te preocupa todo esto de la magia también porque… —Tragó saliva—. Porque no protegió a tu padre como debería…

—No, no, no quería… —La miró, mortificado—. No te he echado la culpa, no quería dar esa sensación.

—Los hechizos no son una verdad absoluta, hay mil variables y… te juro que estoy dando vueltas a ver qué criatura pudo atravesarlos. Bueno, todos lo estamos.

—El hombre lobo entró en el granero. —No lo había pensado hasta entonces, pero ahora que sacaba Nova el tema…—. ¿Y Alexia puede?

—Alexia entró en tu apartamento porque tú mismo la invitaste al regresar del hospital. Aquí no puede hasta que no hagas lo mismo.

—Sin embargo, no están al otro lado de la puerta.

—No, porque técnicamente no son entes paranormales ni criaturas del otro lado, como un demonio. El hombre lobo tiene su parte humana, y Alexia lo fue en algún momento. Son productos de entes que atravesaron en el pasado.

Brody asintió, aquello tenía bastante lógica, y echó un vistazo al montón de libros que había al lado del sofá, esperando que los leyera. Tenía tanto por aprender, que no sabía si alguna vez sería capaz.

—Poco a poco, tranquilo —repitió Nova—. Verás que, antes de que te des cuenta, sabrás todas estas cosas.

Cuando ponía esa cara de agobio, le daban ganas de consolarlo, aunque no quería que pensara que se tomaba demasiadas confianzas, sobre todo después de haber impuesto su presencia en su casa sin que pudiera opinar al respecto. Aún era pronto para Brody, todo aquello era muy nuevo y a Nova le recordaba a un gatito recién nacido necesitado de protección.

Decidió que ya habían trabajado suficiente y cerró el libro de hechizos para dejarlo a un lado. Bastante caña le daba Lenny con lo suyo; no quería que, por insistir demasiado, acabara cogiéndole manía a la magia.

—Vamos a dejarlo por hoy —le dijo, a lo que él sonrió, aliviado—. Hablemos de otra cosa… ¿Cómo te encuentras?

—¿A qué te refieres?

—A que mañana vuelves al trabajo, a tu vida y rutina normal. ¿Tienes ganas?

—No te haces idea.

Su trabajo podía ser monótono y aburrido, pero a él le gustaba y, además, era el toque de realidad que necesitaba para mantenerse cuerdo. Si seguía metido en aquel bucle de ejercicios, hechizos, curas en la herida de la espalda y libros polvorientos llenos de información extraña, acabaría volviéndose loco.

Y también echaba de menos a Marcus, así que además de volver a la oficina, también había quedado con él para tomar algo en Mulleady’s, su otro símbolo de normalidad. Para su desgracia, tenía que informar de todos sus planes y horarios al consejo para que planificaran su protección, como la llamaban ellos, aunque a él le parecía más una vigilancia que otra cosa. Ante la frase de «tomar algo con Marcus», Lenny había puesto un emoticono con el ceño fruncido (vamos, lo que era su expresión habitual), junto a una frase en la que le recordaba que alguien borracho tenía un noventa por ciento de posibilidades más de morir que quien no bebía. Brody prometió no pasar de

una cerveza y así quedó el tema, aunque empezaba a preguntarse si le harían algún control de alcoholemia, visto lo visto.

—La vida real, por así llamarla, es buena para todos —comentó Nova, encogiéndose de hombros—. Te entiendo perfectamente. Yo mañana tengo que trabajar todo el día y por la noche me toca inventario, que es un coñazo, pero es mejor que enfrentarse a un licántropo. —Le guiñó un ojo—. Está bien evadirse de esto de vez en cuando. —Con un gesto, acaparó los libros—. Keith piensa igual.

—No veo a Alexia ni a Lenny en una vida… normal.

—Alexia no sé qué hará… no la conocemos mucho y ya sabes, no es de las que se abren. Y Lenny tiene asuntos de su clan, que bueno, no es como tu trabajo de oficina, pero es algo diferente a lo habitual. Para él, esa su vida normal.

Brody no quería ni imaginarse de qué asuntos se trataba. Había leído algo sobre los clanes de cazadores en los libros que estaba estudiando, y por el momento, nada bueno o que le hiciera pensar que eran tan amigables como las brujas, por ejemplo. Y Lenny tampoco era dado a mantener conversaciones de carácter personal cuando le estaba pegando gritos para que subiera la maldita cuerda, por lo que no sabía mucho de su vida fuera del consejo.

Por lo menos le dejó el domingo libre y, al día siguiente, no tenía que ir a sufrir con él: Lenny le había dado instrucciones sobre ejercicios para hacer en casa y así no tener que estar acudiendo los dos a entrenar todos los días. Brody suponía que para el cazador también era frustrante o una pérdida de tiempo, pero no podía hacer mucho más. El martes no se libraría, eso sí, aunque no quería pensar en ello.

Obedeciendo a Nova, recogió los libros para llevarlos al despacho mientras ella hacía lo propio con sus cosas.

—Ya te vale, ¡podríais practicar aquí!

Brody pegó un bote al escuchar la voz y se giró al espejo con la mano en el corazón, que latía desbocado.

—¿Quieres dejar de gritarme cada vez que me ves? —le pidió—. ¡Me vas a matar de un susto un día de estos!

—Pues no me ignores. Sabes de sobra que estoy aquí solo todo el tiempo, ¿qué te costaría venir aquí a leer alguno de esos libros que tienes que aprenderte? O a practicar magia con Nova, eso tampoco estaría mal.

—Ya lo he intentado, ¿recuerdas? Y no te callas cuando me pongo a leer ahí sentado, así que no puedo concentrarme. —Dejó los libros sobre el

escritorio y le miró—. Si te estuvieras en silencio…

—¡Es que me aburro!

En el fondo, a veces, a Brody le daba pena. A pesar de lo impertinente que era y de que no le caía bien (sentimiento mutuo, por otra parte), cuando pensaba en cómo tenía que ser pasarse el día solo y sin nadie con quien hablar, ni poder moverse ni ver nada más que aquel despacho, tenía que ser muy deprimente.

Entonces el espejo soltaba alguna burrada y se le pasaba, y así todos los días: un vaivén continuo de emociones. Nada diferente a como se había vuelto su vida, en realidad, así que tampoco le extrañaba. Tan solo un elemento más en la ecuación.

—Bueno, ya vendré un rato mañana —le dijo, con un suspiro de resignación.

—¿Cuándo? —El espejo sonaba desconfiado—. Porque he oído que vas a trabajar y luego con tu amiguito.

—Pues cuando vuelva, ¿vale?

Las nubes negras con forma de ceño fruncido no mostraban mucha simpatía por aquel lado, así que supuso que el espejo seguiría mosqueado. No le apetecía ponerse a discutir con él, ya tenía bastantes cosas en la cabeza, así que lo dejó estar. Cerró la puerta al salir para que no cotilleara, que parecía que tenía el oído puesto a todo lo que hablaba con Nova o por teléfono. ¿Dónde había quedado la privacidad?

Al hacerlo se sintió un poco culpable por aislarlo más, ¡así no había quien viviera! Entre la culpa y el fastidio que le provocaba, iba a acabar volviéndose loco.

Se fue a la cocina a preparar la cena, que le tocaba a él según los turnos que habían puesto, y Nova entró cuando estaba poniendo la mesa.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí, es que el oráculo es… un pesado.

—Pobre, imagínate ahí encerrado él solo.

—No, si ya.

—Suelo ir a ratos cuando tengo libre y le doy conversación.

Vaya, mira qué listo el oráculo, esa información bien que se la había ocultado. ¡Y él sintiéndose culpable!

—Es bueno dando consejos, ¿a que sí? —preguntó ella, sentándose a la mesa.

Brody no contestó, sino que movió la cabeza de forma vaga. Todavía estaba esperando aquella supuesta sabiduría, a ver si algún día lo sorprendía.

Cuando Brody entró en su oficina al día siguiente, la encontró más apagada y silenciosa de lo que recordaba; siempre le había parecido que los teléfonos hacían mucho ruido o que las conversaciones de sus compañeros eran un runrún constante… y, sin embargo, ahora escuchaba todo aquello y le parecía poco en comparación con el trajín de sus últimos días. Tardó un buen rato en conseguir llegar a su cubículo; aunque no eran muchos en la gestoría, todos se acercaron a preguntarle qué tal estaba, cómo lo llevaba y si necesitaba algo, que se lo tomara con calma, algo que agradeció.

Una vez en su mesa, se pasó casi todo el día entre revisar correos y ver qué tenía pendiente, por lo que el tiempo se le pasó bastante rápido y, sobre todo, tranquilo y sin emociones, lo cual le recordó que no había hecho nada de lo que Lenny le había dejado como «deberes». Solo esperaba que no lo estuviera vigilando y le echara la bronca al día siguiente, porque no tenía ninguna intención de ponerse a hacer abdominales cuando volviera después de tomar algo con Marcus.

Se dirigió al bar sin evitar mirar a todos lados de vez en cuando. Sabía que Alexia o Lenny estarían por ahí, aunque no los veía por ninguna parte. Qué bien se escondían… tendría que pedirles que le enseñaran eso también, no estaría mal aprender a camuflarse de vez en cuando, la verdad.

Al entrar vio a Marcus en la barra y, cuando se acercó, su amigo le dio un abrazo y par de palmadas en la espalda.

—Me alegro de verte, ya era hora —le dijo Marcus, con una sonrisa.

—Sí, yo también. —Dio un respingo ante las palmadas, que rozaron sus puntos ya casi curados, y le devolvió el abrazo—. Estaba harto de esa… gripe.

—¿Qué tal el curro?

—Como siempre.

—Ya cogerás la rutina de nuevo.

—Sí, supongo. —Hizo un gesto al camarero y le pidió dos cervezas—. Ha sido un día tranquilo, lo necesitaba.

—Claro, después de estar en tu piso haciendo maratón de series…

Se rio, aunque dejó de hacerlo al ver su cara y lo miró con curiosidad.

—¿Y esa cara de culpable? —inquirió.

—¿Qué cara de culpable? ¿Yo? —Cogió una de las cervezas que acababan de dejarles—. A ver, es que hay algo… bueno, que quería hablar contigo en persona, no por teléfono. Será eso, tampoco es el gran secreto del siglo, no te hagas ideas raras.

—Si no me hago ninguna.

—La cosa es que ya no estoy en mi piso.

—¿Y eso? Si te gustaba, ¿no? ¿Te han subido el alquiler de pronto o algo así?

—No, verás… —Había pensado mil veces lo que decir y, aun así, le costaba mentir a su mejor amigo—. Es que era complicado vender la casa, por lo del asesinato y eso, así que… pues nada, me he ido allí.

Marcus se sorprendió, y frunció el ceño.

—Hombre, tampoco le has dado mucho tiempo. Podías haber esperado unos meses a ver si se vendía. No digo que la casa esté mal, aunque solo he estado una vez, creo… muy a desmano, ¿no?

—Ya me acostumbraré.

—En la parte buena, puedes hacer barbacoas.

Brody miró hacia la calle, donde comenzaba a llover, y luego a su amigo, que se encogió de hombros.

—Vale, quizá una o dos veces al año —se burló Marcus.

—Hay más, verás… No vivo solo. Se ha mudado una chica a la habitación libre.

Marcus casi se atragantó con la cerveza y cogió una servilleta para secar la botella y lo que se había salpicado al escuchar aquello.

—¿Cómo?

—Sí, eso, que tengo compañera de piso. De casa, quiero decir.

—¿Cómo has podido organizar todo eso en tan poco tiempo?

—Ah, es que… es que… Ya había llegado a un acuerdo con mi padre y claro, no iba a dejarla en la calle. —Carraspeó—. Es muy maja, estuvo en el entierro. Se llama Nova.

Para Marcus, tan acostumbrado a la rutina y a una vida sin sobresaltos como él, aquello era una sobredosis de novedades. Sobre todo, viniendo de Brody, que no se salía de la línea de su vida normal en lo más mínimo.

—Vaya —consiguió decir.

—Exacto, ¡vaya!

—¿Y qué tal la convivencia? ¿O no coincidís mucho?

—Bien, a ratos. De momento no hemos tenido problema.

—Ya me la presentarás, algún día que vaya por allí.

—Claro.

Volvió a coger su botella, pensando en aquello. No era que estuvieran todo el día el uno en el piso del otro, pero sí que solían quedar a ver algún

partido, por ejemplo. No podía no invitarlo a su casa, resultaría extraño, así que en algún momento tendría que llevarlo.

Nova seguro que lo entendía, sin problema. El oráculo era el problema, tendría que taparlo con una sábana y ponerlo contra la pared o meterlo en algún armario para que no le oyera, por si le daba por ponerse a quejarse en voz alta como hacía algunas veces. ¿Lo mismo tenía un botón para apagarlo? Debía investigar.

—Anda, mira quién viene por ahí.

Marcus señaló hacia la puerta y Brody se sobresaltó al ver a Calantha. Se obligó a tranquilizarse, que últimamente saltaba a la mínima, y tampoco era cuestión de que Marcus se diera cuenta de que estaba más nervioso de lo habitual.

Calantha lo saludó con la cabeza y él le devolvió el gesto, a lo que su amigo le dio un golpe en el brazo.

—¿Y eso? —le preguntó.

—Ah, es que… el otro día hablamos.

—¿Qué? Joder, tío, ¿en serio? ¿Y no me lo has contado? ¿Cuándo?

—Hace unos días, no sé, es que se me pasó, con la gripe, estar en casa, y lo de mi padre… ya sabes.

Al final la excusa de su padre no le serviría siempre, pero bueno, intentaría hacer uso de ella en lo posible.

—¿Y cómo fue?

—Sin más, estaba sola como siempre, yo también, y nada. Se llama Calantha.

—Vaya, qué exótico.

—Sí, francés, dijo.

—¿Y después?

—Nada, desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Se fue.

—¿Y no conseguiste su número?

—No.

—Bueno, ahora quizá sea tu oportunidad, porque se acerca.

Brody volvió a mirarla y vio que, efectivamente, la chica se acercaba a la barra con esa expresión triste tan característica suya. Mientras llegaba hasta ellos, Brody le pidió un chupito de whiskey al camarero, ante la mirada incrédula de Marcus, que no había visto tanta proactividad en su amigo jamás.

—Hola —saludó ella.

—Hola —respondió Brody—, esta vez te invito yo.

El camarero dejó la copa, y él se la acercó empujándola con un dedo. Calantha la cogió sin dudar y se la bebió de un trago.

—Gracias —le dijo.

Brody notó un codazo de Marcus, así que carraspeó.

—Ah, sí, claro —dijo—. Calantha, él es mi amigo, Marcus. Marcus, te presento a Calantha.

—Encantado.

Marcus se apresuró a estrecharle la mano, fría al contacto, y como ella no sonriera, al momento se apartó para regresar a su taburete.

—Y… ¿qué haces? —preguntó Brody, al ver que el silencio se volvía incómodo.

—Beber.

—Me refería a trabajo.

—Bueno, yo…

La puerta de Mulleady's se abrió de golpe, como empujada por una ráfaga de viento, y todos se giraron hacia allí.

Una figura femenina envuelta en un abrigo negro, con la capucha cubriendo su rostro, entró en el bar y se quedó parada, justo frente a ellos.

—Joder, qué frío entra —murmuró Marcus.

—No es normal —susurró Calantha.

Brody pasó la mirada de la desconocida a ella y viceversa. Hasta él, aún inexperto en el tema paranormal, notaba algo extraño en aquella persona. Era como si el frío proviniera de ella, como si el viento surgiera de su propio cuerpo.

Calantha, que se había sentado en un taburete, se bajó despacio, con los ojos abiertos como platos. La mujer se quitó la capucha, revelando una brillante melena negra y un rostro que la miraba con un rictus de ironía que provocó escalofríos a Brody.

—No puede ser… —susurró Calantha.

—Así que aquí te escondes…

La mujer avanzó un par de pasos. Calantha, con rostro asustado, se giró hacia Marcus.

—¡Cúbrete!

—¿Qué?

Lo empujó, señalando hacia una mesa, y Brody cogió a Marcus de un brazo para arrastrarlo al suelo.

—¿Qué haces? —protestó él.

—Eh, sin romper… —empezó el camarero.

Entonces, enmudeció. Brody vio que tanto él como Marcus, y el resto de la gente, se habían quedado quietos, como congelados. La mujer no quitaba la vista de Calantha mientras hablaba en voz alta una lengua extraña, y Brody empujó el cuerpo rígido de Marcus para tirarlo al suelo y meterlo bajo una mesa, colocándose detrás como pudo. Desde allí no podía ver apenas, aunque las palabras y la luz extraña que emanaba de la desconocida le hacían sospechar que era una bruja o algo parecido, aunque no de las buenas. Eso era más un presentimiento que otra cosa, puesto que tampoco tenía idea de qué pintaba Calantha en todo aquello.

Una luz como un relámpago salió del cuerpo de la mujer y atravesó el bar, haciendo un agujero en la barra que a punto estuvo de alcanzar al camarero.

—¡Para! —gritó Calantha.

—¿Ahora que te he encontrado?

—No sé cómo has podido llegar y me da igual, estás poniendo en peligro a toda esta gente.

—¿Crees que me importa?

Otro rayo, un estallido y Brody vio caer un montón de escombros a su alrededor, seguramente provenientes del techo. Se agachó para atisbar a través de las barras de madera de la mesa, esquivando trozos de cristal. No era lo único que salía disparado por el aire: las astillas de madera volaban junto a cuellos de botellas rotas, lo que le daba una idea de la pelea que debía estar produciéndose. Ojalá pudiera ayudar, aunque bastante tenía con procurar que Marcus no fuera herido.

Además, alguien del consejo aparecería tarde o temprano, seguro que estaban viendo lo que ocurría y no tardarían en llegar.

Sin embargo, no escuchó ninguna voz conocida ni vio nada mientras la pelea continuaba a su alrededor. Se habían movido a otro lado, por lo que ya solo veía un par de pies enfundados en unas botas negras de cordones que pertenecían a la desconocida. Esperaba que Calantha estuviera bien, y cuando estaba a punto de asomarse a ver que veía, el suelo retumbó, como si algo que pesara cien kilos hubiera caído desde el techo. El siguiente ruido que le llegó era un arañazo continuo y crispado, y necesitó unos segundos largos para comprender que eran pasos, los pasos de algo que no acertaba a ver.

Joder, joder, ¿más criaturas extrañas?

Con torpeza, sacó su móvil del bolsillo, buscó a toda prisa a Lenny y dio a llamar.

—¡Lenny! ¿Dónde demonios estás?

—Volviendo de un trabajo, ¿qué pasa?

—¿Y los demás? ¡Me están atacando en Mulleady's!

—¿Cómo?

—Bueno, a mí no, a otra persona, pero es una bruja o hechicera o como queráis llamarlo, pero algo de eso, fijo, ¡menuda hay montada aquí! Estoy escondido debajo de una mesa, no sé cuánto podré aguantar.

—¡Alexia debería estar ahí!

—Bueno, pues no está, o al menos yo no la veo. —Una mesa aterrizó junto a su cabeza—. ¡Por Dios, estoy viendo toda mi vida en estos momentos!

—Tú no te muevas de donde estás, ¡ya voy!

Brody dejó el teléfono. Seguía viendo luces, escuchando voces en otra lengua, gruñidos, cosas rotas volando… O aparecía alguno del consejo pronto, o acabaría hecho trizas como la silla que acababa de caer totalmente destrozada justo a su lado.

Movió a Marcus para evitar que le golpeara una viga que caía del techo en las piernas.

Menudo lío, el bar iba a acabar destrozado, eso por descontado. ¿Cómo iban a explicarlo, si salían vivos de ahí? Porque en Seattle no había terremotos…

Lenny cortó la llamada y telefoneó a Nova, que cogió tres timbrazos después.

—¿Ya vuelves?

—Nova, ¡Brody está sin vigilancia en medio de una batalla campal en el dichoso bar al que va a beber con su amigo! ¿Dónde estás?

—¡Tenía inventario, acuérdate que estaba en el horario! ¿Quién tenía que estar con él?

—Supongo que la señorita de los corsés, ¡yo qué demonios sé! Voy para allá.

—¿Por qué no aviso a Alexia? Llegará en dos minutos.

—Ya me ocupo.

Y le colgó el teléfono. Nova lo miró, dudosa, y decidió telefonear a su vez a Keith para ver si este se encontraba más próximo a la taberna. Le preocupaba Brody y que saliera mal parado de esa batalla campal comentada por Lenny.

Tuvo que llamar tres veces hasta que Keith cogió el móvil.

—Perdona, Nova, estaba en el quirófano. ¿Pasa algo?

—Parece ser que Brody está en apuros en un *pub*, no sabemos si es una pelea normal u otro intento de asesinato, la cosa es que nadie lo estaba

vigilando. ¿A quién le tocaba?

—Dame un segundo —dijo Keith, y por el ruido ella dedujo que estaba sacando su agenda para consultar las páginas—. ¡Joder! Mierda, es culpa mía… no metí a nadie en esa franja horaria. Iba a avisar por la mañana, pero la operación se ha alargado cuatro horas y se me ha ido.

—Joder…

—Voy hacia allí inmediatamente, tranquila.

—No, Keith, es muy peligroso. Quédate en el hospital por si Brody sufre alguna herida, voy yo y te llamo en cuanto sepa algo.

Nova colgó, mordiéndose el labio, y corrió a por su cazadora.

Lenny aparcó la furgoneta fuera del Mulleady's y ya al bajar, fue consciente del silencio y la calma que reinaban en el lugar. La puerta estaba abierta de par en par, así que se acercó con precaución y se asomó al interior, encontrando un espectáculo dantesco.

La barra tenía marcas en varias zonas, como si alguien hubiera lanzado una bola de demolición contra ella. Casi todas las sillas estaban hechas añicos, y había botellas rotas y cristales por todas partes, pero ni rastro de brujas.

Con cuidado para no pisar cristales, Lenny se fijó en una de las pocas mesas que permanecía intactas boca abajo.

—¿Brody? —preguntó.

—Aquí abajo —escuchó decir.

Aliviado, Lenny fue hasta allí y dio la vuelta a la mesa, encontrando a Brody agazapado junto a su amigo Marcus, que permanecía tumbado y rígido.

—¿Estás bien? —Le tendió el brazo y lo ayudó a levantarse—. ¿Qué le pasa, lo han herido?

—¡No! —Brody se sacudió astillas y cristales de la ropa y pelo—. ¿Dónde puñetas estabais? ¡Casi me matan!

—Cálmate, habrá sido un error de cálculo. —Lenny miró en derredor, observando a la gente que permanecía inmóvil—. Oh, vaya. Los han congelado.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—¿Dónde está la supuesta bruja? ¿Se ha marchado?

—¡Sí!

—A ver, que yo me entere. Estabas aquí tomando algo con tu amigo y de pronto ha entrado una bruja, ha congelado al personal y luego se ha puesto a destrozar el local —resumió Lenny.

Brody recapituló unos segundos.

—Más o menos, sí. La verdad es que había una chica.

—Oye, en serio, no estoy aquí para que me cuentes rollos sobre mujeres.

—¡No me refería a eso! —protestó Brody—. Quería decir que la bruja venía a por una chica, una que suele venir por aquí todas las noches.

—¿Calantha? —preguntó la voz de Nova.

Ambos se giraron al mismo tiempo al oírla, Brody con expresión de completa sorpresa.

—¿La conoces?

—Sí, la conozco. —Nova se giró hacia el local y alzó las manos—. Lugar correcto, tiempo correcto.

Casi al instante, se empezaron a escuchar gemidos de la gente que salía de su estado. Brody se agachó junto a Marcus, aliviado al ver que este recuperaba la conciencia y movilidad.

—¿Qué ha pasado? —murmuró el chico, frotándose la cabeza.

—No lo tengo muy claro, creo que una pelea. Te golpeaste la cabeza al caer —mintió Brody, mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

Lenny miró a Nova y bajó la voz.

—Nos largamos antes de que venga la poli —ordenó—. ¡Vamos!

Y se apresuró a abandonar el local sin mirar atrás. Nova cogió a Brody por el brazo y tiró de él, nerviosa por el contacto, que cortó en cuanto se movió un poco.

—Tiene razón, vámonos antes de que venga la policía. No pueden vernos por aquí.

—Pero Marcus…

—Lo dejaremos en su casa.

Por suerte, Marcus estaba demasiado aturdido para protestar o hacer más preguntas. Se dejó sacar a la calle y subió a la furgoneta de Lenny sin poner pegas, aunque, una vez dentro, parpadeó y examinó el interior del vehículo.

—¿De quién es esta furgoneta? ¿Y mi coche?

—No estás para conducir —contestó Nova, y lo miró detenidamente—. Estás cansado, muy cansado, apenas puedes mantener los ojos abiertos.

Marcus cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la ventana.

—Vaya, tu poder es muy útil —murmuró Brody, impresionado porque no era lo mismo creer en la magia que verla en acción—. ¿Dónde vamos?

—Primero dejaremos al bello durmiente en su piso —replicó Lenny, girando el volante—. Y después a tu casa, a ver si nos enteramos de qué ha pasado aquí.

Brody no dijo nada más, preocupado. ¿Dónde estaba Calantha y qué había ocurrido con ella? La bruja o el monstruo de los cien kilos podían haberla matado, claro, o tal vez había conseguido escapar. Nova le apretó la mano para darle ánimo, pero el chico no consiguió relajarse y su rostro continuaba pálido. Calantha, Marcus… joder, ¿en qué se había metido?

Capítulo 10

Brody se dejó caer en el sofá, todavía conmocionado por los sucesos de la noche. Habían dejado a Marcus en su piso mientras este aún estaba bajo los efectos del «sueño reparador» provocado por el hechizo suave de Nova, para después encaminarse a su casa.

Por suerte, no estaba herido a excepción de un par de rasguños, así que al menos esa noche no acabaría en la dichosa sala seis del hospital con Keith remendando otra parte de su cuerpo. Otra cosa no sabía, pero sí que ser el maldito centinela le iba a dejar una buena colección de cicatrices como no espabilara.

—Voy a preparar café —comentó Nova, quitándose el abrigo.

Lenny asintió y entró al salón. No se sentó junto a Brody, sino que se apoyó contra el mueble, cruzándose de brazos, y observó cómo el chico se frotaba la frente. Cinco minutos después, justo cuando Nova regresaba con las tazas de café, Keith llamó al timbre y se reunió con los demás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, quitándose la cazadora y yendo hacia el sofá—. ¿Estás bien, Brody?

Por su expresión, parecía alarmado.

—Sí, sí, estoy bien, en serio. Solo son rasguños, créeme que con todo lo que ha volado por el local podía haber sido bastante peor.

—Ya veo. —Keith asintió al ver que, en efecto, solo eran rasguños—. ¿Alguien me explica lo ocurrido?

Miró a Lenny, que se encogió de hombros.

—Bueno, no hay mucho que explicar —respondió Brody—. Estaba allí, tomando una cerveza con Marcus, y justo llegó esa chica, Calantha.

Al decirlo miró a Nova, en espera de que ella aportara algo de luz al tema, ya que por lo visto la conocía. O esa sensación había tenido en el local, cuando la bruja sacó su nombre a colación.

La morena dio un sorbo a su café, mas no hizo comentario alguno.

—Apenas habíamos intercambiado dos palabras cuando la puerta se abrió y entró la otra mujer.

—¿Qué mujer? —quiso saber Keith.

—Tampoco la miré demasiado, a decir verdad, aunque sí hubo un detalle… la temperatura del local bajó de golpe. Hacía frío, y era como si lo trajera ella. Extraño, ¿no?

—No, si es una hechicera —intervino Nova.

—¿Una hechicera? —repitió Brody—. Sí, ya me dio la sensación de que podía serlo. Aunque estoy confuso, perdonad… ¿cómo puede haber una hechicera aquí así, sin más? ¿No tienen que pasar por la puerta?

—No necesariamente —comentó Nova—. Algunos brujos pueden abrir portales entre dimensiones o temporales, y llegar hasta nuestro siglo. Hay muchas variantes.

—Ya veo, ya, ¡menudo lío! No sé para qué puñetas hay una puerta, si luego todo el mundo se la salta… los licántropos porque son medio humanos, los vampiros porque alguna vez lo fueron, los brujos vienen cuando les da la gana… Así es complicado vigilar, ¿eh?

Lenny sonrió al escucharlo, igual que Keith.

—Con el tiempo, verás que te resulta más sencillo comprenderlo. Esto no es una ciencia exacta y muchas veces vamos a ciegas —explicó este último.

—Continua —pidió Lenny.

—La supuesta hechicera intercambió algunas palabras con Calantha y después empezó a brillar.

—¿Qué?

—Que empezó a brillar como un puto árbol de navidad —repitió Brody —. Y hablaba en una lengua extraña también, aunque llegué a escuchar parte de lo que le decía a Calantha. Algo sobre que por fin la había encontrado.

Nova suspiró, lo que atrajo la atención de todos.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Lenny.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes de qué va todo esto, no te hagas la tonta. ¿Por qué no estamos informados los demás si es algo peligroso?

—Porque era un tema de Sammuel, por eso.

—¿Qué tema? —preguntó Keith.

Nova miró a Brody.

—¿Lograste escuchar algo más?

—No, Calantha me pegó un empujón para que me metiera debajo de la mesa y, a partir de ahí, me dediqué a cuidar de Marcus. Porque os recuerdo que alguien congeló a la gente, no sé si esa hechicera, no sé si Calantha… que

deduzco que normal no es, claro. —El chico meneó la cabeza, preocupado—. Debería haberla ayudado, ¿verdad? Parecía tan angustiada…

—No, no —se apresuró a decir Nova—. Gracias a Dios que no lo hiciste. Lo que no sé es cómo vamos a ayudarla nosotros.

—Bien, lo suyo sería conocer su problema —observó el chico.

Por increíble que pareciera, tanto Lenny como Keith afirmaron con la cabeza. Al fin, el cazador fue hasta el sofá y se sentó junto al médico.

—La esperaremos —dijo Nova, como si hablara sola—. Vendrá aquí, si Circe no la mata. Debería ir a consultar el libro Mayor, por si encuentro algo.

—Porque claro, contarme de qué va esto sería una tontería —comentó Brody con ironía.

Nova se levantó sin replicar, a lo que él suspiró, frustrado.

—¿De verdad no sabéis nada sobre esto? —preguntó.

Keith y Lenny negaron al mismo tiempo. Cinco minutos después, Nova regresó con un libro entre las manos, el tipo de libro que Brody imaginaba en una película de fantasía: grande, pesado y con una decoración excesiva en la portada.

La chica lo depositó sobre la mesa sin abrirlo, y miró a los presentes.

—Sammuel era médico y centinela, pero no era lo único que hacía —informó—. Tenía sus propias cruzadas, algunas muy difíciles, y Calantha era una de ellas. Arriba tiene una caja con un montón de carpetas al respecto, llevaba años trabajando en su caso.

—¿Su caso? ¿Qué caso? —quiso saber Keith.

—No contó nada porque no representaba ningún peligro para él.

—Pues parece que para su hijo sí —dijo Lenny, recostándose en el sofá.

—No, no lo es. Lo de hoy no es cosa de Calantha.

—Eso da igual, podía haber muerto —insistió el cazador—. Por cierto, ¿qué ha pasado con los turnos de vigilancia?

—Fallo mío —asumió Keith—. Ha sido un día duro en el hospital, una operación se ha alargado y por eso no me dio tiempo a repasar el cuadrante.

Lenny miró al techo, exasperado, y aunque Keith sentía ganas de zarandearlo cuando ponía esa cara, se abstuvo ya que, en realidad, la culpa era suya.

—¿Y Alexia? —preguntó de pronto, al ser consciente de la ausencia de la rubia.

—No la hemos avisado —dijo Lenny—. ¿Para qué? Ya ha pasado el peligro.

—Bueno, cuando el equipo se reúne deberíamos estar todos —objetó Keith—. Además, si tenemos un enemigo a la vista, como parece ser el caso, ella tiene que saberlo.

—No es nuestro enemigo —comentó Lenny—. Si hay un ajuste de cuentas entre esas dos, es cosa suya, punto. Nosotros protegemos al centinela.

—Lenny… —empezó Nova.

—Si vamos ayudando a todo bicho paranormal que nos encontremos, no nos dedicaríamos a otra cosa. Lo siento, repito que esto no es asunto nuestro.

Keith se frotó la frente. A Lenny no le faltaba razón, y quizá era el único capaz de ser neutral porque no tenía vínculos afectivos con nadie, al menos que ellos supieran. Igualmente, para Brody, la tal Calantha era importante. Lo mismo podía decirse de Nova que, si no quería protegerla a ella, quería hacerlo con el trabajo de Sammuel.

—Ella nos necesita —murmuró Nova.

—Hasta ahora no nos has dado ninguna información. Los asuntos del equipo se resuelven en equipo, empieza por contarnos qué pasa y después ya veremos.

Nova lo fulminó con la mirada. Apreciaba al cazador igual que a un hermano mayor y, aunque fuera un hueso duro de roer, sabía que tenía buen fondo. Y luego, había ocasiones como esa, en las que quería arrojarle la cafetera a la cabeza.

—¡Es que no me corresponde a mí contarlo! —protestó, molesta porque se le estuvieran poniendo tantas trabas.

Brody dio un trago a su café, sin dejar de dar vueltas a la cabeza. En fin, parecía que su equipo no estaba tan bien coordinado como él creía: entre los agujeros en el cuadrante de vigilancia y que no parecían ponerse de acuerdo en nada…

Se preguntó dónde estaría Calantha, si seguiría viva y si, realmente, iría a su casa. Aún recordaba cómo la había visto caminar hacia la hechicera en actitud beligerante, y los comentarios de Nova respecto a que su padre trataba de ayudarla le hacían pensar que ella también era una criatura. No sabía de qué tipo, pero algo había.

Durante un rato, nadie habló. Nova seguía en sus trece sobre guardar silencio respecto a un tema que no le pertenecía, Lenny volvía a estar enfurruñado y Keith no sabía bien qué decir para no desatar una nueva discusión.

El timbre de la puerta cortó aquel extraño y tenso momento. Brody hizo ademán de levantarse, pero Nova le tomó la delantera, sin duda con la

esperanza de que fuera Calantha.

Sin embargo, al otro lado de la puerta encontró a Alexia, y por su expresión no parecía contenta en absoluto: sus ojos estaban más violetas que nunca, casi parecían refulgir.

—Alexia —dijo Nova, con voz de sorpresa.

Se hizo a un lado y la rubia negó.

—No puedo entrar.

—Ah, es cierto. Brody, tienes que invitarla…

El joven se hizo el remolón en el sofá, mirando tanto a Lenny como a Keith.

—¿La has avisado? —preguntó el cazador, mirando a Keith con el ceño fruncido.

—Tenía que hacerlo —se excusó este, encogiéndose de hombros—. Guste o no, es parte del equipo.

Brody por fin se levantó, consciente de que aquello era algo inevitable. Si la invitaba, sabía que ella podía entrar en su casa cuando le diera la gana, lo que obviamente no le tranquilizaba. Pero no podía no hacerlo, ella era parte de su equipo de protección… prefería que pudiera entrar y no necesitarla que no al revés.

—Estás invitada —dijo, con un carraspeo.

Alexia entró sin darle las gracias. Nova cerró la puerta tras ella después de echar un vistazo al porche, por si acaso, y regresó con el resto al salón. Por la actitud furiosa de Alexia no parecía que la noche fuera a mejorar, se notaba de lejos que trataba de controlarse: todo su cuerpo estaba en tensión, como si de un momento a otro fuera a lanzarse sobre alguien.

—¿Por qué me entero de esto tarde y mal? —preguntó.

—Fue todo muy rápido, y al acabar no hacía falta que vinieras —explicó Lenny.

—¿Y eso lo decides tú?

Él hizo un gesto que podía significar cualquier cosa, con cara de no importarle lo más mínimo su enfado. Aquello solo empeoró las cosas, pues la vampira parecía cada vez más furiosa, y a Brody no le hubiera sorprendido que empezaran a salirle rayos de los ojos. Por una vez, se alegraba de no ser el centro de esa ira, la verdad, daba un poco de respeto.

—Tampoco es para ponerse así…

—Lo primero, yo estaba mucho más cerca y podía haber llegado antes, incluso cuando aún estaba esa supuesta hechicera. Ahora podríamos tener más datos de lo ocurrido, te aseguro que a mí no se me hubiera escapado.

Lenny volvió a mirar al techo, ¡menuda nochecita!

—Ahí tiene razón —dijo Keith—. Tú estabas lejos, llegaste tarde.

—Si nos ponemos así, de haber hecho el cuadrante nadie habría llegado tarde —comentó Lenny.

—Tengo mi trabajo, ¿sabes?

—Todos los que estamos aquí tenemos dos trabajos, es lo que hay. —Volvió a mirar a Alexia—. ¿Y lo segundo?

—¿Qué?

—Has dicho «lo primero», ¿y lo segundo?

—Lo segundo, yo también formo parte del equipo. Puede que no me gustéis, ni yo a vosotros, pero estamos juntos en esto, y necesito saber lo que pasa y cuando pasa. No puedo ser de ayuda si me dejáis de lado.

Nova se frotó la frente, sin saber qué decir para aligerar el ambiente que se había creado. Las brujas se veían afectadas por las emociones de forma más intensa que los humanos, como cuando había una disputa. Si aquello seguía subiendo de tono, podía sufrir un ataque de ansiedad o terminar llorando.

—Parad —pidió, nerviosa.

—Esto no va a funcionar —murmuró Alexia, negando con la cabeza—. Mañana mismo hablaré con Cifra y le diré que me busque cualquier otro destino.

—Eso no es necesario, Alexia —intervino Keith, conciliador, poniéndose en pie—. Todo forma parte del período de ajuste, es cuestión de tiempo y paciencia.

—No hay ajuste posible entre humanos y vampiros.

—Por supuesto que lo hay —insistió el doctor.

—Deja que se vaya —resopló Lenny, aún cruzado de brazos—. Sería lo mejor para todos. Nosotros no estamos acostumbrados a trabajar con monstruitos y ella seguro que está haciendo un esfuerzo enorme por no comernos. Será más fácil para todos si se larga.

Alexia le lanzó una mirada que bien podía haberlo hecho arder en el sofá. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para evitar que la cosa se descontrolara, porque notaba incluso cómo sus colmillos amenazaban con salir. Rara vez ocurría eso sin que ella quisiera, solo si estaba muy furiosa o en el sexo, si este le gustaba… aunque de eso hacía tanto que ya ni recordaba la sensación. Por regla general, obedecían más a la ira, la lucha y la violencia.

Y, desde luego, el tal Lenny tenía algo que la sacaba de sus casillas en tiempo récord.

—No puede irse —comentó Nova, interrumpiendo el intercambio de lindezas. Miró directamente a Alexia—. Alexia, no puedes irte.

—¿Por qué no?

—Hicimos la ceremonia juntos y el hechizo de unión aceptó al equipo al completo. Recordad: «ahora formamos parte de un todo».

La rubia asimiló sus palabras, como si no diera crédito.

—Rómpelo —gruñó.

—No se puede. Lo siento, pero esto está por encima de las rencillas personales. —Nova los miró de pronto como si aquello fuera un parvulario—. Nuestro cometido aquí es importante, apoyar al centinela en su vigilancia de la puerta por un bien mayor. El resto carece de importancia, si nos caemos bien o no… tenemos que trabajar juntos a pesar de ello.

Lenny se frotó la cara, harto de todo. Keith miró a Alexia y palmeó el lado libre en el sofá, invitando a que se sentara.

Con la pésima noticia de que no se podía ir, Alexia se dejó caer junto al médico, exhausta. Cuando era guardaespaldas, a menudo se sentía atrapada, y resultaba que no había mucha diferencia con el momento actual: otras reglas, otros látigos, igualmente obligada a obedecer a alguien.

Keith le dedicó una sonrisa y aquello la aplacó un poco, haciendo retroceder esos colmillos que seguro ninguno deseaba ver. Poco a poco, el brillo violeta de los ojos fue bajando de intensidad hasta que recuperó el control habitual en ella. Convencida de que el cazador había disfrutado haciéndola enfadar, se prometió no volver a caer en ninguna provocación.

Si no la avisaban, pues no la avisaban. Le pagarían igualmente y más horas libres: así era como debía tomárselo.

—¿Podemos volver a mi tema? —Brody alzó la mano con timidez y todos lo miraron—. Ya sabéis, lo que estábamos hablando antes de que llegara ella.

—Lo que sabemos, es que no sabemos nada —comentó Lenny—. Dices que había una hechicera, o a ti te lo pareció, y que iba a por esa tía que te gusta.

Nova miró a Lenny y después a Brody, sorprendida. Sin embargo, Brody no negó la última frase del cazador, así que no era mentira. Sin saber el motivo, notó una sensación extraña en el estómago al pensar en los ratos que habían compartido y la conexión que existía entre ambos. Nova creía que era mutuo, pero tras escuchar aquello… quizá eran imaginaciones suyas.

—Había alguien más —dijo Brody.

—¿Una tercera presencia? —preguntó Keith.

—Sí, aunque no llegué a verlo, pero era…

—Una criatura —terminó Alexia por él—. De tamaño considerable, por las huellas que dejó. Unos ciento cincuenta kilos, más o menos, buenas garras.

Todos se giraron en su dirección.

—Paré allí antes de llegar —explicó la vampira—. Keith me lo explicó todo por mensaje. Había un par de patrullas de policía interrogando al camarero y los clientes. Por lo que pude escuchar, nadie era capaz de explicar lo sucedido, no lo recordaban.

—No te vieron, ¿verdad? —intervino Keith—. Es que no tenemos ningún contacto en la policía, es una asignatura pendiente.

—Nadie me ve, a menos que yo quiera —comentó ella.

—¿Alguna idea de qué tipo de bicho es? —preguntó Lenny.

—No, pero no es ninguno de los habituales.

La cosa no mejoraba para Brody, pues cada vez estaba más convencido de que quizá Calantha no había salido bien parada de todo aquello, menos con una criatura de ciento cincuenta kilos pululando por ahí y bien armada con garras.

—Vuelvo a decir que esto no es cosa nuestra —dijo Lenny—. Deberíamos centrarnos en Brody, meterse en peleas ajenas no suele salir bien.

—Ya, pero…

El timbre volvió a sonar por segunda vez en la noche. El equipo estaba completo, de modo que tras la puerta podía estar la respuesta a todas las preguntas.

Brody fue a abrir, encontrando a Calantha al otro lado. Por su aspecto, bien podía haber regresado de la guerra: gran parte de su ropa aparecía desgarrada y sangraba por varios lugares de manera profunda. Tenía cortes en la cara, brazos y hombros, y eso solo en las zonas que estaban a la vista.

—Joder… —murmuró él, apartándose para que entrara—. ¿Qué te ha ocurrido?

La sujetó al ver que la chica se tambaleaba, tan pálida que parecía un cadáver.

—Ven, será mejor que te sientes.

Brody la condujo con suavidad al salón, donde a Nova le faltó tiempo para correr a sentarse a su lado.

—¿Era ella? —preguntó.

—Sí —Calantha habló con dificultad—. Y tiene bastante poder. No tanto como yo, pero…

Se dio cuenta de que no estaban solos en el salón, así que dejó de hablar. Brody regresó de la cocina con un botiquín entre las manos, visiblemente preocupado, y la joven frunció el ceño al verlo.

—Es para tus heridas —explicó él—. No me digas que te asusta esto. ¿Te lanzas sobre la gente como una bestia y te miedo un poco de agua oxigenada? Vamos.

—No es necesario —murmuró ella, recostándose sobre el respaldo—. Solo necesito un momento y estaré bien, de verdad.

—Ya, ya sé que eres muy dura y todo eso, pero no viene mal desinfectarse de vez en cuando.

Keith, Lenny y Alexia observaban la conversación como si fueran espectadores en un partido de tenis. Y no tardó en crearse un ambiente de lo más incómodo cuando observaron la forma en que Brody deslizaba el algodón empapado de agua oxigenada por los cortes de Calantha, con una delicadeza que casi parecía más una caricia.

Brody se dedicaba a curar las heridas y apenas era consciente de que había gente en la habitación con ellos. Estaba totalmente hipnotizado por el rostro de Calantha, tanto que le resultaba difícil apartar la mirada de ella… esos ojos felinos y la sensualidad natural que desprendía empezaban a afectarle. Sus ojos paseaban de forma distraída de los cortes al nacimiento de su escote, buscando algo que ver entre toda esa ropa hecha jirones. No estaba bien tener esos pensamientos en aquella situación, pero era algo que no podía evitar y su cuerpo pensaba por sí mismo.

Cuando sus ojos se encontraron, Brody pensó que había tanta carga en el ambiente que una sola cerilla bastaría para encender una hoguera. ¿Eso sería la química?

Keith carraspeó dos veces para ver si se cortaba lo que fuera que estuviera pasando. Era la típica escena que a nadie le gustaba ver, algo que, si sucedía, debería ser en la intimidad. Le sorprendió darse cuenta de que Lenny había acertado respecto a Brody y la recién llegada, él no lo había visto venir.

—¿Te dijo algo? —la voz de Nova interrumpió el momento del todo.

La bruja deseaba apartar a Brody, pues no le pasaba desapercibida la manera en que rozaba las heridas de Calantha con la gasa, que más que curarla parecía que quisiera llevársela a la cama. Y ella no ayudaba, pues le dejaba hacer.

—¿Qué? —preguntó Calantha.

—¿Escapó?

—Sí. En bastante mal estado, pero quiere matarme, así que volverá.

Brody se detuvo, aún con el algodón en la mano. El corte irregular del hombro derecho, que hacía tan solo unos segundos sangraba con relativa profundidad… se estaba cerrando. Ante sus propios ojos, los bordes de la herida se aproximaban el uno al otro, reduciendo el sangrado a un mero rasguño.

Sin habla, soltó el algodón y miró a la joven con los ojos abiertos como platos.

—Tus heridas… bueno, tú…

—Mis heridas se cierran, sí —terminó Calantha, e intercambió una mirada con Nova—. ¿No le has contado nada?

—No, no podía sin tu permiso.

El chico miró a una y a otra, sin comprender nada. Le quedaba el consuelo de que no era el único: los demás tenían su misma expresión de estupefacción. Incluso Alexia, que siempre se veía de vuelta de todo, observaba los acontecimientos que se desarrollaban ante sus ojos con curiosidad.

—¿Quién eres? —preguntó él—. ¿O qué eres?

—¿De verdad quieres saberlo?

Brody asintió, despacio. Una pequeña parte de su cabeza le decía que mejor no, que había cosas que no debían saberse… por otro lado, sentía curiosidad y atracción por Calantha, y deseaba conocerla mejor, a ella y a sus circunstancias. Fueran las que fueran.

Tal vez cometía un error, pero quería arriesgarse.

Calantha asintió, mirando a Nova.

—Hazlo con el hechizo del viaje.

—¿Seguro?

Calantha asintió y después cerró los ojos, acomodándose en el sofá.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Brody, sorprendido.

—Sí, solo necesita dormir —replicó Nova—. Se cura más rápido así. Vamos arriba.

—¿Qué?

—Tengo que hacerte el hechizo, ¿no quieres ser testigo de esa historia que tanto te intriga?

—No te entiendo, ¿cómo?

—Estarás allí. Es mucho más fiable que oírlo de boca de alguien, ya sabes, las historias se suelen adulterar con los años.

Brody se esforzaba en comprender, solo que era difícil. Su cerebro todavía tardaba en creer ciertas cosas, como el hecho de que se pudiera utilizar un

hechizo para ser testigo de hechos pasados. Sencillamente, era increíble.

—Tu padre también hizo ese viaje —añadió Nova.

—¿Es peligroso?

—En absoluto. Solo serás un espectador, ese episodio ya ha ocurrido y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Nova lo miraba como si esperara algo, solo que Brody no sabía el qué. La noche se había vuelto de lo más extraña, igual que su vida las últimas semanas.

—De acuerdo —aceptó, no sin cierta reticencia.

—Entonces arriba. Debes estar tumbado, puede ser un viaje movido.

El chico afirmó y fue hacia las escaleras, tras despedirse del resto con un gesto de cabeza.

—¿Nos vamos o qué? —preguntó Lenny, desperezándose—. Prefiero irme a dormir a seguir viendo esta telenovela amorosa entre el centinela y lo que sea esa chica.

Keith le dio un codazo. Alexia no hizo ningún comentario, aunque en el fondo estaba de acuerdo con lo que acababa de decir Lenny, ¿qué pintaban ellos allí? Lo que pasara con la tal Calantha no era asunto del equipo ni del consejo, era un interés personal de Sammuel primero y de Brody después.

—Mejor quedaos —comentó Nova—. El viaje no tardará mucho y entonces tendremos toda la información. Y antes de que vuelvas a decir que este asunto no nos concierne, deja que te diga que es cierto, Calantha no tiene nada que ver con nosotros.

—¿Pero? —preguntó Alexia.

—Pero esa hechicera volverá a por ella. Y Brody va a estar en medio, igual que ha pasado esta noche… porque le gusta.

—Así que Brody podría ser un daño colateral —Keith asintió con un suspiro.

—Exacto. —Nova se encogió de hombros—. Hay café de sobra en la cocina. Y no quiero oír la más mínima discusión, el conjuro del viaje requiere silencio.

Lenny volvió a acomodarse en el sofá, poniendo las piernas sobre la mesita del salón. Keith miró a Alexia.

—¿Un café?

Ella no bebía nada que no fuera sangre, sin embargo, se levantó para irse con él. No tenía el menor interés en quedarse a solas con el cazador, con esas malas vibraciones que había entre los dos, así que siguió al doctor a la cocina.

Keith se preparó un café, mirándola de reojo.

—Lamento lo ocurrido —dijo, después de dar un sorbo.

—No tienes por qué. No es culpa tuya, eres el único que me ha avisado.

—Las cosas no deberían ser así —siguió él—. Por norma general, estamos mejor avenidos. Supongo que el asesinato de Sammuel nos ha desequilibrado un poco, han sido muchos años a su lado y es duro aceptar su muerte.

—Es comprensible.

—Lenny está muy irritable últimamente. No sé si se siente culpable porque estaba fuera cuando pasó lo de Sammuel o serán asuntos personales.

—Otra opción es que sea imbécil sin más —dijo ella, en tono ligero.

Keith sonrió al oírla. Bueno, que la vampira tuviera ganas de bromear, algo que suponía por ese tono, era buena señal. Quizá no estaba todo perdido y en unos meses pudieran hacer gracias sobre la tensión de las primeras semanas.

—Bueno, no sé los demás, pero yo quiero darte una oportunidad.

—¿Por qué?

—Soy de los que piensan que no todas las criaturas son malvadas porque sí. Al igual que hay humanos buenos, habrá vampiros buenos.

Lo cierto era que no muchos, pero Alexia no vio la necesidad de ser franca al respecto. Keith parecía optimista por naturaleza y resultaba cruel machacar ese sentimiento. Además, sí quedaba algún vampiro bueno, solo que costaba encontrarlos.

—Sea como sea, confío en ti. Y espero que tú confíes en mí.

Alexia no respondió, aunque hizo un movimiento de cabeza que podía interpretarse como afirmativo. Era pronto para ella, desconfiada por naturaleza gracias a todo lo que le había tocado vivir, pero apreciaba el gesto y la intención de Keith de integrarla en el grupo.

Todo sería más sencillo si contaba con algún apoyo, y el doctor era lo más parecido a uno, el único que la trataba como algo más que solo una chupasangre. Nova, a pesar de su afabilidad, seguía manteniéndose distante, y en cuanto a Lenny, mejor ni mencionarlo. No dudaba de que le clavaría una estaca a la menor oportunidad, de modo que Keith era su mejor opción.

En el piso de arriba, Brody se tumbó en la cama de su habitación, observando cómo Nova buscaba en su libro, hoja tras hoja.

—¿No es un hechizo habitual?

—No, rara vez se hace. Este es un caso especial —murmuró ella, y de pronto detuvo el dedo en una página—. Ah, aquí está. Bien, vamos allá.

Se sentó en el borde de la cama, con cuidado de no tocar a Brody.

—Recuerda que no debes intervenir —explicó—. Solo espectador.

Nova dudaba de que pudiera hacerlo; aunque quisiera, era demasiado novato, y los viajes espacio-tiempo afectaban mucho a las personas, las dejaban casi en un estado catatónico. Quizá alguien fuerte y experto fuera capaz de sobrellevarlo mejor, pero, sinceramente, dudaba que aquel fuera el caso. Por si acaso, no estaba de más recordar una de las reglas más famosas reglas en los viajes: no alterar nada; aunque el hechizo en sí no lo permitía, nunca se sabía.

Con voz serena, Nova comenzó a recitar el conjuro. Observó cómo sus ojos se entrecerraban según ella hablaba, somnolientos, y le acarició la cara para apartarle el pelo.

—Será como un sueño —susurró—. Pronto estarás de vuelta.

Brody le devolvió la caricia en el dorso de la mano y ella se mordió el labio. ¿Por qué le hacía sentir tantas cosas con aquel insignificante roce?

La mano del chico cayó inerte y Nova comprobó que estaba dormido. Se levantó y le echó la manta por encima para que no se quedara frío.

Se quedaría con él por si acaso, ya que nunca se sabía cuándo podía fallar un hechizo. De todas formas, los demás se encontraban en el salón, y la propia Calantha estaba con ellos, así que no veía ningún peligro.

Nova se sentó sobre el escritorio y se cruzó de brazos, dispuesta a esperar.

Capítulo 11

Horas después, Brody no recordaría muy bien cómo había llegado hasta allí. Todo el tiempo se mantuvo en una especie de trance en el cual solo podía observar, a veces incluso perdido en una niebla confusa.

No fue capaz de ubicar ni el lugar ni el momento exacto, aunque tuvo claro que era una época antigua. Aquello no era grande, pero sí independiente y con cierto poder. Reinaba Didier, padre de Antoine y Etienne, hijos de sangre de una primera esposa ya fallecida.

Ninguno de los hermanos, ambos príncipes, tenían nada en común. Antoine era el mayor y, por lo tanto, inmediato sucesor al trono. Todo en él apuntaba futuras maneras de rey: vestía con elegancia, adoraba las fiestas, los banquetes y sentirse querido por el pueblo. En realidad, el pueblo no lo quería tanto, pues no lo veían a la altura del padre.

Etienne, por el contrario, resultaba mucho más accesible, tanto que ni siquiera vivía en el palacio con el resto de la familia real: tenía una casa no muy grande con tierras, y pese a que no había pagado por ella, era lo bastante humilde como para despertar simpatía entre la gente.

Didier tenía otra hija, Circe, de su nueva esposa, que se empeñó en ponerle aquel extraño nombre griego en lugar de uno francés. Antoine se llevaba tan bien con ella que casi parecía más hermana suya que Etienne. Circe poseía una ambición desmedida, un carácter caprichoso, una lengua sarcástica y un frío corazón, así que la suma de ambos tenía cierto peligro. Ninguno comprendía la motivación de Etienne para codearse con la plebe, negándose a vestir en condiciones o participar en las copiosas comilonas de palacio, y Circe no perdía oportunidad de envenenar a Antoine contra su hermano.

«Lo quieren porque parece un pordiosero».

«Se sienten identificados porque no se parece en nada a la realeza».

«Gracias a Dios reinarás tú».

Circe se miraba en el espejo y se cepillaba su brillante cabello negro. De belleza no andaba escasa, pero siempre quería más. Era el tipo de mujer que

quería gustar a todos los hombres, y deseaba impresionar a Antoine, algo que este agradecía con vagas atenciones.

Circe pensaba, no sin cierta razón, que si se casaba con él se convertiría en la reina. No importaba que fuera su hermanastro, que compartieran sangre paterna: lo importante era tener todo el poder. Tenía sus planes para el reino y estaba segura de poder controlar a Antoine para que hiciera lo que ella quisiera; para eso, contaba con la ayuda inestimable de la hechicera del reino, que le enseñaba todo lo que sabía. Ya desde niña, Circe quería asegurarse de que podría hacer y deshacer a su antojo, costara lo que costara, de modo que se aseguró de conseguir por un lado lo que quizá no lograra al estilo tradicional.

No fue poco el sacrificio por su parte, sin embargo, valía la pena. Cada conjuro que repetía hasta dejarlo perfecto, cada gota de sangre que veía derramar, le daba más y más poder. Con dieciocho años, estaba preparada de sobra para sustituir a la hechicera si en algún momento resultaba necesario, y lo mejor de todo es que nadie lo sabía, excepto ellas dos. Circe no era estúpida y no quería que la gente pensara que conseguía las cosas por esos medios, prefería que la siguieran viendo como una chica tonta y caprichosa. Ese era en realidad su poder: manipular.

Y lo hacía muy bien. Llegó un momento en que casi tenía a Antoine en sus manos y tan solo era cuestión de tiempo que él y su padre comenzaran a hablar del ansiado matrimonio… cuando sucedió algo inesperado.

Una brillante y soleada mañana, corrió por la guardia el rumor de que Etienne tenía una mujer. Antoine se sintió intrigado y quiso comprobar con sus propios ojos de quién se trataba, así que pidió información a sus hombres de confianza, además de a la propia guardia.

La información no tardó en llegar, incluso Antoine accedió a que lo llevaran a dar un paseo con la única intención de contemplar a esa mujer misteriosa.

No había muchas mujeres bellas en aquel reino, la mayoría de ellas trabajaban en el campo y resultaban toscas para el fino paladar del heredero; únicamente Circe destacaba por encima del resto… hasta que la vio a ella.

No era del lugar, seguro, pese a que sus fuentes la situaban viviendo allí desde hacía al menos unos meses atrás. Y cuando Antoine la vio, con aquella magnífica melena azabache y esos ojos verdes rasgados y exóticos, la quiso de inmediato.

Como muchos hombres acostumbrados a tener todo lo que querían, Antoine no dormía bien si alguien poseía algo de su interés. Poco importaba

que en este caso ese alguien fuera su propio hermano pequeño: se presentó, de forma educada y galán, y le besó la mano.

Ella se mostró impresionada, elogió el parecido entre ambos, le dijo que se llamaba Calantha y le dedicó una sonrisa de agradecimiento por pararse a saludarla. No era normal en un príncipe, sin embargo, ser hermano de Etienne parecía motivo suficiente para aquella diligencia.

Esa noche, con la copa de vino entre las manos y Circe sentada a su lado, Antoine lo decidió.

«Tiene que ser mía».

«¿Y qué tiene de especial?»

Circe a duras penas consiguió modular la voz y la expresión facial. No comprendía cómo todo se había torcido de pronto, la forma en que había pasado de ser la candidata a la eliminada. Una chica cualquiera que ni siquiera se adornaba el cabello no era digna de un príncipe como Antoine en absoluto, mucho menos de sentarse en un trono.

«No seas gruñona, hermana, y ayúdame a conseguirla».

«Es la mujer de tu hermano».

«¿Insinúas que me rechazaría?»

Tiempo después, Circe se arrepentiría con todas sus fuerzas de no haber encaminado la charla en otra dirección, una más sensata. Al pensarlo, se daba cuenta de que quizá Antoine se tomó su respuesta como una provocación, y no había nada peor para el príncipe que eso.

Dispuesto a seducirla, Antoine lo intentó de buenas maneras. Era el príncipe, por Dios, y el rechazo no entraba en sus planes.

Calantha declinó una por una todas sus proposiciones. No, no le apetecía una cena en palacio, ni un paseo por el bosque, ni esa preciosa tela para que le confeccionaran un vestido elegante. No necesitaba flores, ni ningún adorno para cuello o muñecas.

Cuanto más decía que no, más se obsesionaba Antoine.

«Olvídala».

Circe a duras penas disimulaba el veneno en su voz. Bien sabía ella que la obsesión era un camino complicado, con que uno de los dos lo estuviera era suficiente.

«No puedo».

Fue entonces cuando esa obsesión se volvió dañina.

«No te amará nunca mientras Etienne esté vivo».

Las palabras de Circe fueron una especie de profecía. Poco después, Etienne anunció de manera oficial su boda, y aquello terminó de enloquecer a

Antoine. Junto a seis de sus hombres, se encaminó hacia la alejada casa de su hermano y allí, mientras Calantha era retenida por uno de ellos, al fin le plantó cara y le explicó lo que quería.

«¡Estás loco! ¡Es mi mujer!»

Las protestas no sirvieron de nada, porque Antoine tenía pensada la respuesta.

«Entonces, pelearemos por ella. Y el que gane la tendrá».

No había muchas opciones para Etienne. Sabía que, si no lo hacía, el resultado sería el mismo. Así que prefería pelear, al menos en ese terreno estaban en igualdad de condiciones.

Cuando Antoine estuvo en el suelo, jadeando mientras miraba a su hermano pequeño, con la sangre del labio partido manchando su ropa real, aún encontró fuerzas para escupir.

«De todos modos será mía».

Etienne no estaba muy unido a Antoine, aunque no esperaba que su guardia lo atacara por la espalda. Tonto de él, creyó que habría honor en la pelea… mas no fue así: la espada lo atravesó por detrás y sobresalió por el pecho, dejándolo atónito unos segundos antes de desplomarse en el suelo.

Antoine apartó la mirada, pero Calantha lo vio todo. Cuando la guardia preguntó al príncipe qué hacían con el cuerpo, este se acarició la barbilla y dijo:

«Tiradlo al río».

Y, con la complicidad silenciosa de sus hombres, se llevó a Calantha a su castillo. La instaló en sus propios aposentos, a pesar de que Circe se resistió con uñas y dientes, y después ordenó a su hermana que se ocupara de adecentarla.

Circe se esforzó en controlar su ira, sin comprender los motivos de su hermano. Era más que obvio que Calantha nunca lo iba a corresponder, ¿para qué mantener a tu lado a alguien que no te deseaba? Por entonces, ella no sabía la profunda insatisfacción general que anidaba en el alma del príncipe, y volcó esa frustración en la recién llegada.

La metió en la bañera con ayuda de su criada, obligándola a permanecer quieta mientras lavaban su cuerpo y cabello.

«Te ha elegido, así que no hay mucho que puedas hacer, desagradecida».

La joven de ojos verdes lloraba desconsolada, Circe suponía que por la muerte de Etienne. El amor de mutuo acuerdo no era muy común por esa época, de forma que tampoco podía darle mucha importancia o mostrar

empatía. Solo podía obedecer las órdenes de Antoine y pasar por alto lo demás.

Perfumó su cuerpo, estiró su cabello hasta dejarlo liso y sedoso, y maquilló sus ojos para acentuarlos aún más. Después, la dejó desnuda y encerrada en los aposentos de Antoine, pese a que aquello solo ayudó a corroerla todavía más.

Antoine no sabía nada sobre el consentimiento ni le interesaba. Sus ojos recorrieron de arriba abajo el tesoro que tanto le había costado conseguir y se deshizo de la camisa nada más cerrar la puerta.

Calantha no estaba dispuesta a colaborar, y apartó la cara cuando hizo ademán de acariciarle el pelo.

«Conque así están las cosas».

El príncipe no se entretuvo con charlas ni gestos innecesarios, siempre le habían inculcado que lo mejor era sentar las bases desde el principio, dejar las cosas claras. En una relación, ambos debían saber quién mandaba: allí lo hacía él, y sabía de sobra la manera de hacérselo entender.

La pegó hasta que perdió las ganas de pelear, y después la hizo suya por la fuerza, aunque ni de ese modo quedó satisfecho.

Noche tras noche, la escena se repetía. La dejaba llorando y le decía:

«Algún día me querrás».

Calantha nunca le respondía. Era lo bastante inteligente para no provocarlo con una contestación inadecuada, y también incapaz de decirle lo que deseaba oír.

Los dos sabían que ella jamás le querría. Los golpes y las violaciones sistemáticas eran parte del problema y, sobre todo, estaba la sombra de Etienne. Esa sombra alargada y fantasmal contra la que Antoine ya no podía competir, porque estaba más que muerta.

El tiempo pasaba, Calantha se consumía encerrada y Antoine se desesperaba al no lograr sus objetivos. Era doloroso y horrible también para él, como el caballo que nunca conseguía atrapar la zanahoria, y eso hacía que estuviera siempre resentido y malhumorado.

Circe decidió entrar en acción, despacio al principio, letal después.

«Te está consumiendo».

«Nunca te va a querer».

«Mátala. Mándala al fondo del río, con su amado».

Para Antoine, hacer eso era tener misericordia. Tras unos largos meses, se sentía agotado de la situación y aquello lo estaba minando poco a poco, hasta el punto de bajar la guardia.

Una noche, despertó al sentir el frío del acero en su cuello. Calantha apretaba el arma contra la carne con aspecto decidido, pero sus manos temblaban y Antoine vio en sus ojos que no estaba preparada para arrebatar una vida. Le quitó el cuchillo, que no sabía de dónde había sacado, y la trasladó a una celda.

En cuanto dejó de verla, se sintió mejor, como al abrir la ventana. El aire fresco hacía que todo pareciera nuevo, igual que su ánimo. Pero no podía dejarla ir, de ninguna manera admitiría su fracaso ni dejaría que ella siguiera su camino, era demasiado para su orgullo.

«Solo tenía que enamorarse de mí», confesó a Circe.

«En lugar de eso, ha intentado matarte».

«Ya está encerrada en una de las celdas».

«Podemos hacer algo más. Algo para que siempre te recuerde, algo de lo que no pueda librarse jamás».

«Eso equilibraría la balanza».

Antoine se dio cuenta de que era lo que necesitaba. Había pasado meses sin poder dormir pensando en cómo lograr su amor, todo ello sin éxito, y ahora tenía que conseguir que ella se pusiera en su piel.

Desconocía los planes de Circe, y cómo esta había evolucionado junto a la hechicera hasta el punto de haberse librado de la mujer. No había sitio en el reino para dos; la regla de oro de una hechicera era ser indispensable, de modo que se las había arreglado para que su maestra sufriera un pequeño accidente junto a uno de los pozos del reino.

Cuando bajó a la celda para visitar a Calantha, no pudo reprimir una mueca. La chica, tan hermosa tiempo atrás, se había deteriorado hasta tal punto que costaba reconocerla: pálida, casi en los huesos, ojerosa y con alguna que otra cicatriz. Aún encontró fuerzas para encogerse al verla llegar, replegándose sobre sí misma.

Escondió la cabeza y no quiso mirar, pese a que Circe portaba un libro y un pequeño cuenco de madera entre las manos. Su cerebro no parecía creer qué más podían hacerle después de asesinar al amor de su vida, maltratarla y violarla repetidas veces… pero aquello no había acabado.

Circe la salpicó con lo que fuera que contenía el cuenco, sin dejar de recitar frases mezcladas con un idioma que no conocía.

«Una maldición eterna imposible de quitar. Te acompañará mientras vivas, y vivirás siempre… yo te condeno a ser piedra de día, carne de noche y monstruo en el interior, ¡que así sea!»

Calantha no comprendía nada. Igualmente, su cerebro ya no funcionaba con la misma normalidad que antaño, dado que después de tanto tiempo encerrada su percepción había cambiado por completo.

Una vez lanzada la maldición, Circe abrió la celda y la dejó marchar. Ese mismo día, mientras Calantha vagaba por el reino siendo poco menos que un espectro, Antoine se enfrentó a su hermana para pedirle explicaciones por haberla liberado.

«No tenía sentido mantenerla aquí. Ahora es un monstruo».

«¿Qué clase de maldición le has lanzado?»

«No pienses más en ella, hermano. Su rostro pronto será tan solo un recuerdo».

Antoine no se sintió satisfecho con aquella respuesta ambigua. Circe no quiso dar más detalles, alegando que un mago no revelaba sus trucos… y la paz reinó en el castillo por unos días. Antoine recobró el buen humor al creerla casi muerta y Circe, sus ideas iniciales de contraer matrimonio.

Sin embargo, la décima noche desde la maldición, mientras Antoine se encontraba a remojo en su bañera, el ruido de unos cristales rotos hizo que se irguiera de golpe.

Los pasos retumbaban, tal y como si un elefante se estuviera paseando por su habitación. Cuando la puerta estalló en mil pedazos y tuvo ante sí al causante de los destrozos, sus ojos se dilataron por el horror de lo que contemplaban.

De su garganta brotó un gemido, incapaz de llamar a la guardia. Solo entonces recordó la maldición de Circe y supo que aquella cosa horrenda era la mujer que tanto había deseado.

«¡Piedad!», suplicó, aún de pie en esa bañera cuya agua de pronto parecía helada.

Pero los monstruos no conocían la piedad. Y mucho menos ese que seguro pesaba más de ciento cincuenta kilos y era enorme, gris y con los ojos tan rojos como la sangre… ese cuyos recuerdos humanos desaparecían con la transformación.

El príncipe Antoine apareció despedazado en su bañera, rodeado de trozos de cristal y loza. Lo único entero que quedó de él fueron los ojos, tirados por el suelo.

El monstruo responsable del crimen jamás volvió a aparecer por el reino.

Brody se levantó, sobresaltado, y quedó erguido en la cama. Tenía la respiración acelerada, como cuando despertaba de una pesadilla angustiosa, y hasta su frente aparecía ligeramente mojada por una fina capa de sudor.

—¿Estás bien?

La voz de Nova lo devolvió a la realidad, al presente. Recorrió su cuarto con la mirada, asegurándose de que estaba allí, y se frotó la cara y el cuello. Lo que acababa de ver… de vivir, había sido tan real como sufrirlo en su propio cuerpo.

—Toma. —Nova le acercó un vaso de agua—. Tu padre se despertó con la misma expresión.

—¿Es real? Lo que he visto, ¿sucedió de verdad?

—Sí.

—Entonces… lo que me estás diciendo es que esa chica que está acostada en la habitación contigua es una especie de monstruo.

Nova le indicó con un gesto de cabeza que se bebiera el agua, y Brody obedeció con gestos mecánicos, aunque se sintió mejor tras hacerlo.

—Una gárgola.

—¿Qué?

—No es un monstruo sin más, es una gárgola.

—¿Qué? —repitió él, con expresión estúpida.

—Por eso solo la veías de noche, Brody, porque por el día se convierte en piedra. Ella es esa gárgola que hay sobre el museo de…

—¿Oyes lo que dices? Estás loca, ¡las gárgolas no existen! Son… solo son parte de la mitología fantástica.

—¿Y acaso no lo es todo lo demás?

Brody negó con la cabeza.

—Me estoy volviendo loco, ¿es eso? ¿La muerte de mi padre me ha afectado de tal manera que vivo en un permanente estado de alucinación donde existen vampiros, licántropos, puertas mágicas y gárgolas?

La morena se acercó para sentarse a su lado en la cama. Imaginaba que, en algún momento u otro, Brody acusaría la presión. No era sencillo liberar la mente y dar cabida a ciertas cosas, bastante bien lo estaba haciendo dadas las circunstancias.

Le apretó la mano con una sonrisa comprensiva.

—No es ninguna alucinación.

—Madre mía, Nova, esa chica es un monstruo. Tenemos a un depredador durmiendo en mi casa.

—No es mala.

—¿Cómo funciona exactamente eso de ser gárgola? ¿Piedra de día?

—De noche es humana. Y a veces… solo a veces, el monstruo sale.

Brody alzó la mirada, confundido. En realidad, no tenía que preguntar, puesto que había podido ver el proceso por sí mismo, pero necesitaba escuchar la confirmación verbal de que no se estaba volviendo chiflado.

—¿Cuándo sale?

—Si hay peligro, o está tan furiosa que no lo puede controlar. Y en esos momentos, lo único que se puede hacer es apartarse de su camino.

—¿Por qué?

—Porque no puedo controlarme.

Los dos giraron la cabeza en dirección a la puerta, donde Calantha permanecía apoyada contra el dintel. Nova carraspeó, incómoda, y se incorporó para dejarlos solos muy a su pesar.

Calantha le sonrió con brevedad al cruzarse, y después cerró la puerta. Cuando Sammuel hizo el viaje para conocer su historia, después se sintió ligeramente avergonzada de que alguien tuviera tanta información sobre ella. Y de nuevo se repetía, y con Brody era más incómodo todavía, porque el chico había manifestado su interés hacia ella. Y después de lo que acababa de presenciar, raro sería que ese interés permaneciera ahí. No tenía ninguna encuesta con la que confirmar datos, pero estaba convencida que pocos chicos accederían a estar con alguien que contenía un monstruo en su interior.

Brody tragó saliva al verla aproximarse. No quedaba el menor rastro de sus heridas, solo ese eterno gesto de preocupación.

—Esto da miedo, ¿sabes? —murmuró él.

—No es para menos. —Calantha ocupó el sitio donde momentos antes se encontraba sentada Nova y se encogió de hombros—. Cuando me transformo en… bueno, eso, el noventa por ciento de mí es monstruo. No queda apenas nada humano, solo siento ganas de destrozar.

Brody asimiló sus palabras.

—Y esa maldición, ¿es para siempre?

—Por desgracia —afirmó la joven.

—Pero ¿puedes morir? Porque tus heridas…

—La única manera de que muera es encontrar un bicho más grande que yo, y eso no es muy habitual. Después tendría que ganarme, claro, y como mi poder de curación es bastante eficaz al menos tendrían que descuartizarme.

—Oh. —Él abrió los ojos, impresionado.

—La respuesta es sí, puedo morir. Aunque no sea sencillo.

—Y por el día, ¿estás dentro de la gárgola?

—No estoy dentro —contestó Calantha—. Yo soy la gárgola. De piedra durante el día, únicamente humana de noche.

—Eso es terrible.

—No me digas —dijo Calantha, sarcástica.

—¿Cómo conociste a mi padre?

—Al igual que tú, Sammuel pasaba por el Mulleady's de vez en cuando para tomarse una cerveza… no le gustaba mucho el alcohol, pero la vida del centinela no es fácil. En fin, esto ya lo estás comprobando por ti mismo.

Brody asintió, recostándose contra el cabecero de la cama.

—Resulta que era muy observador y se dio cuenta de que había algo raro en mí, así que empezó a darme conversación. No se lo puse fácil al principio…

—No me digas —interrumpió Brody, con el mismo tono sarcástico usado por ella segundos antes.

La morena sonrió al oírle. Brody no la había visto sonreír hasta ese momento y tuvo que controlarse para no abrazarla. No era por la atracción que sentía, sino más bien el instinto de consolarla, de decirle que odiaba haber visto su historia con todos los detalles, que podía apoyarla si ella le dejaba.

—Pero tu padre sabía ganarse la confianza de la gente —siguió la chica, y él asintió—. Terminamos por ser amigos. Intentaba ayudarme.

—¿Cómo?

—Experimentaba con los libros de magia y los hechizos. Pasó mucho tiempo buscando la forma de burlar la maldición, quería revocarla.

—¿Se puede hacer?

—Bueno, no es nada fácil. Hasta ahora no tuvimos éxito, pero Sammuel tiene sus estudios archivados, íbamos probando cosas.

Brody recordó los cuadernos de investigación de su padre que Nova le había recomendado leer. Se acarició la barbilla, pensativo.

—Yo aún no sé nada —comentó.

Calantha alzó la mirada, sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero ayudarte, pero no sé cómo. No sé nada de magia. —El chico negó con la cabeza—. No sé ni coger un arma, ni hacer una flexión. Estoy muy torpe.

—No, no tienes que hacer esto solo porque tu padre lo hiciera, Brody. No soy una especie de herencia, no debes hacerte cargo de sus compromisos.

—No es una obligación —explicó él—. Lo haría de forma voluntaria. Solo que, en fin, necesitarás paciencia hasta que controle lo suficiente.

Calantha lo miró, como sopesando la oferta. Sin duda se preguntaba por qué una persona querría perder el tiempo ayudando a alguien prácticamente desconocido.

—¿Cómo es que la mujer que te hizo el hechizo ha vuelto?

—Circe aprendió un montón de trucos y ha encontrado la manera de saltar en el tiempo, hace mucho que huyo de ella. Pensaba que aquí estaba a salvo, pero al final me ha encontrado.

—Buscaremos la manera de…

Su frase quedó en el aire cuando sonó el timbre. Brody se incorporó de un salto y se giró hacia Calantha.

—Quédate aquí y no hagas ningún ruido, ¿vale?

Acto seguido, salió de su cuarto y cerró. Nova, que al parecer no se encontraba lejos, se apresuró a reunirse junto a él en el pasillo.

—¿Será ella?

—Ahora lo sabremos.

Bajó las escaleras con ella detrás, y cruzó el salón, donde el resto del equipo continuaban sentados con las tazas de café, aunque ligeramente tensos, como si fueran a saltar de un momento a otro. Brody se obligó a coger aire un par de veces antes de abrir.

No sabía qué esperaba ver al otro lado, pero no al detective Warren, desde luego.

—Detective —murmuró, sorprendido.

—Buenas noches, señor Jesky. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Tiene algo que ver con la muerte de mi padre?

—No, se trata de otra cosa.

El detective hizo ademán de pasar, así que Brody se apartó a un lado para que lo hiciera. Nada más cerrar, se dio la vuelta con intención de llevarlo a la cocina, aunque no tuvo tiempo, pues el hombre acababa de entrar al salón. Recorrió con la mirada a los presentes, pensando para sí que no ubicaba a aquella gente con alguien como Brody Jesky.

—Lamento interrumpir la reunión —comentó, mirando el reloj—. Es un poco tarde, pensé que estaría solo.

—Ah, ya… —Brody se frotó la cabeza, incómodo, cambiando su mirada del detective a su grupo de protección—. Bueno, estos son…

Jacob se cruzó de brazos.

—Mi compañera de piso, Nova —carraspeó Brody—. Ese es Keith, un colega de mi padre del hospital, seguro que lo recuerda.

Keith movió la cabeza en su dirección a modo de saludo.

—Estaba muy unido a su padre y me he pasado a ver qué tal lo llevaba el chico —explicó.

A Jacob no le extrañaba eso, era creíble, pero… algo le decía que no era verdad.

—Ese es Lenny, mi… entrenador personal.

El detective alzó una ceja, porque el tipo del sofá tenía pinta de todo menos de entrenador personal de nadie, a pesar de su obvia forma física. Se giró hacia Alexia, que ya remataba su sensación de que allí ocurría algo extraño, y antes de que Brody dijera nada, ella alargó la mano.

—Soy Alexia, su prima —dijo con una sonrisa.

—¿Su prima?

Tal y como lo había dicho, parecía que le hablara de la típica prima del pueblo que estaba de visita en la gran ciudad, cuando esa rubia… vamos, a menos que ese pueblo fuera el paraíso del látigo, las botas de tacón y los corsés, no parecía la primita de nadie, desde luego.

—He venido en cuanto he podido, pensé que Brody igual necesitaba compañía.

Jacob le estrechó la mano, un poco turbado. Apartó la mirada de la mujer con cierto esfuerzo y carraspeó para recuperar la compostura, mirando a Brody.

—¿Ha estado esta noche en un local llamado Mulleady's? —preguntó.

Brody intercambió una mirada apresurada con la zona oeste del sofá, ocupada por Keith, Lenny y Alexia. Los dos primeros asintieron a la vez, mientras que la vampira se limitó a mirar fijamente al policía.

—Un rato, sí —respondió Brody.

—¿Y no vio nada extraño?

—No más de lo normal, ¿por qué?

—Ha habido un altercado allí y prácticamente han destrozado el local —comentó Jacob—. Hemos comprobado las cámaras de seguridad, pero solo se han grabado las entradas al local, no lo ocurrido dentro. Las destrozaron durante el suceso.

Brody suspiró para sí mismo. Nada, no tenían ninguna prueba de que él hubiera estado allí, lo que le relajó. Bastante poco le gustaba el detective para que encima lo situara en escenarios de pelea.

—Lo siento, solo me tomé una cerveza con mi amigo. ¿No hay más testigos?

—Ya, es muy extraño. Resulta que ninguna de las personas que estaban en el local se acuerda de nada de lo ocurrido, incluido su amigo. Es como si

estuvieran todos inconscientes durante el incidente. —Jacob examinó su rostro, en busca de alguna expresión delatora—. ¿Seguro que no vio nada raro?

—Me temo que no. Soy una persona muy aburrida, detective.

—Sí, ya lo veo. —Señaló el salón y al grupo de gente—. En fin, últimamente parece que está presente allá donde hay problemas.

Brody palideció al oírlo.

—Si lo llamara a comisaría para un interrogatorio, ¿estaría dispuesto a acudir?

—Detective —la voz de Alexia hizo que este se girara al momento—. Ya le ha dicho que no estaba allí, ¿no es suficiente?

El hombre parpadeó.

—Por supuesto —asintió.

Se frotó los ojos para volver a mirar a Brody, confuso.

—Pero…

—Lo acompañaré a la salida. —Alexia le tocó en el hombro con suavidad.

—Sí, claro. Muy amable.

Jacob Warren se dejó guiar hacia la salida, sin comprender bien lo que le sucedía. Tenía la sensación de que no había terminado su interrogatorio, sin embargo, se veía incapaz de negarse, como si su cabeza fuera por un lado y su cuerpo por otro.

Caminó detrás de aquella rubia con la ropa más ceñida del mundo y, para cuando se quiso dar cuenta, estaba en la calle montado en su coche.

Sacudió la cabeza, al igual que cuando despertaba de una pesadilla en mitad de la noche, y miró a su alrededor: no recordaba el momento de despedirse, ni de cruzar el porche. Tampoco cuando se había subido al coche, aunque era obvio que allí estaba, con la llave de contacto en la mano.

Miró hacia las ventanas del salón, aún iluminadas. En esa casa, en ese chico, había algo raro. Y no pensaba perderlo de vista.

Capítulo 12

Lenny aparcó la furgoneta a un par de manzanas del local donde habían quedado y fue hasta allí a paso rápido, como de costumbre sin dejar de observar la zona. Rockso tampoco le había dado muchos detalles, excepto el nombre del sitio y la hora, así que Lenny iba un poco a ciegas. No era el tipo de hombre que pasaba mucho tiempo en bares, aunque mientras su amigo no lo metiera en una discoteca o algo similar, le bastaba.

La taberna de Linda cumplía sus exigencias: iluminación escasa, alcohol y poco concurrido. Ni siquiera la música estaba alta, era el sitio perfecto donde pasar desapercibido. En algunos locales comunicarse con otra persona era complicado, y si escogías un club demasiado moderno, solía estar lleno. Ninguna de esas dos cosas interesaba a Lenny, más centrado en saber qué había estado haciendo su amigo los últimos meses.

Nada más entrar, hizo un barrido breve del local, buscando a Rockso. Este se encontraba en una mesa intermedia: ni muy lejos de la puerta ni en el camino al lavabo o las máquinas tragaperras, perfecto para no ser molestados y también para salir pitando si surgía cualquier problema.

Rockso se puso en pie al verlo.

—¡Hermano, ven aquí! —Le dio un abrazo acompañado de unas palmaditas—. ¿Cuánto hace, cuatro meses?

—Sí, más o menos.

—He pedido cerveza, siéntate. —Rockso se dejó caer en los asientos de madera, sin dejar de sonreír—. ¡Me alegro de verte, joder!

La luz amarilla no le favorecía precisamente, y Rockso tenía aspecto de cansado, a tenor de las ojeras bajo sus ojos. No obstante, sonreía y estaba de buen humor, algo que siempre le había caracterizado. Era algo que Lenny admiraba de su amigo: la capacidad de mantener cierta alegría, porque ojalá él se viera capaz.

—Te veo bien —comentó Rockso, después de que les trajeran las bebidas —. Sé que te prometí pasarme antes, pero al final me movieron un par de trabajos y tuvo que venir otro.

—No importa, ya sabes que yo estoy aquí fijo. ¿Tienes algo esta vez?

—Sí, nada importante, un político de tercera que eliminar. —Rockso se encogió de hombros con una carcajada—. ¿Qué tal llevas lo de Sammuel?

Desde luego, a Lenny no le apetecía ponerse a hablar sobre su muerte. Claro que no podía gruñir a su amigo como hacía con el resto de la humanidad.

—Ha sido un golpe. Y lo peor es que seguimos sin pistas, porque la manera en la que murió sugiere un demonio.

—No tenemos demonios en este momento.

—Que sepamos.

—Sí, pero es algo que sabemos, ¿no? No hay demonios, así que seguro que se trata de una explicación más sencilla.

—Puede ser, aunque aún no tengo nada.

—¿Y qué tal el resto del equipo?

—En fin, estamos en período de adaptación —contestó, después de dar un trago a la cerveza.

—Sí, el centro me ha dicho que te traslade su pesar por lo ocurrido. Dicen que si necesitas cualquier cosa no tienes más que decirlo, un nuevo centinela es una situación delicada.

—No sé si delicada es la palabra —resopló Lenny—. Hay que vigilarlo todo el tiempo, y encima no trae ninguna habilidad en el paquete.

Rockso se cruzó de brazos, divertido.

—Ya aprenderá, ¿no? Tú no seas muy duro con él, al final ese chico es más importante que todos nosotros.

—Lo sé. —Lenny se frotó la frente—. Han sido unas semanas complicadas, nada más. No estamos en nuestro mejor momento.

—¿Por la vampira?

—¿Sabes eso?

—Venga, hombre, es un secreto a voces. Los maestros también están al tanto. —Rockso meneó la cabeza, como si fuera lo más obvio del mundo—. Sabes de sobra que Cifra y el clan están hermanados, hay tráfico de información.

—Tampoco nos interesa que sea muy público, digo yo. Sus propios compañeros la están buscando y lo último que nos hace falta es que los vampiros se nos echen encima.

—No va a salir del clan, por eso no te preocupes. ¿Qué tal es?

Lenny se recostó contra el asiento de madera y se cruzó de brazos, observando a Rockso con cierta suspicacia. No podía evitar su naturaleza

desconfiada, pero le resultaba cuanto menos curioso que nada más aparecer Alexia o el nuevo centinela, su amigo quisiera quedar con él.

Se sentía mal por sospechar, la verdad. Lo conocía desde que tenía uso de razón, habían crecido juntos y confiaban el uno en el otro, sin embargo… su última charla por teléfono tampoco lo tranquilizaba al respecto.

—No me fío de ella. No deja de ser un vampiro, ya sabes lo que opino al respecto… espero que más pronto que tarde se la lleven, bien los suyos o bien un nuevo destino.

—Jamás pensé que llegaría el día en que tuviéramos que trabajar mano a mano con ellos, pero así son las cosas —siguió Rockso, ajeno a sus pensamientos—. ¿Es buena?

—¿Qué?

—Es lo que se oye por ahí, vamos, yo no lo sé personalmente… si es guardaespaldas, reciben un entrenamiento muy intensivo.

—Lo cierto es que intento coincidir con ella lo menos posible, ¿podemos hablar de otra cosa?

Rockso se encogió de hombros y asintió.

—Claro, era simple curiosidad. Si fuera tú no podría dejar de mirarla, en plan mascota.

—¿Vas a contarme eso de ser adiestrador?

El cambio de tema fue brusco, y Rockso dejó de sonreír al darse cuenta de que su amigo no estaba para bromas. Hizo un gesto al camarero para que trajera más bebidas, pues en su jarra no quedaba nada.

—Ya me dio la sensación cuando hablamos por teléfono de que la idea no te gustaba.

—¿Gustarme? Es que no entiendo por qué te lo planteas siquiera.

—Es una opción, Lenny. Un camino como cualquier otro. —Rockso apoyó los codos sobre la mesa y le miró—. Pensé que precisamente tú lo entenderías mejor que nadie.

—¿Qué significa eso?

—Poder controlar nuestra vida.

Lenny hizo un ruidito despectivo y sacudió la cabeza.

—Nosotros nunca podremos controlar nuestra vida y lo sabes. Y tampoco pillo bien el sentido que pretendes darle a eso, cuando dije esas palabras me refería a tener libertad, no a esto.

—La libertad es el derecho a elegir, ¿no? —dijo Rockso.

Lenny permaneció callado unos minutos, y la visita del camarero con la bandeja le vino muy bien para pensar las palabras que iba a decir.

Le costaba creer que Rockso estuviera diciendo aquello, y más con esa expresión de sinceridad, como si no entendiera su reticencia. Era obvio que algunas personas olvidaban antes que otras.

—Por lo que veo has olvidado los primeros dieciocho años de nuestra vida.

—Vale, sí, fue duro, fue doloroso, pero era necesario. —El tono de Rockso sonó apremiante, incluso se inclinó hacia él—. Nos hizo tal y como somos ahora. Nos hizo fuertes, como en la plegaria… «nosotros somos los hijos de Dios y del dolor, la tormenta».

Lenny se echó hacia atrás y lo miró, desagradablemente sorprendido. Hacía mucho que no escuchaba eso y no le hacía mucha ilusión, la verdad, no le traía buenos recuerdos en absoluto.

—Joder.

—¿Qué?

—¿Cuándo has vuelto al centro, Rockso? ¿Cuánto llevas de formación?

Su amigo bajó la mirada, avergonzado. Diversas emociones recorrían su cara, pese a que trataba de controlarlas; a Lenny se le daba mejor aquel juego que a él, Rockso siempre fue la parte débil de los dos. Muchas, demasiadas veces había tenido que ponerlo en pie, por lo que ahora le costaba creer las palabras que salían de su boca, sentía que estaba sentado ante un completo desconocido.

Un desconocido que había olvidado esas noches en las que se acostaba y sus lágrimas empapaban la almohada hasta que se mezclaban con la sangre. Dieciocho años daban para mucho.

—Un año —confesó.

—¿Un año? —exclamó Lenny, indignado—. ¿Cómo no me lo has contado antes?

—Porque sabía que te enfadarías, que no lo entenderías, y en cierto modo es normal, Lenny. Es cierto que el clan es duro, pero tiene sus cosas buenas.

Lenny lo observó, impávido.

—Ellos nos acogen, nos dan un hogar. Tampoco la vida en un orfanato es un camino de rosas, la mayor parte de esos niños terminan muertos o en centros de menores… y míranos ahora, no nos va tan mal. Tú casi es como si fueras libre, ni siquiera vives en Canadá.

—No fue decisión mía, igual que no lo será si deciden mandarme a otro lugar.

—Es la vida que nos ha tocado vivir —dijo Rockso.

—En eso te doy la razón, ninguno escogió esto. Aun así, sigo sin comprenderte.

—Tengo treinta y cinco años, Lenny. Llevo diecisiete matando —repuso Rockso, con tono cansado—. Necesito parar.

—Y has pensado que pegar a niños es tu mejor opción.

—Forma parte del adiestramiento. —A Rockso le tembló la voz.

—No pensabas lo mismo cuando estábamos allí.

—¡Porque era débil! —protestó él, dando un manotazo encima de la mesa—. Era débil, si no hubieras estado tú no lo habría conseguido.

De eso Lenny no tenía la menor duda, siempre se preocupó de protegerle dentro de sus posibilidades. Puede que Rockso fuera débil, pero él nunca lo había sido y se ganó el respeto de los demás más pronto que tarde. El clan era un nido de avispas donde no había sitio para la amistad, y los maestros fomentaban un clima competitivo sin compasión. Ni siquiera cuando les hacían pelear entre ellos podían mostrarse suaves, porque, como solían repetir, «nunca dejéis que las emociones os nublen el juicio».

Lenny no era cruel por naturaleza, aunque en muchas ocasiones no tuvo otro remedio: en el clan, si no sobresalías, recibías. Así era como los hacían duros.

Por descontado, los miembros del clan no conocían otra vida aparte de esa, así que muchos de ellos tenían verdaderos problemas a la hora de integrarse en la sociedad. La mayoría eran hoscos y solitarios, y solo en contadas ocasiones tenían la oportunidad de llevar una vida relativamente normal. Además, jamás se desligaban del todo del clan, era como si tuvieran una deuda de por vida, de ahí los trabajos. Si el clan mandaba un mensaje al busca, el cazador iba. No había otra opción: era el pago por acogerlos y darles un hogar.

A Lenny le resultaba irónico aquello del hogar, mas era lo bastante listo para mantenerse callado. Él hacía su trabajo, por suerte bien lejos. Si le encargaban algo aparte, cumplía sin protestar. Y rezaba, pese a que no creía en nada, para que no lo mandaran regresar a Manitoba.

Existían cosas a las que podían negarse, cierto. Por ejemplo, a las fiestas anuales o a ser adiestrador en el centro. Ambas cosas eran voluntarias.

Por el contrario, tenían otras que sí debían cumplir: cualquier trabajo, fuera el que fuera, y seguir a rajatabla las normas del clan, que eran muchas.

Nada de alianzas con razas enemigas, por ejemplo. Si alguno quería casarse, lo que ya de por sí no era habitual, tenía que pedir permiso, y el clan estudiaba su caso y a su futura esposa antes de dar consentimiento. No podían

perder la forma física, ni fallar en los trabajos, y como esas, mil cosas más que los ataban en corto al clan.

La mayor parte de ellos se alegraba al cumplir los dieciocho por el simple hecho de abandonar el centro, pero solo porque no sabían que durante el resto de su vida seguirían atados a los Benezet. Casi todos creían que podrían librarse de algún modo, desaparecer… y según transcurrían los años, por fin comprendían que no. La red de cazadores era muy amplia, las cosas que pasaban en el centro de Thomson sucedían en todas partes. Costaba mucho desaparecer del mapa, de modo que lo mejor era no intentarlo.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Rockso, de pronto con voz agotada.

Lenny podría recordarle mil cosas, sí. Como la pared del cuarto, llena de marcas mientras contaba los días para marcharse de allí. O sobre aquella vez que escupió dos dientes después de un entrenamiento donde el adiestrador no mandaba parar la pelea. Las noches que no tenía otro remedio que tumbarse boca abajo porque no podía apoyar la espalda, las veces que despertaba de madrugada, con el pelo empapado y el corazón en un puño porque pensaba que estaba en mitad del gimnasio en plena pelea.

Quizá Rockso hubiera olvidado las marcas de la pared y llevara fundas donde en algún momento estuvieron sus dientes, pero los tatuajes seguían ahí, recordándole quién era y de dónde venía. Y después de pasar años aterrorizado, el hecho de que fuera a impartir eso mismo a otros seguía dejándolo descolocado… aunque, si lo pensaba bien, era un patrón que se repetía muy a menudo, ¿no? A veces, un padre maltratador tenía mucho que ver en las conductas que adoptaban sus hijos. El maestro Conté y los adiestradores del clan Benezet no eran exactamente padres, pero sí lo más parecido a ello que habían conocido los cazadores.

Miró a su amigo, consciente de que esa noche, en ese momento, acababa de abrirse una brecha entre los dos.

—No me juzgues, por favor —pidió Rockso, después de un silencio que se le antojaba demasiado largo—. Puede que desde dentro pueda… no sé, suavizar el entrenamiento.

Lenny asintió, despacio. Ya no sabía qué pensar, si su amigo estaba tan perdido que creía que aquella era su mejor opción, o que realmente podía cambiar las cosas. La segunda opción era poco menos que increíble, o improbable. Por otro lado, si el propio maestro Conté lo había aceptado y llevaba un año de formación, ¿era posible que aceptaran su método?

—¿Lo ves factible? —preguntó.

—De momento, he propuesto eliminar las noches en el bosque.

—¿Y te han hecho caso?

Rockso abrió la boca para responder, pero no lo hizo al ver que el móvil de Lenny empezaba a moverse sobre la mesa. Este lo atrapó, abriéndolo para leer un mensaje de Nova.

«¿Puedes sustituirme en la guardia, Lenny? Mi madre y mis tías acaban de anunciarme que vienen a cenar a casa. Keith está en el hospital y Alexia no me contesta».

«¿Y cómo te las vas a apañar? ¿Saben que vives en casa del centinela?»

«¡Claro que no, no puedo decírselo, no todavía! Las llevaré a mi piso».

«Está bien, voy para allá. Tardo veinte minutos».

Guardó el móvil y se levantó, poniéndose la cazadora.

—¿Qué pasa? —quiso saber Rockso, alzando una ceja.

—Trabajo —contestó Lenny, con una mueca—. Lo siento, ya sabes cómo es esto.

En realidad, casi se alegraba de que Nova le hubiera pedido ayuda. No tenía la menor idea de cómo enfrentarse al problema de Rockso, no se veía con la suficiente inteligencia emocional para manejar la situación, y tampoco estaba preparado para mandar a su amigo a la mierda. Así que aquello era, literalmente, verse salvado por la campana.

—Vale —aceptó Rockso, y alzó la mano al verle sacar la cartera—. No, yo pago, yo pago. Y respecto a lo que estábamos hablando…

—Piénsalo —le interrumpió Lenny—. ¿Lo harás?

Tuvo la impresión de que el rubio iba a replicar por la expresión de su cara, pero Rockso se limitó a encogerse de hombros tras unos segundos.

—Está bien, lo haré.

—Hablaremos pronto.

Lenny le dio una palmadita antes de salir del local e ir a buscar su furgoneta.

Nova no solía utilizar la magia en su vida diaria, pero no tenía más remedio que echar mano de alguno de los hechizos que conocía para que su piso no pareciera abandonado, como en realidad estaba. Mientras abría las ventanas para ventilar, fue recitando conjuros aquí y allá para eliminar el polvo, encender unas cuantas velas, revivir un par de plantas que se había dejado olvidadas y, por supuesto, renovar los hechizos de protección: su madre o alguna de sus tías podían sentir que la energía no era todo lo positiva y segura que debía ser.

Una vez satisfecha con el aspecto general de la casa, preparó la mesa para la cena con un servicio de platos herencia de la familia y cocinó el estofado cuya receta había pasado de generación en generación, como si fuera uno más de los hechizos ancestrales. En realidad, no era uno de sus platos favoritos, pero si les hacía otra cosa, solo les daría una excusa para meterse con su vida «de simple mortal», que tal como lo pronunciaban parecía un pecado más que otra cosa. No era que no apoyaran su trabajo con el consejo, que lo hacían y, además, tener aquel puesto era un orgullo para la familia; era la otra la parte, la de trabajar en una tienda, vestir con vaqueros, vivir sola y no acudir a las reuniones semanales de los aquelarres. Nova no faltaba a las citas importantes, como Samhain, lunas nuevas o equinoccios, pero más allá de eso, prefería cierta independencia y tener su propia vida, algo que ellas no terminaban de comprender.

Como si hubieran estado esperando a oler el estofado desde la calle, el timbre del portal sonó justo cuando la preparación comenzaba a hervir y Nova abrió la ventana para que saliera el vapor formado.

Pulsó el botón de apertura y chasqueó los dedos para que se encendiera el incensario que tenía en la entrada, de forma que, cuando llamaron a la puerta, ya desprendía olor.

Nova abrió la puerta y sonrió al ver a su madre y a sus tres tías: Incantrix, Hexe, Strega y Sahir, todos ellos variaciones de la palabra «bruja» en diferentes idiomas.

—¿Y la sal? —preguntó Incantrix, observando el suelo mientras atravesaba el umbral.

—Mamá, no tiene que estar a la vista todo el rato, con echarla ya vale —suspiró Nova, haciéndose a un lado para que pasaran.

—Es la tradición.

—Tu madre tiene razón —replicó Hexe, entregándole una bolsa—. Pan de brujas, seguro que no has hecho.

Nova la cogió sin dejar de sonreír. Claro que no había hecho pan de centeno, nunca le salía bien y ellas lo sabían. Podía hacer mil hechizos y no fracasar, pero algo le pasaba con la levadura y la harina que no terminaba de acertar: o se le hundía, o subía demasiado, o se quemaba. Y eso que tenía cuidado con cómo guardaba todos los ingredientes y el modo de usarlos, para no liarla. El pan de centeno negro era otro clásico desde Salem, cuando las brujas se intoxicaron con el hongo cornezuelo que contenía y acabaron alucinando… Cosa que, en realidad, buscaban para hacer hechizos más potentes y que era otra tradición. Solo que ella no consideraba que drogarse

con LSD fuera lo mejor para sus conjuros y por eso intentaba no hacer el maldito pan si no era estrictamente necesario.

—No he tenido tiempo —se disculpó.

—Claro, ese trabajo tuyo —refunfuñó Strega, sacudiendo la cabeza.

—Calma, quizá haya sido por el consejo —intervino Sahir.

Menos mal que una de sus tías tenía algo de sentido común. Sahir, la única soltera de todo el grupo, era parte del círculo que se especializaba en brujería sanadora y equilibrio espiritual, lo que se notaba en su aura, siempre tranquila y calmada.

También fue la única que le dio un abrazo cariñoso al entrar, más que el de su madre, que había sido corto para seguir observando el piso, como pasando revista.

Nova notó la energía de su tía Sahir pasar a ella, calmando su incipiente mosqueo, y agradeció que se hubiera unido al grupo para aquella imprevista cena, ya que no siempre solía acudir.

Cogió la puerta para cerrarla, pero entonces alguien la sujetó y miró hacia ella.

—Hola, prima.

Nova parpadeó. Apoyado en el marco de la puerta, observándola con una sonrisa socarrona, estaba su primo George, así llamado por su madre, Hexe, en honor a George Burroughs, antiguo reverendo de Salem, acusado de ser el jefe de todas las brujas y ahorcado en 1692.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nova, frunciendo el ceño.

Aunque se habían criado juntos, o quizá precisamente por eso, George no era una de las personas favoritas de Nova, más bien al contrario. Como ella, su primo era de sangre pura: hijo de dos linajes que se remontaban a siglos atrás. Al igual que la mayoría de los hombres así nacidos, no tenía poderes, era algo extraño entre el género masculino. Ocurría muy de cuando en cuando, aunque sí que podía transmitir esos poderes a su descendencia.

—Estaba de paso y me han invitado a cenar —contestó él, encogiéndose de hombros.

Fue a darle un beso en la mejilla y Nova retrocedió antes de que la tocara, molesta, y cerró la puerta mosqueada. ¿De paso? ¿Se creían que era idiota? ¡Si ninguno vivía cerca de allí!

Temiendo que aquello fuera una especie de trampa, le siguió hasta el salón, donde tanto su madre como sus tías, excepto Sahir, que permanecía a un lado, parecían encantadas de la vida.

—Ah, se me olvidó decirte que nuestro Burroughs venía también —sonrió su madre.

—Un detalle sin importancia —masculló Nova.

No le gustaba cómo la miraba, cómo le hablaba o, más bien, él en general. Desde que entrara en la adolescencia y el chico fuera consciente de que era un activo necesario en la comunidad con esa sangre tan pura que debía ser protegida, se comportaba como si fuera la persona más importante en cualquier lugar al que fuera. Nova no quería ni pensar en su carácter de haber tenido la suerte de nacer con poderes, seguro que habría que haberle puesto vigilancia para controlarle.

Muchos de los hijos puros buscaban la forma de ser útiles dentro de los linajes, no solo como sementales, por así llamarlos. Ayudaban en las investigaciones sobre el pasado de las brujas, mantenían las costumbres, estudiaban los libros… Pero George no, Hexe siempre le había tratado cual piedra preciosa, y Nova estaba segura de que no era capaz ni de freír un huevo, mucho menos descifrar códigos de libros antiguos.

—Tenemos mucho que contarte —dijo Hexe, mientras se encaminaba a la cocina para echar un ojo al estofado.

—¿Sobre?

—El próximo encuentro de familias —contestó Strega, moviendo la cabeza—. De verdad, Nova, no sé en qué mundo vives, no sigues el calendario correctamente.

—A esto le falta romero —indicó Incantrix, con tono de desaprobación.

Ella y Hexe acababan de probar el estofado y, como siempre, algo fallaba. Nova no dijo nada mientras ellas le echaban algunas hierbas, removían y volvían a probar.

—Ahora sí, ¿está la mesa puesta? —preguntó Incantrix.

—Todo listo —respondió Strega desde el comedor.

Hexe cogió la cazuela y Nova la siguió, sintiendo como si no estuviera en su casa, sensación acrecentada cuando llegó al comedor y vio que su tía y George estaban recolocando los cubiertos y los vasos.

Sahir la miró, encogiéndose de hombros, y Nova esquivó a su primo para sentarse al lado de ella, dejando el de pan sobre la mesa y la bolsa colgada de la silla.

Hexe la miró elevando una ceja con desaprobación.

—¿No vas a cortar tú el pan? Es tu casa.

—No, os dejo el honor.

—Yo lo haría, madre —sonrió George—, pero claro, como debe hacerlo una bruja con poder…

Se sentó frente a Nova, guiñándole el ojo, y ella se echó hacia atrás instintivamente.

Incantrix cogió un cuchillo mientras las demás ocupaban sus sillas, sujetó el pan y procedió a cortarlo.

—Por el poder que nos ha sido concedido y que corre por nuestra sangre, sea este pan un medio de iluminación en nuestro camino.

—Que así sea —contestaron todas.

Nova cogió un trozo y lo dejó a un lado, no muy convencida como siempre que se hacía el pan negro.

Strega ya estaba sirviendo el estofado, así que la chica tampoco se movió para hacerlo.

—¿Qué tal con el nuevo centinela? —preguntó Sahir.

—Pues… —comenzó ella.

—Eso no interesa a nadie —replicó Strega—. Hemos venido a hablar del encuentro, ¿no?

Por si Nova tenía alguna duda sobre aquella cena, desde luego que con aquel comentario ya le había quedado claro que no era una visita de cortesía ni era casualidad que George estuviera allí, devorando el estofado con aquella sonrisita sardónica que de buena gana le borraría de un guantazo.

—Iré como siempre —contestó ella, con un suspiro.

—Este año sabes que es especial —dijo Incantrix, sonriéndole—. Cariño, ya estás en la edad, recuerda.

Intercambió una mirada con Hexe que no gustó nada a Nova, quien carraspeó.

—Lo sé, pero estoy en el consejo —comentó, procurando controlar el tono de voz—. Ahora no puedo dedicar mi atención a nada más.

—Seguro que Cifra puede sustituirte.

—El acuerdo entre el linaje y el consejo es para varios años, mamá, no puedo marcharme o entraríamos en conflicto, y no creo que nadie quiera eso.

—Ya te dijimos que era mala idea dejarla entrar en el consejo, Incantrix —murmuró Strega, moviendo la cabeza.

—Nadie quiere un conflicto —intervino Sahir.

—Supongo que un año más no pasará nada… —dijo Incantrix, con duda y mirando de nuevo a Hexe.

—Yo no puedo prometer nada —saltó George, con la boca llena de pan negro.

Nova le miró, preguntándose a qué venía aquello.

—Es que va a estar muy solicitado —explicó Hexe, dando palmaditas a la mano de su hijo—. Quizá el año que viene ya esté casado, muchas brujas solteras están deseando echar el lazo a un pura sangre como él.

Y ahí, definitivamente, le quedó claro a Nova lo que pretendían todas. No le pillaba demasiado por sorpresa puesto que era algo que habían dejado caer más de una vez. Daba igual que fueran primos hermanos, lo importante era que ambos tenían linajes puros y su unión traería brujas de gran poder. O eso pretendían.

Había escuchado comentarios al respecto toda su vida, solo que cuando se había unido al consejo y comenzado una vida propia, supuso que se libraría de todo aquello.

Sin embargo, veía que la idea seguía implantada en sus mentes cerradas y miró a Sahir.

—Como tú has dicho, nadie quiere un conflicto —insistió—. No pienso dejar el consejo y mucho menos iniciar nada de lo que sugerís.

—Mala idea, prima —sonrió George—. Soy lo mejor que podría pasarte, y lo sabes.

—No pienso…

Sahir le cogió la mano y, al momento, ella notó que se calmaba.

—Cariño —dijo su tía—, piensa en tu deber con la familia, un conflicto se puede evitar fácilmente. ¿Y si das un preaviso de varios meses?

Nova apartó la mano de ella como si quemara, librándose así de su influjo. Podía sentir perfectamente cómo su tía trataba de calmarla con sus poderes y predisponerla a seguir los deseos del grupo. Se sentía traicionada por ella, puesto que no lo había visto venir. Sahir siempre la había apoyado, comprendido… y ahora veía que su prioridad no era ella, sino el linaje.

Se miró la mano y se la frotó, molesta. ¿Cuántas veces habría usado su poder con ella sin que se diera cuenta? Con el tiempo, el poder de Nova iba aumentando, y se dijo que quizá por eso aquella vez había sentido la manipulación y no antes.

—Veo que estáis todas de acuerdo —murmuró.

Todas le sostuvieron la mirada mientras Nova pasaba los ojos de una a otra, ninguna mostrando el menor remordimiento por la trampa en la que la habían metido.

George seguía comiendo como si nada, aunque tampoco lo extrañaba. Él tenía su futuro claro, fuera con ella o con otra bruja, acabaría casado, procreando y viviendo la vida fácil.

Con todas unidas, no podía ganar aquella batalla, tendría que buscar la forma de ganar tiempo y, con suerte, el imbécil de su primo acabaría con alguna otra pobre desgraciada y ella se libraría de él.

Aunque eso no garantizaba nada, seguro que le encontrarían a otro candidato.

—Ahora mismo es complicado con el nuevo centinela —comentó—. Cifra nos ha insistido en que le protejamos y enseñemos, no puedo irme sin más.

—Pues que aprenda —contestó su madre.

—La puerta es más importante que todo lo demás.

—Bueno, eso es relativo —refunfuñó Hexe.

—¿Es espabilado? —preguntó Strega—. ¿Cuánto tiempo necesita?

—Bastante, por eso vivo con él y…

Se calló al momento, dándose cuenta de su error. Joder, acababa de meter la pata hasta el fondo, podía ver en sus caras cómo interiorizaban lo que acababa de decir.

Incantrix, roja de furia, se incorporó y lanzó la servilleta sobre la mesa.

—¡¿Cómo te atreves?!

—Mamá…

—Tú, una bruja de pura cepa, ¡viviendo con un humano!

—Lo estoy protegiendo.

—¿Sabes cómo te mirarán en la reunión? Vas a ser el centro de todas las habladurías.

—Y encima nos has mentido —azuzó Strega—. Nos has traído aquí, a cenar, como si siguieras viviendo sola.

—Primero, yo no os he traído —replicó Nova, molesta—. Vosotras os habéis invitado. Y segundo…

—Nada justifica lo que has hecho —interrumpió Hexe—. No puedes mentir a tu familia, ¡es una regla básica!

—No pensaba que sería una cena tan entretenida —sonrió George, mirando a una y a otra.

—Esto es absurdo. —Nova se levantó—. Por favor, marchaos.

—No puedes fallar a la familia —dijo Incantrix—. Debes seguir las normas.

—Iré a la reunión y a todo como siempre hago, por eso no os preocupéis, pero ahora mismo mejor os marcháis de mi casa.

Sahir hizo ademán de tocarla, aunque ella la esquivó.

—No puedes escapar a tu destino —le dijo, con tono serio.

Nova se cruzó de brazos mientras recogían sus cosas y se dirigían a la puerta, y tuvo que esquivar también a George, que alargó los brazos como si fuera a abrazarla.

—Todo llegará, primita —dijo, al ver que lo rechazaba de nuevo.

Ella se estremeció y no se quedó tranquila hasta que todos se hubieron marchado. Cerró la puerta con doble cerrojo, un hechizo de protección de sangre y se quedó con la espalda apoyada en ella, suspirando.

Librarse de aquello iba a ser complicado.

Capítulo 13

Brody se bajó de la Dodge de un salto y estiró las piernas, moviéndose. El viaje no era tan largo como para estar agarrotado, pero cuando hacía eso le daba la sensación de que estaba más ágil, y ya había aprendido que con Lenny era mejor moverse que permanecer sentado. Aunque luego empleara el mismo esfuerzo en sus ejercicios, la disposición contaba mucho para el cazador, así que Brody decidió hacer algo al respecto.

Miró a su alrededor sin encontrar ningún cartel, tan solo el que habían pasado un par de kilómetros atrás. Desde luego, la señalización era un desastre: si alguien quería encontrar ese bosque lo más probable era que se lo pasaran de largo.

—¿Me vas a maltratar mucho? —preguntó, acercándose a él.

—¿Por qué lo dices?

—Me has traído a un sitio sin apenas señalizar. —Brody señaló el bosque —. Vamos, que si me pierdo ahí, no habrá necesidad de que me mate ningún demonio, será algo natural.

—Es el bosque estatal Tiger —informó Lenny—. Y te he traído precisamente para que aprendas a moverte por lugares así, además de un pequeño circuito de entrenamiento. Ya me lo agradecerás algún día.

Cerró la furgoneta tras coger una mochila y empezó a caminar hacia el bosque. Brody lo siguió, lanzando una mirada de pena al vehículo. Echaba de menos su antigua vida, donde podría estar sentado ante un café y un dónut, y no muerto de frío en un sitio a media hora de la civilización.

Además, el día no era especialmente luminoso, lo que le confería al entorno un aspecto un poco siniestro. A Brody no le gustaban demasiado los lugares solitarios donde resultaba fácil perderse, como cuevas o bosques frondosos, así que no estaba muy entusiasmado.

—Hacer un circuito aquí es sencillo —explicó Lenny—. Los árboles nos sirven como marcadores, solo debes correr entre ellos. ¿Te ves capaz sin estamparte?

—Por supuesto —aseguró Brody, a pesar de que no estaba nada convencido.

Echó un vistazo al lugar, satisfecho porque no había prácticamente nada para hacer circuitos, excepto árboles. Sin embargo, dejó de estarlo cuando, tras dar unas vueltas para calentar, comprobó que con muy poco Lenny había conseguido crear una zona para entrenar. Era menos duro que el gimnasio, pero más de lo que había calculado al llegar, así que suspiró fastidiado y se acercó.

—¿Tengo que tirarme al suelo? —preguntó.

—No, esto no es entrenamiento militar. A menos que quieras.

—No, gracias, ya hace bastante frío.

—Eso se pasa corriendo. Venga, ve.

Le empujó y Brody no tuvo otro remedio que ponerse en marcha. Lenny había hecho marcas en los árboles con tiza, así que solo debía seguir esas pautas, y enseguida descubrió que no era tan sencillo como creía, al menos si quería cumplir el mínimo de velocidad.

Luego saltó por encima de unas cuerdas que el cazador había atado a unas vallas, consciente de lo mucho que le quedaba por avanzar: fue obvio cuando cayó al suelo por segunda vez.

Lenny le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—Es cuestión de práctica —dijo.

—Puedo entrenar más.

—Claro, lo haremos. Pero conocer los puntos fuertes de uno mismo también es importante.

—¿Tu adiestramiento también era así de duro? —preguntó Brody.

—Hazlo otra vez.

El chico se levantó y repitió el circuito. Cada vez que lo terminaba, se detenía y controlaba las ganas de vomitar: estaba sin aire, rojo, agotado y hasta mareado. ¿Por qué no había dedicado al menos una hora al gimnasio para no llegar a los treinta y tantos en tan baja forma? Incluso aunque no fuera el centinela, qué menos que poder echar una carrera si era necesario, y no ahogarse como si tuviera cien años y asma crónica.

Lenny le lanzó una botella de agua, que Brody atrapó.

—Si alguna vez te pierdes, acuérdate de que el agua es la primera cosa que debes buscar. Puedes aguantar sin comer, pero no sin beber.

Brody miró hacia el bosque, con cierto temor. Los árboles eran tan tupidos que daba la sensación de que ni siquiera los rayos de sol podían

atravesarlos, ¿cómo sería estar perdido ahí dentro y que pareciera casi de noche, incluso a plena luz del día?

—Sabía lo del agua —respondió—. La regla de los tres minutos. Lo leí en un libro.

—Vale.

—Pero… no sabría cómo encontrarla —admitió.

—Si te pierdes, lo mejor es quedarte quieto. Si alguien te está buscando le resultará más fácil encontrarte así que si te pones a dar vueltas… respecto al agua, ve hacia abajo.

—¿Por qué?

—Los cursos naturales del agua nunca los encontrarás subiendo, sino bajando. Además, si encuentras un curso de agua, seguirlo es la manera más fácil de llegar a un lugar civilizado.

—Claro, qué tonto.

—También puedes buscar vegetación verde, en los huecos de las rocas, incluso un hoyo.

Brody no se imaginaba cavando un hoyo, pero prefirió callarse. Fijo que él sería de los que morirían dando vueltas y solo lo encontrarían cuando su cuerpo estuviera momificado.

—Yo intentaría subirme a un punto alto para tener perspectiva de dónde estoy —se atrevió a decir, en tono humilde.

—Sí, es una buena idea. De hecho, es lo mejor que se puede hacer, aunque recuerda siempre marcar el sitio donde estás para saber regresar.

—¿Te has perdido en muchos bosques, o qué?

—No exactamente.

Brody bebió un trago de agua, por fin notando que recuperaba el aire. Había lanzado la pregunta de forma retórica, básicamente porque Lenny rara vez contestaba a nada personal que no tuviera que ver con el entrenamiento o el trabajo, así que se sorprendió de escucharlo.

—Nos dejaban a propósito.

—¿Qué?

—En cualquier bosque de la zona. —Lenny miraba hacia algún punto situado entre la zona delimitada para entrenar y el lugar donde se espesaban los árboles—. ¿Conoces Thomson?

—No. ¿Dónde está?

—En Manitoba.

—¿Canadá?

—Eso es. Thomson está considerada la ciudad más violenta de Canadá —explicó Lenny—. Hay zonas abiertas, muchos bosques, así que parte de nuestro entrenamiento se hacía allí.

En realidad, Brody sentía que Lenny no estaba compartiendo con él datos de su vida, sino más bien, era como si pensara en voz alta. Sin embargo, Brody se dijo que era una oportunidad de conocer mejor a su entrenador y, de paso, descansar antes del siguiente circuito.

—¿Y en qué consistía? —quiso saber.

—En nada, simplemente te dejaban en uno justo antes de anochecer y te deseaban buena suerte. —Lenny se giró hacia él—. Tenías que buscarte la vida; supongo que les parecía que, si conseguías apañártelas sin nada, realmente eras el tipo de luchador que querían. Algunos no volvían.

—Pero ¿qué clase de centro de entrenamiento es ese? ¿No tenían que responder ante los padres?

Lenny lo miró, alzando una ceja.

—No sabes nada de los clanes, ¿verdad?

—No mucho, no —admitió Brody.

—Ningún padre en su sano juicio enviaría allí a su hijo —explicó—. Todos los cazadores salen de los orfanatos de la zona.

Brody tragó saliva, incómodo. De pronto, ya no estaba tan seguro de querer saber más sobre el pasado de Lenny. No parecía que fuera muy agradable, si una de las anécdotas era que los dejaban tirados en un bosque en mitad de la noche para que sobrevivieran por su cuenta. Si hacían eso, ¿qué no habrían hecho antes? Y claro, con la carta blanca que les daba saber que nunca tendrían que responder ante ninguna autoridad o padres. No era como enviar a tu hijo a una escuela militar, donde podía haber represalias si sufría algún maltrato.

«Voy a tener que empezar a tomarme esto en serio y leer todo lo posible sobre el tema», pensó para sí, puesto que se le acumulaba el trabajo entre gárgolas, experimentos y clanes.

—O sea, que al llegar eráis unos niños —comentó.

—Sí, si son mayores de tres años ya no los quieren.

—¿Por qué?

—Se supone que, a partir de los tres años y medio, se empiezan a tener recuerdos. Los clanes no quieren eso, prefieren un cerebro en blanco porque así pueden moldearlo a su gusto.

—¿Tipo secta?

—Igual que en una secta, con plegarias y todo. —Lenny pareció regresar a la realidad y puso cara de culpabilidad, como si hubiera hablado demasiado —. Ya has descansado un poco, lo harás un par de veces más y nos marchamos.

Brody asintió, dejando la botella de agua en el suelo. Estaba cansado, sí, pero decidió tragárselo y forzarse un poco más. Se sentía hasta mal quejándose después de lo que acababa de escuchar, estaba claro que él había estado en un lecho de rosas en comparación con ese nuevo grupo, donde al parecer todos rivalizaban por tener el mejor y más traumático pasado.

Hizo el circuito dos veces y, al acabar, eran cerca de las seis, por lo que el sol empezaba a descender. Lenny recogió lo que había usado y volvió a guardarlo en la mochila, dándole una palmadita.

—Vas mejorando —dijo.

—¿A mi padre también le dabas estas palizas?

—Bueno, no. Pero cuando tu padre recibió el cargo era más mayor. —Lenny abrió la puerta de la furgoneta—. Aprendió a utilizar las armas.

—Es verdad, mi abuelo murió con noventa y muchos.

—No llegué a conocerlo, solo llevo aquí cinco años. He oído que era muy bueno.

Brody se sentó en el asiento del copiloto con una sonrisa. Miró por la ventana, pensando que esa tarde había oído hablar a Lenny más que en el resto de los días que habían estado juntos, lo que le hizo preguntarse si las cosas seguirían mejorando. A lo mejor aquello no eran tan horrible, si él avanzaba y todos se adaptaban entre ellos…

Lenny arrancó el Dodge, retrocedió por la entrada al Tiger y regresó a la carretera.

—¿Cómo llevas la magia?

—Mal. Es muy difícil. —Brody se encogió de hombros—. Quiero decir, cuando ves películas parece muy sencillo, mezclar cosas en un recipiente con humo y decir cuatro palabras raras, pero de eso nada.

Lenny afirmó, con una sonrisa, y miró por el retrovisor. Brody manipuló la radio hasta encontrar una emisora con música decente y empezó a menear la cabeza al compás de lo que sonaba en ese momento.

—Rob Zombie nunca defrauda —comentó—. Esta canción le gustaba a mi padre cuando yo era crío, así que es una especie de herencia familiar.

—Ya veo.

Lenny decidió que podía soportar aquel ruido ya que usar a un padre muerto era una razón de peso.

—¿Cuándo empezaremos con las armas? Ya que has mencionado el tema…

—Deberíamos hacerlo cuanto antes.

—Te advierto que la puntería no es lo mío —siguió Brody—. Ni siquiera acierto a los patos en el parque de atracciones, y eso que están cerca.

Miró a Lenny, que volvía a mirar por el retrovisor.

—¿Pasa algo? —preguntó, girándose hacia atrás.

—Espera. —Lenny se ajustó el auricular y abrió la frecuencia—. Nos siguen.

—¿Qué? —exclamó Brody, volviendo a mirar, esta vez por su propio espejo retrovisor.

Detrás, a menos de un kilómetro, había dos coches negros. No le habría llamado la atención de no ser porque aquella carretera apenas tenía tráfico. A la ida solo se habían cruzado con un camión, suponía que uno de los motivos de Lenny de llevarlo allí también era ese, poder entrenar en un lugar sin público.

Oyó zumbidos desde el auricular y se revolvió, inquieto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Sshhhh —Lenny lo mandó callar con un gesto—. Bueno, no sé si me escucha alguien. Voy por la I 5 S, veo dos… —volvió a mirar— tres coches que vienen detrás. No sé si podré deshacerme de todos.

Negó con la cabeza, sin perder de vista a aquella desagradable visita.

—¿No debería tener yo una cosa de esas? —Brody señaló el auricular.

—Ponte el cinturón y cállate —ordenó el cazador.

Brody se apresuró a obedecer, atándose el cinturón. Lenny abrió la guantera de un golpe, y lo que había dentro casi salió disparado hacia el chico, que se apresuró a poner las manos para evitar que papeles y demás cayeran al suelo. Vio las dos armas y tragó saliva.

—Dame eso —pidió Lenny, y el joven obedeció—. Joder, vienen más.

En efecto, ya no eran solo tres, sino seis. Coches negros, comunes, sin ningún distintivo que pudieran asociar a algo… dos aceleraron para adelantarlo, dos se quedaron atrás y los dos restantes se colocaron a ambos lados de la furgoneta, manteniéndose paralelos a ellos.

En forma de estrella, Lenny conocía la maniobra. Podía librarse de un coche, quizá de dos, pero de seis… ¿cómo se atrevían a hacer aquello a plena luz del día? Claro que las posibilidades de que apareciera un coche de policía por allí eran casi inexistentes.

Apenas si le dio tiempo a pensar una estrategia: la ventana del vehículo de la izquierda bajó, apareció un hombre con un arma por el asiento del copiloto y al momento abrió fuego.

Lenny apartó la cara a tiempo, segundos antes de que la ventanilla reventara y los cristales volaran por el aire en dirección a los dos.

—¡Agáchate! —le gritó a Brody, haciendo fuerza por recuperar el control del volante.

Brody se soltó el cinturón y obedeció, sacudiéndose trocitos de cristal de los pantalones y el asiento. Miró hacia arriba, en dirección al cazador, aunque no tuvo tiempo de decir nada porque Lenny pegó un volantazo hacia la izquierda que casi lo tiró al suelo.

Brody notó cómo la furgoneta impactaba en el coche que había disparado y se golpeó contra la palanca de marchas. ¡Joder, no iba a salir entero de aquella!

—¿Estás bien?

—¡No lo sé!

—Agárrate a algo, voy a sacar a ese cabrón de la carretera.

Jurando, Brody decidió moverse hacia su propia puerta, donde se enganchó a la parte inferior del asiento. Lenny se separó del coche y volvió a embestirlo con fuerza; esa vez, Brody se mantuvo en su sitio, bien agarrado. Cerró los ojos, porque los golpes no paraban y sentía cómo la furgoneta arremetía una y otra vez hacia la izquierda sin descanso, y cada una de esas veces le daba la sensación de que su cabeza iba a estallar. Se imaginaba a sí mismo como un pájaro mientras alguien sacudía la jaula de un lado a otro.

Entonces volvió a escuchar disparos, y esa vez lo que reventó fue su propia ventanilla, con una lluvia de cristales sobre su cabeza y los oídos pitando de manera infernal.

«Joder, joder, joder, nos vamos a matar», pensó.

Hizo fuerza para retrepar un poco por el asiento y asomó la cabeza.

—¿Qué haces? —gritó Lenny—. ¡Agáchate! ¿No ves que nos están disparando?

—¡Puedo ayudar!

—¡Sí, puedes intentar que no te vuelen la cabeza!

—Dame un arma, ¡algo podré hacer!

No sabía disparar y ambos lo tenían claro, pero lo mismo acertaba a alguien, aunque fuera de casualidad. Lenny vio cómo el coche de la izquierda volvía a la carga y arremetió de nuevo contra él, sacándolo por fin de la carretera. El vehículo se metió en el arcén y chocó violentamente contra la

valla, quedándose atrás, aunque casi al momento el que llevaban a la derecha comenzó a hostigarlos de nuevo.

—Me he deshecho de uno, pero tengo cinco más pegados a mí —informó Lenny—. ¿Alguien me escucha?

La frecuencia le devolvió interferencias por segunda vez, así que lo dejó por imposible. Miró a su derecha, estrujándose el cerebro por encontrar una vía de escape; podía librarse también de ese, pero los dos que iban delante no le dejarían avanzar. Y los dos de detrás irían ganando terreno hasta tenerlos acorralados en el centro sin posibilidad de huir. Conocía de sobra la maniobra, era básica y complicada de esquivar con tanto coche en la ecuación.

Los vehículos de detrás se apresuraron en su dirección, presionando. Y entonces Brody cogió el arma y apuntó desde su ventanilla hacia el coche que tenía al lado. Apretó el gatillo sin que nada ocurriera y lo miró, estupefacto.

—¡El seguro! —avisó Lenny.

—¿Qué?

—¡Quita el seguro, idiota!

Lenny estiró el brazo, sin soltar el volante, y le quitó el seguro a la pistola. Brody apuntó por segunda vez hacia el coche, justo en el momento en que por la ventanilla enemiga asomaban dos armas.

—¡Mierda! —exclamó Brody, agachando la cabeza ante la lluvia de disparos que recibió.

Una de las balas pasó tan cerca de Lenny que se incrustó en su asiento. Movió la furgoneta por la carretera de un lado a otro, tratando de esquivar los disparos y pensando en cómo iba a salir de esa. Podía arremeter contra los que iban delante, ya cerca de cortarle el paso, pero si se desataba una lluvia de balas las probabilidades de salir vivos eran pocas. Y aunque su furgoneta era un cacharro resistente, dudaba que saliera victorioso si lo golpeaban todos a la vez.

Se recostó para echar un ojo por el retrovisor y notó un dolor agudo en el hombro. Recordó los cristales y se apartó, maldiciendo.

Miró hacia la derecha, donde Brody se tapaba la cabeza con las manos. Bueno, al menos aún estaba ileso, aunque no sabía cuánto tiempo podría mantenerlo así. Buscó con la mirada la figura del otro coche, tratando de reconocer al conductor, o al menos asociarlo con la naturaleza del grupo que los atacaba.

Lenny cogió su propia arma, giró el cuerpo hacia la derecha y apretó el gatillo dos veces. Al momento, el conductor se derrumbó sobre el volante y el

coche derrapó fuera de la carretera, yendo a impactar contra un árbol.

Brody se levantó y asomó la cabeza un milímetro.

—Joder, le has dado —murmuró, y miró hacia delante—. ¡Mierda!

Los automóviles que los bloqueaban estaban cada vez más cerca, al igual que los de atrás. En cuestión de minutos lo tendrían inutilizado, sin posibilidad de poder echarlos de la carretera, escapar o cualquier cosa que se le ocurriera.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Quieres dejar de estresarme?

—¿Yo, estresarte? ¡Nos están haciendo una pinza, joder! ¡Nos van a aplastar!

Lenny de buena gana le hubiera dado un golpe en la boca para que callara, lo último que necesitaba era que el chico se pusiera histérico… pero razón no le faltaba. Estaban cercados, y cuando ya pensaba que no saldrían de aquella, escuchó un ruido familiar a lo lejos.

Brody se asomó por la ventanilla para mirar hacia atrás, y se apartó a toda prisa cuando la moto pasó casi justo a su cara.

Los dos la vieron pasar, se miraron y después otra vez hacia delante. Ambos sabían que era Alexia ya que, como siempre, no llevaba el casco puesto y podían reconocer esa melena rubia en cualquier lugar.

—Pero qué coño… —empezó Lenny, aún sin reaccionar.

Observaron cómo la moto se metía entre los dos coches delanteros sin el menor esfuerzo. La ventanilla de uno de ellos descendió a toda prisa y un arma apareció por el hueco, preparándose para abatir aquella visita inesperada.

Lenny se apresuró a apuntar con la suya para darle cobertura, pero se detuvo en el acto al ver que la rubia inclinaba la moto hacia la derecha en dirección al asfalto, quedando fuera del alcance del arma. Bajó y bajó, tanto que Brody pensó que se estamparía en el suelo, aunque no fue así: lo que hizo fue sacar un arma y disparar tres veces al motor. El coche iba tan rápido que comenzó a girar hacia todos lados, descontrolado, hasta estamparse contra el quitamiedos. Quedó allí atascado, con el humo envolviendo la zona.

Alexia enderezó la moto hasta ponerla derecha de nuevo, y aceleró. Adelantó al otro coche que quedaba mientras los ocupantes comenzaban a disparar desde el interior. Brody contempló la escena con aprensión, temiendo que alguno de esos tiros impactara en la rubia, y pronto se dio cuenta de que no tenía motivos: ella zigzagueaba con la moto de un lado a otro, esquivando

los disparos como si tuviera una especie de radar hasta que se colocó al lado izquierdo del vehículo.

Lenny seguía sus movimientos de uno en uno, tratando de reconocer un patrón de lucha sin éxito.

La rubia apartó la mano derecha del manillar y disparó varias veces hacia la ventanilla del vehículo, pulverizando los cristales. Dos segundos después, el coche se salió de la carretera por sí mismo y se llevó por delante la barandilla, cayendo hacia abajo por un terraplén.

Brody miró hacia atrás para ver si el coche se detenía de forma natural… pero este, lejos de aminorar, rodó con más fuerza aún y continuó cayendo, así que el chico imaginó que de ese coche no iba a salir vivo nadie.

Contuvo el aire al ver que Alexia perdía velocidad hasta quedar a su altura y la miró, con los ojos como platos. ¿Cómo era que aquella chica no estaba haciendo acrobacias en el Circo del sol, por lo menos?

Ella miró hacia atrás, donde aún quedaban dos vehículos que aceleraban ante el vuelco que había dado la situación. Lenny siguió su mirada y pensó a toda velocidad: podían ocuparse de los dos, siempre que se dividieran.

Le señaló el coche de la derecha con la cabeza y la rubia asintió, desviándose hacia allí.

Lenny miró por el retrovisor: el que lo seguía aceleraba, colocándose en paralelo a él. La ventanilla del copiloto descendió y alguien oculto tras una máscara negra sacó medio cuerpo y una metralleta.

Joder, iban a por todas.

Sin esperar a que se lo dijera, Brody se echó al suelo inmediatamente.

—Sujétate —ordenó Lenny.

Abrió la puerta del conductor y pisó el freno al mismo tiempo. Con la velocidad que llevaba, el coche negro no tuvo tiempo de reaccionar y el hombre de la metralleta se estampó contra la puerta del Dodge con tanta violencia que su cuerpo se partió por la mitad. Sin dejar tiempo de reacción, Lenny dio otro volantazo para sacarlo de la carretera: el conductor perdió el control y se estrelló contra una señal, que aplastó el techo al caer encima.

Una vez se hubo detenido, Lenny miró por el espejo con cautela para ver si el conductor volvía al ataque. Saltó del vehículo con el arma en las manos y se aproximó despacio sin dejar de apuntar hasta que lo tuvo a la vista.

La parte delantera del coche estaba destrozada, y cuando se asomó por la ventanilla, vio la cabeza del conductor apoyada sobre el volante. Le tocó el cuello, comprobando que estaba roto, y después apartó la chaqueta, buscando tatuajes por si acaso. No vio nada raro, así que se frotó la frente, confundido.

Miró hacia el otro lado de la carretera, donde el segundo coche avanzaba con Alexia pegada a él, y observó cómo la joven sacaba otra arma, una más potente que una pistola. Apuntó a la rueda delantera y descerrajó tres tiros: el neumático reventó con una explosión, haciendo que volcaran. Lenny vio cómo rodaba en esa misma posición carretera adelante, girando sobre sí mismo.

Dio un par de golpes al Dodge para llamar la atención de Brody y lo rodeó por detrás hasta llegar a la puerta del copiloto.

—¿Ya está? —preguntó este, asomando la cabeza—. ¿Puedo bajar?

—Sí, creo que sí.

Brody abrió su puerta, que a diferencia de la de Lenny aún seguía ahí, y bajó con gesto nervioso. Se frotó los brazos, dejando alguna mancha de sangre en ellos, y miró a su alrededor, comprobando el desastre que tenía ante sí. Menuda la que se había liado…

Se apartó al ver que Alexia se acercaba en su dirección. La rubia se detuvo a su altura, quitó las llaves y bajó de la moto. Ninguno acertó a decir nada mientras veían cómo caminaba carretera adelante, y con ese silencio no se escuchaba otra cosa que el ruido de los tacones de sus botas.

Lenny dio un par de pasos hacia allí, haciendo ademán de seguirla, pero enseguida se detuvo al ver hacia dónde iba.

La rubia llegó a la altura del coche, que permanecía boca abajo, y se agachó por el lado del conductor.

—¿Qué hace? —susurró Brody a Lenny, sin quitar la mirada de allí.

—Ver si está vivo, supongo —contestó este, también pendiente de la escena.

Los dos contemplaron cómo Alexia metía los brazos dentro del coche y arrastraba al conductor por el asfalto hasta que este se encontró fuera; el hombre tosió y se puso de rodillas para recuperar aire, pero antes de que pudiera pronunciar palabra alguna, la rubia se inclinó hacia él, le arrancó la máscara y lo sujetó por el cuello.

—No me jodas. —Brody retrocedió un paso, sin dejar de mirar.

Ambos vieron cómo Alexia le obligaba a estirar la cabeza hacia un lado, exponiendo el cuello, y el hombre solo tuvo tiempo de soltar un jadeo antes de que lo mordiera allí. Lanzó un grito de dolor mientras los espasmos recorrían su cuerpo y sacudía los brazos, tratando de librarse de aquel abrazo mortal.

Lenny y Brody permanecían paralizados, como si no fueran capaces de creer lo que sus ojos veían. Alexia bebió un par de segundos, apartó la cara y

escupió algo, al mismo tiempo que dejaba caer el hombre a sus pies. Brody bajó la vista hacia el cuerpo y se dio cuenta de que la idea que tenía del vampiro sorbiendo sangre de manera *chic* por dos agujeritos elegantes era eso, una idea: allí faltaba un pedazo de garganta, que había salido volando por el aire al liberarlo Alexia. Se giró hacia Lenny, que tenía la misma expresión que él.

La chica se pasó el dorso de la mano por los labios y los miró, como si fuera una niña a la que hubieran pillado robando las galletas del armario.

—Son humanos —dijo, con expresión entre inocente y sorprendida.

Capítulo 14

Durante el viaje de regreso al lugar de reunión, Brody no dejaba de pensar en lo sucedido. Le dolía cualquier punto indeterminado entre los brazos, cuello y espalda, estaba nervioso, impresionado, asustado y cualquier sensación extrema que se le ocurriera. Casi no podía creer que hubiera cogido un arma para ponerse a disparar, ¡jamás había hecho una cosa parecida! Ni siquiera soñaba con ello, nunca fue un niño que ensayara junto al espejo cómo ser un pistolero.

Sin embargo, al verse en peligro, no lo había pensado demasiado.

Miró de reojo a Lenny, cuya cara había pasado de la estupefacción al malhumor, seguramente porque su furgoneta estaba sin puerta y bastante magullada, aparte de que tanto embestir a los vehículos atacantes daba dolor de cabeza a cualquiera.

El tío era bueno, no lo podía negar. Entre él y la vampira chalada se habían sacado de encima seis vehículos con un montón de hombres armados dentro, y Brody aún no podía creer que estuvieran ilesos.

Lo cierto era que la única ilesa del todo era Alexia, pero los daños de ellos dos eran soportables.

Lenny aparcó frente al edificio, ya sombrío y solitario porque era de noche, e hizo una mueca de fastidio al hacer el ademán de abrir la puerta para al momento recordar que ya no existía.

Alexia aparcó la moto a su lado y descendió, consciente de que los dos la miraban de forma diferente. No sabía si era por la ayuda o por el hecho de que le había arrancado medio cuello a un tipejo, pero tampoco le importaba demasiado: le valía cualquiera de las dos si con eso empezaban a respetarla.

El portero los saludó sin apenas alzar la mirada de su periódico, como de costumbre, y los tres se encaminaron hacia la habitación donde Brody los había conocido por primera vez durante su secuestro. Tras el descubrimiento por parte de Alexia de que los asaltantes eran humanos, Lenny había logrado contactar con Keith para convocar una reunión de emergencia. Nova lo llamó unos minutos después y avisó de que cerraría la tienda para acudir lo antes

posible; por su tono de voz parecía angustiada, así que Lenny le aseguró que estaban todos bien para tranquilizarla y después colgó.

Una vez en el cuarto, Brody suspiró y empezó a mirarse los brazos, buscando la causa del dolor. Lenny hizo lo mismo, quitándose la camiseta ensangrentada para mirarse por detrás en el espejo.

Brody pensó que casi se sentía insultado por su poca forma física si se comparaba con él, pero al ver que tenía prácticamente toda la espalda tatuada olvidó ese tema. Trató de distinguir qué era aquello o si representaba algo que pudiera reconocer, pero no lo consiguió: solo veía figuras tribales negras que empezaban en el cuello y terminaban en la cintura. Tampoco se atrevía a preguntar, y menos en ese momento, que Lenny parecía concentrado en descubrir la causa del dolor entre el cuello y el hombro.

Brody se dio cuenta de que Alexia lo examinaba con la misma curiosidad y ambos intercambiaron una mirada, encogiéndose de hombros.

Sin embargo, la vampira era bastante más atrevida que él, porque tras observar los infructuosos intentos de Lenny por girar el cuello ciento sesenta grados para examinar la zona, se acercó hasta la pared de la que colgaba el botiquín de emergencia y lo descolgó.

—Ya lo hago yo —dijo, acercándose.

—No hace falta —se negó él.

—No te voy a morder —se burló la rubia, arrastrando un taburete en su dirección.

—¿No? ¿Y qué ha sido lo de antes?

—Un castigo —replicó Alexia, sin darle importancia—. Y un aviso.

Le hizo un gesto para que se sentara, y Lenny obedeció, refunfuñando por lo bajo. ¿En qué mundo de locos el médico no llegaba a tiempo y tenía que ayudarlo una vampira?

—Todo cristales —comentó ella, y miró a Brody por encima del hombro —. ¿Y tú? ¿También?

—Tranquila —se apresuró a decir este, aún con la imagen del hombre sin cuello muy reciente—. Yo me espero a Keith, si eso.

Alexia hizo una mueca, divertida. Dios, qué par de idiotas… debían pensar que era una bestia que no sabía controlar su sed de sangre, ¡si ni siquiera había tomado medio sorbito de aquel maleante del coche! Era solo que a la gente que intentaba matarla les daba un tratamiento especial, ni más ni menos, igualito que a los de su lista.

Y con los demás podía mantenerse impasible, aunque sangraran en su presencia. ¡Cuánto daño hacían las películas! Lo cierto era que debía estar

muy hambrienta para lanzarse sobre alguien sin más, o eso o que diera con una sangre que tuviera un sabor concreto que le hiciera perder la cabeza. Y ninguna de esas dos cosas eran habituales, así que no había tanto motivo de preocupación.

Abrió el botiquín y buscó unas pinzas con la mirada. Estaba claro que no era la primera vez que curaban ese tipo de lesiones, porque enseguida dio con ellas.

Cogió un cenicero de la mesa y empezó a extraer cristales poco a poco, sin tocar uno bastante grande que estaba bien clavado cerca del cuello. Mejor dejarlo para el final, que ese iba a doler.

—¿Qué son esas marcas? —preguntó.

Lenny, atento a cada clic que escuchaba repicar en el cenicero, ladeó la cabeza. No estaba muy cómodo, la verdad, batallaba entre aguantar el tipo o poner distancia entre los dos.

—¿Lo de la espalda? Los tatuajes del clan. Todos los cazadores los llevan.

—Bueno, me refería más bien a las cicatrices que hay debajo.

Alexia notó que Lenny se ponía tenso. Le dio la sensación de que se levantaría y la dejaría allí plantada, pero no lo hizo.

—No es asunto tuyo —gruñó.

—He oído que os adiestran como a perros, ¿es verdad? —preguntó la rubia, en tono dulce y a la vez mordaz.

Lenny se incorporó, girándose en su dirección al percibir la ironía en su voz. No podía estrangularla, ¿verdad?

¿O tal vez se limitaba a devolverle alguno de los comentarios hirientes que le había hecho él?

Antes de que pudiera replicar, la puerta se abrió para dar paso a Keith y Nova, que llevaban los abrigos abrochados hasta el cuello. Lenny se tragó el malestar al ver la cara preocupada de la recién llegada.

—Dios, hay mucha sangre —murmuró—. ¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

—No es nada, solo cristales.

—Deja que te eche un vistazo —dijo Keith.

Depositó su maletín sobre la mesa y Alexia retrocedió sin quitar la sonrisa de su cara.

—¿Tú estás herida? —Nova miró a la rubia, buscando alguna lesión.

Alexia negó, así que Nova miró a Brody, que tan solo tenía unos rasguños en el antebrazo derecho.

—Hemos visto la furgoneta —comentó Keith, mientras desplegaba un arsenal de gasas sobre la mesa—. ¿Dónde está la puerta?

—No preguntes —gruñó Lenny.

—¿Alguien puede contarme qué demonios ha pasado? —insistió Nova.

—Uno, sabían dónde encontrarnos —contestó Lenny—. De modo que, o bien nos están siguiendo, o alguien tiene acceso a nuestra frecuencia.

—¿Alguna señal, pegatina o logo que podamos rastrear? —inquirió Keith, reanudando la tarea de extraer cristales.

—Nada, eran vehículos estándar. Seis y todos negros.

—Parecía Mad Max —aportó Brody—. Ni os imagináis la que se ha liado ahí, hubo un momento muy chungo que pensé que no salíamos. Por suerte apareció Alexia.

Keith y Nova intercambiaron una mirada de culpabilidad.

—Joder, lo siento —se disculpó el médico—. El hospital anda con recortes y nos han metido más horas de quirófano, por eso estoy menos disponible.

—Yo estaba con un cliente…

—Calma, Keith, tampoco es tu trabajo meterte en una persecución de coches. —Lenny sacudió la cabeza.

—Ya lo sé, soy médico y punto, pero me gustaría poder ayudar más, no sé. Quizá pueda recortar mi jornada, o buscarme otro hospital con un horario menos intenso.

—¿Y si nos están vigilando? —Nova le entregó a Brody un algodón empapado en agua oxigenada, con cuidado de no tocarlo, y se acercó al grupo —. ¿Qué raza podría desplegarse de esa manera tan eficaz y tenernos controlados?

—Los humanos —respondió Lenny, y tanto el médico como Nova lo miraron, estupefactos—. Sí, exacto, lo mismo pienso yo.

—¿Los que atacaron eran humanos? ¿Cómo lo sabéis?

—Pregúntale a ella. —Lenny señaló a Alexia con la cabeza, aún molesto por su comentario anterior respecto al adiestramiento.

Los dos miraron entonces a la vampira, que se encogió de hombros como si la respuesta fuera de lo más elemental.

—Mordí a uno —explicó—. Necesitábamos saber qué eran, ¿no?

—No fue exactamente un mordisco… —empezó Brody, y se calló al ver cómo lo miraba ella—. No he dicho nada.

Keith se frotó la frente, y Nova le tocó en el brazo.

—Por eso el hechizo no funcionó con Sammuel —murmuró—. ¡Porque eran humanos! Todo el tiempo buscando entre las criaturas y resulta que los teníamos aquí mismo. Son de los nuestros.

Brody recordó entonces que el hechizo que lo protegía a él, igual que a su padre, era contra criaturas paranormales. En ningún momento hubieran sospechado que el enemigo se encontrara entre ellos, básicamente porque no deberían ni conocer su existencia.

—¿Cómo saben lo del centinela? ¿Cómo conocen a Brody? —dijo la morena en voz alta, pese a que se hacía las preguntas a sí misma.

—¿No habéis dejado a alguno vivo para poder interrogarlo? —indagó Keith.

—De nuevo, pregúntale a ella.

—Estaba casi muerto —dijo Alexia, indiferente—. No creo que hubiera aguantado hasta aquí. Pero era un ataque muy sincronizado, bien ejecutado y caro, así que, ¿no se os ocurre qué organización con recursos pueda estar detrás?

Todos se miraron los unos a los otros, sin ver clara ninguna respuesta. Por norma general, cuando peleaban lo hacían contra demonios, vampiros, hombres lobo y demás cosas por el estilo, nunca humanos. Estos vivían en una feliz ignorancia, al menos la mayoría, aparte de que solían ser los conquistados. La idea de que existiera una organización humana dedicada a matar a los centinelas era escalofriante, porque sugería una alianza.

Keith ladeó la cabeza y miró a Lenny.

—¿Qué? —preguntó este, al ver su expresión—. ¿Los clanes? ¿En serio?

—Bueno, yo qué sé, es lo único que se me ocurre, Lenny. No estoy sugiriendo que tú tengas algo que ver, en absoluto, pero los cazadores sois humanos.

Alexia emitió un ruidito escéptico. Brody controló las ganas de reír, que no estaba el tema para mucha broma, y carraspeó.

Lenny recordó entonces las palabras de Rockso, sobre que todo tenía siempre una explicación sencilla, como la navaja de Ockham. ¿Cómo no se les había ocurrido en ningún momento valorar que los responsables pudieran ser humanos?

Aun así, imposible que se tratara del clan. No tenía sentido, llevaban colaborando con el consejo en la protección del centinela toda la vida.

—No es cosa del clan —dijo Lenny—. Examiné a uno y no llevaba tatuajes.

—Deberíamos informar a Cifra —aventuró Nova—. Creo que es un descubrimiento lo bastante preocupante para ponerlo en su conocimiento. Puede que ella tenga alguna otra teoría.

—Buena idea —asintió Keith, y le dio una palmadita a Lenny, en un intento por suavizar la tensión que él mismo había creado con su comentario —. Voy a sacarte el último. Va a doler un poco, aviso, no mates al doctor.

Cogió las pinzas para atrapar la esquina del cristal. Lenny aguantó como pudo, maldiciendo para sí; estaba claro que esa tarde le habían caído todas a él. Los cristales, la furgoneta, las sospechas sobre los cazadores y el sentido del humor corrosivo de la vampira, a la que prefería cuando estaba calladita.

Claro que no podía seguir excluyéndola, sobre todo porque era el único miembro activo del equipo para pelear o disparar. Brody no estaba cerca de poder defenderse solo, Keith se pasaba las horas en el quirófano, y Nova usaba la magia, aunque no siempre había tiempo para hechizos y pociones. Allí tenían mucho talento, pero la mayor parte de las veces necesitaban más puños y balas, y de eso andaban escasos, la verdad.

Al fin, notó que Keith sacaba el cristal y lo dejaba sobre la mesa, poniendo una gasa encima de su hombro. El médico silbó.

—Muy profundo —repuso, haciendo presión con la gasa.

—Entonces, ¿llamo a Cifra? —preguntó Nova.

—Sí, perfecto —asintió Keith—. Puede que se le ocurra algo que a nosotros se nos escape. La verdad, el asunto no tiene buena pinta.

Levantó la gasa para echar un vistazo y al momento puso un par nuevas encima, notando que la otra estaba empapada.

—Oye, esto no deja de sangrar —comentó—. Voy a tener que darte puntos.

—Qué bien… —refunfuñó Lenny.

—Espera —intervino Alexia.

Y antes de que ninguno pudiera reaccionar, la rubia acercó la boca a su hombro y le pasó la lengua por la herida de arriba abajo hasta llegar al cuello. Lenny dio un respingo y se incorporó como si el taburete hubiera empezado a arder sin previo aviso.

—¡¿Qué haces?!

—Cortar tu hemorragia. Por el anticoagulante natural que tenemos, ya sabes.

Keith bajó la mirada para examinar la herida, atónito al comprobar que, en efecto, había dejado de sangrar. Y no solo eso, sino que los bordes irregulares consecuencia del cristal empezaban a difuminarse, quedando mucho más limpio que segundos antes.

Era casi como ver magia en directo, y miró a Lenny asombrado, aunque este no hacía otra cosa que frotarse el cuello, como si tuviera escalofríos.

—Es increíble —murmuró el médico—. Es decir… es algo que se oye, pero nunca lo había visto en directo. ¿Esa sustancia está en la saliva?

—Exacto —respondió Alexia, pasándose el dedo por la comisura de los labios para eliminar cualquier rastro de sangre y señaló la zona donde antes estaba la herida—. ¿Ves? Nada de puntos. —Y miró a Lenny—. Ya tienes bastantes cicatrices, ¿no?

Él se frotó los brazos, aún sin poder creerse que una vampira le hubiera chupado el cuello con esa libertad. Directamente no sabía ni cómo sentirse: si enfadarse, ofenderse o qué, no daba con la emoción correcta, menos cuando su cuerpo se había estremecido al notar su lengua y no precisamente por repulsión.

—La próxima vez avísame antes —acertó a decir.

—¿Y por qué crees que habrá una próxima vez? —contestó ella, alzando una ceja—. Bueno, yo me marcho. Ya he contribuido suficiente por hoy.

Y dicho aquello, salió de la habitación dejando tras de sí un aura común de perplejidad y un silencio incómodo que Brody rompió con un carraspeo.

—Vaya, esa es una de las cosas más raras que he visto —repuso, mirando a Lenny—. Y eso que a mí me gusta una gárgola.

Los tres se lo quedaron mirando ante aquella frase y él se movió en el sitio, incómodo.

—¿Qué? —espetó.

—Nada, nada —contestó Keith, moviendo la cabeza—. En fin, ha sido algo… interesante, cuanto menos.

—No sé si es la palabra que yo usaría —murmuró Lenny, frotándose de nuevo la zona.

Nova no dijo nada, molesta sin querer por el comentario de Brody. Ya sabía que Calantha le atraía, pero que lo dijera tan ricamente…

Sacó su móvil y se apartó un poco para llamar a Cifra y ponerla al día de todo lo ocurrido. Una vez terminó la conversación, regresó con ellos.

—Le ha parecido tan extraño como a nosotros, va a indagar un poco y nos llamará —comentó.

—¿Y alguna secta rara? —sugirió Brody.

—¿Una secta? —repitió Keith.

—De esas que adoran el diablo, por ejemplo.

—No son peligrosas —dijo Lenny, a lo que Nova elevó una ceja—. Bueno, para los que están en ellas sí, me refiero a nosotros. Ninguno se acerca a la realidad, dan palos de ciego.

—No te preocupes, averiguaremos lo que está ocurriendo —le dijo Keith, dándole una palmadita en el brazo—. Estaremos el doble de alerta de lo normal. Por el momento, sugiero no ir más a bosques perdidos de la mano de Dios y entrenar aquí o en la casa.

Lenny afirmó con la cabeza.

—No hay problema.

—¿Y los hechizos de protección de la casa? —Keith miró a Nova.

—Es complicado hacer para humanos, porque no queremos levantar sospechas. Si protejo demasiado, no se podría acercar ni el cartero o, como el otro día, el policía, y eso sí que sería raro. Tengo que pensar, puedo poner avisos místicos por el momento, que no llaman la atención.

—Perfecto, pues haz eso. ¿Damos la reunión por terminada?

Todos afirmaron y salieron a la calle. Lenny se acercó a su furgoneta suspirando, y sacudió la cabeza al mirar de nuevo el hueco donde se suponía que estaba la puerta.

—Siento lo de tu furgoneta —le dijo Nova—. El consejo te pagará los daños, seguro.

—Ya, pero no será lo mismo. —Se encogió de hombros—. En fin, pasaré por algún desguace a ver si me agencio al menos una puerta. ¿Te encargas tú de Brody?

—Que no soy un niño… —murmuró él.

—Sí, yo le llevo a casa y lo vigilo.

Lo miró con una sonrisa y Brody no protestó más; tampoco tenía sentido, necesitaba ayuda y eso era un hecho empírico. Que Nova viviera con él lo tranquilizaba, aunque no podía evitar sentirse muchas veces como un crío con niñera, y si encima los hechizos no valían con esos humanos que querían matarlo, pues peor lo tenía.

Se fue al coche de Nova y ella condujo hasta la casa.

—Al menos mañana no trabajamos ninguno —comentó la chica—. Podrás descansar.

—No sé si dormiré algo, la verdad.

—Te puedo preparar algo para dormir.

—¿Una poción?

—Pensaba en algo más natural, pero sí, puedo ponerle alguna hierba concreta.

—No te diré que no.

Llegaron a la casa y Nova le preparó una infusión con una mezcla especial, unas cuantas palabras clave y se la dio para que la bebiera antes de

acostarse.

—Vete tranquilo a la cama, yo tengo que proteger la casa.

—Gracias, Nova.

Se marchó con el vaso entre las manos, notando de pronto todo el cansancio del día de golpe, y Nova fue a buscar uno de sus libros para repasar las palabras que debía recitar.

Revisó todas las ventanas y puertas, echando sal protectora, salió a la calle para rodear la casa y marcar una barrera invisible que, si era cruzada por cualquiera, humano o no humano, le enviara una señal. Si ocurría, recibiría imágenes en su cabeza de esa visita, por lo que esperaba que no sucediera muy a menudo. Cuando eso pasaba, se quedaba en blanco mientras sucedía, lo cual conllevaba cierto peligro si estaba conduciendo. Sin embargo, era lo único que se le ocurría por el momento, así que, hasta encontrar otra forma, no tenía más remedio que hacer eso.

Una vez terminó, comprobó que todo quedaba cerrado a cal y canto, esa tarea más terrenal que la anterior, y se sentó a esperar a Calantha, a la que esperaba para cenar.

La gárgola apareció con su forma humana en la casa poco después de anochecer, tal y como Nova había esperado, y la morena se encontraba preparando la cena.

El hechizo funcionaba, puesto que en cuanto Calantha se acercó a la verja, recibió la imagen en su mente con total claridad. A pesar de la maldición, seguía siendo humana.

—Pareces cansada —le comentó la recién llegada, cuando le abrió la puerta de la casa.

—Ha sido un día agotador.

—Podíamos haber quedado otro día.

—Tranquila, no es eso… ha pasado algo con el centinela y…

Calantha miró instintivamente escaleras arriba.

—¿Brody está bien?

—Sí, está bien. Ven, comamos algo y te lo cuento.

Fueron a la cocina y, mientras servía refrescos y pollo, Nova le relató a Calantha el ataque que habían sufrido Brody y Lenny el día anterior. Cuanto terminó, la morena se quedó unos segundos pensativa, pinchando trocitos de carne con el tenedor.

—Menos mal que Alexia apareció —comentó.

—Sí, menos mal, con esto desde luego se ha ganado su puesto en el grupo. —Cogió la salsa, puso un poco en su plato y le pasó el bote—. ¿Qué

opinas sobre lo otro?

—Es raro, ¿humanos? Nunca ha ocurrido nada parecido.

—Brody ha sugerido alguna secta, pero no hay constancia de que ningún grupo satánico, wiccano o similar se acerque en lo más mínimo a la verdad.

—No, yo tampoco he oído ni visto nada al respecto. ¿Y los clanes?

—No, Lenny está seguro de que no eran ellos, no tenían tatuajes.

—¿Alguien más lo vio? —Nova apretó los labios—. ¿Nadie?

—Solo estaban Alexia, Brody y Lenny. Si él dice que no tenían tatuajes, no tenemos por qué desconfiar, ¡no tiene sentido!

—Vale, vale, calma. Solo era un comentario. No quería malmeter.

Parecía arrepentida, así que Nova dejó el tema. Entendía que pensara eso, pero solo porque no conocía a Lenny: él nunca mentiría. Si algo había demostrado aquellos años desde que se conocieran, era que se podía confiar en él. Además, si tuviera algo que ver, aquel ataque habría acabado de forma muy diferente, y no con él mismo herido por proteger a Brody.

No, Lenny no tenía nada que ver. Seguro.

—¿Has vuelto a ver a Circe? —preguntó.

—Nada, ni de lejos. —Calantha suspiró—. Eso es lo que peor llevo, no saber cuándo ni dónde puede aparecer. La incertidumbre es lo peor.

Nova podía sentir su inquietud, era casi palpable, y a la vez notaba que se sumaba a la suya por su preocupación hacia Brody y sus propios problemas familiares, que también la tenían alterada.

Casi como impulsada por un resorte, se levantó para poner algo de distancia entre las dos y poder coger aire para tranquilizarse. Necesitaba concentrarse o acabaría agotada, y no era eso lo que el consejo necesitaba de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Calantha.

—Sí, sí. —Se frotó la frente—. Vamos arriba, a mirar los libros.

—Vale.

Calantha terminó su bebida de un trago y la siguió hasta su habitación, donde tenía unos cuantos libros separados con marcapáginas en varias hojas.

—Mira, he encontrado esto que habla sobre transfiguraciones —le dijo, pasándole uno de los libros—. Se parece a alguno de los que ya hemos probado…

—Y que no han funcionado —terminó ella, pasando el dedo por las palabras de la página—. Para este hace falta una poción.

—Eso es, no sé si me convence probar porque las cantidades… bueno, ya sabes lo que pasa si no son correctas al cien por cien.

—Ya, lo sé.

Una vez había acabado con la piel gris y dura como la piedra durante el día varias horas por una poción que no había funcionado, más bien al contrario, por lo que procuraban evitar conjuros que implicaran también brebajes.

—Este es muy antiguo, ¿no?

—Sí, es de las brujas originales. Me lo ha prestado mi tía Sahir.

Hizo una mueca al decirlo, que no pasó desapercibida para Calantha. Aunque se conocían desde hacía tiempo, todas sus conversaciones giraban siempre alrededor de la maldición o, como mucho, del centinela, por lo que Calantha no tenía mucha idea sobre la vida de Nova más allá de que era una bruja y trabajaba en una tienda de velas, aparte de su obvia tarea como miembro del consejo y protectora del centinela.

—Oye, ya sé que… bueno, que no somos amigas precisamente —dijo.

Nova levantó la vista del libro y la miró, extrañada, sin saber a qué venía aquello.

—¿Qué quieres decir? —replicó—. Te ayudo con la maldición.

—Sí, porque Sammuel te lo pidió, pero no me refería a mí ahora. Es solo que… en fin, te noto como distraída y solo quería que supieras que, si necesitas hablar o lo que sea, estoy aquí. —Emitió una sonrisa triste—. Al fin y al cabo, tú conoces toda mi historia y has escuchado mis penas más de una vez, qué menos que devolverte el favor si lo necesitas.

Nova se mordió el labio, mirando el libro como si pudiera sacar alguna respuesta de él. Antes, al cogerlo, recordaba cuando era pequeña y su tía era la única que la comprendía cuando sus poderes empáticos se volvían demasiado fuertes y lloraba sin saber por qué, o se enfadaba sin más… gracias a ella los reconoció y pudo controlarlos. Ahora, tocaba el libro y solo pensaba en su intento de manipulación, y seguía preguntándose cuántas veces en el pasado habría hecho algo porque sus tías y madre decidieran manipularla a través de Sahir. Siempre creyó que disfrutaba del libre albedrío, ahora no estaba tan segura.

—Es mi familia —admitió, casi en un susurro.

—¿Tu aquelarre?

—No, mi familia de sangre. —Ladeó la cabeza—. Aunque bueno, el aquelarre y los linajes también forman parte de mi problema, sí.

—Pensaba que estabais muy unidas y que, al ser un matriarcado, sería mejor que… no sé, los clanes, por ejemplo.

—Pues podríamos decir que en todas partes cuecen habas. —Cerró el libro y pasó los dedos por los dibujos exteriores—. ¿Qué sabes sobre los linajes?

—Poco.

—El poder de las brujas se remonta a cientos de años atrás, y corre por nuestra sangre. Se hereda de madres a hijas, y los hombres lo transmiten, aunque es muy raro que se conviertan en hechiceros o brujos. —La miró—. Así que lo que se hace es juntar linajes, para garantizar la sangre pura y que las brujas sean poderosas.

Calantha la observó, pensativa.

—Y esas uniones —dijo—, imagino que no son voluntarias, ¿verdad? —Nova negó con la cabeza—. ¿Por eso estás preocupada?

—Sí, quieren que me una a mi primo.

Calantha hizo una mueca y se estremeció, recordando bien lo que era sentir en su piel el contacto de alguien no deseado.

—¿No puedes negarte?

—Cuando una bruja llega a una edad, es lo que se espera de ella.

—¿No puedes quedarte soltera si quieres?

—Solo si tienes hermanas mayores unidas ya o con descendencia… y yo soy hija única. Tengo tres tías, una soltera, otra sin hijos… y la tercera tiene un hijo. Así que lo más natural es unirnos.

—Natural, ya.

—Para los linajes lo es, ¿qué otra sangre más pura que la que saldría de nosotros dos?

—¿Qué opciones tienes?

—Pocas. —Se encogió de hombros—. Dentro de poco hay la reunión anual de linajes, donde se crean las parejas, y es de asistencia obligada. Estoy en el consejo y de momento esa excusa me vale, solo que no sé durante cuánto tiempo. Temo que convenzan a Cifra de la necesidad de unirme a George y que me mande irme. Y entonces, no podré escapar.

Calantha la miró con compasión. No hacía falta que le diera más detalles, estaba segura de que, de ser necesario, usarían la magia para obligarla a quedarse y unirse a su primo o lo que fuera. Siempre había desconfiado de las hechiceras después de lo suyo, dejarse ayudar por ella solo fue después de que Sammuel insistiera mucho. Ahora veía que no andaba desencaminada: quizá Nova era de confianza, pero todo lo que rodeaba su raza no.

—Lo siento mucho —le dijo.

—Gracias.

—No conozco a Cifra, aunque seguro que si le pides ayuda te la prestará. Y el resto del consejo también. Yo no puedo hacer demasiado, pero cuenta conmigo para lo que necesites.

Nova la miró agradecida, con los ojos húmedos, y Calantha se acercó para abrazarla. Al notar sus brazos rodeándola, la bruja sintió que no mentía, que se preocupaba por ella de verdad por lo que le había contado, y le devolvió el abrazo, reconfortada por la gárgola. Parecía que los problemas unían, porque sabía que su relación no volvería a ser como antes, estrictamente profesional. Con el cuidado que tenía siempre en no tocar a la gente para que no le llegaran sus emociones, sentimientos o pensamientos, Calantha la había pillado desprevenida… aunque no se arrepentía, lo que percibía era bueno.

—Oh, perdón.

Las dos se separaron al escuchar la voz de Brody y se giraron hacia la puerta, donde estaba el chico asomado.

—He oído voces —siguió él—. ¿Todo bien?

Le parecía que Nova tenía los ojos llorosos, pero la chica sonrió pasándose las manos por la cara y le hizo gestos para que entrara.

—Sí, genial. Siento que te hayas despertado, por lo visto la poción no era muy fuerte.

—Al menos he descansado unas horas —contestó Brody, yendo a sentarse entre las dos—. Ni siquiera he soñado nada.

—Me alegro de que estés mejor.

—Siento lo que ha pasado —intervino Calantha—. Nova me lo ha contado.

—Gracias, no veas qué movida. Si no llega a ser por Lenny y por Alexia, no lo habría contado. —Miró los libros—. ¿Revisando hechizos? ¿Hay alguno que pueda hacer yo?

—Nada aún —contestó Nova, y señaló un libro que tenía sobre la mesilla de noche—. Ese lo tenemos descartado, contiene hechizos que deberían funcionar, solo que no los controlo. Ni yo ni nadie de mi linaje, así que de momento no lo intentamos.

Él miró el libro, tentando de echarle un ojo, pero no dijo nada mientras Nova señalaba otro.

—En ese están marcados los que ya hemos probado y no han funcionado. Y ahora estamos con este de aquí.

—Pues sí que hay posibilidades —comentó él.

—Demasiadas. —Calantha suspiró—. El mundo de la magia es infinito, no sé si alguna vez llegaremos a algo.

—¿Y buscar alguna bruja más poderosa para aquellos?

Brody señaló el primer libro y Nova negó con la cabeza.

—Nadie sabe que estoy ayudando a Calantha, no queremos llamar la atención sobre ella. Y ahora que Circe ha aparecido, menos.

—Entendido.

—Todavía hay mucho por probar, así que… ¿te apetece hacer pociones mañana?

—Lo que tú quieras, maestra.

Le guiñó un ojo y miró a Calantha.

—Es una pena que no puedas estar por el día. Por la mañana es el mejor momento para practicar.

Ella le sonrió, encogiéndose de hombros.

—Deberíais ir a descansar los dos. Volveré otra noche que no hayáis tenido tantas emociones.

Nova pensó decirle que no era necesario que se fuera, pero estaba tan agotada que al final prefirió asentir.

—Te acompaño a la puerta —sonrió Brody.

Capítulo 15

Brody cerró el libro con una mueca de disgusto, tras dejar claro que su último intento de hechizo se había saldado con un nuevo fracaso.

Miró al equipo que, sentados en su sofá, lo contemplaban con cuidado de que la frustración no se reflejara en sus caras con demasiada claridad. Algo que Brody comprendía: pasaban los días y no avanzaba, o, al menos, no tenía esa impresión: aún no subía la dichosa cuerda ni corría más de un kilómetro sin ahogarse, su segundo intento de coger un arma tampoco había funcionado mucho mejor y lo de lanzar un cuchillo para comprobar su puntería prefería no recordarlo.

Alexia trataba de enseñarle, solo que no se le daba bien; ni siquiera en la universidad consiguió destacar jugando a los dardos pese a las horas que le dedicaba.

No se le daba bien el entrenamiento, ni las armas, no tenía puntería y tampoco gracia en los hechizos. En resumen: no servía para nada.

El grupo tenía paciencia, aunque solo era cuestión de tiempo que la perdieran.

—Probemos una vez más. —Nova había repetido esa frase tantas veces durante la tarde que todos se recostaron en el sofá con un suspiro—. No puedes rendirte, es cuestión de práctica.

Había más elementos en la ecuación para llevar a cabo los hechizos con éxito: intuición, sensibilidad, facilidad para lenguajes extraños… pero no podía decírselo a Brody, debía animarlo y no deprimirlo.

—Genial —murmuró Lenny, que sentía como si las horas no pasaran.

El teléfono de Alexia sonó en ese instante, así que la rubia se levantó para contestar. Tras hablar en voz baja unos segundos, cortó la llamada y se giró hacia los demás.

—Tengo que irme —anunció.

—¿Algún problema? —preguntó Keith, dando un sorbo a su enésima taza de café.

—Voy a seguir una pista —dijo ella, señalando a Brody con la cabeza.

—No deberías ir sola —repuso el médico—. En este momento no tenemos información sobre quiénes están detrás de los intentos de asesinato. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta.

—Ya sé que puedes arreglártelas sola, pero empiezo a ver enemigos y trampas por todas partes. A estas alturas, supongo que es un secreto a voces que estás en el consejo… ¿no te preocupa que tu gente intente matarte a pesar del acuerdo «legal»?

Keith ya estaba en pie, dispuesto a coger su cazadora.

—Creo que sería mejor que te quedaras —comentó Nova—. Recuerda lo de ayer con el hechizo y los ojos de Brody…

Este apartó la mirada, frunciendo el ceño. Sí, vale, Keith tuvo que aplicarle colirio durante un rato por la dichosa mezcla tóxica, pero esperaba que eso no volviera a sucederle más.

Keith dudó, mirando a Brody y a Alexia de manera alternativa. Lenny guardó silencio, haciéndose el despistado hasta que Nova carraspeó.

—¿Por qué no vas tú, Lenny? Así nos aseguramos de que no le pase nada.

Este pensó en negarse, pero la verdad era que llevaba allí metido cuatro horas que más bien parecían ocho, y darse una vuelta lo distraería de las pocas habilidades del nuevo centinela. Ella no necesitaba protección alguna, lo tenía claro, y en parte era un alivio, seguro que si lo decía pensarían que estaba gruñendo otra vez.

Así que se levantó sin poner objeciones mientras Keith regresaba a su sitio en el sofá.

La rubia se puso la cazadora de cuero sin decir nada y salió a la calle, con Lenny detrás. Una vez fuera, se giró hacia él.

—¿Seguro que quieres venir?

—Bueno, no es mi plan favorito, aunque sí mejor que sufrir una intoxicación ahí dentro.

Alexia afirmó lentamente.

—Será mejor que solo llevemos un vehículo —dijo—. Intentemos llamar la atención lo menos posible.

—Pues vamos en la Dodge.

La rubia lo siguió hasta allí sin poner pegas. La furgoneta estaba reparada, ya que Cifra le había dado prioridad.

—¿Qué pista seguimos? —preguntó Lenny, una vez de camino.

—Aún no estoy segura de que tenga que ver con lo nuestro… aunque si no es así podremos descartarlo.

Lenny llevó el vehículo según sus indicaciones. Cuando llegó a la zona desértica y sombría, entrecerró los ojos antes de detener el motor.

—¿Qué buscamos por aquí? —preguntó.

—Un club llamado Mesmerize. —Alexia se quitó el cinturón.

Él volvió a escudriñar la zona, pues nada indicaba que por allí se escondiera ningún club. Claro que no sería el tipo de local al que pudiera acceder cualquiera, lo cual le hizo plantearse si él debía estar allí. Alexia ya había bajado de la furgoneta, y Lenny no iba a echarse atrás, de modo que la imitó.

La siguió por la tétrica calle hasta el edificio más ruinoso que había visto en su vida, con el malestar instalado en el estómago. La puerta parecía que iba a caerse a pedazos, aun así, la vampira llamó dos veces hasta que se asomó un hombre enorme con un transmisor. Este le echó un vistazo a Alexia y asintió.

—Adelante —dijo, apartándose para dejarlos pasar.

Descendieron dos pisos, y ahí ya se sentía la música a través de las paredes. Un nuevo vigilante y de repente… Lenny contempló cómo ante sus ojos emergía un local que jamás hubiera imaginado que existía. Influencias góticas, una barra sutilmente iluminada por luces azuladas, sofás de cuero negro por todas partes y una pista de baile inmensa repleta de gente de diversos estilos.

—¿Qué tipo de club es este? —preguntó.

—Uno diferente.

—¿Me van a morder? —Lenny curvó la ceja.

—Solo si tú quieres —replicó Alexia, con tono burlón.

Él volvió a estudiar el lugar, reticente.

—Tú sígueme —ordenó la rubia, echando a andar.

Lenny estaba tan sorprendido que no replicó a aquella orden. La gente que bailaba desprendía un aura peculiar, un erotismo que impregnaba el ambiente y lo cargaba de manera evidente. Era difícil no mirar la forma en que bailaban y se pegaban los unos a los otros, hasta el punto de resultar incómodo.

Casi todos los sofás estaban ocupados por una o dos parejas, todas entrelazadas entre sí y perdidas en algún juego erótico complicado de adivinar.

Alexia se detuvo, haciendo que Lenny chocara.

—Espera aquí un segundo —indicó la rubia—. No hables con nadie.

Lenny asintió, confundido. Sus ojos recorrían el local, sin creerse que hasta ese día no hubiera sabido de su existencia; no era tonto y tenía información del submundo, solo que le gustaba pensar que conocía la

amplitud de este. Ahora se daba cuenta de que no, su información estaba limitada y siempre existían sitios a los que no podría acceder a menos que, como en ese momento, lo acompañara la persona correcta.

Localizó la salida de emergencia y después observó cómo Alexia hablaba con el enésimo hombre trajeado con transmisor. No sabía a quién iban a ver, pero al parecer hacían falta muchos trámites.

Se planteó ir a la barra a pedir una cerveza, aunque pronto desestimó la idea al darse cuenta de que allí seguramente no se pagaba con dinero. Ninguna de las personas presentes llevaba bolsos o carteras, por lo que se podía ver, o sea que muy desencaminado no iba en sus suposiciones.

Entonces notó cierto calor en el brazo, de modo que se giró hacia allí. Una mujer con un vestido de cuero negro estaba tan cerca que se dio cuenta de que ese calor era su propio aliento.

—¿Has venido solo? —le preguntó, paseando sus ojos arriba y abajo sin el menor rubor.

Antes de que pudiera contestar, la mujer lo rodeó sin dejar de mirarlo. Sus movimientos eran sinuosos y efectivos, además de una más que evidente belleza, pero no era únicamente eso: había algo más, algo sutil, una especie de corriente sexual que flotaba a su alrededor.

Lenny abrió la boca para decir algo y, de pronto, se dio cuenta de que acababa de aparecer otra justo a su izquierda. Otra belleza de manual, con un vestido rojo de lo más llamativo a juego con su melena pelirroja, le bloqueó en el sitio.

—¿Quieres sentarte?

Él miró a una y otra, sin explicarse por qué no le salían las palabras para alejarlas. Tenía la sensación de que lo manejaban como a un muñeco de guiñol: su cabeza funcionaba a la perfección, pero no conseguía verbalizarlo.

La morena acercó el rostro a su cuello y aspiró profundamente. La pelirroja le pasó la mano por el brazo, en una especie de caricia sutil que no era sutil en absoluto.

—Estaremos más cómodos ahí. —Señaló uno de los sofás—. No tienes prisa, ¿verdad, guapo?

—La noche es joven —añadió la morena, con una sonrisa entre dulce y picante.

—¿Quién es? —intervino una tercera voz a su espalda—. Huele bien…

¿Aquello estaba pasando de verdad? Al dúo se había unido una chica rubia que llevaba dos coletas simulando un peinado de colegiala. Aquel estilo

le daba un poco de mal rollo a Lenny, sobre todo porque las ropas eran una especie de uniforme escolar en su versión más atrevida.

La pelirroja tiró de su brazo con suavidad, dispuesta a empujarlo hacia el sofá. Lenny se dio cuenta de que su cuerpo no le hacía el menor caso y que iba a seguirla, aunque su cerebro le gritara que no lo hiciera. ¿Por qué no era capaz de librarse de aquellas mujeres?

—Eh. —Alexia apareció frente a él e hizo un gesto hacia las otras mujeres—. Fuera.

Las tres se dispersaron al momento, la viva imagen de la inocencia.

Aliviado, Lenny notó que poco a poco recuperaba el poder sobre su cuerpo. Se sentía igual que cuando tenía una pesadilla y era consciente de ello, pero no podía despertar.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió, molesto por no haber sido dueño de sí mismo durante esos largos minutos.

—Hace tiempo me informaron de que un humano buscaba un vampiro de cierta antigüedad. No supe quién era porque nos dio un nombre falso, y Olec me prometió llamar si volvía a aparecer. Así que vengo a ver si en la cinta de seguridad aparece su cara.

Lenny se detuvo.

—Espera, espera. ¿Un humano que busca un vampiro de cierta antigüedad? ¿Por qué?

—Bueno, hay muchos motivos.

—Podéis pasar —indicó el hombre trajeado, abriendo la puerta.

Alexia entró sin pensarlo dos veces. Lenny fue detrás, no del todo convencido: esperaba que dentro de aquella habitación no hubiera más criaturas inesperadas con hambre.

Observó que Alexia saludaba al joven con cierta confianza y cerró tras él.

—Te has traído compañía —comentó el chico, acomodándose en el sofá—. ¿O es un Cero negativo?

—Es Lenny, parte del consejo.

—Mis disculpas, entonces. —Olec alargó la mano hacia él—. Soy Olec, dueño del local.

—Un local muy curioso. —Lenny le estrechó la mano, no sin cierta suspicacia.

No debía tener más de veinticinco, era un crío, ¿y dueño de semejante sitio?

—Es útil. —Olec sonrió, encendiendo un cigarrillo—. ¿A qué te dedicas en el consejo, Lenny?

Les señaló el sofá con la cabeza y después hizo un gesto al hombre de la puerta para que abandonara la habitación.

—Soy cazador.

—Oh, vaya… no eres una presa fácil, entonces, aunque seguro que varias damas de las que hay fuera querrían intentarlo.

Lenny no terminaba de entender a qué se refería, pero tampoco quería que la conversación siguiera por ahí. No veía qué podía aportar a su investigación, y lo mismo debió pensar Alexia, pues le dio a Olec en el hombro.

—Habla —pidió.

—Aquí tengo las grabaciones de seguridad. —Olec cogió su portátil y lo colocó encima de las piernas, dejando el cigarrillo sobre el cenicero—. Yo no estaba, pero alerté a mis hombres.

—Gracias, Olec. —Alexia se acercó a él para mirar la pantalla.

Sin embargo, casi al momento se dio cuenta de que era una pérdida de tiempo. La imagen del video era regular, y solo se podía apreciar a un tipo alto enfundado en un elegante abrigo negro.

—No me jodas —dijo Lenny—. ¿Lleva un maldito sombrero?

Apenas se intuían los rasgos, y estos estaban pixelados.

—¿No os recuerda a alguien? ¿No os suena de nada? —preguntó Olec.

—No —replicó Alexia—. Y da la sensación de que sabe bien lo que hace, va tapado por completo… no quiere que lo reconozcan.

—Sin embargo, quiere hablar contigo. De hecho, la expresión que utilizó fue: «concertar una cita» —dijo Olec—. ¿No puedes quedar y así sales de dudas sobre su identidad?

Ella se encogió de hombros.

—Sigo sin ver la relación entre esta persona y nuestro problema —señaló Lenny—. ¿Por qué crees que tiene algo que ver?

—Porque los que nos atacan son humanos. Y hay uno concreto llamando a la puerta. —Alexia sacudió la cabeza—. Es demasiada casualidad, y yo no creo en las casualidades.

Lenny tampoco. A pesar de estar de acuerdo en eso, se encontraban en un callejón sin salida y no iban a hallar la respuesta en esa cinta grisácea y de mala calidad donde apenas se apreciaba nada.

—Siento que haya sido una pista falsa. —Olec recuperó el cigarrillo—. Pensé que quizá pudierais asociarlo a alguien.

Alexia parecía frustrada. Olec le dio una palmadita amistosa y se recostó en el sofá.

—¿Puedo hacer algo más por vosotros? ¿Queréis tomar algo? ¿Necesitas Destello?

Antes de que la rubia pudiera contestar, se oyeron un par de golpes en la puerta. El hombre trajeado se asomó en cuanto su jefe le dio permiso.

—Tenemos una visita no deseada —comentó—. Un humano. ¿Qué hacemos con él?

—¿Cómo demonios ha entrado? —Olec se levantó de golpe, crispado, y se giró hacia sus invitados antes de salir—. Un momento.

En cuanto salió, Lenny se levantó para curiosear el despacho con cuidado de no tocar nada. La caja fuerte a la vista, la decoración cara y minimalista…

—¿Vas a decirme quién es este crío y cómo tiene todo esto?

—No es ningún crío, te lo aseguro. La edad es un estado mental, Olec tiene una capacidad asombrosa para los negocios. —Alexia se acercó a la puerta para ver si escuchaba algo—. Y fue innovador en su momento al abrir este club.

—Hablando de eso, ¿qué tipo de club es? —Lenny se detuvo a mirar un cuadro muy explícito que había en la pared—. Ya se nota que no es un sitio normal.

—¿Sabes lo que significa *mesmerizar*?

—Sí, algo como cautivar, ¿no?

—Para entenderlo hay que conocer su origen. Proviene del francés, concretamente de la palabra *mesmérisme*, y se hermana con una doctrina conocida como magnetismo animal.

Lenny dejó de mirar el cuadro y se giró en su dirección.

—Y sí, se la reconoce como hipnotizar, sugestionar, cautivar, hechizar, magnetizar, seducir… ¿entiendes por dónde voy?

—No, la verdad.

Lenny entendía de armas y puñetazos, pero de seducir más bien nada.

—Los vampiros tienen el poder de *mesmerizar*. Por eso Olec le puso ese nombre a su club, porque es un local de intercambio entre humanos y vampiros.

Él asimiló la información, y entonces recordó a las mujeres que pretendían arrastrarlo a saber dónde.

—Lo de antes, con esas mujeres, ha sido muy raro. Quería salir de ahí, pero no podía. Estaba a punto de seguirlas a ese maldito sofá.

—Claro, te estaban encandilando. Querían morderte por placer sexual, además de por tu sangre, y créeme, te habría gustado.

Y a ellas todavía más, seguro. No tenía nada claro que hubieran podido parar a tiempo, porque Lenny era muy antipático, pero sabía bien. Muy bien.

—¿Y tú también tienes ese poder?

Eso explicaría el aura sensual que la acompañaba todo el tiempo, que resultaba agotador tener que ignorarlo continuamente.

—Es complicado. Yo no lo uso casi nunca.

Lenny frunció el ceño. ¿Qué coño…? ¿Que no lo utilizaba?

—¿Por qué no? ¿Te va más lo de arrancar gargantas?

Alexia lo miró, irritada. Por lo visto, no existía un día que no hubiera un dardo envenenado por parte de ambos. O más de uno.

—No, tiene más que ver con el hecho de que eso son cosas de vampiros libres. Yo era guardaespaldas, y antes de eso, esclava. No tenía permitidos los jueguecitos de seducción en clubs como este —contestó, enojada.

La rubia cerró el pico, arrepentida de haber hablado. No le interesaba que nadie conociera su pasado, a ninguna costa, y mucho menos un cazador… que nunca se sabía qué podía hacer con esa información.

—Bueno, ahora eres libre, ¿no?

—Tan libre como tú.

Lenny no supo qué responder a eso, confundido. Tenía una idea fija de los vampiros y todo lo que escuchaba de boca de Alexia no hacía sino resquebrajar esa idea… por otro lado, se resistía a abrir su mente. Había matado muchos vampiros en su vida y no eran amistosos precisamente, ni muy dados a la conversación. De hecho, una de las peores masacres que encontró en una ocasión fue obra de un grupo de chupasangres. No, no podía relajarse al respecto.

Entonces, una fuerte algarabía interrumpió la conversación. Fuera del despacho se oían gritos y golpes, así que los dos se apresuraron a salir por si tenían que huir a toda prisa.

Fuera, la gente se agolpaba alrededor de alguien, de modo que Alexia se deslizó entre unos y otros hasta llegar al centro. Y allí, de rodillas, se encontraba el detective Warren.

Lenny llegó a su altura y, al verlo, intercambió una mirada con ella.

Olec estaba frente a él, cruzado de brazos, mientras dos de sus hombres lo sujetaban. A juzgar por la sangre que resbalaba por su barbilla, ya le habían dado un buen recibimiento. Uno de ellos le tendió un arma a Olec, que la examinó.

—Llevaba esto encima —le dijo.

—¿Cómo has encontrado este lugar? —preguntó Olec, mirando al hombre.

—Repito, ha sido por casualidad. —El detective escupió un poco de sangre—. Había un par de personas por la calle y los seguí, ya está.

—Claro, ya está —afirmó Olec, con una sonrisa radiante—. Por supuesto.

—Soy policía —explicó él—. Tengo la placa en el bolsillo y esa es mi arma.

—Estás en el submundo, tu placa aquí no sirve de nada y esta pistolita menos. —Olec se acarició la barbilla—. Aunque podemos encontrarte alguna que otra utilidad, seguro.

El detective paseó su mirada del dueño a la gente que lo rodeada, que no parecían en absoluto preocupados por su situación. Entonces encontró los ojos violetas de Alexia y bajó la cabeza, pensando que su idea de seguirlos no había sido la mejor.

Tras el incidente del interrogatorio fallido a Brody y encontrarse en el coche sin saber cómo después de que ella le pusiera la mano en el hombro, había estado vigilando su casa. Y esa noche, cuando vio salir a la chica vestida de cuero y al supuesto entrenador personal, le pareció una idea genial seguirlos por si acaso encontraba algo turbio.

Algo como una secta que pudiera ser responsable del asesinato de Sammuel Jesky, tal vez. Lo que fuera que aportara luz y le diera respuestas, porque sospechaba de Brody y su extraño grupo de conocidos.

Husmeó por el edificio hasta dar con una puerta trasera. No le costó entrar, por algo era policía y se le daba bien despistar al personal, sin embargo, una vez dentro… casi al momento se dio cuenta de que era un intruso, igual que los presentes. Aquello no era un club normal, para nada, y era obvio que su rostro desconocido atraía miradas de curiosidad.

De las miradas pasó a que le retorcieran el brazo un par de mastodontes, y de ahí a estar de rodillas en el suelo después de recibir dos puñetazos. Encontrar entre la gente dos caras que conocía le dio un pequeño motivo de esperanza, aunque la expresión de la chica era fría, muy distinta de la amabilidad de la noche anterior.

—¿Qué podemos hacer contigo? Hoy es una noche floja y no hay muchos Cero negativos… venga, un aplauso quien vote por servirlo al estilo Bloody Mary.

Los aplausos fueron atronadores, y Jacob parpadeó, sin comprender las palabras que acababa de escuchar. No tenía la menor idea de a qué se refería, aunque sonaba fatal. Todo lo que acompañaba a eso del Bloody Mary no daba

buena espina, porque estaba convencido de que no iban a servirle ninguna bebida.

Lenny se acercó a Alexia y bajó la voz.

—Nos ha seguido a nosotros. —Ella corroboró la frase asintiendo con la cabeza—. No podemos dejar que lo maten.

—Se ha metido él solo en la boca del lobo. El submundo tiene sus reglas…

—Da igual. Es humano, y policía. Entra dentro de mis obligaciones.

—No saldremos de aquí con vida si montamos una pelea —repuso Alexia—. Voy a hablar con Olec.

Se alejó de Lenny para ir al encuentro del chico, que continuaba animando el ambiente con una enorme sonrisa en la boca.

—Espera. —Alexia le cogió del brazo—. No lo mates.

—Ya sabes lo que hago con los que se cuelan en mi club —dijo él, con fingida lástima.

—Nos lo llevamos.

—¿Qué?

Olec la observó, sorprendido. Con un único gesto hizo callar a los presentes, de forma que reinara el silencio.

—Explícate —pidió.

—El consejo necesita un policía en el equipo. Tenemos un médico, pero hasta ahora no hemos conseguido meter a la comisaría en esto, y la necesitamos de verdad. Fíjate en esto, no habría sucedido de tener un infiltrado con nosotros.

Jacob alzó la mirada, sin poder creer lo que oía.

—Yo no soy agente doble.

—Pues vas a tener que serlo, a menos que prefieras ser un agente muerto —replicó ella, sin miramientos.

Él negó, reacio a aceptar.

—Te has metido aquí por seguirnos, ¿no? —insistió Alexia—. Pues solo vas a poder salir si llegas a un acuerdo y haces algo por nosotros. Te necesitamos en ese lado de la ley, detective, porque hay muchas cosas que no podemos encubrir o hacer solos.

Olec se acarició la barbilla, pensativo, y después abrió los brazos, en un breve gesto que venía a decir «¿qué puedo hacer yo?»

—Ya la has oído —confirmó—. O te vas para trabajar con ellos como agente infiltrado, o no te vas, tú decides.

—Lo primero, ¿qué demonios es el consejo? —preguntó el detective, y escuchó un sinfín de carcajadas a su alrededor.

«Pobrecito, no sabe nada», seguido de «virgen total» y aderezado con varios «qué inocente, no ha visto el otro lado».

Alexia lo contempló. No podía permitirse mostrar compasión delante de toda esa gente, pero le daba un poco de pena el detective, que no sabía dónde había caído, ni lo cerca que estaba de terminar siendo comida de vampiros si se obcecaba en negarse.

El hombre no sabía qué era el consejo. Tampoco que estaba rodeado de gente que en un abrir y cerrar de ojos podían arrancarle la carne del cuerpo y llegar hasta el hueso, sorbiendo su sangre por el camino. No sabía de la puerta, de la magia. Era una mente en blanco, realista y pragmática, con una vida fácil y tranquila… hasta ese momento.

—Te lo contaré por el camino —dijo, tendiéndole la mano a la vez que le lanzaba una mirada intencionada—. Si aceptas.

—Acepta —intervino Lenny—. ¿Verdad, detective?

Jacob miró a uno, a otro… y aceptó la mano de la rubia para ponerse en pie. Por lo visto no tenía más opción, porque leía con claridad en ambos que la mejor de las dos opciones era la de trabajar con ellos. O para ellos, lo que fuera.

—Vale, vale. Acepto.

Hubo un murmullo de decepción generalizada y, poco a poco, la gente se fue disgregando para reagruparse como antes del espectáculo. Jacob se sacudió la ropa y cogió un pañuelo que le tendió el propio Olec; lo desplegó con el ceño fruncido y se limpió la sangre del labio.

—Mis disculpas —dijo Olec—. Si trabajas con el consejo, serás bienvenido aquí a partir de ahora.

Incrédulo, Jacob se tocó la boca que acababan de romperle. Dios, era como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para hablar en otro idioma, no entendía nada.

—Deberíamos irnos —sugirió Lenny.

—Por supuesto —asintió Olec—. Ha sido un placer conocerte, Lenny. Espero que vuelvas por aquí. Toma, no te olvides el juguetito de vuestro amigo —añadió, tendiéndole el arma.

Lenny se la metió en el cinturón, cogió al detective del brazo y lo empujó de forma disimulada para sacarlo de allí lo antes posible, no fuera que aquel crío cambiara de opinión. Por mucha mente de negocios que tuviera, no dejaba de ser joven y caprichoso, estaba convencido.

Alexia hizo ademán de seguirlos, pero se detuvo al escuchar a Olec carraspear.

—¿Ya te vas, cariño?

Ella sabía lo que quería. Una pequeña gratificación por sus servicios, incluido avisarla de la segunda visita del hombre de identidad falsa y también por permitirle llevarse con vida al detective.

En circunstancias normales, Alexia hubiera respondido con un bufido poco agradable, solo que con él no podía. Era su proveedor de Destello, y uno de sus informadores más fiables. La ayudaba siempre que podía, confiaba en él. Que estuviera enganchado al dolor a través de sus mordiscos era un daño colateral que no podía evitar. Olec podía elegir entre los montones de vampiros que cada noche pasaban por su club, pero las sensaciones siempre eran diferentes dependiendo de quién mordiera.

—Lo siento, tengo trabajo —le dijo, a modo de excusa.

—Está bien. Vuelve pronto, siempre es un placer verte. —Olec le guiñó el ojo.

Obviamente, él también sabía que Alexia no dejaba de ser una vampira. Que se ayudaran mutuamente no eliminaba el riesgo de que pudiera arrancarle la cabeza si quería, más con sus credenciales.

Eso era lo mejor, el respeto entre ambos, se dijo, observando cómo abandonaban su local.

Los tres permanecieron callados hasta estar en el interior de la furgoneta, donde Jacob se acomodó en la parte de atrás.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Alguien va a explicarme qué demonios está pasando y a qué me he comprometido exactamente?

—Será mejor que vayamos a casa de Brody —dijo Lenny, arrancando la furgoneta—. Están todos allí y así les informamos.

—Y hay que llamar a Cifra, tiene que dar su visto bueno.

—Si lo dio para ti, no pondrá pegas a un poli. —Alexia lo miró, cruzándose de brazos—. Vale, ha sonado un poco mal… pero ya me entiendes.

—¿Qué es Cifra? —preguntó Jacob.

—Ten paciencia, enseguida tendrás tus respuestas —replicó Lenny.

El policía se recostó en el asiento y se tocó el labio dolorido, aunque al menos ya no sangraba. Nada de aquello le daba muy buena espina, sentía como si hubiera hecho alguna especie de pacto con el diablo. Al menos había salido de aquel lugar asfixiante y violento, y por su cabeza pasó el pensamiento de saltar de la furgoneta en marcha para escapar de aquellos dos,

que parecían el mal menor en todo aquel asunto. Solo que algo le decía que, si lo hacía, no llegaría muy lejos o perdería esa protección de la que hablaban y quizá los del club irían a por él.

La pareja también le daba cierta confianza en el hecho de que no le hubieran atado ni golpeado. Lo cual le recordó…

—¿Puedo recuperar mi arma? —preguntó—. Será complicado explicar en comisaría que la he perdido.

Sin decir nada, Lenny sujetó el volante con una mano y sacó la pistola con la otra. Comprobó que estaba el seguro para evitar que se disparara sola antes de lanzarla hacia atrás.

Jacob la cogió en el aire y la miró unos segundos, hasta que Alexia se giró hacia él con una sonrisa irónica.

—Si estás pensando en utilizarla, olvídalo, a mí no me harías nada.

Él la miró de arriba abajo, preguntándose si en alguna parte de aquel cuero apretado que llevaba cabría algo de kevlar, ya que parecía imposible. Entonces sus ojos violetas brillaron de una forma extraña, y Jacob se guardó el arma con un carraspeo.

Lenny tocó el auricular con la mano para activar el comunicador.

—Volvemos a la casa, reunión urgente —informó—. Llevamos… algo.

—¿Una pista? —preguntó Nova.

—No, es otra cosa. Enseguida llegamos.

Bajó la mano y Alexia movió la cabeza, con media sonrisa.

—Sí que sabes cómo crear expectación —observó—. Los has dejado intrigados.

Lenny no dijo nada, sin saber si lo había dicho en plan bien o mal. Y así, en un silencio tenso e incómodo entre los tres, llegaron a la casa.

Al bajarse de la furgoneta, Jacob no pudo evitar tocar el arma de forma instintiva, aunque ellos no hicieron ningún gesto brusco ni amenazante. Los siguió hasta la casa, con cierta reticencia, aunque también movido por la curiosidad.

Brody fue quien abrió la puerta y, al verlo, abrió los ojos de forma desmesurada.

—Oh… agente… esto… anda, se ha encontrado con mi entrenador y mi… ¿prima? Qué casualidad, ejem.

—Déjalo, nos ha seguido al club —dijo Lenny, pasando al interior de la casa.

—Oh.

Nova se había asomado desde el salón y se quedó parada, observando entrar a los tres y a Brody cerrar la puerta tras ellos con expresión confusa.

—¿A esto te referías con «algo»? —preguntó Keith, que salía de la cocina con un café.

Señaló a Jacob y Lenny afirmó.

—Vamos al salón —indicó el cazador.

Le hizo un gesto a Jacob para que fuera hacia allí y todos entraron detrás. Al pasar a su lado en dirección al sofá, Keith se fijó en su rostro magullado.

—¿Necesita atención médica? —preguntó.

—No, estoy bien —contestó él.

Brody se sentó en un sillón, Nova en el sofá junto a Keith, y los miraron, expectantes.

—Nos ha seguido hasta el club —explicó Alexia—. Y el resumen es que, para poder sacarlo de ahí vivo, hemos tenido que meterlo en el consejo.

—¿Habéis llamado a Cifra? —preguntó Keith.

—Aún no —contestó Lenny—. No ha habido tiempo, la cosa se ha puesto fea y lo importante era salvar su vida.

—Bueno, siempre hemos dicho que necesitábamos alguien en el cuerpo de policía —apuntó Nova.

—Todavía no me ha explicado nadie nada —replicó Jacob.

—Tranquilos, yo me encargo —dijo Brody, sorprendiendo a todos—. Vuelvo en un segundo.

Las caras de todos eran un poema mientras lo observaban salir del salón con resolución, como si estuviera totalmente al mando de la situación. El chico no tardó en regresar, con un vaso de agua y una pastilla, que ofreció a un confuso Jacob.

—Tómate esto, es para evitar el dolor de cabeza.

—¿Qué me vais a hacer?

—Nada. Es que es mucha información, créeme. Lo sé por experiencia.

Lo empujó ligeramente hacia el sofá y el detective se sentó, examinando la pastilla con desconfianza. Brody se quedó de pie frente a él y cogió aire.

—Bien, aquí va. —Empezó a señalar al grupo—. Keith es humano, médico. —Jacob elevó una ceja ante lo de «humano»—. Lenny, humano, cazador. Es como un guardaespaldas de los de película, no veas cómo dispara, lanza cuchillos, corre… —Lenny tosió—. Vale, sí, esto… Nova, humana… bueno, es bruja, así que digamos que las dos cosas. Hace hechizos, pociones, y cosas así. Y ella Alexia, vampira, no necesita mucha explicación.

—¿Tú me ves cara de idiota? —replicó Jacob.

—Que no, que es en serio.

—¿Y tú qué eres? ¿Hombre lobo?

—No, aunque me atacó uno.

—Si es una broma…

—Que no, que no. —Se dio la vuelta y se levantó la camiseta para que viera sus heridas, ya en proceso de curación y casi cicatrizadas. Después, volvió a mirarlo y cogió aire con orgullo—. Yo soy el centinela.

—El centinela. ¿Y?

—Y ya, el centinela.

—¿Y qué sabes hacer?

—Bueno, soy la persona más importante de la habitación… —Ignoró los carraspeos del resto—. Yo vigilo una puerta.

Jacob hizo ademán de levantarse, pero Lenny, que se había colocado a su lado, lo sujetó del hombro y se lo impidió, por lo que el detective se resignó a seguir escuchando aquella historia de locos.

—Una puerta —repitió Jacob, sacudiendo el hombro para librarse de la mano de Lenny.

—Sí, mira, yo te lo explico. —Brody sonrió, encantado—. Esto de no ser el novato me gusta, ¡me siento mucho mejor!

—Chaval…

—Voy, voy.

Empezó a hablarle de la puerta, de los demonios, del origen de los vampiros y los hombres lobo, de los libros que estudiaba y lo mal que se le daban los hechizos o entrenar, de su padre… A los cinco minutos, Jacob se había tomado la pastilla sin el agua y, un cuarto de hora después, fue Nova quien se acercó a Brody y le indicó por señas que dejara de hablar.

—Creo que ya ha recibido suficiente información por hoy —comentó.

Jacob se pellizcó el puente de la nariz y se tomó el agua de un trago, deseando que hubiera sido otra cosa… como vodka.

—A ver si lo he entendido —dijo—. Sois un grupo que protege a la humanidad del mal o algo así, ¿no? —Todos afirmaron—. Y este… tipo vigila una puerta que nadie ve pero que él siente y hay que proteger.

—Exacto, de ahí que yo sea el más importante —repitió Brody, afirmando con la cabeza.

—No sabemos qué mató al padre de Brody —intervino Keith—. Creíamos que alguna criatura del submundo…

—¿Del local? —replicó él.

—No, ese es otro submundo —contestó Alexia—. Keith se refiere al otro lado de la puerta.

—O de otra dimensión o tiempo —añadió Nova—. Visto lo que pasa con Calantha… Cualquier cosa es posible.

—¿Calantha?

—Es una gárgola —explicó Brody—. Que no es del consejo, pero bueno, casi. Mira, el club sería un submundo del submundo en sí mismo. —Miró a Alexia—. ¿No? Un *subsubmundo*.

La rubia frunció el ceño, controlando las ganas de pegarle un pescozón.

—Dejemos el tema que lo vamos a confundir más.

—Lo que importa es lo que puedes aportar al grupo —dijo Lenny, decidiendo ir al grano al ver la cara de confusión del pobre policía—. Necesitábamos alguien en el cuerpo, para alejar sospechas de cualquier tema paranormal, como sería en este caso la muerte de Sammuel.

—Creo que veo por dónde vas… —contestó Jacob, frotándose la frente—. Queréis alguien que elimine o cierre las investigaciones.

—Eso es.

—Aparte, tendrás puntería —dijo Brody—. Porque yo nada, y no vendrá mal, que últimamente el tema está caliente.

—No te preocupes por eso ahora —se apresuró a decir Keith, al ver su cara—. Primero ve a casa, interioriza todo mientras hablamos con Cifra y ya te convocaremos para una reunión y ponerte al día.

—Supongo que no hay opción a rechazo.

—No, si no quieres que Olec y los suyos vengan a por ti —contestó Alexia.

—Entendido.

No le gustaba, pero lo tenía claro. No tanto la retahíla de cosas que había soltado Brody casi sin respirar y sobre las que tendría que pensar en su casa, cosa que no sería difícil porque su vida social era una mierda y tenía todo el tiempo libre del mundo para dedicarlo a aquel misterio. La parte paranormal la tenía poco clara, la verdad, aunque había tantos casos extraños abiertos que, de alguna forma, le encajaba. Mientras esperaba que lo llamaran de nuevo, podría buscar unos cuantos, empezando por el de Sammuel, y ver si había alguna conexión que explicara lo que aquel extraño grupo acababa de contarle.

—Cualquier duda, llámame —sonrió Keith, sacando una tarjeta de su bolsillo y entregándosela—. Créeme, al principio todo es confuso y

complicado, ya te acostumbrarás. Una vez ves la verdad que hay detrás de la vida normal… Ya no hay vuelta atrás.

—Si eso pretendía tranquilizarme, no lo ha conseguido. —Se incorporó, esta vez sin impedimentos por parte de Lenny—. Bien, pues… supongo que nos veremos pronto.

—Te llamaremos —dijo Keith.

Brody, sonriendo porque había dejado de ser el novato del grupo, le acompañó hasta la puerta seguido de Lenny.

—Te llevaré hasta donde hayas dejado tu coche —repuso este.

Jacob estaba deseando alejarse de ellos para estar tranquilo y comprobar que no soñaba ni nada parecido, y aunque hubiera llamado a un taxi, estaba claro que Lenny le iba a llevar y no había nada que pudiera decir al respecto, así que lo siguió a la furgoneta. Ocupó el asiento del copiloto, incómodo.

—Tranquilo —dijo Lenny, mientras metía la llave en el contacto—. No hace falta ni que hablemos del tiempo, te llevo a tu coche y ya.

Jacob le indicó dónde lo había dejado, aliviado de no tener que mantener ninguna conversación típica de ascensor, era lo que menos le apetecía en aquellas circunstancias. Ni en las normales, ya puestos. No era el más borde de la comisaría ni el más gruñón, pero tampoco de los que se pasaban la vida haciendo chistes en la máquina de café o comiendo dónuts. Trabajaba, se relacionaba lo necesario, y punto. Si Lenny era parecido, se llevarían bien, tenía el presentimiento.

Tal y como había prometido, el cazador no dijo nada hasta que lo dejó en su coche. Vio que se quedaba esperando debido a la cercanía del club, y Jacob se subió a su coche sin dilación. Comprobó que las luces de la furgoneta lo seguían hasta un cruce que llevaba al centro, donde había tráfico, y después fue hasta su casa sin sentirse vigilado, aunque tampoco le extrañaría serlo.

Tiró las llaves sobre un mueble que tenía en la entrada y echó un vistazo a su piso, algo que no tardó ni cinco minutos en hacer al ser un apartamento de una sola habitación. No parecía haber nada fuera de su sitio ni nadie esperándole oculto en alguna esquina, así que el tema del club y su gente del submundo, *subsubmundo* o lo que fuera, no le habían seguido por el momento. Estaría alerta por si acaso y se dejó caer en el sofá, sacando la tarjeta de Keith para grabar su número en el móvil. De todo el grupo, parecía el más normal, como él, porque Brody… En fin, al menos le había dado una pastilla a tiempo para el dolor de cabeza, porque por lo demás, no veía que tuviera mucha experiencia en nada.

Miró las baldas de su salón, sin fotos, y se preguntó si ellos serían igual: sin familia, de vidas solitarias y pocos amigos. Vistas sus actividades «ocultas», probablemente sería así. En cierto modo, saber que el asesinato de Sammuel Jesky era por motivos de índole paranormal lo tranquilizaba. Ellos tampoco sabían quién había sido, por lo que le habían dicho, pero saber que no era culpa suya no avanzar en la investigación, le quitaba un peso de encima. Quizá aquello fuera algo bueno, aunque le viniera impuesto. Muchas veces se sentía frustrado en su trabajo por no avanzar, le daba la sensación de encontrarse con paredes invisibles y callejones sin salida. A poco que lo que le habían contado del grupo fuera verdad… bueno, seguro que podría resolver unos cuantos.

Era eso o no creerles y hablar con sus superiores de todo lo que le había pasado, cosa que ni se planteó pensar por absurdo. Ya sabía lo que le dirían: lo mandarían al psicólogo de la policía y lo obligarían a coger una baja por estrés, seguro. O le harían alguna prueba de alcohol o drogas, que era aún peor.

No, seguiría las instrucciones del consejo de marras… y a ver qué pasaba.

Capítulo 16

Brody se metió en la ducha después de una tarde lo de más agotadora. Tras entrenar un rato con Lenny en el gimnasio, este lo había dejado en manos de Alexia, una decisión con la que Brody no estaba del todo de acuerdo. Sin embargo, ahora parte de su entrenamiento recaía en ella: todo lo referente al manejo de armas blancas. Podía haber sido de cualquier otra, ya que tenía comprobado tras la persecución en moto que también controlaba las de fuego; sin embargo, Lenny ya se ocupaba de eso, de modo que le cedió a la vampira otra parcela.

Los últimos días, a Brody le daba la sensación de que el cazador tenía prisa por desaparecer, incluso había rebajado su tono en los entrenamientos, y no era porque él hubiese mejorado, de hecho, aún colgaba de la cuerda como un jamón. Y su mejor marca eran tres nudos, es decir, uno más que el día de la prueba humillante.

No tardó en descubrir que Alexia tenía aún menos paciencia que Lenny, por extraño que pudiera resultar. Cuando veía cómo manejaba los cuchillos, no se creía capaz de llegar a hacer eso algún día, por mucho que entrenara.

—Es que soy un poco torpe…

—Otra vez.

No la escuchó decir nada más aparte de esas dos palabras durante las dos horas que pasó arrojando cuchillos con la esperanza de acertar, aunque fuera por pura estadística.

Finalmente, Alexia soltó un bufido, fue a recoger los cuchillos y, tras guardarlos en alguna zona entre su ropa que Brody fue incapaz de determinar, se marchó sin decir palabra.

Brody se sopló el flequillo, sin saber qué hacer. No tenía la menor idea de cómo comunicarse con un vampiro, no sabía de qué podía hablar con ella o la forma de intentar crear algún vínculo. Ese detalle era importante, o al menos eso creía. Con Lenny en cierto modo lo había conseguido después de la conversación en el bosque y el posterior ataque, a Alexia la veía muy fría.

Que sí, que él era muy torpe, pero estaba seguro de que, de haber acertado todas las veces, tampoco habría recibido otras palabras diferentes.

Desanimado ante sus escasos avances en las diversas materias que tenía ante sí, regresó a casa y se metió bajo el agua para relajarse. Acababa de vestirse cuando llamaron al timbre, de modo que fue a abrir, fastidiado porque desde que había heredado el cargo familiar no tenía un maldito día tranquilo.

Echaba de menos aburrirse, tener tiempo de ver la televisión o leer alguna revista. Y para una tarde que no había nadie allí, ni visos de que aparecieran, todo se torcía.

Al abrir, encontró a Marcus al otro lado. La alegría fue inmediata, y empezó a sonreír porque eso era justo lo que necesitaba: a su amigo, al que hacía siglos que no veía. Tal vez pudieran pedir un par de *pizzas* y…

—Bien, veo que estás vivo —dijo este, y se dio la vuelta.

Brody parpadeó ante su tono y se apresuró a salir al porche, recolocándose bien la camiseta.

—¡Espera! ¿Dónde vas?

—Solo quería saber si seguías respirando, eso es todo.

—Marcus, ¡espera, hombre! —Lo alcanzó justo a la entrada—. Oye, ¿estás enfadado conmigo? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Hace semanas que no sé nada de ti. Me despierto en mi casa después de un follón en el *pub*, que no sé ni cómo llegué, y después de eso, cero. Vamos, podía estar muerto, ni siquiera has llamado a ver cómo estaba.

Al escucharlo, Brody enrojeció. Se sintió culpable al momento porque su amigo tenía razón, pero había estado tan ocupado… pasaban tantas cosas en su vida que apenas si tenía tiempo para nada más. Claro que eso Marcus no lo sabía, ni podía decírselo.

—Te comportas de un modo muy raro —siguió el rubio, aún con el ceño fruncido—. Te mudas aquí de repente, con una compañera de piso que nunca habíamos visto, y siempre estás ocupado. Ni respondes a los mensajes.

—Es que tengo mucho lío…

—¿En el trabajo? ¿En serio?

El chico barajó la posibilidad de utilizar la muerte de su padre, igual que la vez que lo rescató de Alexia en Mulleady's. Sin embargo, pese a que no podía confesar la verdad, tampoco quería mentirle más.

—Me están pasando cosas, ¿vale?

—¿A qué te refieres?

—No puedo decírtelo.

Marcus lo miró, con cara de no entender nada. Algo lógico, teniendo en cuenta que hacía años que se contaban prácticamente todo, dentro de un nivel aceptable de confidencias. Seguro que tampoco se le ocurría nada que le pudiera estar pasando que no pudiera comentar.

—Vale. ¿Entonces debo entender que esas cosas, sean las que sean, te tienen tan ocupado que ni siquiera puedes descolgar el teléfono o mandar un mensaje?

—No, eso es culpa mía. He tenido la cabeza en otra parte y, en fin… que es culpa mía.

Era una excusa de mierda y ambos lo sabían. Podía ver con total claridad que esa frase no solucionaba el problema, porque podía haberlo llamado para ver cómo estaba después del incidente en el *pub*. De hecho, seguro que Marcus se sentía confuso al respecto, si no recordaba lo ocurrido ni la forma en que apareció en su piso, y él podía haberlo tranquilizado.

Solo que, entre unas cosas y otras… se había olvidado por completo de su amigo.

—Joder —murmuró—. Tienes razón, perdona. No tengo excusa.

Marcus alzó las manos, frustrado, y se dio la vuelta.

—¿No quieres entrar? —ofreció Brody—. Aún no has visto la casa. No sé, tengo cervezas, tal vez podríamos charlar un rato.

El rubio lo miró de reojo antes de sacudir la cabeza.

—¿Sabes? Creo que no.

—¿Por qué? ¡Si me acabo de disculpar!

—En realidad no has dicho nada. Solo darme la razón, punto… cuando puedas y quieras hablar, ya sabes dónde estoy.

Abrió la verja para después cerrarla al salir. Brody se frotó la cara al verlo alejarse, aunque no podía culparlo. Si estuviera en su misma situación, también se sentiría muy molesto de que le guardara secretos.

Regresó con paso lento al interior de la casa, pensando en que ojalá Nova regresara pronto. Quizá ella, con un poco de esa inteligencia emocional que tan bien se les daba a las chicas, pudiera sugerirle cómo manejar el tema. Al fin y al cabo, ese grupo estaba acostumbrado a llevar una vida secreta, ¿no? De algún modo tenían que gestionarlo con sus familias.

Se puso a pensar en ello. Lenny no tenía una familia al uso, y dado que apenas hablaba de su clan y lo que decía no sugería que los echara de menos, no le servía. Alexia todavía menos, pues su gente estaba deseando encontrar la forma de quitarla de en medio.

Nova era diferente, porque toda su familia eran brujas, pero como había sido así desde siempre, ella no veía la necesidad de disimular.

Pensó en ello sin hallar una solución hasta que notó dolor de cabeza y decidió dejarlo para otro momento. La idea de la *pizza* le seguía pareciendo buena, así que utilizó el móvil para encargar una. Apenas un minuto después, su puerta volvió a sonar.

«Pues sí que son rápidos», pensó, yendo a abrir.

En esa ocasión, la visita era Calantha. Al verla, una especie de nervios y felicidad se apoderaron de él. Se llevó las manos a la cabeza, recordando que acababa de salir de la ducha y aún tenía el pelo mojado, el cual era un desastre.

—Hola —saludó ella, y al verlo puso cara de extrañeza—. ¿Has olvidado que venía?

—¿Qué? Ah, no, no. Bueno, sí. —Se hizo a un lado para que entrara—. Tranquila, no es nada personal… hace un rato mi amigo Marcus ha venido a decirme algo similar.

Calantha entró con una sonrisa.

—Si prefieres que vuelva otro día no importa.

—No, de eso nada. —Se miró en el espejo de la entrada—. Perdona mi aspecto, ya me había puesto cómodo. Y con el pelo no hay mucho que hacer, haga lo que haga no queda bien.

—Necesitas un corte. ¿Quieres?

—¿Sabes hacerlo?

—Entrenamiento básico. He tenido muchos años para practicar, no me resulta sencillo ir a la peluquería —contestó la morena con cierto sarcasmo.

—Claro, es verdad. Vale, genial.

Cerró tras ella y fue a la cocina, donde la chica lo siguió.

—Creo que tengo unas tijeras en el baño de arriba —comentó él—. Hay café ahí, ahora bajo.

Nervioso, Brody subió las escaleras para ir al lavabo. Rebuscó en los armarios hasta encontrar un neceser de su padre, donde recordaba haber visto las tijeras, utensilio que jamás se le habría ocurrido comprar. Con ellas en la mano, regresó a la cocina donde Calantha acaba de servir un par de tazas de café.

—Siéntate —le pidió.

El chico obedeció.

—¿Cómo es vivir siempre de noche?

—Triste —dijo ella, utilizando un paño de cocina para ponérselo encima de los hombros—. Hace tanto que no veo la luz del sol que… en fin, es triste.

—No entiendo por qué Alexia sí —comentó Brody, confuso—. Siempre creí que los vampiros no podían caminar durante el día.

—La mitología no siempre es cierta.

—He estado leyendo sobre las gárgolas y su origen, ¿sabes?

Ella reprimió una sonrisa.

—¿En serio?

—Claro. Estoy haciendo una investigación de lo más exhaustiva, seguro que damos con el hechizo correcto.

Calantha no se sentía tan optimista al respecto, no en vano llevaba años trabajando en ese tema sin resultados óptimos. Pero tampoco veía la necesidad de desanimar a Brody; si el chico quería intentarlo, bienvenido era.

Mechón a mechón, fue cortando aquel desastre de pelo que crecía a lo loco y en cualquier dirección sin que Brody pareciera saber cómo dominarlo. Cada vez que le rozaba el cuello de manera accidental, él se ponía tenso en la silla y cogía aire.

A Calantha le divertía observar su incomodidad, y también le preocupaba. Ni siquiera debería plantearse el coqueteo con él, la verdad, porque le daba miedo que todo se estropeara. Las dos últimas semanas había empezado a notar que su humor iba mucho mejor, y lo achacaba a sentir que formaba parte de algo.

Cierto que no estaba en el consejo, no trabajaba con ellos, aunque no le importaría hacerlo si veía que lo necesitaban. Nova le parecía encantadora, y Alexia, a pesar de no haber hablado apenas con ella, le daba buena sensación. A Keith lo conocía desde que empezara a probar hechizos con Sammuel, por lo que lo apreciaba también, y el único al que no terminaba de ubicar era a Lenny. Lo que sabía de los cazadores no le daba precisamente confianza, aun así, no tenía motivos para sospechar nada malo sobre él.

—Gracias por acogerme —murmuró, sin pensar demasiado.

—¿Qué?

Calantha quitó el paño y lo sacudió, dejando caer los restos de pelo al suelo. Brody se frotó el cuello, incorporándose para mirarla.

—Hacía mucho que yo… verás, la inmortalidad es algo muy solitario.

El chico se apoyó en la mesa de la cocina, sin interrumpir.

—Mucha gente mataría por vivir siempre, pero es duro hacer amigos y después ver cómo se van mientras tú sigues aquí. Llega un momento en que te

cansas de perder a los demás y prefieres no hacer migas con nadie, ¿entiendes?

—¿Solo con chupitos de whisky en una taberna irlandesa de mala muerte? —bromeó él, con una sonrisa.

—Exacto. —Calantha le devolvió la sonrisa.

—No me puedo creer que esté en la cocina de la casa de mi padre hablando con una chica inmortal. —Brody sacudió la cabeza—. Y que encima conozca a otra. Es que a veces me cuesta creerme todo esto. No entiendo por qué mi padre nunca quiso decirme nada.

—Para mantenerte a salvo. Todo lo que hacía era para protegerte, eso no lo dudes.

—¿Te hablaba sobre mí?

—Todo el tiempo, sí. Y le apenaba el hecho de veros tan poco… prefería mantenerte alejado de los peligros de este mundo, Brody, y era la decisión adecuada.

—Yo pensaba que lo conocía, y no…

Calantha le puso la mano encima del brazo para darle ánimo. Sin darse cuenta, se habían ido acercando el uno a otro y, a esa distancia, Brody solo era capaz de mirar esos ojos verdes que lo derretían de la cabeza a los pies. Cuando la observaba en la distancia le parecía una chica atractiva e intrigante, pero ahora que la conocía mejor, que estaba logrando profundizar poco a poco en su personalidad… cada vez se sentía más atraído hacia ella.

Y sus hormonas, en letargo prácticamente desde que había terminado la universidad, no ayudaban en nada. Estaban en plena forma, encantadas de haber vuelto al juego por la puerta grande, y saltaban y jaleaban desde las gradas para que entrara en acción.

Sin embargo, no era tan sencillo. El pasado de Calantha lo obligaba a tomárselo con calma, no podía ignorar lo que había visto en su «viaje». La idea de agarrar a una chica y besarla sin avisar quedaba muy bien en películas y novelas románticas, solo que cuando esa chica tenía detrás un historial de abusos y violaciones, no parecía la mejor idea del mundo.

Ella le devolvió la mirada y se humedeció los labios. Brody permaneció quieto, confuso, sin saber si interpretaba bien las señales. Era lo que tenía ser un inútil en temas de chicas: nunca llevaba la iniciativa, y como tampoco se le tiraban al cuello, siempre tenía el marcador a cero.

Al diablo, pensaba iniciar un acercamiento, aunque fuera despacio. Calantha tendría tiempo de sobra de alejarse, salir corriendo o pegarle una

bofetada si le parecía necesario, pero no iba a desaprovechar la oportunidad ya que estaban solos, un lujo poco habitual.

Acortó la distancia entre ambos y vio que ella se acercaba a su vez. ¿Estaba soñando o era real?

Y entonces, ocurrió. Sus labios se encontraron a medio camino, con delicadeza primero, y después con cierta urgencia. Brody no quería apresurarse, ni hacer nada que pudiera incomodarla, solo que… costaba controlarse. Su cuerpo había despertado por completo, en todos los sentidos, y cuando notó su lengua jugueteando, fue peor.

Olvidando cualquier coherencia, le rodeó la cintura con los brazos para atraerla hacia él y la besó con fuerza, deseando detener ese momento. Calantha respondió a su avidez de igual forma, como si llevara siglos sin besar y, durante unos segundos interminables, se olvidaron del mundo mientras sus lenguas bailaban la una junto a la otra, entrelazándose y liberándose para después volverse a encontrar. Brody sentía calor en cada poro de su cuerpo, solo podía pensar en una cosa… y entonces sonó el timbre por tercera vez.

La chica se separó de él, con las mejillas ruborizadas por completo.

—Espera, voy a ver.

Cruzó el salón, fastidiado. No se lo podía creer, ¿qué pasaba, de pronto su casa se había convertido en el metro o algo así? ¡Jamás recibía tantas visitas!

Abrió la puerta de malos modos, para encontrar fuera a Nova con el repartidor de *pizza*.

—Ah, Brody —saludó ella—. Ha llegado un segundo antes que yo, iba a pagarle.

—Oh… sí, claro. —El chico sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y le entregó un par de billetes—. Gracias.

—¿Corte de pelo?

—Sí, ha sido Calantha.

Cogió la caja y cedió el paso a Nova con un suspiro. Para cuando cerró la puerta, la morena acababa de quitarse el abrigo para entrar en la cocina.

—Hola, Calantha —saludó.

—Hola —respondió esta, carraspeando.

La bruja observó a Brody depositar la caja sobre la mesa y mirar a las dos.

—¿Es una cita? —preguntó.

—No, qué va. Tenía algunas ideas sobre su problema y por eso está aquí, he pensado que era buena idea pedir la cena.

—Genial, tengo hambre. —Nova los miró—. ¿O queréis estar solos?

Calantha y Brody se miraron, ambos incómodos.

—Claro que no —dijo ella, finalmente—. Esa *pizza* es demasiado grande.

Nova sonrió, asintiendo.

Después de la cena, los tres volvieron a estudiar todos los hechizos que ya habían intentado en el pasado, por si existían variables distintas. Nova marcó tres en los que podía probar algún ingrediente distinto y hablaron mucho sobre variar procesos; era tarde cuando al fin Calantha se desperezó y dijo que era hora de irse, que ambos debían descansar.

—Os veo en un par de días —se despidió.

Nova le dedicó una sonrisa y cerró con llave una vez la chica se hubo marchado.

—Voy a acostarme, estoy agotada.

—Yo también. Buenas noches.

Subieron juntos al piso de arriba, donde se despidieron. Nova entró en su habitación y se apoyó sobre la puerta nada más cerrarla.

Cogió aire un par de veces, contrariada. Con lo poco que le gustaba mentir, y no había tenido otro remedio. Llegar a casa cansada de dar vueltas al tema familiar y ver por la ventana del salón que Brody estaba besando a Calantha de aquella forma tan pasional… algo se había removido en su interior, como si le estuvieran retorciendo el estómago.

Sabía que la gárgola estaba allí porque la había sentido gracias a su hechizo, al igual que a Marcus. Pensaba preguntarle a Brody al respecto, solo que, viendo que estaba así de ocupado, entonces la visita de su amigo no debía haberle afectado mucho.

No quería interrumpir, así que la llegada del repartidor le vino perfecta. Disimuló como si no encontrara las llaves mientras sacaba la cartera al mismo tiempo, y de esa forma, solventó la situación. Se sentía mal por si molestaba, de ahí que preguntara si querían estar solos… aun sabiendo que ninguno le diría que sí.

Se metió en la cama y miró al techo, entristecida. Entre la última cena en familia y que le gustaba un chico que deseaba a otra, estaba claro que no era la semana de su vida.

Y como todo podía empeorar, unos golpecitos en el cristal de la ventana hicieron que se incorporara. No encendió la luz, sino que se acercó a ver qué era, y encontró un enorme cuervo negro posado sobre el alfeizar. Conocía esos mensajeros y el tipo de mensaje que portaban… no tenía más remedio que aceptarlo, de modo que abrió.

El cuervo entró en la habitación, abrió el pico y dejó caer un papel enrollado. Nova se levantó la manga del pijama y estiró el brazo en su dirección, sabiendo lo que venía a continuación. No en vano recibía esa invitación todos los años.

—Suave —susurró, acariciando la cabeza del pájaro.

Se mordió el labio al notar el picotazo y se puso un pañuelo encima para la sangre. El cuervo graznó un par de veces antes de salir volando por la ventana.

Nova recogió el papel enrollado, le quitó la goma y leyó la invitación: «Reunión Anual de Pureza de Linajes».

Bueno, al menos faltaban meses, no era algo inmediato. Tenía tiempo para pensar en ello y en si quizá lo correcto era aceptar a su primo y dejarse de monsergas… no quería, le gustaba pertenecer al consejo. Quizás Cifra pudiera ayudarla de algún modo manteniéndola ahí, algo le decía que su madre y sus primas iban a insistir en la unión.

Regresó a la cama y, tras comprobar que la herida no sangraba, se tapó con la colcha. Esa visita nocturna no contribuía a mejorar su humor, sabía que no lograría pegar ojo.

Cuando se levantó por la mañana, sus ojeras eran más que evidentes. Se tomó un café y se marchó antes de que Brody despertara. Por lo general coincidían en el desayuno antes de salir cada uno a sus respectivos trabajos, pero ese día quería pasar por su otro trabajo antes de ir a la tienda. La excusa oficial era recoger el resto de material sobre hechizos que practicaba con Sammuel, la real era la oportunidad de telefonear a Cifra sin que nadie la oyera y pedirle una reunión.

Cogió su bicicleta, se abrochó bien la cazadora y se puso en marcha, con una pequeña ayuda de sus poderes para que el viaje no fuera eterno. En realidad, podía aparecer allí con un pequeño hechizo, pero sentir el aire en la cara le iría bien para despejarse.

Cuando dejó la bicicleta fuera, se sorprendió al ver que la moto de Alexia estaba aparcada. No esperaba encontrarla tan temprano, aunque lo cierto era que no sabía mucho sobre ella o qué hacía cuando no estaba con los demás.

Atravesó el laberinto de pasillos hasta llegar al cuarto de reunión, donde no había nadie. Dejó la chaqueta y fue a mirar al gimnasio, imaginando que Alexia se encontraría allí.

No se equivocó: la rubia parecía estar haciendo ejercicios con una espada. Que tenía pinta de pesar, aunque ella la manejaba como si nada.

Nova permaneció unos segundos observando, en silencio. Había conocido otros vampiros antes, ninguno como Alexia. Ese control que tenía sobre sí misma y su cuerpo no era habitual entre los de su especie, para nada. Claro que ahora sabía más sobre la jerarquía que antes de que entrara en el consejo y, por lo visto, lo que más abundaban eran los vampiros libres. Que también eran los que mataban sin control alguno.

Casi todos los que se movían entre criaturas había oído hablar de los grupos de guardaespaldas femeninas; sin embargo, pocos podían afirmar haberlas visto. Los vampiros guardaban con celo sus ases en la manga, y no costaba entender por qué: si todas eran como Alexia, representaban un peligro considerable.

La rubia apoyó el arma contra el suelo y la miró por encima del hombro.

—Qué madrugadora —saludó.

—Sí, quería recoger unas cosas —comentó Nova, ruborizada por haber sido pillada espiando cual colegiala—. Más hechizos, ya sabes. Tengo mucho material de lo que hice con Sammuel.

Alexia encajó el arma en la pared, en el sitio donde se encontraba, y se acercó hasta ella.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Necesito entrenar. Antes lo hacía cuatro horas al día, no puedo perder la forma. Funciono mejor si estoy sola, necesito concentración, y con tanto hombre por aquí no es fácil.

Nova sonrió al escucharla.

—Algún día tienes que explicarme cómo puedes moverte con esa ropa de cuero.

—Es la costumbre.

—Necesito un café, ¿me acompañas diez minutos? Luego me marcharé.

La rubia no contestó nada, aunque la siguió cuando echó a andar.

—Tienes mala cara —comentó, una vez en el despacho de reuniones.

—No he dormido bien, no.

Alexia se apoyó contra el escritorio y se cruzó de brazos, sin apartar la vista de su cara. Nova tenía la sensación de que podía leerle la mente y le dio un sorbo a su café, incomoda.

—¿Qué tal? ¿Ya te sientes más integrada?

—Si necesitas hablar de algo, habla.

—¿Qué?

—Pareces una olla a punto de estallar.

Nova se tocó la cara, confusa. ¿Tanto se le notaba?

—Yo…

—Sé que no somos amigas. Pero no puedes hablar de Calantha con Calantha, ¿verdad?

La chica se sonrojó al oírla, pensando en cómo era posible que supiera algo así. No lo había hablado con nadie, ¡no lo comprendía!

—Hay señales.

—¿Qué?

—Señales de atracción. Las pupilas se dilatan, hay contacto visual, físico. Tu lenguaje corporal es evidente —señaló Alexia.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque los vampiros somos expertos en estos temas. Recuerda que usan la sexualidad para conseguir presas la mayor parte de las veces.

—Oh. —Nova se tocó la cara, aún sonrojada—. Seguro que lo has malinterpretado.

—Seguro. Igualmente puedes desahogarte, si lo necesitas —replicó Alexia.

Nova se dio cuenta en ese mismo instante que estaba controlando las ganas de llorar. No por esa mañana, ni siquiera por la noche anterior, sino desde la visita de su familia. Lo sucedido después solo había empeorado el nudo del estómago, retorciéndolo cada vez más hasta hacerlo insoportable, y el beso de Brody y Calantha era la guinda del pastel.

No entendía por qué Alexia sabía todo eso sobre ella. Quizá pudiera percibir su estado, del mismo modo en que ella recibía información de la gente a la que tocaba.

Consideró el hecho de utilizar ese poder con Alexia para saber quién era, si de verdad podían confiar en ella o si su corazón era tan negro como su ropa.

Solo que no podía. Las sensaciones e imágenes que recibía eran fuertes e impactantes, a menudo necesitaba un rato para recuperarse después de hacerlo, y no conocía lo suficiente a la vampira para atreverse a robarle esa información.

—Todo me sale mal —murmuró, centrando sus esfuerzos en beber sorbos de café para controlar las lágrimas.

—Cuéntame.

Nova abrió la boca para decirle que, pese a que agradecía su interés, no tenía muchas ganas de hablar de todos los temas que le preocupaban. Sin embargo, se encontró hablando de la invitación recibida la noche anterior, reunión donde esperaban que se uniera a su primo, y que esa idea la aterraba, pues no imaginaba los próximos cincuenta años viviendo con alguien a quien

no soportaba. Si estaba agobiada desde el día de la cena, la visita nocturna del cuervo era como un reloj en su cabeza.

Alexia la miró, pensativa.

—Puedo poner a tu primo en mi lista —ofreció.

La bruja alzó la mirada, confundida.

—¿Qué lista?

—La lista de «hasta nunca».

Alexia miró la hora, consciente de que empezaba a haber demasiada luz. Aún tenía Destello, pero no quería malgastarlo a lo tonto, de ahí que dedicara parte de la noche a entrenarse para no perder habilidades. Gracias a la charla con Nova seguía allí, y encima no la había ayudado demasiado… eso lo hubiera hecho mucho mejor Keith, seguro. Ofrecerse a matar al futuro hombre con el que se iba a casar no era un gran consuelo, pero tampoco sabía qué más decirle. Lo mejor que podía hacer era marcharse, estaba claro, y tratar de no meterse de nuevo en berenjenales de ese tipo.

—Debo irme —repuso—. Ya sabes, luz solar. Mala para mi piel.

Nova la observaba, sin saber si hablaba en serio o le tomaba el pelo.

—Oye… bueno, gracias por preocuparte por mis problemas.

—Dicen que nunca llueve eternamente, ¿no?

—Eso sonaría mejor si no viviéramos en Seattle. —Nova sonrió.

Le pareció que la vampira le devolvía la sonrisa antes de salir de la habitación, aunque también podía habérselo imaginado. Lo mismo que al creer que entre Brody y ella existía cierta conexión, cuando no podía estar más equivocada.

Se terminó el café de un trago y recogió los hechizos. No iba a ser fácil trabajar con Brody y Calantha, mas no le quedaba otro remedio. Ella merecía librarse de su maldición, así que haría todo lo posible para ayudarla.

Capítulo 17

—¿Otro expediente?

La encargada del archivo de la policía miró el papel que Jacob le tendía por encima de sus gafas y después a él.

—Sí —contestó el detective, carraspeando.

—Es el quinto esta semana.

—Lo sé.

—¿Te están castigando con papeleo de casos antiguos?

Jacob iba a negarlo, aunque se dio cuenta de que era una muy buena excusa.

—Sí, eso es —le dijo—. Ya sabes lo que pasa, Winifred. Como odio hacer formularios y no avanzo con un tema pendiente, pues me han puesto a hacer informes de casos sin resolver antiguos.

—Y raros, porque hay unos cuantos que vaya tela.

—¿A qué te refieres?

—Pues que menudos historiales. Todos asesinatos sin resolver, para empezar, y encima sin testigos, si no recuerdo mal.

—¿Los lees todos?

—Claro, poco más tengo que hacer aquí y muchos son mejores que una novela de Stephen King. —Se encogió de hombros—. Los que te estás llevando tienen todos mucho gore, que si descuartizamientos, que si partes de cuerpos desaparecidas…

—Ya, qué cosas… coincidencia.

—En fin, voy a por este, espera aquí.

Por quinta vez aquella semana, Jacob observó a la pequeña mujer, que debería haberse jubilado unos veinte años atrás, colocarse el bolígrafo en el moño, revisar el número de expediente para cotejarlo con un fichero de papel (la señora no era amiga de los ordenadores, a pesar de disponer de uno), y dirigirse sin titubear a uno de los pasillos. Winifred podía ser lenta y necesitar un nuevo par de gafas, pero tenía el archivo más controlado que la biblioteca

nacional. Y una memoria prodigiosa, visto el comentario que acababa de hacer.

La mujer no tardó en regresar con una carpeta, registró la salida en un papel y se lo pasó a Jacob para que firmara.

—¿Caja de pruebas? —preguntó el, cogiendo el bolígrafo.

—Sí, aunque este, poca cosa. ¿Te la quieres llevar también?

Echó mano a un cajón para sacar otro formulario, pero Jacob negó con la cabeza.

—De momento no.

Una cosa era llevarse archivos y otra las cajas de pruebas, que requerían también la firma de un superior y Jacob no quería llamar la atención. Con los otros expedientes se estaba apañando con las fotos y descripciones, y así pensaba seguir por el momento.

Le devolvió la hoja firmada a Winifred y recogió la carpeta, despidiéndose para regresar a su mesa. Si normalmente la tenía bastante desordenada, desde que había empezado a coger archivos antiguos aquello ya era un caos. Como se conocía y no quería liarla, lo primero que hacía con todos ellos era sacar fotocopias. Por un lado, así evitaba perder originales; por otro, se podía llevar las copias a su casa o enseñárselas al grupo misterioso sin problemas.

Grupo del que aún no tenía noticias, por cierto, aparte de un mensaje el día anterior del médico diciéndole que lo llamarían pronto.

A él era uno de los pocos que había podido investigar sin encontrarse con un callejón sin salida. Un hombre de carrera, con sus estudios y trabajos perfectamente trazables, hasta había encontrado su partida de nacimiento. Lo mismo podía decir de Brody, cuya vida desde luego era de lo más anodina a simple vista… Aunque ya tenía claro que las apariencias engañaban.

Y después estaban los demás: el supuesto entrenador, que resultaba ser un cazador, y de cuya vida solo pudo localizar el orfanato donde lo habían dejado al nacer. Después, nada. La chica que, en teoría, era una bruja, de lo cual aún no tenía pruebas, también tenía un origen también difuso y solo había confirmado que trabajaba en una tienda de velas. Eso no sería extraño de por sí, si hubiera un trasfondo, una historia o una familia detrás, cosa que no había encontrado. Y por última, la tipa amante del cuero y ojos extraños que, supuestamente, era vampira. Habría descartado aquella descripción de no haber visto el local extraño, la forma en que sus ojos brillaban o cómo le había hipnotizado o lo que fuera aquello. El tema paranormal no era algo que una persona creyera de buenas a primeras, y él siempre había sido bastante

práctico, solo que… También existían cosas raras que no tenían explicación y, como bien decía Sherlock Holmes, cuando hayas descartado lo imposible, lo que quede, aunque sea improbable, debía ser la verdad. Aunque quizá en este caso la palabra improbable sería también «imposible». El caso era que Alexia no parecía existir.

Terminó de sacar las fotocopias y fue a por un café para sentarse a leer el expediente. Como bien había dicho Winifred, encontró unas cuantas fotos gore de un cuerpo prácticamente desmembrado, con marcas de zarpazos y que los forenses habían indicado que pertenecían a algún animal grande, como un oso, un tigre o un lobo de gran tamaño, aunque la investigación no había podido cerrarse al no localizar ningún animal escapado del zoo, de algún circo o que hubiera entrado de alguna manera al centro de Seattle desde algún bosque cercano. No había constancia de avistamientos en los alrededores, ni tampoco encontraron nada en las cámaras.

Su móvil vibró sobre la mesa, así que lo cogió para ver un mensaje de Keith:

«Reunión hoy a las nueve. Te recoge Lenny, ¿en comisaría o en tu casa?»

No sería raro que Jacob se quedara tan tarde a trabajar, solo que no quería que nadie le preguntara por la misteriosa furgoneta que pasaría a recogerle, así que indicó que pasaran por su casa y le envió la dirección, aunque supuso que seguramente no la necesitarían.

Ordenó las copias de todos los expedientes que había cogido, los guardó en una carpeta que acabó bien abultada y salió con ella bajo el brazo.

Según pasaba por la puerta del despacho de su capitán, escuchó que este lo llamaba y se detuvo con un suspiro.

—¿Sí, jefe? —preguntó.

—¿Ahora te llevas trabajo a casa? —Señaló la carpeta con la cabeza.

—Ah, esto… Sí, bueno, unas cosas que quiero mirar.

—¿Novedades en algún caso? Todavía no hay ningún detenido por la pelea del bar ese el otro día, ¿no?

—No, es… confuso. —Carraspeó—. Sigo interrogando a los asistentes.

—¿Y el tipo al que arrancaron el corazón?

—Nada destacable, aún. Le mantendré informado.

—Eso espero, llevas una temporada muy floja, Warren. Desde arriba nos piden números y no tengo nada bueno que darles.

—Estoy en ello, capitán.

El hombre le hizo un gesto para que se fuera y Jacob se alejó con rapidez, no fuera a seguir preguntándole por cosas que no podía ni sabía contestar.

Como desconocía cuánto tiempo estaría en aquella «reunión», cenó algo antes de bajar a la calle puntual a las nueve. La furgoneta oscura de Lenny estaba aparcada en la acera, con el chico apoyado en la puerta del copiloto, esperándole.

Jacob se acercó con la carpeta bajo el brazo, pero el cazador negó con la cabeza y señaló la puerta trasera.

—Te toca ahí —informó.

—¿Perdona?

Lenny abrió la puerta y señaló el interior.

—Y tienes que colocarte esa capucha —siguió diciendo—. No puedes ver a dónde vamos.

—¿Por qué? ¿No se supone que voy a colaborar con vosotros?

—Por si acaso Cifra no da el visto bueno. —Se encogió de hombros—. Yo solo hago lo que me ordenan, y es lo que te toca.

Jacob subió, no muy confiado, porque no le quedaba claro qué pasaría si la tal Cifra no estaba de acuerdo con su presencia allí o con su «colaboración».

Lenny le dio la capucha y extendió la mano, esperando sin decir nada, así que Jacob se cruzó de brazos.

—¿En serio? ¿Mi arma?

—Tengo que atarte, o podrías quitarte la capucha.

—Mira, acepto taparme, pero no que me ates ni ir desarmado a un sitio desconocido. Me sentaré detrás de forma que puedas verme por el espejo retrovisor y te prometo no quitarme la capucha. Tendrás que confiar en mi palabra.

Lenny no lo conocía lo suficiente como para confiar en él de esa forma, pero tampoco podía liarse a golpes con el policía para que hiciera lo que quería a la fuerza, esa no era forma de empezar una colaboración y seguro que los demás no lo aprobarían. Si comparaba aquella situación con la de Brody, no podía hacer lo mismo: al chico lo habían pillado desprevenido, para empezar, y no sabía defenderse. Estudió la expresión de Jacob, seria y resuelta, y acabó afirmando con la cabeza.

—Al menor movimiento… —amenazó.

—Tranquilo, tengo tanto interés como tú en una pelea.

Dicho esto, subió a la furgoneta, se sentó en el suelo y se puso la capucha. Lenny cerró las puertas y arrancó, echando un vistazo al espejo retrovisor. Al menos por el momento, el policía mantenía su palabra y no se movía, por lo

que inició el trayecto y avisó por el pinganillo a los demás de que estaba de camino.

Cada vez que tenía que girar, comprobaba antes si Jacob seguía con la capucha en su sitio por si acaso y así, sin incidencias, llegó al polígono.

—Déjatela puesta hasta que estemos dentro —le indicó.

Se bajó para abrir la puerta y lo cogió del brazo para ayudarlo a bajar y que no tropezara en su camino hacia el edificio. Se detuvo cuando llegó a la altura del guarda, que miró a ambos de arriba abajo.

—Un invitado —dijo Lenny, sin dar más explicaciones.

El guarda afirmó con la cabeza y Lenny metió a Jacob en el edificio, que resopló fastidiado, cansado ya de estar en la oscuridad y con aquella cosa incómoda tapándole.

Por fin, llegaron a la sala de reuniones y Lenny le quitó la capucha de un tirón. Jacob parpadeó al notar la luz en sus ojos, y pronto enfocó al grupo allí reunido: todos los de la casa de Brody, incluyendo al chico.

—Bienvenido —saludó Nova.

—Gracias.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Keith, señalando la carpeta.

—Ah, unos cuantos informes que he cogido, de asesinatos extraños.

Keith alargó la mano.

—¿Puedo?

—Claro.

Le pasó la carpeta y Keith miró las hojas, pasándolas poco a poco.

—Un hombre lobo. —Señaló las marcas en un cuerpo—. Este otro… tiene pinta de vampiro.

Alexia miró las fotos por encima de su hombro, y afirmó.

—Está desangrado, sí, debía tener mucha hambre. No le dejó nada de cuello intacto.

Lenny y Brody se miraron, sin decir nada ante ese comentario.

—Esto puede ser un demonio.

—¿No se supone que no pueden pasar por la puerta? —replicó él.

—Bueno, a veces hay fisuras…

—O alguna criatura de otro tiempo o dimensión —aportó Nova.

—Entonces, ¿el peligro no viene solo de la puerta?

—No, ya hay aquí bastante —dijo Brody, suspirando—. Yo también estoy confuso con eso, no creas.

—¿Y cómo vigilamos esas otras… dimensiones?

—Cifra llegará enseguida y contestará a tus preguntas —comentó Nova.

—Buenas noches.

Todos se giraron hacia la voz. Cifra avanzó hasta colocarse frente al grupo y les hizo un gesto para que se sentaran en las sillas allí dispuestas. Se apoyó en la mesa con los brazos cruzados mientras lo hacían.

—Bien, hoy tenemos muchas cosas en la agenda, os quiero ver a todos después de uno en uno. —Miró a Jacob—. Detective Jacob Warren, imagino que tendrás muchas preguntas.

—Pues…

—Muchas de ellas se quedarán sin respuesta, debo advertirte ya.

—Eso se lo podía haber dicho yo… —murmuró Brody.

Cifra se giró hacia él, con media sonrisa.

—Brody Jesky. —Instintivamente, él se estiró al ver que la mujer se acercaba—. Tenía ganas de conocerte en persona.

«Pues anda que no ha habido tiempo», pensó Brody, aunque se abstuvo de hacer ningún comentario en voz alta. Cifra le apoyó una mano en un hombro, haciendo que el chico se tensara aún más y pensara si debería cuadrarse o hacer algún tipo de saludo militar.

—Esperad fuera, los demás. Os iré llamando.

Uno a uno, todos fueron saliendo de la sala. Keith seguía con la carpeta en la mano, mirando fotos, así que Jacob se quedó a su lado, dispuesto a escuchar lo que tenía que decir sobre todos los expedientes.

Una vez solos, Cifra volvió a apoyarse en la mesa y le señaló a Brody una de las sillas vacías frente a ella para que se sentara.

—Lamento no haber venido antes —empezó la mujer—, pero tengo muchos asuntos que cubrir, como comprenderás.

Brody afirmó enérgicamente con la cabeza, aunque no tenía ni idea de qué hacía realmente la mujer aparte de coordinarlos a ellos, y eso, además, desde la distancia.

—¿Qué tal lo llevas?

—Bueno, bien, supongo.

—¿Cómo van tus avances con los entrenamientos y la brujería?

—Ah, eso… —Carraspeó—. Mejor, sí. —Se señaló la cara—. Llevo lentillas.

—¿Perdón?

—Con las gafas, antes se me empañaban. Así que ahora con las lentillas, mejor.

—Ya. ¿Algo más relevante?

—Sobre mí… diría que no, pero ya que estamos, pues… —Cogió aire—. ¿Te habló mi padre sobre Calantha?

Ella no pareció sorprendida al escuchar aquel nombre, ni siquiera parpadeó.

—¿La gárgola? —agregó él, por si acaso.

—Sé quién es Calantha y lo que Sammuel y Nova pretendían. ¿Has decidido heredar esa tarea también?

—Algo así. Y bueno, aparte, con los poderes que tiene, ¿no podría ser útil para el consejo?

—Los malditos suelen ser volátiles, Brody. Puede suponer un peligro para el grupo, Nova me ha informado de que quien la maldijo ha aparecido y fue la causante de un ataque en un bar. Por no hablar de ella en sí misma, cuando la bestia la domina. Y, en cualquier caso, si llegara a revertirse la maldición, entonces no tendría utilidad para el grupo.

—Vale, entonces es un… ¿no?

—No puedo impedirte que intentes ayudarla, como hizo Sammuel, pero sobre que sea miembro formal, no es posible. Si crees que en algún momento te puede ayudar, pues eso lo dejo a tu cuenta y riesgo. Eres el centinela, sabes lo que te conviene.

«Madre mía, ¿esta mujer me conoce acaso?»

—¿Algo más que comentar? ¿Sobre tus compañeros, por ejemplo? ¿Alguna queja?

Él la miró sorprendido.

—¿Yo? Ellos son los que tienen experiencia, así que, en todo caso, sería al contrario.

No iba a quejarse de que lo entrenaran sin descanso, obviamente, porque sabía que era por su bien, así que se quedó callado.

—¿Y sobre el policía? ¿Confías en él?

—No lo conozco apenas, pero si fue capaz de seguir a Alexia y a Lenny… Y no ha parado de investigar la muerte de mi padre, así que yo le doy mi voto, si sirve de algo.

—No realmente, esto no es una democracia, pero tendré en cuenta tu opinión. Gracias.

Brody la miró, esperando algo más, una frase de ánimo, algún consejo o lo que fuera, y cuando vio que ella no decía nada más, supuso que aquello era una despedida y se levantó de forma aturullada.

—Gracias a ti.

Salió de la sala sin saber muy bien qué le estaba agradeciendo, aparte de haber vuelto su vida del revés.

—¿Estás bien? —le preguntó Nova, al ver su cara de confusión.

—Sí, sí, supongo.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues nada, en realidad.

Nova puso los ojos en blanco y, sin preguntar a los demás, entró la siguiente en la sala. Parte del motivo por el que Cifra había decidido acudir en persona era ella, que se lo había solicitado para hablar de su problema, aparte de la inclusión o no de Jacob.

—Ah, Nova —saludó Cifra, al verla entrar—. Te esperaba con impaciencia, tu mensaje me ha dejado preocupada.

Nova no le había explicado mucho, solo que tenía un gran problema familiar que podía interferir con su trabajo en el consejo y que necesitaba su ayuda para solucionarlo. Se sentó en la silla que antes ocupara Brody y procedió a contarle toda la situación con su primo y la próxima reunión de linajes.

Cuando terminó de hablar, Cifra permaneció en silencio unos segundos, moviendo la cabeza de forma pensativa.

—Lo que me pides es imposible —sentenció, de pronto.

Nova sintió que se hundía en la silla, casi mareada con un ataque de vértigo, como si se hubiera abierto un vacío bajo ella y estuviera cayendo hacia la oscuridad.

—Cifra… —susurró.

—El consejo no puede ir contra los linajes de brujas, Nova, eso lo tienes que saber.

—Pero yo pensaba que quizá… aunque sea aplazarlo. Así puede que él se case con otra y me libre.

—¿Y en el siguiente encuentro? Estaríamos en la misma situación, Nova. El equilibrio entre las facciones paranormales es muy delicado y ha costado siglos alcanzarlo. No puedo enfrentarme a un linaje, igual que no puedo hacerlo con los clanes. Si mañana me reclamaran a Lenny, tendría que aceptarlo.

Nova negaba con la cabeza, sin poder creer lo que oía, y de pronto se dio cuenta de algo y levantó la vista.

—¿Y Alexia? —preguntó.

—¿Qué tiene que ver Alexia con todo esto?

—Algo pasó con su grupo de vampiros y la acogiste. Si con ella has hecho una excepción, ¿por qué no conmigo?

—No es lo mismo, Nova. El caso de Alexia… —Ladeó la cabeza—. No tiene nada que ver, ella necesita de nuestra protección.

—¿Y yo no?

—Nova, no insistas. No es algo que me guste, desde luego, porque supone perder a un miembro importante como tú, pero no puedo hacer nada. No puedo interferir en vuestras familias.

Nova tuvo que apretar los labios para no gritar y parpadeó con fuerza para no llorar. No entendía nada, suponía que era algo más que una bruja útil para el grupo, pero visto aquello… Al consejo le daba igual la persona: con tener una bruja les valía. Seguro que cuando se marchara, Cifra no tardaría nada en sustituirla.

—Cuando lo pienses en frío, estoy segura de que lo entenderás —añadió Cifra—. El mundo no puede perder a sus brujas, los linajes y sus costumbres existen por algo.

Al oírla hablar así le parecía estar escuchando a su madre o a cualquiera de sus tías. Menuda decepción acababa de sufrir… Otra más que añadir a la lista.

—Por lo demás, ¿qué tal avanza Brody?

Nova la miró, procurando mantener la compostura. Vale, el centinela era lo más importante, lo sabían todos, pero ignorar su problema de esa forma… Sacudió la cabeza, molesta.

—Avanza lento, pero va mejorando.

—¿Y el policía? ¿Le has llegado a tocar? —Nova afirmó—. ¿Y qué has sentido? ¿Es de confianza?

—Sí.

—Gracias.

Nova reconoció al momento el tono de voz y se levantó para salir, sin mirar atrás. Su cara debía ser bastante elocuente, puesto que todos la miraron como si fuera un fantasma.

—¿No ha ido bien? —le preguntó Alexia.

—No como yo esperaba, quizá al final necesite echar mano de esa lista tuya.

—¿Qué lista? —preguntó Lenny, al ver la sonrisa burlona de la vampira.

—Cosas nuestras —replicó ella.

Se metió en la sala para evitar más preguntas, y no llegó a sentarse como los anteriores, sino que se quedó de pie sin acercarse demasiado.

—No necesito que me interrogues —soltó, sin esperar a que Cifra hablara.

—Es solo una reunión de control —contestó Cifra, con tono conciliador —. Ver si estás bien, si necesitas algo.

—Nada, todo correcto.

—Sé que has ido al club. No deberías dejarte ver demasiado en público.

—Sigo una pista, no hay nada más.

No le apetecía ponerse a discutir con ella sus tratos con Olec, el Destello o cómo lo pagaba; le debía mucho a Cifra, pero eso no significaba que compartiera con ella todos sus secretos.

—¿Una pista? ¿Sobre qué? ¿Tiene que ver con el asesinato de Sammuel?

Joder, la excusa solo había ocasionado más preguntas, vaya por Dios. Y tampoco tenía nada sólido que ofrecerle, la verdad.

—No, bueno, no lo creo. Ya sabes que los ataques son de humanos, y hay uno en especial que se pasea por el club. Estoy intentando averiguar quién es.

—Humanos, sí. No tengo información nueva al respecto, os lo habría dicho a todos. Estamos investigando todos los frentes.

Alexia suponía que eso incluía a los clanes, aunque no lo dijo porque tampoco quería que pensara que estaba en contra de Lenny. Sobre todo, ahora que parecía que se llevaban mejor. Aquello le hizo preguntarse cuánto sabría Cifra, si en los detalles del ataque le habrían contado su forma de curar al cazador… Sin querer, se descubrió a punto de relamerse, y se obligó a mantener la boca cerrada y los colmillos en su sitio.

—¿Comentarios sobre el detective?

—Que hay que tener huevos para meterse en el club. No perdió la compostura, a pesar de la situación, así que… Para ser un humano, tiene mi respeto y nos será útil tener alguien en la policía.

—Muy bien. —Sonrió—. Gracias.

Alexia se despidió con la cabeza y salió.

—Siguiente —dijo.

Lenny miró a Keith, que estaba en una esquina hablando con Jacob de los expedientes, y el médico le hizo un gesto con la mano.

—Ve tú —indicó.

El cazador pasó al interior de la sala y adoptó la misma postura que Alexia, solo que apoyado en una de las columnas.

—Si sospechas de los clanes porque los atacantes son humanos, ya he dejado claro que no tenían tatuajes.

Cifra elevó una ceja, con gesto serio.

—Te veo muy a la defensiva. —Él se tensó—. ¿Te has planteado que puedan ser mercenarios, al servicio o no de algún clan?

—Lo de los mercenarios, sí. Lo otro, no. No es su estilo y lo sabes.

—No, eso es cierto. Sin embargo, no es ese tema el principal hoy, sino la cohesión del grupo y Jacob Warren.

—¿La cohesión del grupo?

¿Qué pasaba? ¿Se había quejado alguien? O más bien, Alexia, que era la última. Creía que, al entrenar juntos a Brody, la cosa estaba más fluida, pero a saber qué pasaba por la mente de una criatura como ella.

De forma inconsciente, se tocó el cuello, aunque apartó la mano con rapidez al darse cuenta.

—Solo quiero saber si las cosas van bien. Tenías mucha reticencia a trabajar con Alexia, ¿recuerdas?

—Todo en orden.

—¿Y qué opinas del detective?

—Sinceramente, tiene cojones para seguirme a mí y a Alexia, meterse en el club y hoy, venir aquí sin garantías. Además, es muy inteligente.

Ella reprimió una sonrisa ante aquella opinión, tan parecida a la que acababa de escuchar de boca de una criatura totalmente diferente y con la que, en principio, el cazador no había hecho muy buenas migas.

—Será útil, ahora mismo está con Keith revisando archivos. No ha perdido el tiempo.

—Eso parece. Bien, pues gracias.

Lenny inclinó la cabeza y salió. Le dio un toque a Keith en el brazo para que levantara la vista de la carpeta.

—Te toca.

—No tardo.

Le entregó la carpeta a Jacob y entró en la sala. A diferencia de Alexia y Lenny, sí que ocupó la silla frente a Cifra. Comenzó a mover la pierna de forma impaciente, algo que no pasó desapercibido para la mujer.

—¿Tienes prisa, Keith?

—Oh, deberías ver todo lo que ha traído Jacob. Hay informes forenses, fotos… Vamos a poder quitarnos unos cuantos casos de encima, a poco que nos ayude a cerrarlos. La policía no es muy molesta, pero cuando están detrás de algo… Es una gran adquisición, Cifra. No podemos dejarlo escapar.

—No, ya lo veo.

—Y lo demás, nada nuevo. Brody avanza, el grupo trabaja en equipo y aunque no tenemos pistas aún de quien nos ataca, estoy seguro de que pronto

lograremos algo.

—Bien, Keith. Gracias.

Keith no se lo pensó dos veces y salió tan rápido como había entrado. Recuperó la carpeta de manos de Jacob y le señaló la puerta.

—Te está esperando —indicó.

El policía paseó la vista por todos, sin percibir animadversión por parte de ninguno ni nada que le hiciera sospechar que le podía ocurrir algo malo ahí dentro. Por si acaso, tocó su pistola, bien colocada en su arnés sujeto a la espalda y así, reconfortado, entró en la sala.

Avanzó hasta la silla sin quitar la vista de la mujer, que lo observaba a su vez. De todos los que había conocido hasta entonces, ella le parecía la más misteriosa. Estaba seguro de que aquel no siquiera era su nombre real, y con solo su descripción física, no creía encontrar mucha información sobre ella, como había ocurrido con Alexia o Lenny.

—¿Desconfía de mí, detective?

—Todavía lo estoy decidiendo.

Ella sonrió, aunque el gesto no relajó al policía, aún en alerta.

—Buena respuesta —dijo Cifra—. Bien, el equipo te quiere con ellos y llevamos tiempo queriendo infiltrar a alguien en el cuerpo, ¿te ves capaz de hacer lo que necesitemos? ¿Cerrar o hacer desaparecer casos extraños como los que me cuenta Keith que has traído?

—Muchos llevan tiempo abiertos y no tienen seguimiento, no debería ser difícil. Además, necesitan buenos datos para justificar el personal y presentar al comisario, así que, si lo hago poco a poco y utilizando nombres de detectives a punto de jubilarse, a nadie le extrañará.

—¿Por qué a punto de jubilarse?

—Porque a esos les da igual todo y solo quieren irse cuanto antes. Si les pido que firmen algún informe diciendo que es papeleo para su jubilación o cosas de casos sin importancia, lo harán. Pensarán que les estoy haciendo un favor.

—Bien, eso lo dejo a tu criterio. Debes saber que este no es un trabajo cualquiera, se te remunerará solo por causas justificadas con el consejo y te protegeremos, igual que al resto, pero el centinela es lo primero y su supervivencia es primordial. Nadie más tiene poder para controlar la puerta. El resto del equipo es…

—¿Prescindible?

—Menos importante. Entiende que esto es un compromiso de por vida, Jacob, no puedes dejarlo cuando quieras ni hablar con nadie sobre nosotros.

—¿Quién iba a creerme? —Sacudió la cabeza—. Lo tengo claro. ¿Qué debo hacer, un juramento de sangre?

Lo dijo en tono de broma, no esperaba que ella sonriera y negara con la cabeza para contestar:

—Eso es solo para el centinela. Nova deberá incluirte en el círculo, lo decidirá cuando te vea preparado.

—¿Círculo?

—Es una especie de ceremonia en la que todos quedáis unidos, pero si la magia percibe algo extraño, no se crea el vínculo. Por eso no se hace enseguida, debe pasar un tiempo para que el equipo forme lazos.

—Ah…

Como si le hubiera hablado en chino, más o menos, y su cara debía mostrarlo, porque Cifra se acercó y le apretó un hombro.

—Tranquilo, con el tiempo entenderás —le dijo.

Pasó de largo hasta la puerta y la abrió para que entraran todos. Keith se sentó junto a Jacob, mientras los demás se desperdigaban por el salón.

Cifra esperó a que todos estuvieran sentados para hablar de nuevo.

—Jacob Warren será nuestro infiltrado en la policía —anunció—. Se ha comprometido y habrá que hacer la ceremonia de nuevo, Nova, para…

—¿Otra vez? —exclamó Brody.

—Para crear un nuevo círculo. Eso es todo.

Nova ni la miró mientras la mujer salía de allí, con el tema del círculo apenas rondando su mente. Era la última de sus preocupaciones y ya buscaría el momento de hacerlo, cuando hubieran pasado unas semanas y el policía estuviera más integrado. Por una vez, se preocupaba más por ella misma. Y le daba igual que Brody, como centinela, estuviera por encima del resto de problemas terrenales. No descuidaría su trabajo, obviamente, porque un cuervo hubiera dejado un visible y doloroso recordatorio de su futuro; ni, tampoco, porque Brody estuviera más interesado en una gárgola inmortal que en ella. Pero eso no quitaba que pensara en sí misma, como raramente hacía. Sin el apoyo de Cifra no veía muchas alternativas, por no decir ninguna. Tendría que acudir a la reunión, y entonces…

Suspiró, preguntándose si, después de todo, no debía aceptar su destino como bruja de linaje puro que era. ¿Qué otra opción tenía, de todas formas? La vida como miembro del consejo era estresante, siempre alerta, y su trabajo en la tienda, en fin, le gustaba porque era algo real y podía fingir ser una persona normal.

Pero, fuera de eso, no tenía un futuro propiamente dicho. Si Brody se hubiera fijado en ella, aunque fuera un poquito, podría tener una excusa para animarse a sí misma y enfrentarse al linaje y a su destino. Ahora… no sabía qué podía hacer al respecto.

Capítulo 18

—Vaya, no esperaba a Cifra tan… así —comentó Brody, cuando se dejaron de escuchar los pasos de la mujer por el pasillo.

—¿Cómo te la imaginabas? —preguntó Keith, con media sonrisa divertida.

—No sé, tampoco me había parado a pensarlo. Pero al menos a mí, menudo repaso me ha hecho.

Y por la cara que tenía Nova, no parecía que a ella le hubiera ido mejor. La bruja se había quedado a un lado del grupo, con gesto triste y concentrado. Dudaba si acercarse, aunque quizá sería mejor hablar con ella cuando estuvieran solos de vuelta a la casa.

—Lo importante es que Jacob es parte del equipo —dijo el doctor—. Estoy seguro de que, con su ayuda, encontraremos al asesino de Sammuel.

—Gracias por la confianza —replicó Jacob, carraspeando—. Pero tampoco esperéis milagros, si no he encontrado nada hasta ahora…

—No sabías por dónde buscar —dijo Lenny, encogiéndose de hombros—. Ahora que sabes que hay algo más allá de lo que se ve a simple vista, tendrás otra perspectiva de las cosas.

—Créeme, yo ya no miro a la luna de la misma forma —le dijo Brody—. Sobre todo, si está llena.

—Hablando de eso, os dejo —interrumpió Nova.

—¿Hay luna llena? —El temor en la voz de Brody era palpable, sobre todo al haber estado bromeando antes—. ¡Que me había puesto aviso en el móvil y no ha pitado ni nada!

Sacó su teléfono y fue al calendario a toda prisa, donde había marcado las lunas llenas y días anteriores y posteriores para estar alerta.

—No, estamos en creciente y es el mejor momento para recoger hierbas.

—¿En serio?

—Tienes que leer sobre los ciclos de la luna, Brody, mira luego en el libro que tiene el dibujo astral en la cubierta. Es muy importante saber en qué ciclo está a la hora de hacer cualquier cosa. Por ejemplo, la generación corresponde

al ciclo creciente y la corrupción al decreciente; es por eso que, de un modo muy general, los primeros catorce días en que la luna crece son llamados la quincena clara y son aptos para comenzar todo tipo de actividad en la que se necesite hacer crecer, fomentar, agrandar, producir. La segunda mitad del ciclo lunar a partir de la luna llena, desde donde comenzará a decrecer, es llamada la quincena oscura y va a ser apta para hacer cosas en donde se necesite menguar, reducir, cortar o terminar. —Se dio cuenta de que todos la miraban, y sacudió la cabeza—. Perdón, no quería ponerme en modo profesora. Total, que ahora es cuando las hierbas son más poderosas. Te veo en casa.

Y, además, le servía como una magnífica excusa para salir de allí. Estaba agobiada por la conversación con Cifra y necesitaba aire fresco. Se despidió de forma atropellada y se marchó con rapidez.

—Sí que es complicado el tema de la brujería —comentó Jacob.

—No te haces idea —replicó Brody—. No sé qué es peor, si eso o la parte de entrenar, que entre Lenny y Alexia me tienen frito. —Los dos carraspearon y se miraron, al darse cuenta de que habían coincidido en el gesto—. Ya me entendéis, en el buen sentido.

—Y digo yo… —empezó Jacob, de forma dubitativa y mirando al chico de reojo—. Sin ofender, ¿vale? ¿No había nadie más… adecuado?

—Tranquilo, no me ofendo —contestó Brody, tan tranquilo—. Si yo pensaba lo mismo.

—Es su línea familiar —explicó Keith—. El poder del centinela de protección de la puerta y su capacidad de detectar fisuras va en la sangre, no puede hacerlo cualquiera. Y Sammuel solo tenía un hijo, si Brody muere…

—Tendríamos que buscar por el árbol genealógico a otras ramas de la familia que tendrán menos experiencia aún que él y no sabemos si el poder —terminó Lenny—. Así que, por el momento, Brody es lo mejor que tenemos.

—Lo único, más bien —corrigió Alexia.

—Se nota que me adoran —sonrió Brody.

—Sí, ya lo veo.

—En fin, aquí ya hemos acabado —dijo Keith—. Si te parece, me llevo estos archivos y cuando tengas más, hablamos.

—Sin problema, son copias —afirmó Jacob.

—Te llevo a tu casa —le dijo Lenny—. Y tranquilo, ahora puedes ir delante conmigo y te daré toda la información sobre cómo llegar aquí, avisaremos a seguridad para que no tengas problemas.

Jacob se despidió de todos y lo siguió hasta llegar a la entrada, donde se quedó un poco descolocado al ver que la seguridad de la que hablaba se limitaba a un guarda leyendo un periódico y con cara de aburrido. Lenny habló con él, el hombre le miró de arriba abajo, afirmó con la cabeza y siguió con su lectura como si nada, sin decir una palabra.

De camino a la furgoneta, el policía se fijó en que había varias cámaras por el edificio y en el aparcamiento, así que quizá la figura del guarda era algo más anecdótico que otra cosa y allí había más de lo que en un principio parecía.

—Las apariencias engañan —comentó Lenny, una vez sentados en el interior de la furgoneta—. Cualquier persona no puede ser vigilante.

—No sé si preguntar, por la respuesta que puedas darme.

—No son cazadores, ni vampiros, ni brujos, si es lo que estás pensando.

—Sinceramente, no sé ni qué pensar.

—Son humanos, entrenados especialmente para el puesto. Además, si lo necesitan toman unos brebajes… bueno, pociones, que si me oye Nova, me riñe. No le gusta ese término. En fin, unas bebidas que los hacen más fuertes, más rápidos, más… todo, por resumir.

—¿Y por qué no las tomas tú? ¿O Brody, que tiene pinta de necesitarlo más?

—No son para uso continuo, pueden causar adicción, efectos secundarios… Las tienen solo para casos de extrema necesidad.

—Entiendo. Supongo. —Suspiró—. Creo que cada día va a ser una sorpresa con vosotros.

Lenny no pudo evitar sonreír. Al menos no había salido corriendo ni habían tenido que intentar borrarle la memoria con algún hechizo, cosa que a veces no salía bien. Después de lo del club, Lenny no las tenía todas consigo porque, en su lugar, también habría aceptado el trato con tal de salir con vida de allí. Otra cosa era seguir adelante, pero parecía comprometido y de fiar.

—Sí, no te vas a aburrir —le dijo.

Lo llevó hasta su casa y, una vez allí, le entregó los números de todos y un pinganillo, aunque Jacob le avisó que no podría usarlo de continuo por si alguien lo detectaba en comisaría. Después, le envió a su teléfono las instrucciones para llegar al lugar de reuniones y se despidió diciéndole que ya le informarían cuando hubiera reunión.

Como Nova no apareciera por la casa, Brody cenó solo. Supuso que lo de buscar hierbas se alargaría unas horas, para aprovechar la luz de la luna, así que subió al despacho a coger el libro que le había dicho y echar un vistazo.

—Me tienes abandonado —protestó el oráculo, en cuanto entró por la puerta.

—Ya, tengo muchas cosas que hacer, perdona.

Entre el espejo y Marcus, vamos, se estaba cubriendo de gloria.

—¿Qué es eso? ¿Un libro astral?

—Algo así, Nova me ha hablado de los ciclos de la luna y voy a echarle un vistazo.

—Está en creciente, es un momento estupendo para probar hechizos. Si no te funcionan ahora, es que no lo harán nunca. Aunque siendo tú… en fin.

—¡Gracias! —Brody rechinó los dientes—. Si es que eres de un amable que vamos.

—Oye, ¡encima de que te doy un consejo!

Brody abrió la boca para replicar, pero justo llamaron al timbre y frunció el ceño.

—Mira, te libras porque viene alguien.

—Será tu amiguita, la gárgola —resopló el espejo.

—¿Qué pasa, te cae mal?

—No, ni mal ni bien, solo creo que te hace perder mucho el tiempo en su problema y bastante tienes tú ya.

—Y de nuevo, gracias por tus consejos.

Con el libro bajo el brazo, salió del despacho, cerró la puerta casi dando un portazo y descendió las escaleras para abrir la puerta.

Al ver a Calantha, tragó saliva. Esperaba que fuera ella y sabía que aparecería esa noche o la siguiente, como siempre hacía, pero, aunque habían pasado un par de días desde el beso, seguía sin saber qué decir o hacer al respecto.

Ella se movió cambiando el peso de pie, y lo miró carraspeando.

—¿No me dejas entrar? —preguntó, con tono de broma.

—Ah, sí, claro, perdona.

Se hizo a un lado y la chica entró. Evitaba mirarlo a los ojos, así que supuso que se sentía tan incómoda como él con la situación.

—Escucha… —empezó él.

—Quería… —dijo ella.

Los dos se miraron y sonrieron. Calantha movió la cabeza.

—Habla tú —invitó.

—Perdona, es que no sé… A ver, no siento lo del otro día, pero…

Calantha sonrió, casi de forma imperceptible, y se acercó para darle un pequeño y dulce beso en los labios.

—Yo tampoco lo siento —susurró.

Brody respiró, aliviado. La interrupción de Nova no solo había cortado su apasionado beso, sino también cualquier conversación entre ellos, y necesitaba saber que ella había sentido lo mismo que él. Le había correspondido, sí, pero no quería meter la pata con ella por falta de comunicación o algún malentendido. No era un experto en relaciones, para nada, aunque eso lo tenía claro.

—De hecho… —continuó ella, mordiéndose un labio—. Estaba pensando en venir a hablar contigo, pero ahora que te tengo delante, se me ocurren otras cosas.

Lo miró a los ojos, de forma clara y directa, y por si él tenía alguna duda, directamente deslizó la mano por debajo de la camiseta para tocar su pecho y la dejó ahí, sobre su corazón, notando sus latidos desbocados. Tenía dudas, muchas. Estaba su pasado, que, aunque lejano, le provocaba aún pesadillas y no solo por la maldición, que era un constante recordatorio. También estaba el hecho de apegarse a las personas, como bien le había explicado.

Y, sin embargo, era tanto el tiempo sin sentir aquella atracción, aquel deseo por otro ser humano que no podía dejarlo pasar. Llevaba décadas, siglos, sin permitirse el más mínimo acercamiento, pero Brody, de alguna forma, había conseguido resquebrajar un poco su coraza y no quería encerrarse de nuevo en ella. Había sido una piedra durante demasiado tiempo, necesitaba sentir y que la sintieran, tocar y ser tocada.

Entonces Brody se inclinó y la besó, de forma suave, y el contacto fue tan eléctrico como el beso anterior, lo que confirmó a ambos que la química estaba ahí, no era cosa de su imaginación, ni algo momentáneo.

Ruborizada, Calantha se apartó un momento para coger aliento y le cogió una mano para llevarlo hacia la escalera.

Brody se dejó conducir como en un sueño, a punto de pellizcarse para comprobar si estaba despierto o dormido, solo que, o hacía eso, o seguía a la chica, y obviamente ganó la segunda opción.

Volvieron a besarse en la puerta de la habitación y, al entrar, Calantha se quedó mirando unos segundos la cama deshecha.

—Perdón, soy un poco desordenado —se disculpó Brody, apresurándose a quitar la ropa que tenía tirada por la habitación y echarla a un rincón—. Y no esperaba visitas.

—No pasa nada.

Y lo pensaba de verdad, puesto que aquella habitación representaba al chico tal y como ella le gustaba: desordenado, aturullado y, también, detallista: en la mesita no faltaba una foto de sus padres y él cuando era pequeño. Se acercó a cogerla y pasó la mano por el cristal con una sonrisa.

—Te pareces a tu padre de joven —comentó—. Más ahora con el corte de pelo que te he hecho.

—¿Eso crees?

Se pasó la mano por la cabeza, aún sin haberse acostumbrado a tenerlo corto y sin mechones rebeldes.

Calantha dejó la foto bocabajo sobre la mesilla, apartó a un lado las sábanas medio enrolladas y se sentó en el borde de la cama, expectante. Él seguía algo descolocado, sobre todo porque si ya la situación en sí era extraña, tener a una chica (vale, más raro aún, encima no cualquier chica, sino una gárgola) en su cama de adolescente era todavía más surrealista.

Se dio cuenta de que se había quedado parado como un tonto en la entrada a la habitación, así que dio un paso adelante y decidió quitarse la camiseta. Al menos el ejercicio había hecho algo en su favor en ese sentido, porque la ropa le quedaba floja en general, y sus brazos empezaban a tener una definición nunca vista antes. En resumen, aunque no era un Adonis precisamente, tampoco era ya un Baco.

Se acercó y se sentó junto a ella. Despacio, la besó de nuevo y le acarició los brazos, pasando las yemas de los dedos por su piel. Bajó las manos a su cintura, para enganchar la camiseta y tirar de ella hacia arriba.

Entonces Calantha le rodeó el cuello con los brazos y, al abrazarse, se movieron para no caer del borde del colchón, colocándose más en el centro de la cama y tumbándose, con Brody sobre ella. La temperatura de ambos estaba subiendo, al igual que la cadencia de sus caricias y la forma de besarse, que cada vez era más apasionada y urgente. Calantha esperaba que los recuerdos la avasallaran, que la tensión acumulada durante años hiciera su aparición. Pero no sucedió nada de eso, ni siquiera cuando Brody consiguió soltarle el sujetador tras pegarse con el broche un buen rato y cubrió uno de sus pechos con una mano. La caricia la puso nerviosa en el buen sentido, y gimió bajo él animándolo a seguir.

Entre besos aquí y allá y caricias incesantes, fueron desprendiéndose de la ropa que tenían, lanzándola por la habitación sin miramientos.

En su mente nublada, Brody quería ir despacio, tomarse su tiempo, pero claro, con ella moviéndose de aquella forma en la que no hacía más que

pedirle más, y la manera en que le tocaba, acabó dejándose llevar y pronto estaba entre sus piernas, rodeado por ellas.

La miró a los ojos y ella movió sus caderas, humedeciéndose los labios.

—Estoy bien —le susurró, por si acaso tenía alguna duda.

Brody se sintió reconfortado por aquella frase y se movió contra ella, uniendo por fin sus cuerpos de la forma más lenta y delicada que pudo. Calantha lo abrazó con fuerza, con la cara oculta en su hombro, y la forma en que suspiró le instó a seguir, seguro de que sí, todo iba bien.

Increíble, más bien, era lo poco que podía pensar ella, según su cuerpo respondía y su piel se ponía de gallina reaccionando al placer que estaba sintiendo. Era como si todo su cuerpo hubiera estado aletargado y reaccionara de pronto recordando lo que era capaz de sentir.

Se sacudió con un gemido, abrazando al chico con tanta fuerza que parecía que no quisiera dejarle escapar, y así se quedaron, enlazados, durante unos minutos mientras ambos regresaban de las nubes a las que habían subido.

Calantha sentía deseos de llorar, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no hacerlo porque lo último que quería era asustar a Brody y que se llevara una idea totalmente equivocada de lo que había sentido. Con un suspiro, le besó un hombro y él la miró.

—Ha sido… —empezó Brody, sin saber muy bien cómo explicarse—. ¿También para ti?

Calantha sonrió y se movió para que se echara a un lado, aunque no se separaron mucho. Lo miró a los ojos y le acarició una mejilla.

—Sí, lo ha sido —le confirmó.

—Llevaba mucho sin… —Carraspeó—. Bueno, ya me entiendes. No soy un *playboy* precisamente.

—No creo que tanto tiempo como yo.

Él enrojeció, mortificado, aunque se tranquilizó al escuchar la risa de ella.

—No pasa nada, estaba bromeando —le dijo.

Brody sacudió la cabeza, con el ceño fruncido, y la chica le pasó el dedo por la frente como si así pudiera alisarle aquella arruga de preocupación.

—En serio, estoy bien —volvió a decirle.

—No es eso, es que… pensaba que me gustaría que te quedaras conmigo, que despertáramos juntos y hacerte tortitas con arándanos.

Ella volvió a reír, sin poder evitarlo.

—¿Acaso sabes hacer tortitas? —preguntó.

—Más o menos. Y no tengo arándanos, ahora que lo pienso, pero ya me entiendes.

—Lo sé. —Se acurrucó contra su pecho, suspirando—. Solo tenemos unas horas, es lo que hay y no podemos hacer nada al respecto.

Brody la estrechó contra sí, acariciándole el brazo con la mano de forma pensativa, hasta que, de pronto, se sentó.

—No si puedo evitarlo —dijo.

Calantha apoyó la cabeza en una mano y se apartó el pelo de la cara, mordiéndose el labio.

—Brody, habrá que tener paciencia.

—Mira, creo que deberíamos probar algo nuevo y deberíamos hacerlo hoy.

Sorprendida, la chica se sentó también y lo miró, esperanzada.

—¿Habéis descubierto algo Nova y tú?

—No realmente. Pero escucha. —Le cogió las manos—. Hoy hay luna creciente. Es una noche especial, me lo ha dicho hasta el oráculo. Los hechizos funcionan mejor en noches como esta.

—Bueno, no es una ciencia exacta, ya lo sabes.

—Nova tiene preparadas algunas pociones de prueba, puedo coger una y con el hechizo adecuado…

—¿Sabes algún hechizo adecuado? —Movió la cabeza—. No sé, Brody, sin Nova quizá no deberíamos intentar nada.

—¿Confías en mí?

Ella ladeó la cabeza. Claro que confiaba en él, el problema no era ese. El problema era que ya sabía lo que era probar cosas y que no funcionaran o tuvieran algún efecto extraño. Claro que quería seguir intentándolo, pero esa noche había empezado siendo tan perfecta que no quería que terminara justo al revés, con un fracaso o una decepción. Entonces, Brody le cogió la cara entre las manos para que le mirara a los ojos, y vio en él una confianza que no había estado ahí antes.

—Vuelvo enseguida, tranquila.

Le dio un beso, se levantó para ponerse algo de ropa por encima y salió de la habitación con resolución.

Brody estaba más animado que cualquier otra noche. Sentía que, después de lo sucedido, era capaz de cualquier cosa, hasta de subir todos los nudos de la maldita cuerda si hacía falta. Solo que eso ya lo probaría al día siguiente, ahora tenía a Calantha allí y una oportunidad de ayudarla. ¡Hasta la luna estaba de su parte! Si se paraba a pensarlo, Nova ya le había comentado algo

al respecto alguna noche en la que habían practicado y los hechizos parecían salirle mejor que de costumbre, solo que no había prestado la suficiente atención. No valía recriminarse ahora sobre eso, sino no perder detalle de lo que le enseñara a partir de entonces.

A ella y al oráculo; pese a que era un borde, por una vez parecía haberle dado un buen consejo.

Al llegar a la puerta de la habitación de Nova dudó un momento, al pensar que estaba entrando allí sin que ella estuviera… Esperaba que no se enfadara con él y lo entendiera, así que pasó y fue directamente a una caja donde guardaba pociones. La chica las tenía todas etiquetadas para evitar confusiones, por lo que no tardó en encontrar las que pertenecían a cualquier transformación.

Tras guardarse unos cuantos viales, se dirigió a los libros y entonces su vista se desvió a los que ella mantenía apartados. Recordaba bien su advertencia al respecto, solo que… ¿y si era alguno de ellos el que funcionaba y estaban siendo demasiado prudentes? Lenny y Alexia siempre le decían que había que tomar riesgos, ¿no? Quizá aquel era un buen momento para escucharlos también a ellos.

Sin pensárselo más, revisó los que Nova había apartado y buscó en el interior los hechizos. Dudaba entre varios, así que cogió el libro y se fue con él de regreso a su habitación.

Calantha le esperaba sentada en la cama, aunque tapada con la sábana.

—Empieza a hacer frío —comentó.

—Tengo que revisar la caldera y el sistema de calefacción, a ver si tengo tiempo, que eso no lo arregla la magia. —Se sentó a su lado—. Y sí, lo he consultado con Nova por si acaso.

La chica sonrió, aunque estaba intranquila por la posibilidad de probar algo sin una bruja ni nadie con experiencia en esos temas. Aunque lo veía tan confiado, que quizá sus temores eran infundados. Sabía que estaba estudiando los libros, los diarios, que entrenaba con Lenny y Alexia y que practicaba con Nova a menudo, así que ya no era un completo novato. Quizá el chico había estado pecando de modestia y estaba más avanzado de lo que ella creía.

—Miramos juntos las posibilidades y, si no estás convencida, no probamos nada, ¿vale? —le dijo el chico.

Calantha afirmó y se acercó más a él. Brody sacó de sus bolsillos los viales y los colocó frente a ellos, de forma que los dos podían ver las etiquetas que llevaban. Después, abrió el libro y repasó uno de los hechizos. Para aquel necesitaría más elementos que no tenía a mano, por lo que pasó a otro

marcado con una etiqueta roja. Lo leyó despacio, sobre todo porque establecía que debía realizarse en luna creciente o llena, nunca nueva, y revisó los pasos e ingredientes. Necesitaba un par de las pociones que Nova había preparado, aunque no estaba seguro de que las cantidades fueran las correctas. Las medidas no estaban claras, al menos para él, y cogió los viales para mirarlos como si ahí pudiera encontrar alguna respuesta.

—¿Valen estas? —preguntó Calantha.

—Sí, según esto, hay que utilizar las dos. —Los apartó—. Necesitamos que entre la luz de la luna por la ventana y te coloques en ella, dice aquí.

—¿Conoces las palabras del hechizo?

—Yo diría que sí.

Lo leyó un par de veces sin llegar a pronunciarlo, y la verdad era que reconocía prácticamente todas las palabras que allí había y sabía cómo se pronunciaban. Necesitaba dibujar un círculo con unos símbolos en el suelo, según un diagrama que había en el libro, y que Calantha se colocara en el centro.

—Voy a ver si aquí podemos hacerlo o tenemos que ir a otra parte —dijo.

Se levantó para ir a abrir la ventana y se encontró justo de frente la luna, brillante en su forma creciente, sin ninguna nube alrededor que la tapara. Sabía que era cuestión de tiempo que cambiara de posición en el firmamento, por lo que se apresuró a ir a buscar tiza blanca para dibujar sobre la madera el círculo con los símbolos, de forma que quedaran iluminados por ella. Algo debía estar haciendo bien, porque según los terminó y les dio la luz, se iluminaron todos.

—¡Mira! —le dijo a Calantha, señalándolos—. Eso es una buena señal, ¿no crees?

Ella recogió los viales y se acercó, envolviéndose con una de las sábanas. Que los símbolos reaccionaran así era más que una buena señal: era prueba de que Brody iba por buen camino.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó.

—Colócate en el centro del círculo, mirando hacia la ventana. —Calantha se acercó al círculo—. Yo voy a ir leyendo y te indicaré cuándo tomar cada vial, ¿de acuerdo?

—Vale.

Tragó saliva y, tanto para animarla a ella como para darse ánimos a sí mismo, Brody le dio un beso en los labios.

—¿Lista?

Calantha afirmó, pasó al interior del círculo con cuidado de no tocar los dibujos de tiza y comprobó la posición.

—No te muevas —pidió Brody.

Fue a apagar la luz para que no interfiriera con la propia de la luna. Después, cogió una vela de hierbas especiales, la encendió y sujetó el libro abierto con la otra mano para poder leer a la vez y seguir las instrucciones. Había muchos pasos, y se concentró en ir despacio en cada uno para no meter la pata. Movió la vela de un lado a otro, haciendo dibujos en el aire según marcaba otro diagrama. A continuación, rodeó a Calantha recitando unas frases siguiendo la dirección de las agujas del reloj.

—Bebe ahora el vial marcado «Transformación corporal» —le indicó.

Calantha lo cogió, le quitó el tapón y se lo tomó de un trago, haciendo un gesto de asco al notar el regusto amargo en la boca. No protestó, esperando que el siguiente no estuviera tan malo, mientras Brody hacía el camino contrario y seguía hablando. Al completar el segundo círculo, el chico le dijo que tomara el segundo vial.

Calantha repitió la operación, y para su desgracia no estaba amargo, sino mucho peor: tuvo incluso ganas de vomitar y le costó reprimir el reflejo. Entonces, notó una sensación extraña en el estómago y se lo tocó, molesta.

—Brody… —empezó.

Él la ignoró, en medio de otra retahíla de frases y movimientos con la vela en su dirección y hacia la luz de la luna. La molestia del estómago se convirtió en un pinchazo, y después en un dolor que la hizo caer de rodillas mientras notaba cómo un hormigueo recorría su piel y la ondulaba. Le recordaba a cuando se transformaba en bestia, y tuvo pánico de que eso fuera a sucederle. No quería atacar a Brody, y cuando se convertía, perdía toda noción de sí misma.

—¡Br…!

Intentó avisarlo, pero solo le salió una especie de rugido y se miró las manos, que estaban cambiando de color al convertirse en garras.

A solo un par de pasos de ella, Brody dio un salto atrás, asustado, al ver cómo se transformaba. Todavía no había terminado de hablar y vio que Calantha no se movía del círculo, como si estuviera atrapada dentro, lo cual le dio confianza en que lo mismo sucedería con la bestia. Cogió aire y continuó hablando, aunque evitando mirarla. No solo la bestia era de por sí aterradora, sino que también estaba sufriendo por ella, por ver cómo su cuerpo se transformaba. No gritaba ni emitía muchos sonidos, pero suponía que tenía que ser doloroso.

Por fin, terminó todos los pasos y la miró… para descubrir que no quedaba nada de Calantha, solo una enorme bestia con aterradores colmillos y garras, que lo miraba de forma amenazadora. Elevó un brazo hacia él, aunque no se le acercó ni un centímetro, golpeando una barrera invisible en su lugar.

Entonces, los símbolos del suelo volvieron a brillar. La bestia emitió un rugido que hizo temblar todos los cristales de la casa y pareció menguar de pronto. El cuerpo disminuyó de tamaño, la piel se volvió blanca y Calantha apareció de nuevo. Lo miró, respirando con dificultad, y se tocó los brazos como para comprobar que estaba intacta.

—¿Notas algo? —le preguntó él.

Calantha negó con la cabeza, y justo entonces volvió a notar un hormigueo, aunque esta vez, era diferente. No era la sensación de cuando se convertía en bestia, sino… Miró por la ventana, asustada, pese a que aún era noche. No estaba saliendo el sol y, sin embargo…

Se giró hacia Brody y extendió una mano hacia él, notando la barrera mágica.

—¡Brody! —lo llamó.

Y entonces, de pronto, se quedó sin voz. Ante los ojos incrédulos de Brody, la piel de Calantha se volvió de un gris claro, congelando aquella expresión suplicante y sus ojos asustados. Los dibujos cesaron de brillar, la luna dejó de iluminar la habitación y Brody corrió a encender la luz, dejando caer al suelo el libro y la vela, que se apagó por el camino.

—¡Calantha! —Se acercó a ella y cogió su mano, notándola fría y, al tacto, como una piedra—. No, no, no. ¡Calantha!

No hubo reacción por su parte. Brody dio vueltas alrededor de ella, buscando a saber qué, sin ver nada más que piedra por todas partes, como si fuera una estatua clásica.

—¿Por qué estás gritando?

Brody se giró hacia la puerta, pálido, y vio a Nova, que lo observaba con el ceño fruncido. Al moverse, dejó al descubierto a Calantha… y la bruja se llevó la mano a la boca, asombrada.

—¡Dios, Brody! ¿Qué has hecho?

Corrió hacia la estatua y, por el camino, vio el libro y la vela. Al llegar a su altura, se dio cuenta también de las marcas que había en el suelo. Por si acaso, tocó a la chica, o en lo que se había convertido.

—Brody, ¿qué has usado?

—Yo… —Señaló el libro—. Ese de ahí, el marcado en rojo. No sabía… Nova, pensaba que podría, es luna creciente y…

—¡Cállate!

Brody nunca la había visto así, tan enfadada, al igual que ese tono de voz. Se quedó a un lado, en silencio, mientras la bruja recorría la habitación y revisaba los viales y el hechizo.

Con gesto desesperado, se sentó con las piernas cruzadas junto a Calantha, pasando páginas del libro atrás y adelante.

—Joder, Brody, joder. Te dije que estos hechizos son peligrosos.

—Yo… bueno, en fin, al menos no es una gárgola, ¿no?

—¿Qué?

—Cuando se transforma de día no tiene ese aspecto. Quizá cuando salga el sol…

—Cuando salga el sol, seguirá igual, ¡porque la has convertido en piedra!

Él tragó saliva. Obviamente, no era eso lo que pretendía, ni por asomo.

—Es una de las consecuencias de hacerlo mal, maldita sea.

—Pero… pero… ¿la he matado? ¿No puedes revertirlo?

Empezaba a notar tal angustia en el pecho que pensaba que le daría una taquicardia.

—No —contestó Nova.

—No, ¿qué?

—Las dos cosas. Está viva, solo… como inanimada, por así decirlo. Ahora es vulnerable, como lo es una estatua de piedra normal, así que tendrás que vigilarla y cuidarla mientras averiguo cómo arreglar este desaguisado.

—Pensaba que la luna creciente… Tú me lo dijiste, y también el oráculo, que todo funcionaba mejor. ¿Qué puedo hacer? Nova, dime lo que quieras, que lo haré.

—Ahora mismo, limpia eso y ni se te ocurra abrir la boca. Tengo que hablar con Cifra, debe saber esto.

—¿Es necesario?

—Brody, tienes en tu habitación a una gárgola convertida en estatua humana a la que persigue una hechicera a través del tiempo y puede venir a por ella. ¡¿Tú qué crees?!

De nuevo, Brody decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse callado y obedecer, así que se fue a buscar un cubo con estropajo y jabón para limpiar el suelo. Se sentía avergonzado, culpable… le daban ganas de imponerse algún castigo, aunque no se le ocurría cuál y, de todas formas, suponía que ya se encargaría Cifra de eso. Evitaba mirar a la estatua en la que había convertido Calantha, temiendo también ponerse a llorar de un momento a otro. ¿Por qué se había envalentonado de esa forma? Y ella había confiado

en él, a ciegas, solo para fallarle miserablemente. No haberla matado era un consuelo, aunque pobre, y estaba seguro de que cuando Nova o quien fuera consiguiera sacarla de aquel estado, la chica no querría volver a verle ni hablar con él.

Estupendo. Por fin conseguía algo impensable para él, ligar con la chica con la que soñaba desde hacía tiempo, y la convertía en piedra. ¿Se podía caer más bajo?

Aparentemente, sí, porque Nova se acercó a él con gesto serio y le tendió su móvil.

—Es Cifra —informó.

Brody tragó saliva y cogió el teléfono, acercándoselo con cuidado al oído.

—Lo siento —fue lo primero que dijo.

—Esto es intolerable, Brody. Te dije que podías ayudarla, ¡no convertirla en piedra!

—Yo…

—Da gracias a que no es parte de un clan o un linaje, o estaríamos todos en grave peligro. Ahora tendrás que protegerla y vigilar aún más por si aparece quien le lanzó la maldición, ¡y bastante tiene el equipo con protegerte a ti! Les has metido en un problema que no tenía por qué existir, porque afecta a todos, no solo a ti. Nova te ha advertido sobre la brujería, ¿en qué estabas pensando?

—El oráculo…

—Ah, no, no le eches la culpa al espejo, encima, que bastante tiene con estar atrapado ahí y aislado del mundo. Te da consejos, no órdenes. Esto es culpa tuya y de nadie más. Eres el centinela, Brody, pero eso no te convierte en alguien que puede hacer lo que le dé la gana y salir impune. Tienes una responsabilidad, ¡espabila y actúa en consecuencia! ¡Y ahora pásame a Nova!

Brody tragó saliva y le devolvió el teléfono a la bruja.

—Quiere hablar contigo.

Nova salió de la habitación con el móvil y Brody miró a la estatua. Se acercó y recogió la sábana del suelo para cubrirla, aunque suponía que no sentía frío ni nada, en realidad, pero le parecía estar haciendo así algo útil.

Madre de Dios, a ver qué pasaba cuando se enteraran los demás…

Capítulo 19

La realidad se distorsionaba a su alrededor, volviendo todo borroso e irreal.

Brody corría en la oscuridad, atravesando un bosque oscuro de árboles sin ramas, con zarzas que se enganchaban en su ropa y le provocaban arañazos en los brazos y el rostro. De pronto, el camino desapareció y cayó a un vacío negro y frío; no veía nada a su alrededor y gritó, o, al menos, lo intentó, porque de su garganta no brotó ningún sonido. Sin embargo, sí que escuchaba lamentos y gruñidos, como si estuviera rodeado de almas en pena o bestias desconocidas.

Agitó los brazos y las piernas, angustiado, buscando un punto de apoyo sin encontrarlo. Cerró los ojos con fuerza, intentando concentrarse para emitir algún sonido y así pedir ayuda cuando todo cesó.

Dejó de escuchar ruidos, voces, incluso de sentir que caía. Levantó los párpados despacio, desconfiado, y se encontró sentado en un lecho de hojas secas. Aturdido, miró a su alrededor, aunque todo seguía oscuro y no era capaz de distinguir nada. Y, entonces, ocurrió de nuevo.

El aire a su alrededor pareció moverse, como si mirara a través de un cristal que deformaba la imagen, y alargó la mano para tocar lo que parecía ser una pared invisible. Al hacerlo, se formaron unas ondas, igual que cuando arrojaba una piedra al agua, y sintió un frío que le atravesó todo el cuerpo.

Apartó la mano con rapidez y se la frotó, a ver si así entraba en calor; sin embargo, lo que sucedió fue que dejó de sentir el tacto de su propia piel y, al mirarse las manos, vio que estaban desapareciendo como si estuviera volviéndose invisible.

Gritó, asustado, y entonces sí, el sonido salió de su boca y le taladró los oídos, despertándolo.

Brody se sentó en la cama, sudoroso y con la respiración agitada. Rápidamente, encendió la luz y se miró las manos, que tenían un aspecto normal a pesar de temblar de forma incontrolada.

Tragó saliva, cogiendo aire para intentar tranquilizarse, y su mirada se dirigió a Calantha o, mejor dicho, a la estatua de la chica, colocada en una

esquina junto a la ventana. A pesar de la petición de Nova la había dejado ahí, de forma que le diera el sol o la luna, por si acaso. O quizá, si ella podía ver o sentir, de ese modo no se sintiera tan atrapada.

Era poco consuelo, pero por el momento, no le quedaba otra opción. Nova y él estaban estudiando los libros, sin éxito aún; el resto del consejo no era de mucha ayuda, tampoco. Las miradas que había recibido al enterarse de lo ocurrido… En fin, no habían sido muy agradables y sabía que la poca confianza que tenían en él corría peligro. Al menos no le habían echado la bronca: Keith incluso intentó consolarlo al verlo tan hecho polvo, mientras que Lenny solo sacudió la cabeza con desaprobación y Alexia murmuró algo sobre los peligros de la magia y que hasta ella sabía que era mejor no jugar con fuego.

Nova había realizado un hechizo de protección especial para la estatua y la zona donde se encontraba, además de los que ya tenía la casa, aunque al ser una hechicera quien la perseguía, no tenía todas consigo de que fuera a funcionar.

Y para empeorar aún más las cosas, Brody no conseguía dormir bien y no era solo por la culpa: la pesadilla se repetía desde hacía algunas noches y no le dejaba pegar ojo. Se quedaba en vela en cuanto conseguía despertar y empezaba a plantearse pedirle alguna pastilla a Keith para poder descansar. No quería fallar en los entrenamientos o quedarse dormido en el trabajo por culpa de una mala noche.

Con un suspiro, se fue a dar una ducha para quitarse el sudor frío que se le había quedado pegado al cuerpo y bajó a la cocina a prepararse un café. Mientras se servía una taza, miró por la ventana de la cocina hacia el granero. La imagen se movió, como en su sueño, volviéndose borrosa durante un segundo, y se frotó los ojos por si no había despertado del todo.

Miró de nuevo, sintiendo el frío otra vez en los huesos, y dio un trago al café casi quemándose la lengua.

—Joder —murmuró, al notar el líquido caliente.

—¿Pasa algo?

Brody se giró hacia la puerta, donde Nova lo observaba con un bostezo.

—¿Te he despertado? —le preguntó—. Perdona, no quería hacer ruido.

—No pasa nada, tengo el sueño ligero. —Señaló la cafetera—. ¿Hay suficiente para mí?

—Claro, sí.

Rápidamente le sirvió una taza y se la alargó. Llevaban días sin apenas intercambiar palabras, y era la primera vez desde lo de Calantha que no le

hablaba con tono enfadado, cosa que agradecía. Echaba de menos su camaradería anterior, cuando estudiaban juntos los libros y él practicaba, cómo le reñía de forma amable. O cuando se miraban, y pensaba en lo bonitos que eran sus ojos… Claro que eso lo había apartado de su mente cuando Calantha dejó de ser «la desconocida del bar».

—¿Y tú? —preguntó Nova, apoyándose en la encimera—. ¿Tienes que ir pronto a la oficina?

—No, no, es que… —La miró, dubitativo—. Bueno, estoy durmiendo mal.

Ella asintió con la cabeza, con gesto comprensivo.

—Por Calantha. —Suspiró—. Mira, sé que he sido dura contigo, pero tienes que entender que…

—No es solo eso, hay algo más.

Aquello la sorprendió y preocupó al mismo tiempo. Sí, había notado que el chico tenía más ojeras de lo normal, pero no le había prestado mucha atención al estar aún enfadada con él, además de preocupada por Calantha, ya que no sabía si podría revertir el hechizo y temía que su vulnerabilidad acabara con ella. Eso, añadido a sus problemas familiares, no le dejaban mucho tiempo para preocuparse por si Brody dormía mal o bien.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Tengo pesadillas. Sueños extraños, son… Muy, muy reales. No me había pasado desde antes de que muriera mi padre.

Nova se tensó, mirándole fijamente, y apretó la taza entre las manos.

—Explícate —le exigió.

—Pues… eso, pesadillas. La noche que murió mi padre, fue lo más raro que había soñado nunca. Te juro que era muy real, una chica entró por la ventana… No sé, como si fuera un fantasma, porque flotaba, y dio un grito que…

—Una *banshee* —musitó.

—¿Qué?

—Brody, aquella noche te visitó una *banshee*. Son espíritus femeninos que se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. Son consideradas mensajeras del **otro mundo**[1]. —Dejó la taza y se acercó a él para coger sus manos y mirarle a los ojos, preocupada—. ¿Te ha visitado de nuevo?

—No…

—Brody, si se te aparece, es porque alguien cercano a ti va a morir. Debes avisarnos si te ocurre, ¿de acuerdo? —Sacudió la cabeza—. Había leído en

los libros que los centinelas tenéis una *banshee* familiar, pero como no lo has comentado nunca, pensaba que quizá os había abandonado.

—¿Eso puede pasar?

—No es lo normal, pero a veces pasan al otro mundo con una última alma y se quedan allí.

—No sé si eso me tranquiliza… Es como tener una alarma espectral.

—Algo así. Entonces, ¿no la has visto?

—No, a ella no. Lo que me pasa estas noches es que voy corriendo, caigo en la oscuridad… Es todo muy aterrador, y encima borroso.

—¿Las lentillas?

—No, no, no tiene nada que ver. Porque en los sueños siempre veo bien, aunque no lleve gafas o lentillas.

—¿Entonces?

—Es como si… —Señaló la ventana—. Como si ese cristal estuviera arrugado y viera a través de él. Me ha pasado ahora, también mientras hacía el café. Y encima siento un frío que…

Nova ahogó una exclamación, miró por la ventana como para comprobar algo y luego a él.

—¿Qué has visto borroso? —le urgió—. ¿Todo o solo el granero?

—Solo el granero.

—Joder, Brody, ¡eso es la señal!

—¿Qué?

—Es que alguien intenta abrir la puerta, lo que sientes es tu… mira, lo que has dicho antes vale para ahora: esto es tu alarma interior.

—¿Qué? ¡Joder! ¿Y por qué nadie habla de las señales en los diarios de los centinelas? ¿Cómo iba a saberlo?

—Para cada centinela es distinto.

—¡Pues vaya gracia!

—Ninguna.

—¿Y qué hacemos?

—Hay que avisar a Cifra y al consejo, tenemos que estar alerta y fortalecer los círculos de protección. Hay que hacer el ritual e introducir a Jacob; lleva poco, pero ayudará a reforzar los vínculos. Deberíamos hacerlo mañana o pasado, hay que estar preparados.

—Vale. ¿Qué hago yo?

Nova lo miró, muy seria.

—Tú solo avísame en cuanto notes cualquier cosa, no se te ocurra ponerte a buscar hechizos ni nada.

Brody negó con la cabeza, mortificado. Quería ayudar, pero visto lo visto, lo mismo en lugar de hacer un hechizo de protección, se cargaba el granero entero, así que se quedaría quietecito y obedecería órdenes, nada más.

—¿Había algo más en tus sueños? —le preguntó la bruja, sacando su móvil.

Brody volvió a negar.

—Nada, solo ruidos y voces, pero…

—¿Te hablaban?

—No distingo nada, la verdad. —Frunció los labios, molesto por ser de tan poca ayuda—. Parecen animales, pero no sé qué son, no los he visto.

Ella se paseó, jugueteando con el móvil de forma pensativa.

—Hay muchas posibilidades —comentó—. Demonios, criaturas mágicas… Sería más fácil saber contra qué nos enfrentamos. —Lo miró—. Esta noche no corras.

Brody parpadeó, sorprendido, y tragó saliva.

—¿Cómo?

—Es un sueño, no te pasará nada por muy real que parezca.

—Eso debían pensar los de Elm Street —murmuró, en voz baja.

—¿Qué?

—No, nada. Vale, me quedo quieto.

—E intentas ver algo, lo que sea, aunque solo sea una sombra. Y cuando despiertes me la describes, a ver si así conseguimos algo.

—Lo intentaré.

Le parecía muy complicado lograr ver lo que fuera, sobre todo por la oscuridad que siempre había en sus pesadillas. No podía ni verse los pies, como para reconocer una sombra. Al menos lo intentaría, le haría sentir menos inútil.

—Avisaré a Cifra para preparar la ceremonia, estaré pendiente del móvil en el trabajo para confirmar día y hora —comentó la morena—. Esta tarde Alexia se ocupa de tu protección, lo mejor sería que no salieras.

—Vale, no lo haré.

Tras aquella extraña conversación matutina, Brody pasó su jornada de trabajo como si aún continuara metido en el sueño. Las conversaciones le llegaban amortiguadas, todas las caras le resultaban similares, y no conseguía serenarse.

El tema de que alguien o algo intentara abrir la puerta no se iba de su cabeza, porque… ¿y si no conseguía evitarlo? Ya estaba más que claro que no se le daba muy bien ser centinela, que encadenaba fracaso tras fracaso.

Primero los entrenamientos, después el hechizo fallido de Calantha. Era un desastre.

Permaneció ausente hasta la hora de salir, cuando comprobó el móvil por si había novedades. Nova le había escrito un mensaje diciendo que harían la ceremonia al día siguiente y que, en cuanto saliera del trabajo, iría a por algunas cosas necesarias para llevarlo a cabo.

Un poco más tranquilo tras leer el mensaje, Brody aparcó el coche frente a su casa y encontró la verja abierta, lo que de nuevo lo puso en alerta. ¿Y si alguien lo esperaba dentro? Podían matarlo con facilidad, ¡incluso podía ser la hechicera!

Un momento, no: Nova recibía avisos cada vez que alguien entraba, así que solo podía ser Alexia, como siempre, apareciendo y desapareciendo a su antojo sin avisar a nadie.

Entró y dio un portazo para dejar claro que había llegado. Al entrar al salón, vio a la vampira sentada en el sofá, con sus largas piernas apoyadas sobre la mesa y una mirada de indiferencia que dejaba claro que su portazo no le preocupaba lo más mínimo. Apartó la revista que estaba hojeando, mirándolo con curiosidad.

—¿Un mal día en el trabajo? —preguntó.

—Una mala semana, más bien —gruñó, con el ceño fruncido—. Has dejado la verja abierta.

—¿Y qué?

Brody alzó las manos al aire, contrariado. ¡Vampiros! Siempre hacían lo que les daba la gana, ¡claro! Allí todo el mundo se paseaba por su casa con total impunidad y no parecían saber lo que era el respeto por la intimidad.

—¿Has leído el mensaje de Nova?

La rubia asintió.

—Pues llevo toda la mañana sin poder pensar en otra cosa. ¿Qué pasa si consiguen entrar?

—Que pelearemos contra ellos.

—Si llegamos a ese punto, ¿significa que no habré sido capaz de hacer mi trabajo? ¿Que estaré muerto, igual que mi padre? Por otro lado, ¿tiene algo que ver con los humanos que nos han estado atacando?

Alexia se había hecho esa misma pregunta nada más leer el mensaje de Nova. La bruja no había dado demasiados detalles, limitándose a avisar de señales leves en la puerta y programando la ceremonia para incluir al policía para el día siguiente.

Sin embargo, algo no cuadraba. Por supuesto, lo de la puerta podía ser un simple intento que no fuera a más, y no necesariamente tenía que estar relacionado con los humanos. En realidad, era lo que más coherente le resultaba a la vampira, claro que ella no era una experta ni en el centinela, ni en la puerta.

—Siéntate —le pidió.

—¿Qué?

—Estás muy nervioso y eso no te ayuda. Tienes que aprender a controlarte, Brody. —Le señaló el sitio junto a ella en el sofá—. Incluso en los peores momentos, una cabeza fría es mil veces más útil que un león enjaulado.

Brody quedó estupefacto, para acto seguido dejarse caer a su lado.

—¿Y cómo se hace eso?

—Te enseñaré una técnica que a mí me funciona —le dijo ella—. Se trata de cerrar los ojos y evocar una situación en la que hayas estado relajado de manera agradable. Esto es subjetivo, claro, hay quien lo siente en casa mirando la lluvia y quien lo hace en un campo de batalla tras masacrar al enemigo… ya me entiendes.

El chico asimiló sus palabras y puso cara de póquer.

—Cuanto más lo uses, más sencillo te resultará calmarte. Este trabajo no es para todo el mundo, no puedes ponerte histérico al menor contratiempo.

—¿Al menor contratiempo? ¡He convertido a mi chica en piedra!

—Ya recuperará su estado normal. Bueno, dentro de su normalidad, claro.

—No es que haya nadie muy normal por aquí, ya que estamos. A ver si tener reuniones con vampiros, brujas y cazadores de clanes te crees que es el pan de cada día.

Alexia sonrió.

—Quizá solo necesites charlar un rato con tu amigo, ¿por qué no le invitas?

—¿Para que puedas comértelo?

—Respecto a eso, puedes estar tranquilo. Soy un poco esnob, no me gusta cualquier sangre.

Al decirlo en voz alta, de manera involuntaria pensó en Lenny. El tema la tenía molesta, la verdad, porque desde que había probado su sangre le resultaba difícil pensar en otra cosa. Era algo que no ocurría con facilidad, y se preguntaba por qué tenía que ser precisamente la sangre de aquel capullo la que la alterara de esa manera.

Como muchos vampiros convertidos en contra de su voluntad, Alexia había iniciado su camino por el mundo de los no muertos bebiendo sangre animal. Sin embargo, pronto descubrió que era imposible subsistir solo con ella, además de que su sabor era horrible.

Le llevó cierto tiempo aprender a beber sangre humana sin sentir remordimientos, y aún más tiempo refinar su propio sistema concentrado en la libreta: no mataba a nadie que bajo su punto de vista no lo mereciera.

En general, la sangre tenía un sabor estándar corriente y moliente, a veces daba con alguna persona con un gusto tan horrible como el de ciertos animales.

De vez en cuando, igual que un boleto ganador, encontraba otra cuyo sabor era dulce, intenso y hasta afrodisíaco. Lo más probable era que no pudiera controlarse y esa persona terminara más seca que una momia amortajada siglos atrás, y perder el control era un lujo que los vampiros de trabajo rara vez podían permitirse.

Alexia estaba adiestrada para mantenerse serena en cualquier situación, pero tampoco le hacía ningún bien estar a prueba constantemente. Incluso le preocupaba, porque un par de veces había notado como si sus colmillos pensaran por su cuenta, algo nada tranquilizador para el cazador.

Lo de la cura milagrosa a base de chuparle la herida del cuello, pese a su buena intención, había sido un error garrafal que no se podía repetir.

Por suerte, últimamente solo se cruzaban lo imprescindible. No sabía si era a propósito o una simple coincidencia, pero desde luego, era lo mejor para todos.

Al ver que se quedaba pensativa, Brody decidió dejarla tranquila e ir a prepararse la comida. Después, se le pasó por la cabeza la idea de llamar a Marcus, aunque seguía sin saber qué decirle. Otra excusa hueca no haría que su amigo le perdonara, así que decidió que en la siguiente reunión preguntaría a Cifra, si esta iba, si podía dar alguna información a alguien de confianza. Imaginaba que la respuesta sería un enorme «no», pero tampoco perdía nada por preguntarlo.

Para su desgracia, Alexia aprovechó la tarde para que practicara el lanzamiento de cuchillos en la parte trasera de la casa, donde tenía la canasta con la que su padre y él jugaban cuando era pequeño. La rubia colgó la diana en la pared y observó sus intentos. Al chico le temblaban las manos y no conseguía mantenerse frío, así que no tenía muy claro que pudiera dominar aquella técnica… quizá fuera mejor que se dedicara a las armas, la gente muy nerviosa y con mal pulso estaban mejor alejadas de los objetos punzantes.

Cerca de las ocho, Brody y Alexia regresaron al salón, el primero agotado y la vampira tan impecable como cuando habían salido.

El chico acababa de desplomarse en el sofá cuando sintió una vibración. Vio que era el teléfono de Alexia, que se iluminaba con cada timbre.

—Tu móvil. —Brody le señaló el teléfono con la cabeza.

La vampira lo cogió a toda prisa al ver el nombre de Olec. No le había encargado Destello, y él no solía llamarla para charlar sin más, de modo que tenía que ser algo relacionado con el humano del que sospechaban que podía estar tras los ataques a Brody.

—Dime algo bonito —contestó, en tono burlón.

—El humano quiere concertar una cita contigo, ¿estás dispuesta?

—¿Cuándo?

—Sobre las nueve, en el club.

—¿Dentro de una hora? —preguntó ella, sin abandonar el sarcasmo.

—Así es, y tiene sus propias condiciones. Lo tomas o lo dejas.

—Allí estaré —prometió la vampira, y cortó la llamada.

Guardó el móvil en su cazadora, incorporándose.

—¿Dónde vas? —preguntó Brody.

—Al club —respondió ella.

—¿El humano vuelve a llamar a la puerta?

—Exacto. Esta vez no voy a dejarlo escapar.

Comprobó que tenía su juego de puñales oculto entre la ropa, el pinganillo y las dos armas de fuego que solía llevar por si acaso. Se abrochó la cazadora de cuero para mantenerlo todo en su sitio y que se moviera lo menos posible durante el viaje en moto, y Brody carraspeó.

—¿No deberías consultarlo con el consejo?

Brody se dio cuenta de que acababa de decir una tontería. El último mensaje enviado a Nova no se había entregado siquiera, lo que indicaba que la chica tenía el móvil apagado o sin batería. Keith estaría en el quirófano para variar, y Lenny a saber dónde, porque rara vez cogía el teléfono cuando no estaba trabajando. Así que las probabilidades de recibir una respuesta del consejo con la rapidez que la situación requería eran muy pocas.

—No deberías ir por tu cuenta —insistió Brody—. Somos un equipo, ¿no?

Alexia le sonrió, aunque al hacerlo mostró aquellos brillantes y afilados colmillos que Brody prefería no ver. Era como contemplar dos punzones, y aunque seguro que a muchos hombres les parecería una imagen de lo más sensual imaginar que alguien como Alexia los mordiera, él solo pensaba en palabras como dolor y sufrimiento.

Y no tenía nada claro si esa sonrisa venía a ser una especie de advertencia, en plan «no te metas donde no te llaman» o era, simple y llanamente, una sonrisa de la vampira.

Era lo malo de los vampiros: nunca sabías si sonreían o amenazaban.

Keith salió de la zona de relax, guardando el busca en la bata después de que este comenzara a sonar cuando se estaba deshaciendo de los guantes.

—Nova, ¿qué haces aquí? —saludó, arrojándolos en la papelera más próxima—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, pensé que a lo mejor te iría bien tomar un café para desconectar un rato.

Seguro que Keith clarificaba su mente confusa. Era especialista en dar buenos consejos, además de saber escuchar… era como la voz de la razón dentro del consejo: siempre tenía las palabras adecuadas para hacer sentir mejor a los demás.

—Tengo veinte minutos —dijo él, consultando el reloj—. Luego me esperan más quehaceres.

—Creo que hay un poco de explotación cirujana en tu hospital. —Ella sonrió sin ganas.

—¿Brody está bien?

—Supongo, le tocaba a Alexia vigilarlo, pero mi móvil se ha quedado sin batería, así que llevo toda la tarde desconectada. ¿Algún mensaje nuevo? Aparte de la ceremonia de mañana para cerrar el círculo con el detective.

Keith sacudió la cabeza.

—Alexia ha puesto que va tras la pista del humano del club, eso es todo. Ojalá no fuera tan unilateral y trabajara más en equipo.

—Bueno, está acostumbrada a trabajar a su manera, hay que darle tiempo. Imagino que Brody se habrá quedado en casa, espero que nadie trate de atacarlo.

Nova fue hasta la máquina de café y empezó a pulsar botones. Mientras los cafés se preparaban, se dio cuenta de que Keith la observaba con curiosidad.

—¿Necesitas hablar de algo? —preguntó—. ¿Bajamos a la sala seis?

La morena se encogió de hombros, pero lo siguió sin protestar cuando él cogió los cafés y empezó a bajar escaleras. La sala seis era como el segundo hogar para todos, el sitio donde más veces se reunían a excepción de las oficinas, aunque eso sí, en circunstancias menos agradables.

Keith cerró la puerta y movió un taburete para que la joven bruja se sentara.

—¿Qué pasa? Últimamente te veo triste, Nova.

—Son varias cosas… sobre todo, un tema familiar.

—¿Tu madre y tus tías? ¿Otra vez con la cantinela del emparejamiento?

Ella asintió, apesadumbrada.

—Me están metiendo presión para que pase por el aro con mi primo. Y ya sabes lo que opino de esto, Keith, yo no quiero seguir la tradición del linaje.

—Ya, te comprendo bien. Me recuerdas a mí de joven, ser médico no era mi primera opción.

—¿No?

—Qué va, con dieciocho era un poco bohemio y me imaginaba a mí mismo pintando lienzos y viviendo en una casa junto a la playa. —Keith sonrió—. Y bueno, ahí estaban mis padres para bajarme de golpe a la realidad. Ya sabes, lo típico de hacer algo de provecho.

—¿Y lo aceptaste sin más?

—¡Claro que no! Era adolescente, tenía la obligación moral de pelear por mis sueños… solo que el tiempo pronto te pone en tu sitio. ¿Cómo iba a sobrevivir dibujando en lienzos? Era una idea absurda.

La chica suspiró.

—Ahora trabajo mucho, tal vez más de lo que quisiera, pero gracias a eso he conseguido mi piso, mi coche… y os tengo a vosotros. No sé si eso suple dejar tus sueños atrás, pero no está tan mal.

—Ya, es que mi caso es diferente.

—Lo sé, no es lo mismo un trabajo que pasar el resto de tu vida con alguien que no te gusta mucho.

—Que detesto, más bien.

—Nova. —La miró—. Tal y como yo lo veo, solo tienes dos opciones: o aceptas esa vida que te ha tocado vivir, o te desvinculas del linaje de brujas.

Nova dio un sorbo de café, pensativa. Se le había pasado por la cabeza alguna que otra vez, solo que no era sencillo en absoluto. Tendría que renunciar a su familia, lo que era soportable, y a la propia magia, que no lo era tanto.

Ella siempre había tenido su magia, desde niña. Cuando todo se volvía insoportable, podía conseguir silencio. Si deseaba ir a algún lugar, viajaba con solo chasquear los dedos. Conocía a las personas con solo tocarlas, sus vidas se metían en sus venas y hasta compartía el dolor, el amor y muchas otras

sensaciones. Limpiaba zonas negativas, unía grupos… ese mundo, ese poder, la hacía sentir especial. Y no estaba preparada para decirle adiós.

—Perdería mi magia.

—Y tendrías tu vida.

—No debería tener que elegir.

—Pero sabes que llegará un momento en que tendrás que hacerlo. ¿Has intentado hablar con Cifra, para ver si ella puede retrasarlo un par de años?

Nova hizo una mueca, disgustada.

—Le conté mi problema y me dijo que no había nada que hacer. Que, si me reclamaban, tendría que dejarme ir.

—No puede intervenir en los linajes, ¿no? Trata de comprenderlo, Nova, los miembros del consejo son cedidos por puro altruismo en aras de la paz.

—Nosotros hacemos un trabajo, muchas veces peligroso, ¡vigilamos al centinela, para que este pueda vigilar la puerta!

—Exacto, sí. Y tiene que haber una bruja y un cazador, claro. Aunque no necesariamente debéis ser vosotros.

—Hablas como ella —acusó Nova, irritada.

—No lo hagas personal. Tienes un problema familiar, pero eso no puede interferir en el consejo, Nova, y lo sabes. —La miró—. ¿Estás así solo por ese tema, o hay algo más?

La morena cruzó las piernas, replegándose sobre sí misma. No tenía por costumbre contar sus temas amorosos… lo cierto era que Nova no tenía amigas con las que compartir ese tipo de confidencias, precisamente por los mismos motivos que amaba la magia: era diferente, y a la gente no le gustaban los que eran diferentes.

Por otro lado, tampoco le había tocado batallar con el desamor. Por supuesto que alguna vez se fijaba en chicos, si se cruzaba con alguno guapo en bici… cosas así, sin importancia, y que en nada se parecían a lo que le hacía sentir Brody.

—Es que Brody… —suspiró, frustrada—. Es igual.

—Puedes contarme lo que quieras. Todos estábamos muy unidos a Sammuel y es normal que Brody no llene ese hueco por el momento, ¿te sientes frustrada por sus pocos avances?

—Es otra cosa —murmuró la chica—. Es que hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente, ya sabes, y bueno…

Keith puso cara de sorpresa al captar al fin de qué iba el tema. Acostumbrado como estaba a aconsejar a todo el mundo, no esperaba una confesión de ese tipo.

—¿Te sientes atraída por él? —preguntó.

—Sí.

—Y él por… —Keith terminó de entenderlo—. Ya, entiendo. No sé si podré ayudarte mucho en esto, Nova, no es que a mí me haya ido bien en el amor.

—¿Por qué nadie te cuenta lo amarga que es esta parte?

—¿Qué quieres decir?

—En las películas, los libros, la música… siempre se ve la cara amable del amor, excepto en momentos concretos. Chico conoce chica y blablablá. Pero nadie te dice lo duro que es ver cómo alguien que te gusta se enamora de otra delante de tu cara.

—¿En serio es la primera vez que te pasa?

—Sí. —Lo miró, a la defensiva—. ¡Soy una bruja! Mi vida no se parece a la del resto de chicas, por si no lo sabías. Estudiamos en otros ambientes, nuestras reuniones son en ámbitos familiares… y como todo está orquestado, es complicado que te guste alguien así, de forma pura.

—Ya veo… ¿cómo te sientes por el hecho de que Calantha se haya convertido en piedra?

—Si insinúas que me alegro de ello te voy a tirar este café por encima.

—Claro que no digo eso. Si pregunto es porque sé que Calantha también te gustaba.

—Esa es la peor parte, ¡que ni siquiera puedo odiarla! Me cae bien y estoy sensibilizada con su problema, así que no le deseo ningún mal. Tengo un remolino de sentimientos dentro.

Keith la observó unos segundos, sin saber bien la manera correcta de animarla.

—Lamento que tu «primer amor» haya salido mal. Estoy seguro de que el futuro tiene grandes planes para ti, Nova.

—¿Tú crees?

—Pues claro que sí. —Keith arrojó el vaso de café a la papelera y se levantó—. Siento no poder quedarme más tiempo, en serio. Si lo necesitas, mañana podemos continuar esta charla.

Nova asintió, reconfortada. En cierto modo era liberador poder confesarle a alguien sus sentimientos; acababa de descubrir que no era de ese tipo de gente hermética que se guardaba todo, ella necesitaba sacarlos, como si de ese modo se hicieran cada vez más pequeños.

Miró a Keith con cariño. Siempre se podía contar con él, tenían tanta suerte de tener alguien con cabeza y sensibilidad en el consejo…

Sin pensarlo, lo abrazó.

—Gracias por estar siempre ahí, Keith.

Y, de repente, un montón de imágenes la golpearon de lleno. Nova había olvidado que no debía tocar a las personas sin estar preparada para ello.

Se apartó, rauda y veloz, mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

—Esto no era lo que yo quería —murmuró él.

La morena retrocedió al verlo acercarse, y golpeó la camilla con la cadera, haciendo que varios instrumentos cayeran al suelo. Observó impotente cómo Keith la arrinconaba cada vez más hasta que tras ella solo encontró la pared. Estaba en *shock* por todo lo que había visto y su mente no era capaz de pensar ningún hechizo ni realizar ningún gesto con el que poder alejarse de allí y de él. Necesitaba despejarse, poner distancia…

—Será mucho peor si te resistes —dijo el médico.

Nova hizo ademán de escurrirse, pero Keith fue más rápido y la atrapó por la espalda antes de que escapara hacia la puerta que previamente había cerrado con llave. La chica se resistía con fiereza, aunque era frágil para un hombre de su altura y tamaño, y pronto las ganas de pelear se redujeron. El médico utilizó el brazo para rodear su cuello y así ejercer presión sobre él.

Nova lo agarró con ambas manos, tratando de librarse de aquella soga improvisada. Notaba la manera en que se iba quedando sin aire y la necesidad de respirar era lo más doloroso que había experimentado nunca. Trataba de inhalar, desesperada, mientras el brazo se cerraba en torno a ella cada vez con más fuerza y todo a su alrededor se volvía gris oscuro.

Keith notó que el pequeño cuerpo de Nova quedaba flácido entre sus brazos y aflojó la presión del cuello. La arrastró por el suelo de la sala seis, pensando que se le echaba la hora encima y que iba a llegar tarde a la cita más importante de su vida.

Capítulo 20

—Son sus condiciones, Alexia. ¿Aceptas o no?

Olec aguardaba con expresión paciente. Alexia sabía que para él aquello era un mero trámite, pues el dueño del club siempre recibía beneficio por cualquier cosa que hiciera. Imaginaba que le habían pagado más que bien por arreglar ese encuentro, solo que lo que pedía no terminaba de gustarle: a solas y sin armas. No era que tuviera miedo, claro, un humano no era rival para ella, pero sí le inquietaba esa claridad en las condiciones.

Aun así, no podía decir que no. Sospechaba que era el responsable de la muerte de Sammuel y de los ataques a Brody y, si no se trataba de él, podía saber quién estaba detrás. Así que rechazar la cita no era una opción.

—Acepto —asintió, sin pensarlo más.

Olec le hizo un gesto a su hombre y este afirmó, echando a andar. Alexia lo siguió sin dudar hasta una habitación próxima al despacho de Olec, una en la que nunca había estado. A excepción del club y el sitio donde cerraba tratos con el dueño, jamás sintió interés por investigar los recovecos del Mesmerize. Quizá fuera un error: uno siempre debía conocer las rutas de escape de cualquier lugar donde se encontraba.

—Pasa —dijo el hombre, abriéndole la puerta.

La rubia se asomó al cuarto. Era una habitación completamente vacía, a excepción de una silla… y otra puerta blanca justo enfrente. Confusa por ese detalle, Alexia entrecerró los ojos y, entonces, observó la pantalla transparente que dividía la estancia en dos. Dos entradas, dos huecos estancos.

—¿Qué es esto?

—La sala de interrogatorios del jefe.

—¿Qué demonios…?

—Tienes que quedarte en uno de lados.

—¿Hablas en serio?

—Entiende que es humano y no puede arriesgarse a que intentes matarlo.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Ni entro en ese tema, ni dejo de hacerlo. Ha pedido un mínimo de seguridad por si acaso y es lo único que podemos ofrecerle.

Ella estudió la habitación y se encogió de hombros. Entró donde le correspondía y se cruzó de brazos, después de tocar la pantalla que la separaba del otro lado. Aquello era una mierda de metacrilato grueso que podía tirar con una simple patada, y que tanto Olec como su hombre de confianza creyeran que eso podía contenerla… en fin, a esas alturas no se iba a poner a dar explicaciones. Había aceptado las condiciones y poco más podía hacer, salvo esperar.

Se tocó la pulsera negra de la muñeca, con gesto distraído. El auricular con el que contactaba con los demás se encontraba en manos de Olec, al igual que sus armas.

Intranquila, caminó de un extremo a otro hasta que sintió los pasos mucho antes de que estos se escucharan. Un minuto después, la puerta se abrió y una figura alta con un abrigo negro entró por la otra puerta.

Permaneció unos segundos, inmóvil, hasta que al fin se decidió a caminar hasta la pantalla de metacrilato. Alexia hizo lo mismo, tratando de reconocer sin éxito a la persona bajo el sombrero y la bufanda… hasta que vio sus ojos grises.

—¿Keith?

Despacio, él se deshizo de las prendas que cubrían su rostro. Dio dos pasos hasta que estuvieron tan cerca que, de no ser por la pantalla, hubieran podido sentir el aliento del otro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella.

—Tengo que pedirte algo.

Alexia estudió su expresión y la ropa, consciente de los sutiles cambios que se apreciaban en ese hombre que, por lo general, era estándar. El abrigo negro y largo, de corte elegante; la blusa blanca, los detalles de metal de las botas y la sutil raya negra bajo sus ojos. Alexia jamás había conocido un solo humano varón que se pintara la raya del ojo, pero sí a muchos vampiros. La mayoría, de hecho.

Solo que Keith…

—No eres vampiro —susurró.

Keith negó con la cabeza.

—Pero quiero serlo —dijo, tras tomarse unos segundos.

Alexia juntaba las piezas del puzle a toda velocidad. Faltaban datos, claro, y también algo sobre la motivación del doctor… sin embargo, la mayoría de

lo que necesitaba saber lo tenía delante de la cara, a un simple milímetro de metacrilato.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué quiero ser vampiro? —Él se encogió de hombros—. Bueno, supongo que mi motivo no es nada del otro mundo… la inmortalidad, Alexia. Quiero vivir para siempre.

Ella negó con la cabeza, tratando de mantener la neutralidad en su cara. Dios, ¡tanta gente deseaba eso! Si supieran que no era tan satisfactorio…

—Mi vida siempre fue un poco anodina, ya sabes. Crecer, estudiar, instituto, universidad, el doctorado. Parecía que las obligaciones nunca terminaban —replicó Keith—. Siento que llevo entre libros y quirófanos toda la vida, como si no hubiera hecho otra cosa, y ya tengo cuarenta y tres años. ¿Sabes lo que es mirar hacia atrás y darte cuenta de que apenas has hecho nada con tu vida? Se me acaba el tiempo.

Aquel era uno de los motivos más viejos del mundo, claro. La sensación de que pasabas el ecuador importante en tu vida sin haberla aprovechado de la forma en que creías merecer, Alexia lo había escuchado muchas veces.

—Me quedan muchas cosas por hacer, y me gustaría poder llevarlas a cabo mientras mi estado físico sea bueno. Tomé la decisión hace un año y me puse a buscar vampiros que quisieran ayudarme.

—Y entonces descubriste que no era tan sencillo que uno te convirtiera —terminó ella.

—Para mi desgracia, así fue. —Keith se acarició la barbilla—. Como pertenecía al consejo, tenía acceso a un montón de información, incluido este local. Debía tener cuidado porque jugar a dos bandas es peligroso, y la red de Cifra es más extensa de lo que parece… aunque tú ya lo sabes, ¿verdad?

Alexia apretó los labios y apoyó las manos en la pantalla.

—¿Qué hiciste?

—Dios, parezco el típico villano de serie B contándote mi historia. —Keith sonrió burlón, algo tan atípico en él que resultaba hasta grotesco—. Alexia, tú podrías hacerlo.

—¿Darte la inmortalidad?

—Sí. Eres lo bastante antigua, tengo mucha información sobre ti. —Keith la miró con cierta súplica muda en los ojos—. Desde el comienzo traté de conectar contigo, de estar a tu lado, y todo para llegar a este punto. Fui el único que te apoyó cuando los demás te tenían miedo o directamente te despreciaban.

«Porque buscabas algo a cambio», se dijo la vampira, sin apartar la mirada de él.

—Podría estar a tu lado —añadió Keith—. Empezar en otro sitio, los dos juntos. Sé que los vampiros tienden a estar emparejados, ¿no estás harta de la soledad? Piénsalo: el inicio es lo de menos, lo que importa es el final.

—No es así como un vampiro escoge a su pareja.

—Da igual, la vida no siempre sale como uno quiere, mi caso es el mejor ejemplo. A veces debes quedarte con las cartas que te han tocado.

—¿Tú asesinaste al centinela? —preguntó Alexia, ignorando su último comentario—. ¿Por qué?

Keith se encogió de hombros.

—Antes de que llegaras como caída del cielo, tenía pocas opciones. Buscaba un vampiro sin éxito, hasta que ellos se pusieron en contacto conmigo.

—¿Quiénes?

—La facción noble.

—¿Hiciste un trato con ellos?

El médico asintió, y la expresión de su cara era como si todo aquello no importara demasiado.

—¿Qué trato? —preguntó Alexia—. ¿Matar al centinela?

—La facción noble quería la puerta despejada, pero sin que Cifra y el consejo sospecharan de ellos, de modo que simulé un crimen que encaminara las sospechas a un demonio.

—Le arrancaste el corazón al hombre al que habías jurado proteger.

Keith la observó, con la sorpresa en la cara.

—He escuchado hablar mucho de ti, Alexia… sinceramente, me sorprende un poco ese tono acusador. Creo que no estás para dar lecciones de moralidad. —Keith empezó a pasear de pared a pared, sin abandonar la cercanía con la pantalla—. En fin, sí. Puede que no me vayan a dar la medalla al mejor amigo del año, pero, créeme, si pasaras todas las horas de tu día metida en un quirófano, me entenderías.

—¿Y Brody?

—Ah, eso. Sí, entra dentro del trato… debo deshacerme de él, aunque me lo estáis poniendo un poco difícil. —Él se detuvo de nuevo en el centro—. El hombre lobo podía haber hecho un buen trabajo, de no ser por el maldito Lenny. El ataque en la carretera igual, podía haber matado dos pájaros de un tiro. ¿Por qué tuviste que meterte?

—Porque era mi trabajo.

—Tonterías. —Él desechó esa respuesta con una mueca—. Te importa tanto el centinela como los demás, ¿o crees que no me conozco tu historial? Si rompiste tu compromiso con la facción noble, también puedes romperlo aquí.

Alexia lo miró, con una mezcla de rabia y pena en los ojos.

—No deberías haber hecho ningún trato con ellos —le dijo.

—¿Y eso por qué?

—Primero, porque Brody sigue vivo, lo que significa que no has cumplido tu parte del trato. Eso es un «tic tac» enorme sobre tu cabeza.

Keith parpadeó, aunque recuperó la compostura al momento.

—Y segundo, los vampiros no son de fiar. Que te hayan prometido la inmortalidad no significa que vayan a dártela.

—Sé razonable, Alexia. No soy un monstruo, he trabajado durante años en el consejo y no me siento orgulloso de lo que he hecho… no tiene por qué acabar con Brody muerto. Dame lo que quiero, estoy cansado de esperar.

—¿Has oído lo que he dicho? Ellos no dejarán que te vayas sin más.

—Dame lo que quiero y no mataré a Brody. De lo contrario, me iré directo a su casa y, la verdad, ya he tenido suficiente con Nova. No me gustaría hacer un doblete esta noche.

Alexia se tensó al escucharle mencionar a la bruja. ¿Había asesinado a Nova? No, le costaba creer que Keith tuviera tan pocos escrúpulos después de trabajar con ellos los últimos años.

—¿Qué le has hecho a Nova?

—La culpa es suya. No debería haberme tocado. —Keith apoyó sus manos contra la pantalla, tratando de hacer la conexión que necesitaba—. Dame lo que quiero, Alexia. De verdad que Brody no tiene por qué morir.

—Lenny puede protegerlo.

—No está de guardia. —El hombre sonrió—. Es lo que tiene hacer los cuadrantes. Es tu turno, nadie sabe que estás aquí, y como la comunicación no es el punto fuerte entre los miembros del consejo…

—Te has equivocado de camino, Keith —dijo ella, con voz helada.

—Por eso pretendo arreglarlo ahora, aquí, contigo.

—¡No terminas de entenderlo! Una vez haces un trato con la facción ya no puedes deshacerlo, no puedes jugar a dos bandas tratando de negociar con ellos y conmigo a la vez. No saldrá como tú quieres.

—¡Entonces no perdamos más tiempo! Tienes dos opciones, Alexia: o lo hacemos a mi manera, o me voy directo a casa de Brody a terminar el trabajo. El vigilante tiene instrucciones de dejarte aquí retenida un par de horas.

La rubia negó con la cabeza, sin dudar un segundo. Keith retrocedió, con la decepción en la cara, mientras negaba.

—Lamentarás esta decisión.

—Eres tú quien lo va a lamentar —dijo Alexia, y apretó el botón de su pulsera con fuerza.

Acto seguido, utilizó el tacón de su bota para golpear el metacrilato. Keith retrocedió hasta la puerta, comprendiendo al instante que debía largarse de allí porque la vampira no iba a permanecer encerrada las dos horas que le habían prometido.

Alexia sintió cómo la puerta se abría tras ella, dando paso a uno de los hombres de Olec. Alertado por los golpes, asomó la cabeza para comprobar qué ocurría, y la vampira no desaprovechó la oportunidad: lo agarró del brazo y, de un tirón, lo atrajo hacia ella con fuerza. No quería matar a nadie del equipo de Olec, de modo que le arrebató el arma que llevaba y le dio un puñetazo en la cara que lo noqueó *ipso facto*. Iba a tener que controlar su fuerza mientras estuviera en el local; Olec le perdonaría unas cuantas costillas rotas, pero no que aplastara la cabeza a sus hombres o clientes.

Amartilló el arma y disparó tres veces hacia el metacrilato hasta que este se partió. Alexia atravesó la estancia y corrió por el pasillo por donde la habían conducido un rato antes. Era más rápida de lo que podía ser Keith, y solo quería atraparlo antes de que se metiera entre la gente del club, no quería ni heridos ni pelear con otros vampiros.

Cuando un humano asustado huía, dejaba tras de sí un aroma peculiar que ella enseguida percibió. Abrió la última puerta y se encontró el club, la música y sus interminables intercambios de sangre. Keith se encontraba a medio camino, observando la puerta de salida con los ojos desorbitados: Lenny estaba delante, bloqueándola.

Keith se dio la vuelta y miró a Alexia.

—Parece que la comunicación no es tan mala como yo pensaba —dijo—. No llevas el auricular.

La rubia alzo el brazo y se tocó la pulsera de la muñeca.

—Con una simple señal era suficiente.

—¿Y Brody?

—Lo tenemos nosotros, a salvo.

Alexia dio un paso hacia él, con cuidado de no meterse en medio de ninguna pareja.

—El policía, ¿verdad?

—No te muevas, Keith. Solo conseguirás empeorar las cosas.

—No eres la única que no ha venido sola —afirmó el médico, sin dejar de retroceder.

En ese momento, varios hombres que permanecían apoyados en la barra se desplegaron ante la mirada de Alexia. La vampira maldijo para sí misma, porque aquello era justo lo que no quería: provocar una pelea en el club de Olec. No terminaría bien, había muchos humanos que podían morir, por no hablar de si algún vampiro decidía meterse en medio. No era el estilo de los plebeyos, pero a veces sucedía. Y Keith había traído consigo un buen grupo, mientras que ellos solo eran dos y, además, una estaba desarmada a excepción de aquella pistola básica robada.

En la parte positiva, todos eran humanos, seguramente mercenarios. Solo era cuestión de coordinación.

Los hombres de Keith se desplegaron en abanico en su dirección, y también hacia Lenny.

—¿Qué cojones…? —la voz de Olec le llegó desde algún lugar indeterminado—. Alexia, no me jodas, ¡en mi club no!

—Métete en tu despacho —ordenó ella.

—Joder, joder, ¡joder!

La rubia escuchó pasos y el golpear de una puerta al cerrarse. Ya se preocuparía de Olec después, en aquel momento más le valía centrarse en lo que se le venía encima; Keith recorría el local sin descanso, buscando una vía para desaparecer que no incluyera la salida ni la zona donde estaba ella. Alexia estaba convencida de que existía, aunque dudaba mucho que él supiera dónde.

«He estado en situaciones peores», se dijo la vampira, y aquel pensamiento fue el punto de salida.

Avanzó hacia los dos más próximos, que ya se acercaban blandiendo sendas armas. Sin duda mejores que la que llevaba ella, así que se quedaría con alguna.

La música se detuvo de pronto, haciendo que la gente que aún no se había percatado de lo que estaba a punto de suceder fuera consciente. Despacio, tanto humanos como vampiros se fueron apartando de la pista, algunos desapareciendo de manera discreta mientras que otros se apelotonaban en los sofás, sin tener muy claro qué hacer.

Una de las ventajas de los vampiros era la velocidad, algo que quedó patente en sus dos próximas citas: uno abrió fuego, y quedó perplejo al ver que ante él ya no había nadie. Un segundo después, sintió presión en su espalda y algo que se encaramaba sobre sus hombros.

—¡Mierda! —exclamó, al notar un par de piernas largas que se cerraban en torno a su cuello.

Alexia le cogió la cabeza con las manos y se la retorció hasta escuchar cómo se rompía. Su compañero alzó la pistola para disparar justo en el momento en que la rubia abandonaba a su víctima de un salto. El tiro se desvió cuando el hombre recibió una patada en la boca con uno de aquellos afilados tacones: un chorro de sangre, acompañado de varios dientes, volaron por el aire mientras caía de rodillas.

Alexia escuchó disparos, que parecían llegar desde la zona de Lenny.

En el momento en que comenzaron los disparos, el club se llenó de gritos, en su mayoría de humanos que veían peligrar su vida. Como no podían huir por la puerta principal, comenzaron a refugiarse tras la barra del bar, las espesas cortinas y los sofás de piel negros.

La vampira sabía que no tenían mucho tiempo. Cuanto más durara aquello, más probabilidades había de que muriera gente a la que no le tocaba, y bastante mala fama tenían ya los vampiros como para que se hicieran públicas un montón de víctimas.

Agarró el arma del hombre al que acababa de romper el cuello y dio dos pasos hacia el otro que, aún de rodillas, escupía sangre sin parar e intentaba apuntarle por segunda vez.

Cuando a alguien le dabas unos segundos para escapar y no lo hacía, no merecía otra oportunidad. De una patada arrojó la pistola lejos de su alcance y repitió el uso de la bota, aunque esa vez el tacón fue directo a su ojo.

El hombre aulló, llevándose las manos a la cara, y Alexia sacudió la bota hasta que se libró del molesto globo ocular, que rodó por el suelo. Eso lo tendría distraído y ella necesitaba concentrarse, porque quedaban más hombres.

Buscó a Lenny con la mirada para ver qué tal iba, pero el cazador no tenía ningún problema, igual que ella: parecía que los dos estaban entrenados a la perfección.

—¡Alexia! —escuchó gritar a Olec tras ella.

Con un siseo, algo rodó por el suelo hasta ella. Alexia se agachó a toda velocidad al reconocer la funda negra donde el chico había guardado sus cuchillos antes de llevarla al cuarto de interrogatorios. Un segundo más tarde, la puerta del despacho volvía a cerrarse.

Bien, aquello era otra cosa.

Alexia se incorporó, en el mismo instante en que tres hombres corrían en su dirección. Ya no encontraba a Keith, aunque no podía haber salido por

ninguna parte, por lo que dedujo que estaba escondido.

Podía lanzar sus cuchillos casi con los ojos cerrados, y eso fue lo que hizo: uno, dos, tres, y los hombres cayeron de forma simultánea, con ese bonito recuerdo suyo clavado en la frente.

Alguien abrió fuego desde algún lado de la pista y una bala pasó casi rozando su rostro, así que se hizo a un lado para esquivarlas. Una bala no la mataría, pero tampoco era una experiencia agradable recibirla, así que mejor si se evitaba ese trago.

Se mantuvo junto a la pared, en espera de que la ráfaga de disparos cesara para meterse de nuevo en la pelea… sin éxito. Cada vez que hacía el amago de asomarse, los disparos la obligaban a permanecer quieta.

Se agachó, amartillando el arma robada a su cita del cuello roto, y echó un vistazo. De noche veía de fábula, incluso entre el ambiente cargado de un club, y devolvió otra ráfaga de disparos que acertaron en las piernas de varios hombres.

Alexia se incorporó, para descubrir que alguien la apuntaba. Ese alguien no llegó a disparar porque un tiro impacto en su espalda, haciendo que cayera despatarrado ante sus pies… alzó la mirada y comprobó que Lenny la cubría desde la entrada.

La vampira aprovechó la ventaja y se metió entre la gente que se movía de un lado a otro cual rebaño sin rumbo. Mientras se deslizaba entre los cuerpos agitados, acuchillaba a cada hombre armado que encontraba, hundiendo el puñal en el corazón y haciendo un giro en forma de T para asegurarse de que caían muertos en el momento. A otros les clavaba el cuchillo en la zona de la nuez y seccionaba la garganta en menos de cinco segundos, de modo que, a cada paso que daba, un cuerpo se desplomaba tras ella.

Lenny se había desecho de unos cuantos, pero quedaban hombres repartidos por el club. Veía a Alexia aparecer y desaparecer entre la gente sin saber exactamente dónde estaba. Y aunque suponía que aquello era parte de su maniobra de pelea, no dejaba de ser un problema, porque no podía controlarla ni asegurarse de que nadie le disparaba a traición… claro que, al ver caer los cuerpos a su alrededor, dejó de preocuparse.

Además, él tenía sus propios problemas, como acababa de comprobar: el cargador de su arma estaba vacío, así que no le quedaba otro remedio que seguir con las manos.

Entonces localizó a Keith, que aguardaba junto a la barra en espera de que abandonara su posición para así colarse por la salida. Aún le costaba creer que Keith, el médico amable y de confianza que llevaba suturando sus heridas

cinco años fuera el traidor… y le hervía la sangre al recordar a Sammuel y la forma tan terrible de asesinarlo.

Fue hacia él, aunque no pudo avanzar demasiado, pues tres hombres le cortaron el paso. Jurando para sí mismo, sacó los dos puñales que llevaba detrás y se preparó para una pelea cuerpo a cuerpo con aquellos energúmenos.

A Lenny siempre le habían enseñado a pelear dentro de ciertas reglas de honor, sin embargo, tenía claro que aquellos tipos no gastaban de eso. Repeler a un trío a la vez no era tan sencillo como parecía, sobre todo si estaban entrenados, y Lenny empezó a perder más tiempo esquivando golpes que asestándolos. Quizá intentaran agotarlo; una buena opción, aunque no tan sencillo porque tenía bastante aguante.

Impaciente, el más grandote se abalanzó sobre él con intención de sujetarlo por el cuello y asfixiarlo sin dilación. Lenny le apuntó con el puñal hacia el pecho justo en el momento en que Alexia aparecía a su lado como un fantasma; la chica se apoyó en su hombro para coger impulso y utilizó al hombre como si de una escalera se tratara, trepando sobre él para después sacudirle una patada que hundió el cuchillo hasta el fondo.

La rubia regresó al suelo mientras el sujeto caía pesadamente y, una vez el marcador estuvo igualado, librarse de los otros dos fue pan comido.

Alexia se agachó y arrancó el puñal del último cuerpo. Recorrió el local con la mirada, buscando otro grupo de posibles enemigos y al propio Keith: de lo primero no parecía haber más, excepto humanos aterrados y vampiros cuyos ojos brillaban de satisfacción por el espectáculo recibido. Tampoco había rastro del médico.

—¿Este sitio tiene puerta trasera o alguna salida de emergencia? —preguntó Lenny.

Ella hizo memoria. Jamás había tenido que usar ninguna puerta trasera, pero le parecía recordar una señal que indicaba la salida de emergencia.

—Ya sé por dónde es, ¡vamos!

Echó a correr y Lenny la siguió a toda prisa, intentando no perderla en aquellos pasillos llenos de recovecos. La puerta de emergencia daba a un callejón trasero del destartalado polígono, y cuando pusieron un pie en la calle, los dos vieron a Keith en la carretera. Una enorme furgoneta negra y roja se detuvo junto a él, y cuando las puertas se abrieron de golpe, el médico apenas tuvo tiempo de abrir la boca, pues dos hombres vestidos de negro lo introdujeron a la fuerza en el interior.

—Vampiros —dijo Alexia—. ¡Hay que seguirlos, no podemos dejar que escapen!

Lenny afirmó y los dos echaron a correr, bordeando el edificio. Alexia subió a su moto mientras el cazador cogía la furgoneta.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó, metiendo la llave de contacto.

Brody asomó la cabeza desde la parte trasera.

—El detective no es la compañía más divertida del mundo, pero estamos bien. ¿Qué ha pasado ahí dentro? Hemos oído disparos.

El chico se deslizó al asiento del copiloto mientras Lenny arrancaba. La moto de Alexia salió zumbando ante ellos, a tanta velocidad que pronto pasó a ser un pequeño puntito brillante en mitad de la noche.

—¿Habéis encontrado al traidor? —preguntó Jacob, desde el asiento trasero.

Lenny se puso en marcha, acelerando para tratar de alcanzar a Alexia y, con ella, la furgoneta que se había llevado a Keith.

—Sí. Resulta que lo teníamos en casa —masculló Lenny.

Brody lanzó una exclamación al saltar en su asiento gracias a un bache, y agarró el cinturón para ponérselo.

—¿Qué quieres decir? —insistió Jacob—. ¿Que era alguien del consejo?

—¿Qué? —Brody se soltó el cinturón—. ¿Quién? Está claro que nosotros no, y tampoco Alexia, veo, así que solo quedan dos. Y me niego a pensar que Nova…

—Keith.

La cara del chico palideció al oírle. Keith, el mejor amigo de su padre, que tantos años había permanecido a su lado. Que había curado todas sus heridas y le había reconfortado los primeros días, siempre apoyándolo y dándole ánimos. ¿Keith? ¿De verdad?

—No puede ser.

—Bueno, pues explícame tú por qué ha intentado matarnos ahí dentro. —Lenny pisó el acelerador al ver que no terminaba de acercarse tanto como quería—. Que iba con un montón de hombres armados.

—¿Habló con Alexia? ¿Qué le dijo?

—No lo sé, Brody, no estaba dentro. Mi trabajo era bloquear la salida por si intentaba escapar, y vaya si lo intentó.

—Y lo ha conseguido —observó Jacob—. Si puedes acercarte más, tal vez pueda acertar a las ruedas.

Lenny subió la velocidad todo lo posible. No alcanzaría a Alexia, eso seguro, pero trataría de estar lo más cerca posible.

La rubia seguía a la furgoneta de cerca, pensando en el modo de hacer que se detuviera; conocía demasiado bien sus medios de transporte y que, si se

habían llevado de aquella manera a Keith, este tenía muchos boletos para desaparecer. Era probable que Keith hubiera tardado más de lo que la facción noble estaba dispuesta a esperar, o quizá en el último momento tuvieron conocimiento de que el doctor intentaba conseguir su recompensa por otro lado. La facción noble era muy exhaustiva con la gente con la que trabajaba, se preocupaban de investigarlos y seguirlos hasta estar seguros de que podían confiar en ellos.

¡Un momento! Aún tenía el arma básica del vigilante de Olec dentro de su cazadora. Con un simple disparo a una de las ruedas detendría el vehículo, solo tenía que sacarla y…

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron de golpe. Dos hombres con abrigos negros de corte militar y rostros pálidos abrieron fuego sin contemplaciones.

Alexia movió la moto en zigzag hacia un lado, tratando de esquivar las balas, y entonces notó que una impactaba en su hombro. Incluso subida en la moto a toda velocidad, acostumbrada a recibir disparos a menudo, supo que esa bala no era como las demás. Sentía que ardía bajo su piel, produciendo un dolor cada vez más intenso y agudo.

La segunda le dio en el pecho, y el impacto hizo que perdiera el control de la moto. Salió despedida para estrellarse contra el asfalto.

Lenny esquivó la moto como pudo y miró por el retrovisor para ver si localizaba a Alexia. La moto chocó violentamente contra la valla de seguridad y empezó a arder.

—Joder…

—¡Cuidado! —gritó Brody.

La furgoneta negra y roja se había colocado ante ellos y abrieron fuego por segunda vez. Las balas destrozaron los cristales en cuestión de segundos, las ruedas fueron lo siguiente: en cuanto reventaron, Lenny supo lo que iba a suceder.

Dada la velocidad que llevaban, la Dodge se desestabilizó y volcó con brusquedad.

Brody, que no había llegado a abrocharse el cinturón, salió volando por el parabrisas. La furgoneta dio cinco vueltas completas antes de detenerse con un chirrido en medio de la noche.

Brody abrió los ojos con lentitud y miró hacia arriba, encontrando la oscuridad de un cielo con muy pocas estrellas. Parpadeó hasta convencerse de que veía bien y se llevó la mano a la oreja, tocando el pinganillo.

—¿Me oye alguien? ¿Hola?

Hizo un intento de moverse, pero su cuerpo protestó, dolorido. Tenía miedo de levantarse y descubrir que le faltaban las piernas, o algo similar: al mirarse las manos, encontró sangre en ellas.

—No sé dónde estoy, parece un bosque —siguió hablando, esperando que alguna voz conocida respondiera—. ¿Lenny, estás ahí? Por favor, contesta.

Apretó los labios al tocarse la cabeza, que también sangraba.

—¿Chicos? ¿Es que nadie me escucha?

Al otro lado, solo silencio.



EVA MARIA SOLER nació en Cruces, Vizcaya, un 7 de Junio de 1976, empezó a escribir desde muy pequeña, tras desarrollar un fuerte interés por la lectura alimentado por una extensa imaginación. Siempre dando prioridad al género de suspense y terror, también se mueve en género romántico *new adult* o *chick lit*. Está felizmente casada y vive en Castro Urdiales.

A los catorce años, conoce a Idoa Amo y se convierten en amigas y lectoras de sus propios escritos, pero hace un par de años decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cual ha dado como resultado varios libros, siendo *Anxious* su primer libro juntas.

IDOIA AMO RUIZ nació en 1976 en Santurce, con quince años se mudó a Sopuerta, donde se ha establecido de forma definitiva con su marido y sus hijos tras pasar varios períodos en el extranjero. Durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano. En solitario tiene publicada una novela romántica titulada *Acordes de una melodía desenfrenada*.

Al finalizar sus estudios, vivió durante dos años en Londres, y al regresar, realizó la carrera de Secretariado de Dirección. Fue nombrada en el 2007

«Mejor Secretaria de España». Desde entonces ha trabajado en diferentes empresas, incluyendo diez meses en Disney-París.

Durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano. «Siempre ha sido más un hobby».

Junto a Eva Maria Soler ha iniciado una serie de colaboraciones plasmadas en sus dos libros *Anxious* y *Amor escarchado*. Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, pero no ha sido hasta hace poco cuando decidieron que sus estilos podían complementarse bien.

Idoia, dentro del dúo que forman, tira más hacia el género romántico… pero con una historia de acción o ciencia ficción detrás, mientras que Eva M. es la seguidora del estilo/temática de Stephen King.

Su próximo proyecto, «la segunda parte de *Anxious*, que nos la están pidiendo».

Ambas autoras han recibido el premio Hemendik que otorga el periódico *Deia* por su labor como difusión de la literatura romántica.

Notas

[1] Con el nombre de **Otro Mundo** (*orbis alia*) se hace referencia en la mitología celta al ámbito feérico que coexiste con el de los seres humanos. Unas veces se sitúa más allá del Mar de Occidente y en otras ocasiones se extiende bajo los túmulos, los dólmenes y otros monumentos megalíticos. Aunque carecemos casi por completo de información relativa a los antiguos celtas continentales, los ciclos mitológicos de los celtas insulares, así como el folclore de los países del arco atlántico nos proporcionan información muy detallada y valiosa al respecto. «https://es.wikipedia.org/wiki/Otro_Mundo_(mitolog%C3%ADa_celta)». <<